

ALBERTO CERZUELA

EL REFUGIO DE LOS INVISIBLES



Círculo Rojo
EDITORIAL

El refugio de los invisibles

ALBERTO CEREZUELA



Primera edición: septiembre 2019

ISBN: 978-84-1350-833-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo © Del texto: Alberto Cerezueta

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo © Corrección: Uriel Pascual

© Motivo de guardas: Depositphotos

© Fotografía de cubierta: Depositphotos Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com info@editorialcircularojo.com Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*A Noelia, mi refugio.
Nunca serás invisible.*

Sueña como si fueras a vivir para siempre; vive como si fueras a morir hoy.

(JAMES DEAN)

PRIMERA PARTE

La muerte es el comienzo de la inmortalidad.

(ROBESPIERRE)

El castillo del rey

Ya no está. Se ha ido. No hay vuelta atrás. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Por qué lo permitimos? Sinceramente, no me creía capaz de hacerlo. Y algunos piensan que soy débil. No me conocen. No saben de mi dolor. La necesitaba tanto... Pero ya no puedo seguirla. Y todo por mi culpa.

Solo han pasado unas horas y sigo teniendo dudas. ¿Podré vivir sin ella? No lo sé. Lo seguro es que no había elección. Después de hacerlo pensé en mi abuelo.

Él, que había luchado en una guerra civil y estuvo varios meses recluido en un campo de concentración francés, decía que un hombre, con el tiempo, se acostumbra a todo. Puede vivir en la India a más de cuarenta y cinco grados, y también en Siberia a treinta bajo cero. También se acostumbra a andar con muletas, incluso a ir en silla de ruedas. ¡Y a perder un brazo! Acostumbrarnos, según mi abuelo, era la absurda manera que tenemos las personas para seguir siendo felices a pesar de las desgracias. Pero yo no sé si sabré estar sin ella. ¿Me acostumbraré a no ver su sonrisa? ¿A que no eleve mis celos al máximo exponente? ¿A no volver a percibir su olor? Yo creo que no, aunque no hay que subestimar la fuerza de un hombre.

Su ausencia me definirá a partir de ahora. ¿Y qué podré hacer cuando la eche tanto de menos que el pecho me reviente? Quiero aguantarlo, debo aguantarlo. Debemos ser consecuentes con nuestras decisiones. Nuestro amor es inmortal. Contigo al fin del mundo, nos decíamos. Y ya nada de eso vale. Ni siquiera voy a ser capaz de volver a nuestro refugio. Sin un nosotros ha dejado de ser ese lugar donde nos hacíamos invisibles. Donde escapábamos de todo y de todos: el castillo del rey.

El hombre que tiene miedo busca refugio en los montes, en los bosques sagrados o en los templos. Sin embargo, tales refugios no sirven, pues allí donde vaya, sus pasiones y sus sufrimientos lo acompañarán.
(BUDA GAUTAMA)

1.

EL TELÉFONO DE LA INSPECTORA Reyes Martínez sonó esa mañana demasiado pronto. Ella solía levantarse cuando los rayos del sol de Cabo de Gata entraban por las rendijas de su persiana y se estrellaban directamente en su cara. No tenía despertador. Ni siquiera alarma en el móvil. En los últimos días apenas había conseguido dormir tres horas seguidas sin ayuda del Alprazolam que su médico, el doctor Pedro Mezquita, le recetaba a pesar de que sabía que estaba enganchada. Además, estaba de suerte: no había tenido ninguna pesadilla, o al menos no la recordaba.

—¡Dios! Es el comisario Malvido. ¿Qué querrá tan temprano?

Era muy raro que su jefe la llamase. Algo grave tenía que haber pasado, y de pronto sintió un mal augurio por el cuerpo. Por eso decidió hacerse un rico café de pota que le había descubierto su amiga Nieves, criminóloga de La Coruña, antes de devolverle la llamada al cascarrabias de su superior. No hizo falta, Ramón Malvido volvió a llamar.

—Dime, Ramón —contestó con un tono a medio camino entre la incertidumbre y la curiosidad.

—¡Martínez! —Así solía llamarla cuando se ponía serio, sacando de quicio a Reyes—. ¡Siento haber profanado tu ritual de cada mañana, pero necesito que vengas cagando leches!

Malvido conocía perfectamente la rutina de Reyes. De hecho, era la persona más cercana que tenía. La trataba como una hija aunque a ella no le gustaba que el resto de compañeros pensasen que era el ojito derecho del jefe. El ritual al que se refería consistía en unas cuantas carreras por la playa hasta llegar a la iglesia de Las Salinas, trayecto que aprovechaba su perro Gordon para chapotear en el agua; llegar a casa y degustar un café tras la ducha, mientras leía unas veinte páginas del último título que había comprado en una librería que recientemente habían abierto en el barrio.

—¡Eres un malhablado, te lo he dicho mil veces! ¿Qué ha pasado? —contestó ella mientras notaba cómo el acelere de su corazón iba *in crescendo*.

—¡Ha aparecido un cadáver en la Alcazaba, y todo apunta a una muerte en extrañas circunstancias!

Una muerte en la Alcazaba. Aquello paralizó a Reyes durante unos segundos. No podía ser en otro lugar. Y precisamente tenía que ir ella.

—¡Martínez, joder! ¿Estás ahí? ¿O es que te ha comido la lengua el gato? —De nuevo apareció el malhumor del comisario.

—¡Sí, es que me ha pillado de sopetón! Como en Almería nunca pasa nada... —respondió la inspectora, aunque su interlocutor sabía perfectamente lo que ocurría.

—¡Vente para acá y por el camino avisa al subinspector Campillo! —fueron las últimas palabras del comisario antes de colgar.

Era paradójico que Reyes esa noche, después de mucho tiempo, no tuviese ninguna pesadilla, justo la mañana en que tenía que volver, por primera vez en años, al barrio donde tuvo las peores de su vida.

2.

EL TIMBRE DEL TELÉFONO asustó a Lucas Campillo. No esperaba la llamada. Se encontraba dejando a sus niñas en la puerta del colegio.

—¡Dadle un beso a papá! —comentó a sus dos amores, como así las llamaba.

Y es que Laura y Alejandra habían cambiado la vida del joven policía. Reyes era su superior, y él lo acataba con la mayor profesionalidad posible, pero a veces el carácter autoritario de su compañera le impedía disfrutar al cien por cien de su trabajo.

—Buenos días, inspectora. ¿Ha pasado algo?

—Campillo, tenemos que ir rápidamente a la Alcazaba. El director del conjunto monumental avisó a emergencias esta mañana, y los zetas que se personaron allí han confirmado el hallazgo del cadáver de una chica.

—Y a nosotros, como cabezas del Grupo de Homicidios, nos toca investigar —interrumpió el subinspector mientras se le abría la boca de un bostezo.

—¿Es que te han dado guerra las niñas esta noche, Luquitas? Por eso yo no quiero saber nada de traer familia al mundo —sentenció Reyes.

—Para traer familia al mundo, como tú dices, primero necesitas alguien que te ayude. Y no me refiero a alguno de esos tíos que conoces en el Bar de Jo y que no pasan del primer asalto —terminó de decir Lucas al tiempo que comprendía que se había pasado.

Era consciente de que no son formas de dirigirse a un superior, pero la verdad es que le tocaba las narices que le llamasen Luquitas. Él consideraba que su trabajo era impecable y que merecía una oportunidad como inspector, pero todo el mundo sabía de qué pie cojeaba el comisario. Aun así, se contuvo porque el motivo de su bostezo no eran las niñas. Los angelitos habían dormido a pierna suelta. Lucas no había pegado ojo escuchando ese *podcast* de misterio que tanto le gustaba. La noche anterior habían estado hablando del edificio n.º 1 de la calle Tres Forques, en Valencia, una finca en la que habían muerto once personas desde 1957, todos de distinta forma. Era el bloque de pisos maldito más famoso de España.

—¡Subinspector, no hay tiempo que perder! Nos vemos al principio de la calle Descanso, justo en el cruce con la Almedina —ordenó Reyes.

3.

ELLA FUE LA PRIMERA EN LLEGAR. Le temblaban las piernas y eso que no era una mujer impresionable. De hecho, era la inspectora jefe del Grupo de Homicidios, pero aquel barrio la había marcado demasiado. Había vivido hasta los dieciocho años en la calle Cisne, muy cerquita de La Guajira, esa asociación cultural que, desde su casita azul, había lavado la cara del barrio con sus conciertos, exposiciones y actividades varias. Las vistas a la Alcazaba que brindaba a los clientes, desde su terraza, no tenían precio. Era el mejor exponente del toque multicolor que tenía La Almedina, junto a las almenas y los rosales, y a las pintorescas casas pintadas de la calle Descanso. A medida que Reyes subía hacia la Alcazaba, cada paso era un golpe en la espalda. Los mismos que recibía su madre a manos de su padre cada vez que este se emborrachaba. La inspectora no había hablado a nadie sobre sus orígenes. «¡Eres demasiado hermética!», le decían en la comisaría. Pero no quería revivir aquellas heridas.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste la Alcazaba? —preguntó Lucas Campillo, con la clara intención de arrancar una palabra a su compañera, que permanecía callada desde hacía varios minutos.

—Nunca he puesto un pie dentro.

—¡Es imposible! —espetó Campillo—. Así nos va a los almerienses, que preferimos gastarnos un dineral en hacer turismo en el extranjero, cuando aquí tenemos un patrimonio espectacular. ¡Hasta los de fuera nos valoran más! Acuérdate de *Juego de Tronos*, que se rodó aquí hace unos años.

—¿Juego de qué?

—¡Vaya! No recordaba que doña intelectual no veía la tele —murmuró en tono jocoso Lucas—. Ella solo lee libros sofisticadísimos.

En realidad, los libros que Reyes Martínez leía, lejos de lo que pueda parecer, eran de todo menos sofisticados. Le encantaban las novelas románticas. Quizá para evadirse de lo que día a día veía en la calle, o por un deseo reprimido de enamorarse y casarse, algo a lo que ya prácticamente había renunciado.

—No duermes para descansar, duermes para soñar... ¡Bonita frase, inspectora! Aunque no sé qué demonios pinta en esta calle.

—Vete tú a saber, Campillo, vete tú a saber —respondió Reyes para acabar con la conversación.

Claro que sabía la historia de esa frase. Era de Walt Disney y homenajeara a los niños. A todos los niños que, como ella, habían crecido jugando en aquel pequeño parquecito, hoy bastante deteriorado por la falta de cuidado y el paso del tiempo. Aquello le volvió a recordar a sus padres. Las palizas que él le propinaba a ella y cómo, una vez completado su desahogo, sentaba a la pequeña en su regazo mientras terminaba de emborracharse empujando la botella de vodka. Eran los únicos momentos que podía compartir con su padre, al que por alguna absurda razón idolatraba en aquel momento hasta el punto de aceptar los chupitos de alcohol que él le ofrecía antes de caer desplomado de sueño en su vieja mecedora.

Al día siguiente, para paliar los remordimientos y lavar su conciencia, su padre le traía algún juguete: una muñeca, una caja con cromos de Barbie y hasta una Nintendo NES. Pero, aun siendo

una niña, sabía que lo importante no era tener muchos juguetes, sino tener con quién jugar, y de eso carecía.

Para que no llorase, Lucía, su madre, le contaba la historia de un niño que no se asustaba ante nada. Se llamaba Juan sin Miedo. ¡Qué valiente era! Él solo había derrotado a varias criaturas, fantasmas, brujas y ogros. Aquello también era mentira. Jamás ha existido alguien que no tenga miedo. Porque hay muchos tipos: miedo a perder a tus seres queridos, miedo al monstruo que vive dentro de tu armario o debajo de la cama, miedo a no poder pedir ayuda cuando más lo necesitas, miedo a que mueran todas esas mariposas que revolotean en tu tripa cuando te gusta un chico... o miedo a no saber qué será de ti cuando un buen día tienes que llamar a la policía porque encuentras a tu madre llena de moratones sobre un charco de sangre, y a tu padre colgado del techo del dormitorio. Por suerte, el primer policía que llegó prometió ser su héroe. Se hizo cargo de ella, la obligó a apuntarse a la Academia de policía y estuvo velando siempre por su carrera y por su vida. Su héroe no volaba ni tenía superpoderes, se llamaba Ramón y estaba a punto de jubilarse como comisario de Almería.

—¿Dónde vais tan solicos, maderos? —Una voz ronca y seca hizo volver a Reyes de sus pensamientos.

Era un patriarca gitano que había taponado, con su silla, la parte final de la calle Descanso, justo antes de llegar a la estatua del rey Jayrán, gran oficial del ejército califal y primer rey de la taifa de Almería. Su mirada intimidaba. Apenas se le distinguía nada más en un rostro poblado por una gigantesca barba blanca y su larga cabellera.

—Déjenos pasar, solo queremos hacer nuestro trabajo.

Con suavidad, la inspectora Martínez intentó que aquel señor no les diera problemas. Ella sabía quién era. Y él quién era ella.

—Mariquilla, te voy a dejar pasar, pero ten mucho cuidado. Espero que encontréis al malnacido que le ha hecho eso a la pobre paya.

—¿Y usted cómo sabe que ha pasado algo con una mujer? —interrumpió Lucas con gesto malhumorado.

—Yo sé todo lo que ocurre en mi barrio, criatura: el diablo sabe más por viejo que por diablo. Él ya os ha elegido, camina junto a vosotros... y cuando coge a alguien, no lo suelta jamás.

4.

11 de septiembre de 2018

INTERNET ES CALDO DE CULTIVO de todo tipo de *podcasts*, especialmente los relacionados con el mundo del misterio. Pero *El faro del fin del mundo* era distinto. Solo daba voz a personas contrastadas y de un considerable bagaje, siempre dentro de la seriedad. A lo largo de las seis temporadas que el programa semanal llevaba en antena, habían desfilado por allí catedráticos, periodistas, científicos y reconocidos escritores. En contadas ocasiones se habían tratado temas como el fenómeno ovni o las casas encantadas, y siempre desde el máximo rigor. Por eso se habían ganado el favor de la crítica especializada y debían, por respeto a su audiencia, mantener el listón. El equipo de *El faro del fin del mundo* quedaba una vez al mes para preparar los contenidos de la siguiente remesa de programas. El punto de reunión era la cafetería Port of Spain, un rincón del parque Nicolás Salmerón, y no fue elegido al azar. Su ambiente bohemio, que incluso había propiciado ilustres visitas como las de Tomatito, José Mercé o Camarón, su estética parisina, la magia que generaba su ambiente gracias a un singular juego de luces y sombras y, por supuesto, la historia del propio lugar ayudaban a que estos tres amigos dieran rienda suelta a la imaginación y escribieran las escaletas de los siguientes programas.

—Yo propongo hablar del antijudaísmo cristiano en la Europa de la Edad Media —dijo Carlos Alonso, el director del espacio—, en especial de los casos que tienen que ver con los libelos de sangre, es decir, falsas acusaciones relacionadas con supuestos crímenes que los judíos cometían utilizando sangre humana. Los culpabilizaban de recrear la muerte de Cristo sacrificando niños cristianos durante la Pascua Judía.

—Me parece un tema muy interesante. De hecho, podíamos empezar con la historia de Dominguito del Val, cuyo cadáver fue encontrado en el año 1250 a orillas del río Ebro —añadió Atenea Martín, que rápidamente fue interrumpida por el entusiasmo de Carlos.

—Y después seguimos con el santo Niño de la Guardia, el santo Niño de Sepúlveda e incluso el beato Simonino.

—¿Por qué no os vais a un hotel? —refunfuñó Jesús Barros mientras hacía gestos obscenos con la cara y las manos. No le gustaba la complicidad que sus dos compañeros de programa tenían. Se notaba a la legua que Atenea estaba enamorada de Carlos, y a él le fastidiaba. «¡Yo también soy historiador y apporto temas al programa! ¿Por qué nunca se me toma en serio?», pensó sin atrever a expresar lo que sentía.

—Jesús, para ya con las bromitas. Algún día te vas a llevar la bofetada que mereces.

Incluso enfadada, la voz de Atenea seguía sonando dulce, en ocasiones sensual. Su padre, además de ser forense en Granada, era amante de la cultura griega, por lo que había decidido poner a sus hijos los nombres de Atenea y Aquiles. Ella trabajaba como auxiliar administrativo en la Alcazaba y, como no podía ser de otra forma, le apasionaban todos los temas que tenían que ver con la historia.

—Haya paz, chicos, que estamos aquí para sacar adelante los siguientes programas. ¡Siempre estáis igual! —exclamó Carlos con talante autoritario. No le gustaba usar ese tono, ya que, a pesar de lo que la gente podía pensar si se basaban en su aspecto físico, era bastante conciliador—. Disfrutemos del concierto de jazz que está a punto de empezar y sigamos con el trabajo. ¡El local no invita a otra cosa!

Razón no le faltaba. El espacio era sugerente. Fue inaugurado en 1980 por un argelino que huyó de su país por la independencia de Francia. Antonio Muñoz Molina, en una de sus visitas a Almería, lo definió como más propio de una ciudad portuaria y mestiza del Caribe. Y es que cada uno de los detalles del Port of Spain parecen trasladarte a Key West. Hasta conservan una caja registradora de más de cien años, que sigue cobrando en francos, y una antigua cabina telefónica.

—Yo voy a pedir algo de beber mientras os aclaráis.

Atenea se levantó dibujando su peculiar sonrisa. No era bonita, pero embobaba. Tampoco era presumida, aunque su forma de vestir ayudaba a ello. Lo mismo aparecía con unos vaqueros y una camiseta de Kiss, que portaba una mochila de las Sailor Moon. Era extraña. Como el lugar donde estaban. Como sus propios compañeros. Como el interés que despertaba en los hombres. Como la propia vida en Almería. Allí, apoyada en la barra que ejercía de secreta protectora de una antigua pileta de salazones de época romana, evitaba cruzar la mirada con quienes la observaban sin éxito. Porque solo la veía quien podía, no quien quería. Esa tarde, en ese lugar, se sentía invisible. Y disfrutaba de ello.

Mientras, Carlos y Jesús debatían sobre la conveniencia o no de abrir el programa a otros temas más paranormales.

—Así no tendremos problemas para encontrar contenidos cada semana. Opino que nos estamos cerrando mucho —exponía un Jesús cuya cara mostraba preocupación.

Jesús disfrutaba mucho con el programa, pagaría lo que fuese porque nunca se acabase. Se sintió la persona más feliz del mundo cuando Carlos le invitó, hacía ya tres años, a formar parte del equipo. Para ambos, aquellas tardes de conversación y sano debate en el Port of Spain, o las noches de grabación en el estudio, eran su refugio. Pero para Jesús aún más. Admiraba mucho a su compañero, hasta tal punto que había decidido dejar su trabajo para estudiar historia. Aunque no lo reconocía, seguramente para evitar las reprimendas de su mujer, no llevaba bien la carrera. Pero se sentía capaz de llegar a ser un importante divulgador. En secreto, hasta había escrito un libro sobre el yacimiento de Los Millares y su parte misteriosa, centrándose en la expansión del característico vaso campaniforme no solo por otros puntos de España, sino en contextos tan diferentes como el Norte de África, Portugal y Alemania. ¿Cómo era posible que en yacimientos ubicados a miles de kilómetros se hubiera encontrado el mismo tipo de cerámica? En menos de doscientos años, estas vasijas inundaron Europa, pero... ¿cómo se extendió tan rápido hace cuatro mil quinientos años? Jesús se sabía experto en la materia, pero jamás le había pedido a Carlos una oportunidad en el programa para hablar de ese tema. Además, le machacaba mucho con que tuviera cuidado y no se autoproclamase historiador, porque no lo era oficialmente aunque se sintiese como tal.

—Jesús, ¿qué te parece si hablamos de la misteriosa desaparición de Agatha Christie en 1926? Fueron once días en los que nadie sabe qué sucedió realmente —propuso Carlos, que siempre barría para casa. Él era escritor y le atraía todo lo relacionado con las estridencias en la vida de sus homólogos.

A Jesús le fascinaba el tema, pero como sabía del entusiasmo de Carlos, aprovechó aquel momento de euforia para proponer una entrevista que soñaba con hacer.

—Me parece bien, tienes mi voto a favor. Pero, a cambio, quiero que intentes traer al programa a Héctor Coronado.

—¿Ya estás otra vez con eso? —irrumpió Atenea en la conversación—. ¡Que no va a aceptar, por mucho que te empeñes! Es más, dudo hasta que se acuerde de nosotros.

—¿Y tú qué sabes? —replicó él—. ¿Acaso eres adivina? ¿O tanta cultura griega ha hecho que te

conviertas en una especie de oráculo del siglo xxi?

—¡No empecéis de nuevo! —cortó Carlos—. Vamos a intentarlo; pero, si no nos contesta o dice que no, tienes que prometerme que estarás calladito un tiempo, ¿vale, Jesús?

Solo la idea de que el escritor que más libros había vendido en la historia de Almería, y uno de los más conocidos del país pudiera pisar el estudio de grabación de *El faro del fin del mundo*, les hacía soñar que todo era posible. Por eso, y como no tenían nada que perder, desde el móvil de Carlos enviaron un escueto pero educado correo a Héctor Coronado para invitarle a una entrevista. Decían que vivía en Roquetas de Mar, cerca de la playa de Las Salinas, pero era un hombre muy hermético. Con esa ilusión los tres pasaron el resto de la tarde y gran parte de la noche. Entre cerveza y cerveza se ilusionaban con las preguntas que le harían, en caso de que uno de los reyes de la novela negra aceptase aquel atrevido ofrecimiento. Si había que soñar, no existía mejor lugar que Port of Spain. Todos tenemos un refugio, y aquel era el suyo.

5.

LA INSPECTORA MARTÍNEZ tenía autocontrol. Era capaz de relajar su cuerpo y de bajar sus propias pulsaciones, pero, a medida que avanzaba por los peldaños que dan acceso al primer recinto de la Alcazaba, su corazón se aceleraba. ¿Tanta impresión le había hecho volver a sus orígenes? ¿O había sido aquel gitano quien le había metido un irracional miedo en el cuerpo? Se decepcionó consigo misma. Habían pasado más de dieciocho años desde la muerte de su madre y el suicidio de su padre. ¿Cómo le pudo afectar tanto subir la calle Descanso? ¿Estaba viviendo su particular viacrucis? Desde lo más alto de aquellos escalones quiso mirar atrás como si fuese un gesto de valentía, como si quisiera comprobar si era capaz de mantener la mirada hacia el infierno, su infierno. En lo más profundo de su inconsciente deseaba que todo aquello formase parte de un mal sueño.

—¿Sabías que la Alcazaba fue construida porque Abderramán III tuvo un sueño? —Lucas Campillo, tan oportuno como siempre—. ¡O más bien una pesadilla! Porque vio a una niña que huía de su madrastra, pero unos duendes la protegieron en su cueva hasta que el peligro pasó. El que fue primer califa omeya de Córdoba pensó que aquello era un mal augurio. Algo malo acechaba a Almería, y su forma de protegerla fue mandar construir esta fortaleza.

—Eres una caja de sorpresas, Luquitas —respondió agradecida Reyes. En el fondo, aquel fantasioso relato la había hecho evadirse de la realidad que estaba viviendo.

—O de bombones. —Rio él—. ¡Nunca sabes lo que te va a tocar!

Reyes y Lucas trabajaban juntos, pero apenas se conocían. Sus vidas eran tan diferentes que era difícil cuadrar las agendas. Él pasaba gran parte de su poco tiempo libre con su familia y, de vez en cuando, estudiaba. Se había matriculado en historia por la UNED y era un fanático del mundo del misterio. Solía acudir a reuniones de grupos de investigación y aprovechaba algunos momentos de patrulla para hacer sus propias «incursiones», como así las denominaba. Si veía un edificio derruido, allí que entraba el subinspector Campillo a curiosear.

—No voy a presumir de lo que no soy, Reyes. La historia de Abderramán III y sus duendecillos la leí hace tiempo en un libro ambientado en este lugar.

Antes de que la conversación siguiera su curso, los dos policías escucharon los llantos de una mujer. Era la hermana de Lucas, que no se podía contener ante la impresión. A su lado y consolándola, un hombre que tenía toda la pinta de ser el director del monumento.

—Bienvenidos a la Alcazaba —dijo como recibimiento, aunque Reyes pensó que no era momento para visitas guiadas—. Soy Alfonso del Río, director de este apasionante lugar. No se preocupen por mi secretaria, es muy impresionable.

—Inspectora Martínez y subinspector Campillo —contestó cordialmente Lucas, intentando ser lo más profesional posible para no importunar a su hermana—. Nos gustaría ver el cuerpo de la víctima.

—Síganme, está justo al otro lado.

Los tres se introdujeron en el cordón policial y avanzaron a paso ligero por el primer recinto. En diciembre hace frío, incluso en Almería, por lo que los agentes pidieron al improvisado guía que aligerase el paso.

—¿De verdad no quieren asomarse a admirar la bahía? Desde aquí tenemos las mejores vistas de la ciudad —insistía Alfonso del Río—. Ustedes se lo pierden —murmuró mientras avanzaban

por los suelos empedrados, las pequeñas fuentes, los setos... por no hablar de los maravillosos jardines de estilo árabe.

Tampoco el segundo recinto parecía despertar el interés de la pareja de policías, aunque por distintos motivos. Ella estaba deseando saber qué había pasado, mientras que él intentaba recordar algunos aspectos de la trama de aquel libro. Ni caso a los aljibes califales, los baños de la tropa o la ermita mudéjar.

—¿Estamos muy lejos? —preguntó la inspectora Reyes Martínez.

—Descuide, estamos llegando ya a la muralla norte.

En efecto, justo frente a la Puerta de la Traición, vieron el cadáver de una joven. Estaba tendida en el suelo, con los brazos extendidos, formando una cruz latina. Vestía una falda corta (a pesar de la época del año) y una camiseta que llamaba mucho la atención por su pronunciado escote. Tenía los brazos al aire porque alguien, seguramente el asesino, se había molestado en remangarlos. Reyes y Lucas quedaron prendados de su belleza. Era preciosa. Y sonreía de forma extraña, forzada. No era una sonrisa feliz. Aquella estampa se quedó clavada en la retina de la inspectora Martínez. La paralizó. Inerte, sin vida... la chica muerta parecía una muñeca de trapo. Rubia, como Marilyn Monroe.

—No tiene signos aparentes de violencia —Lucas Campillo fue el primero que se atrevió a articular palabra.

—No hay sangre, no parece tener golpes —siguió la inspectora Martínez, que pareció salir de su hipnosis. Su corazón latía con más fuerza que nunca. Como cuando tuvo aquellas «ausencias» que casi le cuestan su puesto de trabajo.

«Ahora no, por favor, no es el momento», pensó, como si le implorara al miedo.

—¿Qué hacen ahí parados como dos pasmarotes? —La voz del comisario Malvido era inconfundible—. ¡Vamos, hostia! ¡Que se va a enterar toda Almería en menos de lo que canta un gallo!!

—Tranquilícese, don Ramón, que hemos sido los primeros en llegar.

—Lucas, Lucas..., siempre tan inocente. ¡Así no vas a ascender nunca! La periodista tocapelotas ya ha estado aquí.

—Eso es imposible, ¿verdad, señor del Río? —preguntó la inspectora, esperando que aquello no fuera cierto.

—Bueno... Eva es mi amiga..., no sé si sabéis que en su periódico hacen muy buena publicidad de mi..., de la Alcazaba... Llegó a primerísima hora, pero solo le dejé tomar una foto.

—¡Una foto dice! —La voz del comisario se oyó hasta en el rincón más recóndito de La Almedina—. ¡Una foto! Este tío me está vacilando. ¡Martínez! Mañana esa puta fotografía estará en todos los periódicos y nos sacará hasta Matías Prats. ¡Hay que resolver este caso ya!

—Pues tenemos pocas pistas, más bien ninguna, señor comisario. —Lucas casi no podía ni vocalizar, solo balbuceaba—. Por cierto, ¿qué hace usted aquí?

—Si Mahoma no va a la montaña... ¡Joder, nunca mejor dicho! ¡Si es que no sé para qué tenéis los móviles!

—Un momento, ¿os habéis fijado en el tatuaje que lleva en el brazo? Parece que está fresco —interrumpió Reyes la conversación de sus dos compañeros, haciendo honor a su fama de buena observadora—. Son un sol y una luna. Este tatuaje tiene pocas horas.

—¿La chica tiene algún tipo de documentación? ¿Sabemos quién es? —intervino Luis Miguel Melero, el juez instructor, que se había personado con el comisario. Tenían una relación muy

especial. Ambos estaban en el que casi seguro sería su último año de trabajo, les encantaba discutir sobre fútbol y política, y se echaban una mano siempre que podían.

—La patrulla ciudadana no ha encontrado nada. No llevaba bolso, ni siquiera una cartera. Tan solo un libro —dijo el comisario.

—¿Un libro? ¿Acaso la mataron mientras leía en uno de estos jardines? Por favor, no perdamos más tiempo, vamos a interrogar al personal de la Alcazaba. —Reyes ya estaba impacientándose.

—¿Qué libro era? —interrumpió Lucas Campillo. La curiosidad le corroía por dentro.

—Lo está analizando la policía científica, subinspector —contestó el comisario Malvido—. Algo de un baile...

—¿*El último baile de Adriana*? —El entusiasmo del subinspector era cada vez mayor.

—Sí, y además iba dedicado de forma llamativa. La patrulla me dictó las palabras porque llamaban mucho la atención... ¿Pero cómo sabe usted el título?

—Es que es el último libro de mi autor favorito, Héctor Coronado. Por cierto, Reyes, en uno de sus libros leí la historia que te conté hace un rato. Fue en el primero de la trilogía que tiene sobre crímenes en Almería, aunque ambientados en distintas épocas. Se tituló *Las sombras de la Alcazaba*, y trataba de Galiana, una princesa mora que fue asesinada justo aquí, en la Puerta de la Traición, que por cierto se usaba para huir del castillo en caso de ataque del enemigo; el segundo libro fue *El hombre del saco*...

—¡Venga ya, Campillo! —El comisario estaba al borde del colapso—. ¡El jodido hombre del saco! ¿Es que son libros para niños?

—¡Tranquilo, Ramón! —pidió su amigo Luis Miguel Melero—. Como sigas así, de esta no sales. ¡Ya te dije que tenías que haberte jubilado hace tiempo!

—¿Sí? ¿Y pagas tú la VISA de mi mujer? Que no veas cómo gasta la condenada. ¿O me compro un perrito y me dedico a llevar a los nietos al colegio, como llevan tiempo haciendo los jubiletas chochos de mis amigos?

—Y Coronado acaba de sacar, hace pocos meses, *El último baile de Adriana*, basado en un crimen de los años veinte —seguía a lo suyo el subinspector.

—Por cierto... —interrumpió con miedo uno de los policías de la científica—: también hemos encontrado, junto al cadáver, una pistola antigua. No sabemos si es auténtica.

—¡Me cago en la leche! —El enfado del comisario ya era evidente—. ¡Vamos a salir hasta en la sopa!

Mientras, Reyes se había alejado del grupo. Parecía estar en estado de *shock*. ¿La Puerta de la traición? ¿Quería decirnos algo el asesino? Lo curioso es que mientras se sumergía en ese pensamiento, la inspectora atravesaba el arco de herradura que coronaba la Puerta de la Justicia, justo al lado de la Torre de los Espejos, que servía para enviar señales luminosas, mediante un mecanismo formado por espejos, a los barcos que se acercaban a Almería. Ella ya había tenido suficientes señales aquella mañana. Tenía que dejar atrás sus fantasmas y resolver cuanto antes un caso que tenía toda la pinta de poner patas arriba la Navidad de 2018.

—¿Tiene usted apuntada la dedicatoria que había en el libro, don Malvido? —Lucas Campillo no podía aguantar su curiosidad.

—Te la leo, chaval: «No dejes que nuestros miedos nos impidan ser quienes somos. Contigo hasta el infinito, en el castillo del rey para la eternidad, nuestro refugio para hacernos invisibles».

Las pulsaciones del subinspector Campillo se aceleraron sobremanera. Pero no solo por los tintes que estaba tomando el caso, sino porque, a buen seguro, tendrían que hablar con el escritor Héctor Coronado, su ídolo.

El castillo del rey

¿QUIÉN DICE QUE EL AMOR debe ser igual todas las veces? El nuestro era diferente. De otro mundo. En ella encontré mi refugio de pura casualidad. Aunque uno de mis escritores favoritos dice que las casualidades no existen, que son causalidades. No creo que la casualidad sea lo que hace que encuentres lo que más necesitas, especialmente cuando, como en mi caso, ni yo mismo lo sabía.

Pero, muñequita, ¿por qué no te deshiciste de ese libro? Ahora voy a tener que dar muchas explicaciones. ¿Cómo me haces esto? ¿Es tu última venganza? ¿Es que no sabes lo duro que ha sido para mí tener que hacerlo? Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. ¿Cuántas llevo yo? No lo sé, pero con todas ellas construí nuestro castillo, nuestro refugio secreto. Ese que nunca volveremos a visitar juntos. ¿Cómo he podido ser tan torpe? ¿Fue mi ego? ¿Es que necesitaba que leyeras mi último libro? ¿A qué vino dedicártelo y de esa forma? Da igual. Habrá que afrontarlo. Hay cosas que no se deciden, que no se piensan, tan solo se sienten.

Líbrame, Señor, del labio mentiroso y de la lengua embustera...
Mientras yo proclamo la paz, ellos prefieren la guerra.

(SALMO 120, 2 Y 7)

6.

14 de noviembre de 2017

HÉCTOR CORONADO tenía entre ceja y ceja que sus dos libros diesen el salto al otro lado del Atlántico, por eso no dudó en tirar de contactos para conseguir un par de reuniones en Miami, con motivo de su Feria del Libro: tenía la oportunidad de presentar su obra dentro del Programa de Autores Iberoamericanos.

—¡Qué pasada de feria! —dijo entusiasmada Leire Domínguez, la maquetadora de la editorial que publicaba los libros de Coronado. Se había desplazado hasta Florida junto con dos compañeros más, Martina Bautista, la editora, y Rubén Salmerón, el secretario y ayudante de esta —. ¡No me la imaginaba así!

Y es que el evento, organizado por la Universidad Pública Miami Dade College, era, cuando menos, curioso. Una combinación entre un mercadillo de libros, con pequeños puestos cubiertos por sombrillas de colores que daban un estupendo juego visual, y todo el glamur que la ciudad ofrece, con sus rascacielos protegiendo del terrible sol que incluso en esa época del año no tenía visos de relajarse. Coronado había depositado muchas expectativas en su presentación, y no había ido mal. Hasta se podía decir que la exposición de las dos novelas sobre misterios de Almería habían despertado el interés de un par de agentes literarios.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó Rubén, pensando más en pasar un rato fuera del trabajo con Martina que en festejar cualquier éxito del autor más aclamado de la editorial.

No debía de ser mal chico, al contrario. De aparente corazón noble, su timidez le impedía mantener la mirada en los ojos de cualquier persona más de diez segundos. Aunque tenía novia, las mujeres eran su punto débil, no podía remediarlo, y cierto es que Martina le atraía. Su carácter servicial, incluso sumiso a la hora de complacer en exceso, hacían de Rubén una excelente compañía para el género femenino. Buen amigo y excelente confidente, inconscientemente aprovechaba esas virtudes para estar más cerca de las chicas.

Los cuatro decidieron cenar en el Mango's Tropical Café. El *pub* parecía sacado de una película. El ambiente era lo más parecido a tomar algo en cualquier terracita del Caribe, y cada cinco minutos había baile en directo. Varios camareros y camareras, algo ligeros de ropa, se subían a las barras para deleitar a los allí presentes con sus sensuales movimientos. Entre Piña Colada y Mojito, las conversaciones se volvían más desenfadadas.

—¿Te atreves a bailar conmigo? —le preguntó Martina, a quien le gustaba poner al límite a los demás.

Rubén era tímido, pero todo el mundo sabía que se le caía la baba con ella. En la oficina no le quitaba ojo de encima. Si necesitaba algo, Rubén se ofrecía. Cuando llegaba la hora de comer, siempre pasaba por la mesa de Martina con el deseo de que quisiera acompañarlo. Pero bailar le daba mucha vergüenza, y ella lo sabía.

—Si la sacas a bailar, yo saco a Héctor —saltó Leire.

A ella le encantaba el cachondeo y la fiesta. Era la más joven del grupo y su relación con Coronado se podía describir como fantástica. Él la quería como una hermana y le daba muchos consejos porque le auguraba un gran futuro; ella lo quería muchísimo, aunque a veces pecaba de no demostrarlo.

A Héctor no le apetecía. Disfrutaba más de una buena conversación acompañada de una Bud Light que de cualquier intento de dominar la pista de baile. Pero cuando Martina intentaba tirar de Rubén, cogiéndole la mano, sintió una punzada en el corazón.

—Si el chico no quiere, no insistas —dijo con tono serio.

Casi se le ve el plumero. No quería admitirlo, pero se sentía atraído por Martina. Jamás le había pasado algo así. Llevaba muchos años con la misma persona y nunca se había fijado en otra mujer. ¿Qué le estaba ocurriendo? Además, siempre había tenido una relación amarga con ella. Su inconfundible chulería le sacaba de quicio, así como sus aires de grandeza. Por eso no entendía la sensación que en ese momento le recorría el cuerpo.

—¡Vamoooss! —gritó Leire cuando empezaron a sonar los primeros acordes de la canción *Obsesión* del grupo Aventura.

Y las dos chicas acapararon la atención de la mayoría de hombres del local. Bailaban como si no hubiera un mañana, como si fuera la última canción de sus vidas. Sus movimientos eran hipnóticos. Nadie podía quitarles la vista de encima.

Para el escritor, cinco cervezas suponían traspasar el límite. Eran ya las dos de la madrugada y tenían por delante un intenso día de trabajo. Había que hacer contactos para intentar vender los derechos de sus libros al mercado latinoamericano.

—Siento cortar el rollo, pero acabo de pedir un Uber —afirmó mientras pagaba la cuenta—. Hay que regresar al hotel.

Así pues, los chicos salieron a Ocean Drive y se montaron en el vehículo. Durante el trayecto de vuelta, Héctor mandó un *whatsapp* a Martina preguntándole si quería tomarse la última en el Hard Rock Café, que estaba cerca del lugar donde estaban alojados. Fue un impulso. Es más, cuando lo envió, no tardó en arrepentirse. ¿Se habría sobrepasado? Era inapropiado. Ella estaba casada y él tenía pareja desde hace muchos años. No estaba bien... Pero antes de que Coronado siguiera fustigándose, ella contestó con un sí. Sin saber por qué, el escritor pensó que era el monosílabo más bonito que existía.

Las siguientes dos horas pasaron entre cervezas y confesiones. Había más de cincuenta personas en el local, pero ellos dos estaban solos. Como metidos en una maravillosa burbuja que los protegía del mundo que los esperaba al regreso. A él, una vida monótona y un sinfín de frentes abiertos; a ella, un marido infiel y una hija de seis años bastante rebelde. Quizá por eso se limitaron a dejarse llevar, a no pensar. En la cabeza de Martina no paraba de resonar un pensamiento: «Es mi autor y no nos llevamos bien, ¿por qué estoy aquí?», mientras que Héctor miraba su móvil cada dos minutos sufriendo por si Raquel, su novia, lo llamaba. En aquel momento, mientras sonaba *It's my life* de Bon Jovi, ninguno de los dos era consciente de lo que el destino les tenía preparado. Quizá por eso, un año después, Martina le dijo que odiaba Miami, rompiendo el corazón de Héctor por enésima vez. Y es que, cuando llega una gran ola, lo mejor que podemos hacer es dejarnos llevar. Si intentamos nadar en contra, podemos terminar ahogándonos.

Al día siguiente por la tarde, mientras Héctor y Martina viajaban en un coche alquilado en dirección a Orlando, él no se reconocía. Detestaba mentir y apenas lo hacía, pero esa mañana se había sentido excesivamente cómodo contándoles a Leire y a Rubén que tenían que quedarse en la Feria del Libro de Miami en busca de contactos, mientras que ellos dos debían ir a Orlando, ya que había surgido una reunión importante. No era cierto. Lo único que Héctor quería era pasar dos días a solas con Martina. Conocerla más. Saber lo que se escondía detrás de esa dura fachada.

Bien temprano, Héctor Coronado tocó a la puerta de la habitación de Martina. Lo hizo con

suavidad, para no alertar a sus otros dos empleados, ya que todas las habitaciones estaban ubicadas en el mismo pasillo. Ella abrió y le invitó a pasar. Solo tenía puesto un minúsculo pijama que dejaba entrever que no llevaba sujetador.

—Pasa y siéntate mientras me ducho. No tardo —dijo ella con aspecto de no haber dormido demasiado.

—Hay cambio de planes: tenemos que ir a Orlando para una reunión. Puede ser la gran oportunidad que he estado esperando —contestó Coronado inmerso en un mar de dudas. Era consciente de que no sabía mentir, como tampoco sabía que desde ese mismo instante no iba a dejar de hacerlo.

Los veinte minutos que Martina pasó en la ducha se hicieron eternos para Héctor. ¿Y si salía desnuda? ¿Por qué estaba fantaseando de esa manera? La imagen de ella en pijama no se le borraba de la mente. Se sentía excitado a la vez que asustado. Pero ella salió con una toalla que le rodeaba todo el cuerpo y que no dejaba lugar a la imaginación. Se había alisado el pelo y Héctor, por primera vez, se fijó en que le llegaba casi por la cintura. Era muy despistado para los detalles.

—Voy a vestirme, espérame abajo —dijo con contundencia.

Una vez montados en el coche de alquiler, Héctor comprendió que ella era más lista que él. Las mujeres tienen un sexto sentido que les hace ir siempre un paso por delante de los hombres, sobre todo en el terreno sentimental.

—No vamos a una reunión, ¿verdad? —preguntó retóricamente.

—No, vamos a un lugar increíble —contestó Héctor con aparente entusiasmo—. A los Everglades.

—¿A los Ever... qué?

Y una hora después, no podían parar de reír a bordo de una aerolancha. Fue una experiencia inolvidable, aunque no vieron ni un solo cocodrilo durante el recorrido por los pantanos. Pero eso era lo de menos. Por primera vez en muchos años, los dos se sintieron invisibles. Totalmente alejados de su dura realidad. Y no querían que esa sensación se esfumase.

Durante las casi cuatro horas de trayecto hasta Orlando, no dejaron de hablar. Se conocieron como ninguna otra persona lo había hecho con anterioridad. Hablaron de sus vidas, de sus miedos, confesaron secretos que nadie más sabía, se revelaron cosas tan íntimas que asustarían, y comprendieron que algo estaba naciendo de la forma menos esperada. Algo que, quizá, no eran capaces de controlar.

—¿Qué lugar es este? —preguntó sorprendida ella.

—Nena, estamos en Cabo Cañaveral, o Cabo Kennedy, el centro espacial de la NASA, y aquí te espera una sorpresa. Vas a ver, en directo, el lanzamiento de un Falcon 9.

De pronto, el estómago de Martina se sobrecogió. Una sensación extraña la invadió. Sabía lo que era, pero hacía bastantes años que no le ocurría. Héctor, la persona menos indicada, había conseguido emocionarla. Se había preocupado por darle una sorpresa. Lo más romántico que había hecho su marido en los últimos años había sido llevarla una noche a una explanada cercana al aeropuerto de Almería para ver los últimos despegues y aterrizajes, pero su autor la había puesto delante del lanzamiento de un cohete de la compañía SpaceX.

—Pues esto es solo el principio —aventuró Héctor, contento porque el favor que le había pedido a su amigo y también escritor David Salvador, ingeniero que había trabajado para la NASA, había merecido la pena.

Y así fue, porque Martina nunca más pudo olvidar los dos mágicos días que pasó en Orlando. Visitaron Disney World, y se sintió la princesa del castillo. ¡Hasta Héctor le compró un gofre con

la cara de Mickey!

—¿Sabías que Walt Disney creó al famoso ratón durante un viaje en tren hace justo ochenta y nueve años? ¿Y que inicialmente pensó en llamarlo Mortimer, pero su esposa Lillian se negó porque consideraba que no era un nombre adecuado para un ratón?

A Martina le encantaban las historias y anécdotas que Héctor le contaba, hasta le hizo gracia el posible origen almeriense, concretamente en Mojácar, que el genio de los dibujos animados tenía. Podía pasar varios minutos embobada mientras escuchaba a Héctor Coronado. Incluso percibía la parte curiosa de los relatos más macabros que él le contaba con el único objetivo de ver la cara de repulsión que ponía.

—Hace pocos días sacaron noventa y cinco cocodrilos de un lago cercano, el Seven Seas Lagoon. Las autoridades se han implicado mucho tras la muerte del niño el año pasado.

—¿Qué niño? No me cuentes esas cosas si no son verdad.

—Ojalá fuese mentira, pero el año pasado, en el lugar más mágico del mundo, que es precisamente donde estamos ahora, un caimán devoró a un niño de dos años, Lane Graves. Fue en el hotel Grand Floridian Resort & Spa de Magic Kingdom —relataba con el entusiasmo que le propiciaba la cara que ella estaba poniendo—. El pequeño estaba dando una vuelta por una playa artificial del complejo, junto a su padre, cuando el cocodrilo salió del agua y sumergió al niño arrastrándolo hacia el lago. Fue en torno a las nueve de la noche y, aunque los padres se tiraron al agua para evitarlo, no consiguieron rescatarlo. Al día siguiente, gracias a la ayuda de más de cincuenta helicópteros, buzos y botes, encontraron el cuerpo sin vida.

—No quiero ni pensar en esa pobre familia —se lamentó Martina.

—Tranquila: se estima que solo hay un millón y medio de cocodrilos en Florida, no tienes nada de qué preocuparte. —Rio él.

Hasta la crueldad más grande sonaba simpática en los labios del escritor. Martina, que siempre había sido una mujer fuerte y con gran experiencia en la vida, se echó a temblar. Su vida estaba a punto de agitarse. Y ya nada sería igual.

Esa noche, ambos durmieron en la misma habitación, pero no pasó nada. Ella estaba tumbada en la cama y él, respetuoso, se recostó en el suelo. Pero no se soltaron la mano. Y tampoco dejaron de hablar. Ella se durmió antes. Estaba preciosa y parecía soñar con algo agradable. Sonreía. Él no podía dejar de pensar en todas las sensaciones que su cuerpo estaba experimentando. Dicen que puedes mirar a una persona durante mucho tiempo hasta que un día la ves. Ese día había llegado. Algo maravilloso se estaba despertando en el interior de Héctor Coronado, pero lo que no sabía es que, a la vez, estaban aflorando los instintos más básicos del ser humano, especialmente un lado oscuro que ni reconocía ni controlaba. Un tornado como los que azotan esa parte del mundo en la que ellos habían redescubierto el amor. Pero los tornados no tienen conciencia, no eligen qué destruir, simplemente arrasan con todo sin preguntar. Sin pedir permiso a nadie. Y lo peor es que no avisa ni ocurre poco a poco, actúa como una bestia.

Segunda parte

«—¿Cuánto tiempo es para siempre? —preguntó Alicia.
—A veces, solo un segundo —respondió el Conejo Blanco».

(LEWIS CARROLL,
ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS)

7.

REYES MARTÍNEZ LO TENÍA MUY CLARO: debía interrogar a Héctor Coronado. El escritor del que todo el mundo hablaba y que ella no conocía parecía ser la clave. Un crimen similar al que relató en su primer libro, y un ejemplar de su última obra al lado del cadáver. Sabía que él tenía cosas que contar: quizá fuera el asesino, pero quería ir sola. Lucas Campillo era fan de Héctor Coronado, con lo que quizá la conversación pudiese contaminarse. ¿Cómo podía hacerlo para que su compañero no se sintiese ofendido? Necesitaba la ayuda del comisario.

—Don Malvido, necesito un favor. —Reyes no dudó en telefonar a su jefe.

—Qué sería te pones cuando quieres pedir algo, niña.

—Me gustaría hablar con el escritor para comprobar qué sabe, pero quiero ir sola. ¿Podría mandar a Lucas a algún otro sitio?

—Le vas a dar un disgusto al pobre chico. No para de hablar de otra cosa desde que salimos de la Alcazaba.

—¿Qué sabe usted de ese escritor? ¿Ha leído sus libros? —preguntó ella.

—A mí no me caben más libros en casa, y los de ese tipo no me llaman la atención —respondió él—. Eso sí, tengo un amigo que dice perrerías de él.

—Si es que a usted le sacan de Pérez-Reverte y se pierde.

La inspectora Reyes Martínez apreciaba mucho al comisario. La había cuidado cuando era pequeña, se había hecho cargo de sus estudios y la había convencido para ingresar en el cuerpo. Era como el padre que nunca tuvo, y en alguna ocasión le había ayudado, especialmente cuando casi abandona el trabajo tras no poder dar con el llamado «asesino de los barrancos». Fue un caso de finales de los ochenta y principios de los noventa. Varios cadáveres de prostitutas aparecieron en Almería capital y sus alrededores. Las estrangulaba después de tener relaciones sexuales con ellas y las despeñaba por algunos barrancos y acantilados. Un asesino en serie estaba actuando y nadie fue capaz de detenerlo, ni siquiera él. Malvido detuvo a varias personas, pero ninguno de ellos resultó ser el autor de los crímenes. Cuando llegaba a casa se derrumbaba, pero ella, siendo todavía una adolescente, lo animaba a base de cariño y esperanza. Hoy, con la aparición del cadáver en la Alcazaba, le pareció percibir en los ojos de Ramón Malvido la misma mirada de aquellas noches. Seguramente, pensó que era la oportunidad de sacarse la espina de aquel caso que tantas críticas le trajo. O quizá, como le había sucedido a ella, el comisario revivió algún fantasma del pasado. Ya no estaba tan ágil como antaño; es más, en los últimos meses había experimentado episodios de olvido, como si estuviera torpe. ¿Acaso por la cabeza del comisario rondaba la posibilidad de un nuevo fracaso a escasos meses de jubilarse? Si fuese así, ella iba a intentar impedirlo por todos los medios.

—¿Y qué es lo que dice su amigo? ¿Por qué no le gustan los libros de Héctor Coronado? Según parece son un éxito.

—Ni idea, solo sé que alguna vez ha escrito artículos para el periódico local diciendo que los libros de Coronado son basura: así, tal cual.

—Algún motivo habrá, no creo que sea un ataque gratuito.

—Mira, niña, Almería es muy pequeña y a veces la gente actúa como si fuese un pueblo. Si alguien escribe sobre un tema, parece que nadie más puede volver a tocarlo, y mi amigo es un historiador que tiene un ego desmesurado y un concepto muy elevado de sí mismo. Creo que el tal

Coronado, en una de sus novelas, relató algo que mi amigo creía suyo, y se enfadó. Aunque no te lo creas, Campillo sabe la historia, pero como no quieres llevártelo...

—Por ahora prefiero ir sola, pero no descarto hablar también con su amigo. ¿Puede pasarme su contacto?

—Se llama Ángel Castellanos y, por las tardes, puedes encontrarlo en la redacción del periódico. Aunque suele tomar café todos los días, a media mañana, en La Dulce Alianza.

—Perfecto, no quiero perder más tiempo. Voy a intentar localizar a Héctor Coronado para ver si tiene algo que contar sobre el crimen.

La inspectora acudió a internet para recabar información sobre el que, según decían, era el escritor más reconocido de la provincia. Había más de trescientos mil resultados en Google sobre su figura. Entrevistas, intervenciones en programas de radio y televisión, noticias de todo tipo, *ranking* de ventas, imágenes de presentaciones y firmas de libros... Pero aquello no le servía. Necesitaba información de personas que lo conocieran. A Reyes Martínez no le gustaba partir en desventaja. Necesitaba datos antes de conversar con él. Le gustaba utilizarlos a su antojo para comprometer al interrogado. Por eso decidió descargarse un *podcast* donde había sido entrevistado recientemente. Lo escucharía de camino a la editorial, cuya dirección había encontrado dentro de su página web. Con suerte, lo pillaría allí. El *podcast* se llamaba *El faro del fin del mundo* y duraba treinta minutos, más o menos la distancia desde el centro de Almería a la oficina de la editorial, donde podría estar Coronado.

8.

25 de octubre de 2018

DESDE QUE HÉCTOR CORONADO aceptó acudir a la entrevista, el equipo del programa no hizo otra cosa que prepararla. Estaban entusiasmados. Por esos micrófonos que los chicos habían pagado de su propio bolsillo, habían pasado invitados de cierto renombre, pero ninguno como el escritor almeriense más vendido. Para Carlos Alonso era una oportunidad única. Había estado soñando con una ocasión así. Si la entrevista salía bien y el escritor se animaba a difundirla, supondría un gran empujón en cuanto a difusión y audiencia. Y *El faro del fin del mundo* tendría el camino abierto para invitar a otros escritores importantes. Él temía que Héctor Coronado se echase atrás a última hora, o que no le gustase el lugar donde se iba a llevar a cabo la entrevista. Seguramente estaría acostumbrado a estudios con más glamur. Pero Alonso confiaba en una baza, y era la originalidad. Habían preparado una entrevista como nunca, fuera de lo típico, con preguntas personales. Si Coronado les seguía el juego, podía quedar un programa redondo. Sinceramente, Carlos Alonso seguía sorprendido por el sí de Coronado. En el correo electrónico en el que aceptaba la entrevista, parecía bastante simpático. Incluso le dijo al propio Carlos que le apetecía, fuera de antena, hablar con él sobre cultos religiosos cubanos y mexicanos, en los que estaba interesado para futuros proyectos. Héctor últimamente no se dejaba ver demasiado de forma pública, y eso que acababa de salir al mercado su nuevo libro *El último baile de Adriana*. ¿Quizás sabía quiénes eran? Lo mismo hasta escuchaba el programa. Alonso fantaseaba imaginando a Héctor Coronado descargándose sus *podcast* en el teléfono móvil y escuchándolos entre viaje y viaje. Y puestos a elucubrar, quién dice que no se acordaba de ellos. Porque no era la primera vez que se veían en persona.

En el rostro de Héctor Coronado se esbozó una sonrisa nada más entrar al sótano donde se grababa el programa. Le encantaron los carteles que decoraban las paredes. El famoso *I want to believe*, de *Expediente X*, las películas *El ataque de la mujer de 50 pies*, *It...* Y no solo eso: había decenas de muñecos Funko Pop de personajes de terror, figuras de plomo de superhéroes, y una impresionante biblioteca donde destacaban incunables del mundo del misterio.

—Gracias por venir, Héctor —fueron las palabras de bienvenida de Carlos Alonso.

—No hay de qué, encantado de que os intereséis por mi trabajo. Además, me apetecen mucho las entrevistas de quienes de verdad se han leído mis libros.

—Yo me llamo Carlos, él es Jesús y ella Atenea.

—Atenea, qué bonito nombre. Palas Atenea, diosa de la guerra, el saber, la justicia, la estrategia..., protagonista de varios mitos como el de Medusa, mi preferido. Bella como ninguna otra mujer, a diferencia de sus hermanas, fue violada por Poseidón en un templo dedicado a Atenea. Tu tocaya, al descubrir la profanación del lugar, convirtió a Medusa transformando su pelo en serpientes y dándole el poder de petrificar a los demás con solo mirarlos...

—Conozco perfectamente esa historia —interrumpió la chica.

—¡Qué borde eres! —dijo Jesús—. Perdónala, debe de estar un poco nerviosa con la entrevista.

—No pasa nada, al contrario. Estarás harta de que todo el mundo te haga algún comentario sobre tu nombre que, por cierto, es precioso. Y que sepas que me encanta tu camiseta de Jurassic Park.

—Ahora me llamarás friki —replicó ella.

—Para nada, más friki que yo no hay nadie. Y no hace falta que os presentéis, os conozco.

—¿Escuchas el *podcast*? —se notó el entusiasmo de Jesús en esas palabras.

—Qué va, siento decepcionaros. Ni siquiera tengo tiempo para ver el programa de televisión en el que colaboro los domingos por la noche. Os recuerdo de aquella «Alerta Ovni» de 2013.

—¿Veis cómo yo tenía razón? ¡Sabía que se acordaría de nosotros! —dijo Jesús Barros dirigiéndose a su amigo Carlos Alonso.

—Bueno, vamos al lío —respondió él—. Seguro que nuestro invitado tiene muchas cosas que hacer.

—Por mí no os preocupéis —contestó el escritor mientras sacaba de su mochila un ejemplar de su nuevo libro y lo ponía encima de la mesa.

Todos se colocaron en sus asientos, cogieron los cascos y los micrófonos y comenzó la grabación de un programa que, *a posteriori*, se convertiría en el más escuchado de la temporada, y que conseguiría nuevos oyentes, entre ellos la inspectora del Grupo de Homicidios de la Policía de Almería.

—Buenas noches y bienvenidos una semana más a una nueva cita con el misterio, con lo insólito, con la historia oculta. Mi nombre es Carlos Alonso y aquí comienza *El faro del fin del mundo*. —Esta fue la introducción del presentador mientras sonaba la canción *My spirit flies to you*, de Los Monjes Budistas.

—Héctor, cierras la trilogía del crimen en nuestra provincia con un nuevo libro basado en el crimen de Adriana García, un caso poco conocido para el gran público. ¿Por qué lo elegiste? —preguntó Atenea.

—Por casualidad cayó en mis manos la narración, de puño y letra, del abogado que en 1926 llevó la acusación. Cientos de detalles que no trascendieron estaban en mis manos y tenía que aprovecharlos para construir una novela sorprendente, donde lo que importa no es el asesino, pues todos sabemos quién fue, sino los motivos, la historia de amor, los días previos, las cartas que se intercambiaban, y sobre todo los detalles. No quiero desvelar mucho, pero el mantón de Manila que Adriana llevaba la noche que falleció reposa en el fondo del océano Atlántico, ya que viajaba en un barco hacia Chile, un barco que naufragó.

—Estamos deseando que lo presentes, Héctor. ¿Tienes ya fecha y lugar? —el siguiente en preguntar fue Jesús Barros.

—Me gustaría hacer la puesta de largo antes de Navidad, en los días previos, y el sitio lo tengo claro: la actual Delegación del Gobierno de la Junta de Andalucía, en el Paseo de Almería.

—¿Y por qué allí? —interrumpió Atenea.

—Porque en ese lugar, concretamente en su Salón Noble, fue donde se celebraba la verbena en la que Adriana fue asesinada. El edificio es el del antiguo Casino de Almería. Y puedo adelantarte que haremos una presentación por todo lo alto precisamente allí, con una escenografía que recreará el crimen.

Todos, incluso el propio Coronado, disfrutaban de la entrevista, especialmente cuando dejaron atrás el libro y se pusieron a hablar de cosas más personales, incluso políticamente incorrectas.

—¿Cómo afrontas las críticas? —preguntó Jesús, a pesar de la mirada de desaprobación de Carlos.

—Al principio mal, me obsesionaba, pero ahora me dan un poco igual. Las que tienen fundamento y son constructivas me las tomo muy en serio, pero al resto no le dedico ni un segundo. Yo antes sufría bastante, ahora sufren quienes las lanzan. —Las palabras del escritor denotaban cierto aire de sentencia.

—¿No crees que el historiador ese se pasa bastante? En el periódico no deberían permitírselo...

—continuó Jesús Barros.

—Bueno, a ellos les interesa. Incluso me propusieron que le respondiese a través del mismo medio, pero como sé que eso tenía como objetivo avivar la polémica y que se vendieran más periódicos, pasé del tema. Y creo que les ha fastidiado bastante.

—Es que con lo de *El hombre del saco* se columpió bastante —Jesús insistía en saber más.

—Se ha pasado en varias ocasiones. Es lo que tiene que te adelanten por la derecha. Y todo el mundo no acepta que pueden aparecer otros escritores o historiadores que tengan ideas nuevas. A eso hay que añadir el lógico relevo generacional. ¡Además: las historias no pertenecen a nadie!

—Yo también soy historiador, ¿qué consejo me darías? —preguntó Jesús de nuevo.

Carlos y Atenea se miraron. Su compañero estaba acaparando todas las preguntas y notaban al invitado un poco atosigado. Además, no soportaban que Jesús dijese que era historiador, más que nada porque no había terminado la carrera y algún día alguien le iba a dar un buen corte con ese asunto.

—Que no te fijes en mí —respondió entre risas Héctor Coronado.

—Pues eres mi ídolo, así que voy a seguir fijándome en ti. Es más, te voy a poner en un compromiso. Me gustaría pedirte, aquí en antena, que hicieses el prólogo de un libro que he escrito sobre Los Millares y sus enigmas.

Aquella petición fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Carlos Alonso. Era su programa, tenía muchas esperanzas puestas en la entrevista, y su compañero la estaba reventando.

—Jesús, lamentablemente tengo que rechazar esa propuesta. Por contrato con la editorial, no puedo hacer prólogos. Lo siento mucho, pero seguro que encuentras a alguien que pueda, y tu libro será un éxito.

Héctor Coronado tenía bastantes tablas ante este tipo de situaciones. Estaba acostumbrado a las peticiones de la gente y había notado la vergüenza en la cara de Atenea y Carlos. Ellos también lo percibieron y, mediante un gesto con la mirada, mostraron su aprobación.

—No nos desviemos, ¿en qué estás trabajando ahora? ¿Tienes un nuevo libro en mente? —preguntó Atenea.

—Sí, y os va a sorprender. Voy a cambiar totalmente de género. Estoy preparando una novela romántica.

—No puede ser, estás de broma —dijo furioso Jesús Barros.

—Es totalmente cierto. Sinceramente, creo que me he encasillado y me apetece demostrarme a mí mismo que soy capaz de hacer algo distinto. Además, es una historia que me toca muy de cerca y escribirla me está sirviendo de terapia.

—¿Y tienes ya título? —volvió a preguntar Atenea.

—Sí, pero esto no lo voy a desvelar. Soy muy supersticioso. Lo único que os puedo adelantar es que el título no tiene nada que ver con el género romántico. Es posible que hasta lo asociéis más con una novela de aventuras, con su fortaleza y todo.

Después de esa pregunta, Carlos y Atenea cogieron las riendas de la entrevista. Jesús dejó de intervenir, como si se hubiera empequeñecido. Salieron a la palestra un sinfín de preguntas que el escritor capeaba con una seguridad que en ocasiones asustaba, como si no fuese él quien respondiese, sino una fuerza interior que se apoderaba de su alma. La fuerza del misterio, pensaron ellos; la fuerza del amor, creía él.

Al finalizar la grabación del programa, llegó el turno de la foto de rigor.

—Una foto para el recuerdo, la primera juntos —comentó Atenea, cuya barrera inicial hacia Coronado se había derrumbado con el transcurrir de la conversación. Su opinión sobre él había

cambiado. Ella, que tanto odiaba a las personas con prejuicios que a lo largo de los años le habían hecho la vida imposible, casi comete el mismo error con su invitado de hoy.

—Será la primera para ti, nosotros tenemos otras dos con él —intervino Jesús.

—¿Otras dos? —se sorprendió Héctor Coronado: le gustaba controlarlo todo y no recordaba un encuentro anterior con los chicos.

—Nosotros sí. La primera fue en la Alerta Ovni, a las tantas de la madrugada, y la segunda en los Premios Argaria de hace dos años.

Con estas palabras, Carlos Alonso pretendía cortar rápido la conversación. Ya habían entretenido demasiado al escritor. No quería aburrirlo. El primer objetivo, el de la entrevista, se había logrado, pero tenía un segundo, poder trabajar con él.

9.

1 de diciembre de 2017

LOS DÍAS POSTERIORES al regreso de Miami fueron extraños para Héctor Coronado. No comprendía por qué se sentía sucio, a pesar de que entre él y Martina no había sucedido nada. ¿Unas cuantas horas de conversación? ¿Un par de días de turismo por Florida? Él jamás había sido infiel, y no solo eso, nunca había estado con otra persona que no fuese su novia de toda la vida. El ambiente en la oficina se había enrarecido. Coronado no sabía disimular su estado de ánimo. Del primero al último de los trabajadores de la editorial sabían cuándo el escritor estaba contento y cuándo estaba enfadado, puesto que pasaba mucho tiempo allí al estar preparando un nuevo libro. Y en estos últimos casos era mejor no decirle nada, ya que, aunque más tarde se arrepentía, lo más normal es que les soltase un corte o una mala palabra.

—Héctor, ¿cuándo ponemos la cena de Navidad de la empresa? —preguntó Leire Domínguez—. Martina es la jefa, pero dice que quiere que vengas, que este año no podemos hacerla sin ti.

A Leire se le notaba su juventud. No distinguía entre los momentos más adecuados para preguntar determinadas cosas, aunque en la oficina había quien pensaba que era más lista de lo que parecía. Coronado, inconscientemente, le permitía demasiado a pesar de ni siquiera ser su jefe, más bien su cliente. Seguramente lo hacía por el inmenso cariño que le tenía, o porque en ocasiones ejercía de hermano mayor no solo en el trabajo, sino por los muchos consejos que le daba para su vida. A veces le gastaba bromas por esto último, diciéndole que no le iba a cobrar nada por ellos. Los demás no entendían esa relación, pero el escritor no quería cambiarla. Es posible que fuese la única persona que realmente conocía a Leire, y le apenaba que, por su forma de ser, los demás se llevaran una impresión equivocada. Era demasiado pasota, egocéntrica y egoísta, y eso en un trabajo no es una carta de presentación muy adecuada.

—Este año no me apetece mucho ir de cena.

—¿Y el pasado sí? —replicó Leire con una ironía descarada.

—Déjame hablar, Leire. Iba a decir que este año me apunto, pero tengo que elegir el sitio. Quiero que cenemos en el restaurante mexicano de un amigo, La Lupita, frente al Auditorio de Roquetas de Mar.

—¡Qué listo! Como vives al lado, puedes beber lo que quieras, ya que no tienes que coger el coche —respondió ella en un tono no demasiado adecuado.

Pero antes de que Héctor pudiera cortarla, intervino Rubén Salmerón. Sus palabras fueron una mezcla de intenciones para suavizar la conversación, pues todos notaron que la respuesta de Leire se alejaba de lo correcto para dirigirse a un escritor, y por supuesto de su necesidad de que las chicas sintiesen que él siempre estaba ahí.

—No te preocupes, Leire: no voy a beber, así que puedo llevar el coche, y quien quiera se puede venir conmigo.

Martina no dijo nada. Tampoco es que hubiera hablado mucho días atrás, y eso descolocaba a Héctor. ¿Se habría arrepentido de lo ocurrido en Miami? ¿O es que realmente, como no sucedió nada, para ella no tenía ninguna importancia? Quizá su condición de editora y casi jefa, la frenaba. La incertidumbre era más fuerte que él. No le dejaba dormir, y sus inseguridades salieron a flote. Él no tenía experiencia en la vida en cuanto a relaciones. Llevaba con la misma persona desde que acabó la carrera y, seguramente, estaba desactualizado. Al contrario que Martina, Héctor nunca

salía con amigos, no pisaba la noche, no hacía viajes sin su pareja, iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Ella no. Salía con sus dos amigas todos los viernes, sábados y domingos. Iba a conciertos, se perdía en otras ciudades los fines de semana, y la conocían en todos los *pubs* de Aguadulce. Era muy popular. Héctor Coronado, que por su trabajo había estado en lugares donde habían asesinado a personas, había visto cadáveres, pasado noches en edificios abandonados y cementerios, nunca sentía miedo. Hasta hoy. Ella se lo producía; o más que ella, su seguridad. ¿Por qué no se la podía quitar de la cabeza? ¿Por qué había anulado varias entrevistas simplemente por estar en la oficina viéndola, aunque ni siquiera hablasen? ¿Por qué volvía a sentir la misma punzada que cuando, días atrás, invitó a bailar a su ayudante? Le pasaba constantemente. Cuando se agachaba a atarse los cordones de las zapatillas dejando ver más de la cuenta, cuando se acercaba a algún compañero y ponía su brazo sobre el respaldo de su silla, cuando reía y le sacaba más conversación de la cuenta a algún otro escritor del sello... ¿Por qué le estaba sucediendo todo eso? Además, estaba dando por hecho algo casi imposible: que ella se fijase en él. Su marido era una mezcla entre un Madelman y Leonardo DiCaprio. ¿Qué posibilidades podía tener? ¿Y qué decir de su anterior novio? Habría dado el pego en un desfile de modelos. O de los chicos que, un día sí y otro también, la atosigaban por las redes sociales pidiéndole una cita. Por más que intentase autoconvencerse, era una locura. ¿Pero qué hacía con esas mariposas que desde hacía unos días no paraban de agitar su estómago?

«Solo es una respuesta fisiológica del organismo, Héctor —se repetía una y otra vez—. Una vez leíste un estudio de la Universidad de Westminster, dirigido por un doctor en fisiología, que exponía que la clave era el sistema nervioso autónomo. Tu cuerpo es capaz de realizar situaciones, aunque nuestro cerebro no tenga voluntad sobre ello, tranquilízate». Pero no lo conseguía. Cualquier cosa que escapase a su control ponía nervioso a Héctor Coronado. Por eso odiaba las sorpresas, los sobresaltos y la falta de planificación. Lo que estaba claro es que tenía que hacer algo, tanto para bien como para mal. Y le mandó un mensaje por *whatsapp*.

—Hola, me gustaría que hablásemos. Creo que tenemos una conversación pendiente.

—¡Hola! Hablamos cuando quieras, dime —Martina no tardó ni treinta segundos en responder.

—Es que me pasa algo contigo y necesito salir de dudas.

—A mí también me pasa algo contigo.

—Espero que sea lo mismo.

—Es lo mismo.

Héctor Coronado pudo leer cien veces esa conversación. Una y otra vez. Su estómago le iba a estallar. El aleteo de las mariposas se había convertido en un *tsunami*. Y fue en ese momento cuando comprendió lo equivocado que estaba. Siempre había creído que podía elegir. «Querer es poder», se había dicho toda la vida. Todo se acababa de desmoronar. No era el dueño de su destino. Es que esto tenía poco que ver con eso, ni con la suerte, ni con lo que está escrito en las estrellas. El amor le había encontrado a él, no él al amor. Martina había entrado en su vida como si supiera que él le tenía un lugar reservado en su corazón. Por primera vez, el afamado escritor Héctor Coronado estaba aterrorizado.

10.

LA CENA DE EMPRESA tuvo lugar el uno de diciembre en uno de los locales favoritos de Héctor Coronado. Entre sus *hobbies* y manías había una muy clara: comer bien. No solía ir a restaurantes de alto *standing*, aunque su cuenta corriente se lo posibilitase. Prefería acudir a sitios especiales, donde se englobasen varios factores esenciales para el escritor: buena comida, calidad en la materia prima, trato exquisito y que siempre hubiera un hueco disponible para él. Si se le olvidaba reservar, seguramente al encargado o al camarero se le ocurría algo para no dejarlo fuera. Sí, parece pedante y prepotente, pero Coronado no lo veía así. Él se lo tomaba como una muestra de compromiso, de interés por el cliente. Y La Lupita era uno de esos lugares. Además, tenía magia. Porque Héctor Coronado creía en ella a pesar de que la vida se había empeñado en hacerla desaparecer. Para él, la magia significaba llorar en el cine después de ver una gran película; el recuerdo que despierta dentro de ti una canción; el paso del llanto a la sonrisa de un bebé cuando de pronto te mira; el delfín que, inesperadamente, salta del mar mientras tú tenías la mirada clavada en el horizonte; o la estrella fugaz que te sorprende cuando intentas identificar las constelaciones del universo. Si algo sabía Héctor Coronado es que las cosas que más feliz te hacen son las que tienen menos valor económico, incluso ninguno.

La Lupita le proporcionaba esa magia. No porque el lugar estuviese excepcionalmente decorado o fuera muy acogedor, precisamente por todo lo contrario. Un aspecto extraño a la vez que auténtico; la singularidad del matrimonio que lo regentaba: un mexicano llamado Jorge y su mujer rumana, acompañados de su graciosa hija Alejandra y de un camarero de lo más amable que respondía al nombre de Roowart; su decoración a base de cuadros de Frida Kahlo, jarapas y artesanías mexicanas varias, y por supuesto las famosas calacas y calaveras de colores que pretendían rendir homenaje a los muertos; y la constante banda sonora entre norteñas, corridos y rancheras. Allí se dio cita toda la oficina y pasaron una velada excepcional entre el buen humor de Leire, los aprietos en los que el resto de chicas ponían a Rubén, e incluso las confesiones provocadas por el alcohol de los que menos hablaban. Mientras, Martina y Héctor permanecían callados. También Pilar Hidalgo, otra compañera, aunque por distintos motivos. Esperaban su momento, la despedida. Después de un buen homenaje a base de auténticos tacos, totopos y sopes, todos estaban deseando llegar a casa. Menos los enamorados. Era su noche, la noche en la que sus vidas quedaron marcadas para siempre.

Martina había reservado una habitación en un hotel cercano. Su atrevimiento consiguió que Héctor se pusiera aún más nervioso. Como si de un torbellino se tratase, cuando se vino a dar cuenta estaba en una habitación con ella, y no sabía qué hacer. Estaba completamente bloqueado. Sin tiempo para pensar y reaccionar, ya tenía la lengua de Martina dentro de su boca, jugueteando. Ella disfrutaba viendo el sufrimiento y la vergüenza del escritor. Una figura nacional reducida a un monigote en manos de la seguridad de una auténtica mujer con las ideas claras. Estaba a su merced. Héctor ni siquiera fue capaz de desvestirla. Ella sola se quitó la ropa, y aquella imagen jamás se le borraría de la memoria. Héctor Coronado había viajado por todo el mundo, había visto las maravillas más impresionantes que existen. El equinoccio de Chichén Itzá con el descenso de la serpiente, el Coliseo de Roma, la Capilla Sixtina, el *David* de Miguel Ángel, el monte Saint-Michel con la marea alta, Stonehenge, la Puerta de Ishtar..., pero el cuerpo desnudo de Martina sobrepasaba todo eso. Desde entonces, no hubo día que no recordara aquella

maravillosa estampa. Tal era la excitación que el escritor sentía que se volvió loco. Se recostó sobre ella y sus sexos fueron uno. Lamentablemente para ambos, sobre todo para la hombría y seguridad de Coronado, no se pudo contener. Aquella primera vez fue un desastre, pero sirvió para que ambos descubriesen que, a partir de entonces, cuatro letras marcarían su destino. Cuatro letras que les llevarían a vivir los mejores momentos de sus vidas, y que también les demostrarían que se sentían vivos aunque realmente estuvieran muertos. Amor.

Héctor Coronado acababa de descubrir una de las pocas verdades absolutas que existían: no era feliz. Antes de conocer a Martina, o más bien antes de «verla», tenía todo lo que le hacía falta para ser una persona afortunada: una vida estable, una novia que le quería, solvencia económica, reconocimiento público..., pero cuando la editora entró en su vida, todo cambió. El mundo de Coronado estaba vacío, era un espejismo, una fachada que él mismo se había creído. Se estremeció al pensar que su vida, su ya antigua vida, jamás volvería a hacerle feliz.

El castillo del rey LEIRE ME ACABA DE LLAMAR. ¿Qué haría yo sin ella? Me ha avisado de que viene a buscarme una inspectora de la policía de Almería, Reyes Martínez. Han estrechado el cerco por mi torpeza. Me lo merezco. Pero me lo voy a tomar como un reto. Dicen que mi contrincante es hábil, y a mí me gusta jugar. Hacía tiempo que no tenía un rival a mi altura. Además, ella no sabe que también he recibido la llamada de la periodista contándome todos los detalles del cadáver de la Alcazaba. Esa chica no cambia, siempre buscando carnaza. Una mujer asesinada en el mismo lugar que uno de los crímenes de mi primer libro. Detesto la prensa sensacionalista, pero esta vez me ha venido bien.

De niño tuve la oportunidad de participar en una obra de teatro para celebrar el fin de curso. Tenía claro que mis compañeros no conocían la verdadera historia del cuento de Charles Perrault que íbamos a representar, y quizá fuese lo mejor, ya que más de uno se hubiera orinado encima. La auténtica moraleja del cuento es señalarnos que existen cosas prohibidas, que debemos mantener al margen del ser humano. Una joven de Los Alpes es enviada a llevar pan y leche a su abuela, teniendo que atravesar un bosque. Ese era el paso de ser niños a ser adultos. En el bosque habita lo salvaje, el lobo. Algo que Caperucita sabe y tiene que afrontar. Cuando consigue superar esta prueba y llegar a casa de su abuela, esta le pide que guarde el pan y la leche, y que se coma la carne que había preparado para ella. Lo que no todo el mundo sabe es que la anciana pide a Caperucita que, cuando termine de cenar, se quite la ropa y la queme para después acostarse junto a ella en la cama. La chica, desnuda y recostada en la cama, oye las terribles carcajadas del lobo, que era quien la acompañaba en el lecho. En ese momento, Caperucita descubre que se acababa de comer a su abuela, habiendo cometido canibalismo. Sin tiempo para reaccionar, es el lobo quien termina devorando a Caperucita, no sin antes disfrutar de su joven cuerpo.

Era normal que el cuento se transformase a través del tiempo. Si me pongo a pensar en mis compañeros de pupitre, ninguno hubiera sido capaz de afrontar la realidad. En nuestra representación, yo era el lobo. Me disfracé de abuela para comerme a Caperucita, pero un cazador consiguió salvarla y matarme. Y es que al lobo, por mucho que se camufle, siempre se le acaban viendo los dientes. Yo espero poder ocultarme mejor que en aquel teatro infantil, aunque todo dependerá del recuerdo de Martina. Espero que no me atormente demasiado hoy. Porque cuando todo está en silencio, y cuando el silencio se vuelve tan intenso que la echo de menos con toda mi alma, siempre intento consolarme con lo mismo: no puedo verte, pero sé que estás ahí. Contigo hasta el infinito, mi amor.

La muerte no nos roba los seres amados. Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo. La vida sí que nos los roba muchas veces, y definitivamente.

(FRANÇOIS MAURIAC)

11.

LA VISITA A LA OFICINA de la editorial que publicaba los libros de Coronado había sido infructuosa. El escritor no estaba allí, y los trabajadores habían jugado al despiste. O tenían instrucciones previas, o era su forma de actuar cuando algún extraño se presentaba en la oficina con intención de preguntar por alguno de los escritores que llevaban. Incluso la chica que había abierto la puerta a Reyes Martínez se había hecho la tonta, como si no lo conociese. Ni siquiera se pusieron de acuerdo cuando ella preguntó por la última vez que estuvo en la editorial. Leire, que así se llamaba quien la había atendido, le dio un sospechoso dato después de marearla y hacerle perder el tiempo. Héctor Coronado solía almorzar en un bar llamado Sacacorchos, a pocos minutos de allí. Algo es algo, pensó, pero le repateaba haber tirado por la borda unos minutos que podían ser muy importantes. Es posible que ya hubieran puesto sobre aviso al escritor.

Aun así, la inspectora no desaprovechó el tiempo de espera. Se había fijado en el galardón del Premio Argaria que lucía radiante en una de las estanterías de la oficina, y al que habían hecho referencia en el *podcast* que acababa de escuchar. También observó a todos los que trabajaban allí. La dispuesta chica que la había atendido, el chico tímido que estaba probando varios diseños en un ordenador, la contable que parecía tener bastante mala leche bajo sus grandes gafas, una comercial muy jovencita que intentaba distribuir los ejemplares de las últimas novedades del sello editorial, y una chica muy seria que no le quitaba mirada. Tenía abiertas las páginas de Twitter, Facebook e Instagram. Seguramente se encargaba de llevar las redes sociales de los escritores y de la propia empresa. «Es el escritor que más vende de Almería —decía la comercial—: ha vendido más de medio millón de ejemplares de sus anteriores obras en todo el país». La inspectora hacía cuentas con ese dato. Simplemente con que le correspondiesen dos euros y medio por cada libro, Héctor Coronado podía tener una cuenta corriente de más de un millón de euros. ¿Por qué se iba a complicar la vida asesinando a una mujer? Algo no cuadraba, pero pensaba descubrirlo aquel mismo día.

De camino al Bistró Sacacorchos, como así se llamaba el bar en el que supuestamente iba a encontrar a Héctor Coronado, la inspectora Reyes Martínez llamó a su compañero Lucas Campillo. Necesitaba saber si había alguna novedad con respecto a la autopsia o a la policía científica.

—Lucas, ¿tenemos ya los resultados de la autopsia?

—No, Candela no nos ha dicho nada aún.

—Joder, se nos echa el tiempo encima... y no tenemos nada.

—¿Dónde estás, Reyes? —El tono de Lucas denotaba mal humor.

—Voy a encontrarme con Héctor Coronado, ¿por qué lo preguntas de esa forma?

—¿En serio no lo sabes? Somos compañeros desde hace bastante tiempo, y conocías perfectamente la ilusión que me hacía poder hablar con Coronado, estar presente en esa conversación.

—Sinceramente, Lucas, he creído que esto era lo más conveniente. Tú eres fan y no quería que cayeses en la subjetividad.

—Me ofende lo que acabas de decir, Reyes. Creo que he demostrado mil veces mi profesionalidad. Tengo un expediente intachable, y tú precisamente deberías saberlo.

En aquel momento la inspectora se sintió mal. Las ganas de resolver el caso con rapidez la habían cegado. El subinspector Campillo merecía formar parte de todo eso y ella no había pensado con claridad. Estaba insinuando a su compañero que no era objetivo, cuando ella misma acababa de pecar precisamente de eso. Mil imágenes le recorrieron la mente: las confesiones en las largas noches de vigilancia, los consejos que Lucas le había dado, especialmente en materia de relaciones, el día en que le salvó la vida en el tiroteo de Piedras Redondas y, sobre todo, las veces que callaba los mareos que Reyes tenía y que podían conllevarle tener que dar más de una incómoda explicación. Solo por eso, Lucas merecía haber ido con ella.

—Lo siento, Lucas. —A Reyes le costaba un mundo pedir perdón—. Te debo una bien gordita.

—Y ya van unas cuantas —suavizó Lucas la voz apreciando el gesto de su compañera, aunque el enfado seguía allí. Él tenía mucha información de Coronado y podía haber sido útil en ese primer encuentro.

—Como te decía, Reyes, de la autopsia no sabemos nada, pero sí de la pistola que había junto al cadáver.

—Sorpréndeme...

—Es una Bayard de 1908, auténtica.

—Eso es raro, ¿verdad? Es un arma casi de coleccionista.

—Y sin el caso. Aunque no es demasiado apreciada ni difícil de conseguir, no creo que en Almería abunden. Es del calibre 7,65 mm y tiene capacidad para cinco cartuchos.

—¿Te suena que el escritor fuese aficionado a las armas?

—Me he leído todas sus entrevistas en prensa y he visto todas sus intervenciones en televisión. Nunca ha mostrado el menor interés por las armas —contestó Lucas con cierto orgullo. En el fondo, quería que Reyes estuviera convencida de su error al no contar con él.

—Pide a los compañeros de la científica que analicen tanto la pistola como el libro por si hubiera huellas...

—Ya lo han hecho —la interrumpió el subinspector Campillo—. En la pistola hay huellas de dos personas distintas, las dos sin fichar según nuestra base de datos. En el libro hay hasta seis tipos de huellas, en las mismas condiciones.

—Que busquen a los coleccionistas de armas y antigüedades que existan en Almería capital. Quizá alguno haya sido víctima de un robo. Ya he aparcado en la puerta del bar donde debe de estar Coronado. Después te cuento.

12.

LA INSPECTORA REYES MARTÍNEZ había llegado. Situada frente a la puerta del Bistró Sacacorchos, algo dentro de sí le decía que estaba a punto de tener un encuentro fascinante. Tenía sentimientos encontrados. Ella, que había investigado cientos de casos y había dirigido unas cuantas investigaciones *a priori* más complicadas, sabía que esta vez era especial. Sentía incertidumbre a la vez que excitación por la aventura que ya había comenzado. Con todos los interrogantes que había en su cabeza, lo que más le preocupaba era que los fantasmas del pasado, esos que le nublaban la vista en momentos poco oportunos y que incluso la hacían perder el conocimiento, apareciesen de nuevo. Hacía bastantes meses que los había dejado enjaulados.

*Ella tiene una sonrisa que me transporta a recuerdos de la infancia, donde todo era tan fresco y brillante como el cielo.
Cuando veo su cara,
me lleva a ese lugar especial en el que, si me quedara mirándola demasiado tiempo, me derrumbaría y lloraría.
Detesto mirar esos ojos y ver dolor.
Su pelo me recuerda un lugar cálido y seguro donde de niño me escondería.
Reza por el trueno.
Y por la lluvia, dulce niño mío.
¿Adónde vamos ahora?
¿Adónde vamos?*

Los Guns N'Roses, cuya canción *Sweet Child O'Mine* sonaba en ese momento en el Bistró Sacacorchos, no habían podido definir mejor lo que Héctor Coronado sentía. A la inspectora Martínez le sorprendió la música, que además estaba un poco alta. La canción le encantaba, pero no se la esperaba en esa especie de taberna moderna, de decoración tan impactante como elegida con un gusto extraño y exquisito..., a veces demente. Paredes y suelos de madera, taburetes altos y de colores, una barra azul con pequeños ladrillos hasta el suelo... y la pared más llamativa que había visto en mucho tiempo. Estaba completamente dibujada con tintes de locura. Lo mismo veías un pez globo y un niguiri de atún, que palabras aleatorias como *Aloha, Fiesta, Wild* o *Stay*. Un brazo de pulpo parecía proteger el título de una de las míticas películas que se han rodado en Almería: *El bueno, el feo y el malo*. Y por si fuera poco, una muela, la cabeza de Homer Simpson y hasta la foto de una chica de St. Pauli. En la pared contraria, varias macetas y una bicicleta colgaban con aparente fragilidad.

—¡Julio, por favor, pon una cerveza a la inspectora del Grupo de Homicidios de la capital!
—Se hizo notar una voz al fondo.

Era Héctor Coronado. Dio el primer golpe mientras marcaba su territorio. Y consiguió su objetivo: descolocar a Reyes Martínez. No era fácil, pero ella sintió que desde el minuto cero partía con desventaja. Tras unos segundos de duda en los que puede que le temblasen las piernas, cayó en la cuenta de que la chica de la editorial habría llamado a su autor.

—No se preocupe, inspectora, a mí tampoco me gustan las sorpresas ni la sensación de no tenerlo todo controlado, los psicópatas somos así —continuó antes de soltar una carcajada.

—Veo que ya me conoce, no creía ser tan famosa —intentó ella recobrar el control, o al menos volver al empate.

—Alguien como usted no puede pasar desapercibida. No creo que el cuerpo de Policía Nacional de Almería esté plagado de mujeres así.

—¿Así cómo? Me parece que no está empezando con buen pie, le recuerdo que soy inspectora de la policía.

—Y menos si viene a preguntarme por el cadáver que han encontrado esta mañana en la Alcazaba —remató él como si de un partido de tenis se tratase.

«Dos a cero», pensó ella. Ahora sí que estaba contra las cuerdas en el primer duelo psicológico, y detestaba esa sensación. El local estaba prácticamente vacío. Tan solo dos hombres en la barra, que no quitaban ojo a la escena, y una pareja de enamorados haciendo manitas en la mesa alta del fondo. Sinceramente, ella no se esperaba una situación así. Incluso él la descolocó. Había visto varias fotos suyas en internet, pero estaba distinto. Más delgado y aparentaba menos de treinta años. Vestía con una camisa amarilla de la marca Armani (se apreciaba el logo en el puño), y una corbata oscura. Unos pantalones Dockers beis y unos zapatos Sebastian Tarek demostraban que le gustaba cuidar su imagen, sin importarle el dinero. El valor de su atuendo y complementos podía superar los cinco mil euros. Juvenil pero elegante. Su pelo rubio como el oro se acomodaba de forma cuidada. No era atractivo, pero tenía algo que encandilaba, que captaba la atención de los demás, y no precisamente por ese moderno bigotillo con el que pretendía estar a la moda.

Héctor Coronado también analizó a su contrincante. En su mente la había llamado así porque sabía que venía a intentar relacionarle con el cadáver de la chica encontrado en la Alcazaba. A primera hora de la mañana, había recibido la llamada de Eva, la reportera del periódico local. Cuando Eva llamaba con información es porque buscaba algo a cambio. Creía que era de esas periodistas que, por una primicia acompañada de un buen titular, era capaz de hacer cualquier cosa, principalmente mentir o utilizar información a cambio de otra. Como ella había leído los libros de Coronado, sabía perfectamente que en el primero de la trilogía sucedía algo similar a lo de hoy. También recabó información sobre la inspectora que llevaba la investigación. La periodista no tuvo reparos en darle el nombre, y tan solo le hicieron falta un par de llamadas a amigos policías para tener unos pocos datos que le ayudasen en su duelo dialéctico. Leire, su maquetadora, había hecho el resto avisándole de la visita que estaba a punto de recibir. Pero, a pesar de haberle mostrado una declaración de intenciones algo contundente con el objetivo de desarmarla, se sorprendió al verla. Pelo rizado y moreno, bastante largo. Piel oscura, pantalones anchos que quizá intentaban disimular una dieta descuidada en los últimos meses, una blusa verde oscuro de manga corta que no dejaba lugar a la imaginación, y un *piercing* en la nariz. Y era alta, altísima. Todo eso le pareció curioso, y así se lo transmitió.

—No imaginaba que las inspectoras condecoradas llevaran *piercings* —dijo él con ánimo de seguir intimidando.

—Espero que no sea usted de esas personas que juzgan a los demás por su apariencia. ¿No le gustan los *piercings*? ¿Tampoco los tatuajes? —contestó ella intentando ganar seguridad.

—Los *piercings* no me gustan, aunque sí los tatuajes, pero nunca me haría uno. Y mucho menos dos como usted.

Héctor Coronado volvió a demostrar tener el control. Se había fijado en las dos pequeñas estrellas fugaces que decoraban sus codos.

—Veo que a observador no le gana nadie.

—No se crea: usted tampoco se queda atrás ni mucho menos. Lo que ocurre es que yo soy más

directo, más del refrán «la mejor defensa es un buen ataque», y creo que a usted le gusta más identificar el punto débil y esperar el momento para hacer directamente un jaque mate.

—Perdonad que interrumpa —dijo Julio, el camarero—: os dejo las dos copitas de cerveza. ¿Qué les marchó?

—Tráenos un tomate raf con ventresca, tartar de atún con huevo y dos niguiris flambeados de salmón —pidió el escritor con mucha decisión.

—¿Y si no me gusta lo que ha pedido? —Reyes Martínez no cejaba en su empeño de ganar algo de terreno.

—No me fio de las personas a las que no les guste la buena cerveza, y aquí es Estrella Galicia; que no disfruten de uno de nuestros tesoros, el tomate raf, y no sientan atracción por la comida asiática. Y usted es una mujer con clase, así que no se me pasa por la cabeza que no sea de las mías.

—Le compro lo de la cerveza y lo del tomate, pero soy delicada para lo asiático.

—Porque nunca ha venido a mi refugio. Va a cambiar de opinión.

—Señor Coronado, si ya sabe por qué estoy aquí, creo que es mejor que vayamos al grano.

—Muy bien, usted dirá. ¿Tengo que preocuparme? ¿Va usted a detenerme?

—Eso depende de lo que haya hecho y de lo que me conteste. Por lo pronto, prefiero disfrutar de la comida. Me la ha vendido muy bien, así que pienso aprovechar nuestra charla para saber por qué alguien a quien le pegaría más estar en restaurantes Estrella Michelin, aquí se siente como pez en el agua.

—Se nota que no me conoce. Soy una persona muy sencilla. Lo único que quiero es ser feliz, y para mí la felicidad está en las pequeñas cosas, no en los lujos. Una buena conversación, una agradable comida en un lugar donde te atiendan bien, y un buen misterio que resolver.

—Pues vamos a intentar resolver este —Reyes empezaba a sentirse más segura—. ¿Conocía usted a la mujer asesinada?

—Veo que se salta los prolegómenos. Eso es que ya ha visto algún punto débil.

—Conteste a la pregunta si es tan amable, por favor. —Las palabras de la inspectora cada vez tenían más fuerza—. Me imagino que esa periodista, además de darle la información, también le ha enseñado una foto del cadáver.

—Imagina usted bien. Pero no conozco a esa chica. No la había visto en mi vida.

—¿Y cómo es que tenía uno de sus libros, concretamente el último, dedicado de forma especial?

—No creo que tenga la culpa de que la difunta tuviese buen gusto literario. Es más, dudo que la matasen por eso. O quizá sí, ahora que lo pienso.

—Señor Coronado, no creo que sea muy ético bromear con un crimen.

La paciencia de Reyes Martínez estaba empezando a agotarse. No le gustaba que el escritor estuviese echando balones fuera para desviar la conversación.

—Vale, vamos a ponernos serios. Como usted comprenderá, no puedo acordarme de todas las personas a las que les dedico libros. He vendido...

—Sé perfectamente el número de ejemplares que ha vendido. Pero no creo que a todos les ponga una dedicatoria tan especial como la que le hizo a esa chica, no le pega nada.

—¿Qué dedicatoria? Yo siempre pongo la misma, la originalidad no es uno de mis puntos fuertes.

—¿Y el asesinato?

—Eso sí, pero siempre y cuando sea literario. ¿Usted me ha visto? Hago un poco de ejercicio todas las mañanas, salgo a correr por las noches pero no tengo fuerza suficiente como para matar a

alguien. Además, no iba a poner en riesgo alguno de mis trajes. Las manchas de sangre no salen bien.

—Más vale maña que fuerza, dice el refrán, y usted es muy inteligente, a la par que irónico, por lo que veo.

—Gracias. Después de media hora de conversación he conseguido el primer piropo.

—«No dejes que nuestros miedos nos impidan ser quienes somos. Contigo hasta el infinito, en el castillo del rey para la eternidad, nuestro refugio para hacernos invisibles». Esa es la dedicatoria que había escrita en el libro. ¿En serio quiere que me crea que le pone eso mismo a todo el mundo?

Héctor comenzaba a ponerse nervioso. La inspectora lo acorralaba. Y para esa pregunta no tenía ninguna respuesta convincente. Le fastidiaba mucho haber cometido ese fallo. Además, Reyes Martínez le intimidaba. No por el hecho de ser una policía que investigaba homicidios, sino por ella. Estaba empezando a darse cuenta de que tenía «algo». Sobre todo cuando le hablaba. La forma de tocarse el pelo, su piel demasiado morena para ser invierno... y sobre todo sus ojos. No los tenía bonitos. Tampoco era su mirada. Le intimidaba su forma de mirar. Eso era. En ella había un encanto especial.

—Supongo que quise hacerme el interesante con ella. Por la foto, parece bastante guapa.

—¿Eso qué significa? ¿Coquetea con sus lectoras y después las mata?

Demasiadas preguntas comprometidas. Al final, la inspectora había conseguido darle la vuelta a la tortilla. Ahora era él el que estaba contra la espada y la pared.

—Aquí tienen lo que han pedido. —Inconscientemente, Julio le había dado un respiro a la conversación—. Que aproveche.

—¿No cree usted que sus preguntas son un tanto agresivas? ¿Me está acusando de algo? Si es así, debo saberlo por si tengo que llamar a mi abogado.

—No se ponga nervioso y disfrute del niguirí, que, por cierto, está buenísimo.

Por primera vez, la inspectora estaba disfrutando. Se sentía ganadora. Héctor Coronado tenía mucho que ocultar y ella acababa de darse cuenta.

—Y ya verá cuando pruebe el huevo con atún.

—¿Qué es «El castillo del rey», señor Coronado?

—Eso es algo personal. Un lugar al que no todo el mundo puede ir. Una metáfora. No tiene por qué ser un espacio físico, así como tampoco puede ser el mismo lugar para todo el mundo.

—No le creo; pero no se preocupe, tarde o temprano lo encontraré. ¿Qué estuvo usted haciendo anoche?

—¿Tengo que contestarle a esa pregunta? ¿También me va a preguntar por mi vida íntima? Creo que esta conversación está tomando un giro que no me gusta. He querido atenderla, ser simpático, contestar a sus preguntas sin tener por qué. Si me está intentando relacionar con el crimen, no tiene nada. Tan solo un libro dedicado por mí. ¿Sabe cuántos libros se han editado? Eso no prueba nada. ¿Y la dedicatoria? Ahora mismo le voy a regalar uno de mis libros y le voy a poner las mismas frases. Espérese un momento.

El escritor apartó la silla, se levantó y se dirigió hacia la puerta con gesto malhumorado. No le gustaba perder. Aunque, si lo pensaba fríamente, hacía tiempo que no tenía un rival a su altura. Y le encantaba competir.

—Perdone, se le ha caído algo del bolsillo.

—Gracias —dijo mientras lo recogía.

—¿Puedo saber qué es? —preguntó con curiosidad la inspectora.

—Es un bolígrafo dispensador de insulina. Con tanta conversación se me había olvidado inyectármela.

—¿Es usted diabético?

—Sí. Como comprenderá, no me pincho por gusto.

—Entonces debería tener más cuidado. Si va perdiendo por ahí estas cosas, alguna vez puede tener un susto.

—Sinceramente, y no tendría por qué contárselo, ese es uno de mis defectos: soy muy despistado. Pierdo los bolis de insulina constantemente, por eso mi novia siempre me deja algunos en la guantera del coche.

—¿Tiene usted pareja? Vaya, esto se pone más interesante.

—¿Acaso está intentando ligar conmigo, inspectora? Pues desde ya le digo que atosigar a alguien con preguntas e insinuarle que es un asesino no es una buena forma de cortejar.

—No me va a volver a llevar a su terreno con esos juegucitos dialécticos, Coronado.

—No pretendo llevarla a ningún lugar. Sé que es usted una mujer lista, fuerte y que ha llegado donde está a base de esfuerzo. Nadie le ha regalado nada, al contrario. Lo ha tenido más difícil que los demás.

—No sabe usted nada de mí.

—Por supuesto que no, pero sí sé que no es habitual encontrar a una mujer de raza árabe que haya llegado a ser inspectora de un Grupo de Homicidios.

Como si de un partido de fútbol se tratase, cuando este parecía ganado por Reyes Martínez, la última jugada devolvió el empate.

Coronado volvió del coche con su libro y se lo regaló a la inspectora poniéndole la misma dedicatoria.

—No sé si tendré tiempo de leerlo.

—Usted se lo pierde. ¿Terminamos de disfrutar de la comida?

—Me parece correcto, pero no voy a dejar de preguntarle.

—Pues ya es cosa mía si le contesto o no. La comida está de lujo y no quiero perder bocado.

—Supongamos que me creo lo que dice. En ese caso tengo que pensar que alguien quiere incriminarle. —Reyes Martínez no iba a dejar de insistir por mucho que Héctor Coronado hubiese decidido no seguir hablando—. ¿Tiene usted enemigos?

—¿Qué pregunta más graciosa! ¿Enemigos? De todo tipo. ¿Alguna preferencia en cuanto a sexo, edad o color?

—¿Y por qué tiene usted enemigos? ¿A quién le ha hecho daño?

—Conscientemente, a nadie. Pero mi vida es muy complicada. No todo el mundo acepta que las cosas me vayan bien, que mis libros se vendan, que salga bastante en prensa, que colabore con un programa de televisión, que trate ciertos temas en mis libros, y así podría estar un buen rato.

—Me deja usted de piedra. —Reyes también sabía mentir—. Por lo que tengo entendido, todo el mundo le quiere.

—O me odia. No tengo término medio. Fíjese que esta misma semana he sido amenazado de muerte.

—¿Y no lo ha denunciado?

—Quizá lo haga, aunque no creo en la justicia. Muchas veces no sirve de nada y los malos quedan libres.

—Qué vida más interesante, ¿no? ¡Cuántas anécdotas!

—Créame si le digo que no. Preferiría pasar inadvertido. No recibir amenazas, que la gente no

me reconociese por la calle, que cuando me equivoque no me machaquen sobremanera, que no me critiquen gratuitamente, que no valoren todo lo que he conseguido, que no se me ponga el listón más alto que a los demás...

—Eso es porque es usted mejor que la mayoría.

—No me vale. En muchas ocasiones me gustaría ser invisible. Me han chantajeado, acusado de cosas que no he hecho, extorsionado, difamado, injuriado, coaccionado. Y lo único que hago es intentar hacer de este un mundo mejor, ayudar a los demás. ¿Mi error? Que me encariño mucho con las personas y me vuelco hasta límites insospechados sin tener por qué. Y eso me trae problemas. Entonces aparece el rencor de los demás, los cuervos. No hay nada que una más que un enemigo común.

—¿Los cuervos? Hay quien cree que los cuervos sirven para guiar a los que viajan. Los ayudan a llegar a su destino; otros piensan que toparse con un cuervo es una señal de buena suerte.

—Pero si te encuentras un grupo de cuervos es que se avecinan problemas —interrumpió Coronado, gratamente sorprendido al descubrir que la inspectora no solo leía bastante, sino que era una persona culta con la que le habría agradado conversar a pesar de la situación—. Y si antes de la batalla aparece un cuervo, significa que vas a ganar.

—Espero no ser su cuervo.

—Quizá lo sea. No sé qué impresión se ha llevado de mí: solo quiero que lea mi libro y que, cuando volvamos a hablar, sea en otro contexto.

—¿Con otra Estrella Galicia?

—¿Dónde hay que firmar?

—Acepto si contesta a la última pregunta.

—Sospecho que no tengo elección.

—¿Dónde estuvo usted anoche? Supongo que me dirá que en casa con su pareja.

—No. No estuve allí.

—¿Dónde estuvo?

—No se lo puedo decir. Forma parte de mi intimidad.

—¿Y alguien puede corroborar, aunque no dé detalles, que usted estuvo anoche en un lugar alejado de donde se ha encontrado el cadáver?

—Ya le he dicho que no se lo puedo decir. Si eso significa que no tengo coartada, deténgame si lo cree conveniente.

—No le voy a detener, pero creo que oculta algo. Y que me miente. Mi instinto no suele fallarme.

—¿Acaso existe lo verdadero y lo falso? ¿La verdad y la mentira? ¿Incluso lo bueno o lo malo? Yo creo que todo está sujeto a la interpretación. Y a la empatía. A ponernos en el lugar de los demás. Antes yo era de blanco o de negro, pero ahora sé que existe el gris. A veces no tenemos más opción que transformar la verdad, que disfrazarla, convertirla en una mentira porque nos enfrentamos a situaciones que nos sobrepasan. Y que hasta nos destrozan. Una persona destrozada, aunque se recomponga, no vuelve a ser la misma. Las grietas están ahí por mucho que las pegues.

—Creo que voy a leer su libro, señor Coronado. No sé si sus reflexiones me gustan o me inquietan, pero tengo que descubrirlo.

—Váyase tranquila, yo no he hecho nada. Además, hoy pago yo. Sé que no va a ser la última vez que nos veamos.

Ambos lo sabían. También que no iba a ser un encuentro agradable.

Esa noche no pegaron ojo. Por primera vez, Héctor Coronado aceptó que su fin estaba cerca, que

todo se descubriría, aunque tenía que tratar de impedirlo por todos los medios. Pagó la cuenta y se paró unos segundos a disfrutar de la letra de la canción que estaba sonando. Era el *Up around the bend* de Creedence Clearwater Revival.

Atrapa a un viaje al final de la autopista.

Y nos veremos por el árbol grande y rojo.

Hay un lugar más adelante y me voy.

Ven conmigo, ven conmigo.

Reyes Martínez había empezado a devorar *El último baile de Adriana*. No quería, pero le estaba gustando mucho. Sentía curiosidad, y todo el mundo es consciente de lo que se dice de ese sentimiento y de los gatos. Lo que ella no sabía en ese momento es que la autopsia de la chica traería consigo una inesperada sorpresa, y que, cuando terminase la última página del libro casi al amanecer, otro cadáver despertaría a la ciudad.

13.

PARA CANDELA MOYA no iba a ser una mañana normal. Como forense en el Instituto de Medicina Legal de Almería, tampoco es que estuviera desbordada de trabajo, y menos en diciembre. Llevaban varias semanas de tranquilidad e incluso se sentía mal por estar prácticamente de brazos cruzados en el trabajo. Aquel martes, ella hubiera preferido levantarse tarde, ponerse alguno de sus vestidos de colorines, o la falda del Monstruo de las Galletas que se compró el otro día, desayunar en su cafetería preferida, H-Elarte, con Manuel García, su marido, y terminar aquella serie de detectives que había empezado la noche antes en una conocida plataforma de internet. Pero era trabajadora y cumplidora, aunque había decidido llevarse, junto a un termo de café, la edición limitada de todas las tiras gráficas de Mafalda. A nadie le importaría, y mucho menos a los cadáveres que tocara examinar esa mañana. Como diría su admirado personaje: «Cuando uno pone los pies en la tierra, se acaba la diversión». Y es que, cuando más acomodada estaba, llegó un cadáver encontrado en extrañas circunstancias dentro de la Alcazaba. Aquello le pareció de película. O de la serie que le había quitado el sueño hacía tan solo unas horas.

Candela procedió al examen médico del cuerpo. Lucas Campillo, un joven policía con el que había entablado cierta amistad, le había pedido el favor de acelerar el proceso, presionado por el comisario Malvido. Aunque no hiciese un informe oficial, más que nada por el tiempo, el Grupo de Homicidios tenía prisa por saber las causas de la muerte de aquella chica. A la forense le gustaba imaginar la vida de las personas cuyos cadáveres examinaba. ¿Habrían sido felices? ¿Estaban enamorados? ¿Tenían hijos? ¿Se dedicaban a alguna profesión apasionante? Las personas que tienen trabajos monótonos deberían buscar una vía de escape para no volverse locos, y es lo que Candela hacía.

Lo primero que llamó su atención fue la belleza de la chica. Pobrecita. Tan guapa, parecía mentira que no volviese a abrir los ojos. Su sonrisa era extraña. Parecía asumir su destino. Como si hubiera hecho algo malo y sintiese que merecía morir. O que, unos segundos antes de morir, se sintiera aliviada. ¿Era una sonrisa de culpabilidad? «Candela, céntrate, que esto de inventar historias para tus muertitos se te está yendo de las manos», pensó, mientras observaba el cuerpo desnudo. La chica estaba extremadamente delgada. Tenía la cara chupada, incluso con arrugas debido a la falta de peso. Pero era preciosa. Rubia, aunque tintada, poseía unos ojos marrones que ya descansan para siempre. Su cuerpo no tenía nada destacable desde el punto de vista forense. Piernas muy largas, brazos casi esqueléticos, ni un solo pelo, y varios tatuajes pequeños, excepto uno que parecía haberse realizado en las últimas cuarenta y ocho horas: un conjunto formado por una luna y un sol. Estaba fibrosa, quizá más de la cuenta, lo que mostraba un exceso de deporte. Seguramente era de esas personas obsesionadas con la belleza y con estar delgadas. Ahora tocaba abrirla. «¡Qué pena!», pensó. En la parte exterior no había ni un solo indicio sobre la causa de la muerte, tan solo restos de cloroformo en las fosas nasales. Procedió a realizar un corte en forma de Y en el pecho de la víctima, llegando hasta abajo del abdomen. Sacó los órganos, los pesó y examinó, pero tampoco encontró pista alguna. Candela no se puso nerviosa, aunque la inquietud asomaba a la vuelta de la esquina. Aún quedaba el análisis toxicológico, y seguramente a aquella misteriosa e indocumentada chica la hubieran envenenado o drogado.

Las siguientes dos horas transcurrieron demasiado rápido para la forense. Era imposible que no tuviera ni tan siquiera una pista sobre el motivo de su muerte. Efectivamente, se le había parado el

corazón, pero ¿muerte súbita?, ¿sin explicación? No quería ni imaginar la cara que pondrían sus superiores cuando les dijera que tenía delante un caso de la mal llamada autopsia blanca.

El teléfono de Candela comenzó a sonar. Era Campillo. ¿Qué le iba a decir? Tras casi cuatro horas de examen anatómico forense y después de haber colocado los órganos en su sitio y cosido el cadáver, no sabía la causa de la muerte de la joven de la Alcazaba. A pesar de su acelerado, explicó la situación a su amigo Lucas. Él era comprensivo. «Menos mal que no se parece a la sosa de su compañera. ¡Qué mala hostia gastaba!».

—Por favor, Candela, sigue haciendo pruebas, pide asesoramiento a otros colegas, pero este caso va a estar mañana en boca de todos, y no podemos quedar con el culo al aire.

—Lo sé, Lucas, ¿crees que soy tonta? —A Candela se la comían los nervios—. No me lo digas más, por favor. Sé lo que tengo que hacer y sé lo importante que es para todos.

Tenía que relajarse. Descansar unos minutos. Mientras se vaciaba en un vaso los últimos dedos de café que quedaban en el termo, su mente pretendía seguir reflexionando en torno a la muerte y su significado. Y esa chica no se le iba de la cabeza. A la hora de la muerte, la chica no podía estar en la Alcazaba, alguien habría puesto el cadáver allí tras matarla. Sería ilógico que, tras un fallecimiento por muerte natural, una o varias personas trasladasen el cuerpo sin vida hasta el lugar. ¿Pero cómo la habían matado? No tenía indicios de lesiones, ni siquiera de forcejeos. Las uñas estaban muy limpias. ¿Qué habría sucedido? La noche es buena para el cazador y mala para la presa. Y la muerte es inevitable. Cuando nacemos, todo el mundo sabe que tarde o temprano llegará nuestra hora. Es como una especie de sino o de promesa. Por eso cuando tomamos conciencia, siendo niños, de que no somos eternos, todos esperamos que nos ocurran cosas emocionantes. Y ese sentimiento crece con los años: un amor, una familia, alegrías... Cada uno de nosotros esperamos experimentar algo que dé sentido a nuestras vidas, pero lo triste es que no todas las vidas tienen sentido. Hay demasiada gente esperando a que les ocurra algo antes de que sea tarde, pero ese algo nunca llega. Eso sí que es triste.

Como Candela no quería pensar en que la vida de aquella mujer hubiera sido desdichada, tenía que descubrir, como fuese, algo que ayudase a la policía a atrapar al asesino. «Tienes que empezar de cero, Candela, tú puedes», se decía a sí misma para intentar calmarse. Pensó en la historia de las autopsias y en todas las posibles anomalías que los forenses se habrían encontrado a lo largo de los siglos, desde que aquel médico de Cremona, en Italia, decidiese abrir un buen número de cadáveres en el año 1282, en busca de la causa de una epidemia de peste que había asolado la ciudad. Se acordó de un caso que había leído cuando aún estudiaba la carrera. Data de 1533 y tuvo lugar en la isla de La Española, en América: dos gemelas siamesas habían nacido unidas por el ombligo, pero murieron a los ocho días. Un sacerdote quería comprobar si había dos almas o solamente una en aquel macabro capricho de la naturaleza. De ahí que encargase el examen a un cirujano llamado Juan Camacho. El médico no pudo concretar la causa de la muerte, aunque el problema religioso acabó solucionado.

De nuevo sonó el teléfono de Candela. Era el juez Melero. ¿Cómo le explicaba lo de la autopsia blanca? Todos pensarían, y con razón, que ella habría incurrido en una negligencia. Mientras observaba el cuerpo sin vida, Candela Moya no sabía si contestar a la llamada, y entonces fue cuando lo vio. Como por arte de magia, allí estaba, en el hombro. Era un minúsculo agujerito. ¿Cómo lo había obviado? ¡Si le había pasado la «lamparita» por todo el cuerpo varias veces! La verdad es que era casi inapreciable. No se hubiera dado cuenta de no ser porque había dejado su teléfono móvil justo al lado del brazo derecho del cadáver. La frase «Dios aprieta pero no ahoga» cobraba sentido para ella por primera vez. Candela notó cómo la adrenalina subía por su cuerpo.

Pensó en todas las posibilidades que quedaban tras descartar cualquier tipo de veneno, pues no había encontrado rastro alguno en los análisis preliminares. ¿Qué le quedaba entonces? ¡Lo tenía! Había estado allí delante todo este tiempo. Cuadraba con el casi imperceptible orificio. A la forense le iba a dar un vuelco al corazón, aunque no tanto como a la inspectora Reyes Martínez y al escritor Héctor Coronado. Lo más probable es que la joven de la Alcazaba hubiese fallecido por una hipoglucemia severa. Había un pequeñito depósito de insulina, o al menos eso parecía. Alguien le había pinchado una alta dosis. O ella misma para suicidarse. Como había transcurrido toda la noche, no quedaba rastro en el cuerpo, pero esa bajada tan terrible de la glucosa habría sido la causante del paro cardíaco. Estaba casi segura de ello, aunque había que ser cautos y esperar a los análisis definitivos.

Eran ya casi las diez de la noche. Candela Moya había sido absorbida por las horas, por el tiempo. Engullida. Pero consiguió salir de sus fauces para que la investigación diera un giro que, aunque ella no lo supiera, apuntaba directamente al escritor Héctor Coronado. Por eso llamó a Lucas Campillo, que se sorprendió muchísimo, y este a Reyes Martínez, que no contestó a las dos llamadas de su compañero.

A fin de cuentas, la humanidad no es nada más que un sándwich de carne entre el cielo y la tierra.

(MAFALDA)

Tercera parte

«Hijo, a todo el mundo le gustaría tener esto, y cuando no lo consiguen, no les entra en la cabeza que otros lo hayan hecho simplemente porque son mejores, o porque se les ha ocurrido antes. No lo conciben. Prefieren pensar que el otro se saltó las normas. O que engaña. Así se explican su fracaso y se sienten mejor».

(NEMO BANDEIRA,
PERSONAJE DE FICCIÓN DEL LIBRO
VIVIR SIN PERMISO Y OTRAS HISTORIAS DE OESTE,
DE MANUEL RIVAS)

14.

LA VIDA DE RAQUEL no era tal y como la había imaginado cuando conoció al que sería su pareja. Ella, acostumbrada a tenerlo todo planeado, al otear su horizonte esperaba otra cosa. No estaba segura de si hubiera sido más o menos feliz, pero tenía claro que no era lo que se imaginaba. Había pasado más de una década desde que aquel chico entró en el juzgado donde Raquel terminaba sus prácticas laborales para pedir ayuda con unos papeles. Le llamó la atención su pelo rubio, tan corto. De primeras, le encontró parecido con Tintín.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Verás —dijo con voz dubitativa—, estoy buscando información sobre un caso.

—¿Un caso? —la voz de ella mostraba curiosidad.

—Bueno, no exactamente. Es que quiero encontrar una sentencia judicial.

—¿De algún familiar? ¿Suya propia?

—No, de un crimen ocurrido hace unos años.

—¿Cuántos?

—Es de 1932.

—Vaya, pues lo vas a tener difícil —respondió dándose cuenta de los ojos tan bonitos que el chico tenía, más grandes de lo habitual. Desentonaban mucho con su pelo y los rasgos faciales—. ¿Dónde ocurrieron los hechos?

—En Vélez Rubio y en María —contestó él con la esperanza de que aquella joven de graciosas pecas le pudiera conseguir algo.

—Mandaré un escrito a la Audiencia Provincial: tengo un amigo allí, pero no creo que podamos conseguir nada. Ha pasado mucho tiempo y vete tú a saber si en esos pueblos se conservaron los archivos. Ten en cuenta que en la Guerra Civil se perdieron muchos documentos, especialmente en las zonas rurales o alejadas de la capital. —La respuesta fue tan directa que consiguió desanimar al chico—. Déjame todos los datos que tengas, un teléfono, y te llamo si encuentro algo.

—¿A qué te refieres con datos? ¿Información sobre lo que busco?

—Hombre, estaría bien. Más que nada para saber qué buscar.

—Bueno... fue el intento de rapto de un niño y el asesinato de una niña. A la pobre le cortaron la cabeza y se bebieron su sangre.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, fue uno de los primeros casos de vampirismo en Almería.

—¿Vampirismo? Si pretendes que pierda el tiempo en buscarte historias de estacas, ajos y crucifijos, te has equivocado de lugar. La justicia no está para eso. Además, acaba de llegar mi compañera y me toca salir a desayunar.

—Deja que te acompañe y te lo explico —él se sorprendió de haber dicho eso. Se había expuesto a un corte.

—No sé, lo mismo me sienta mal la tostada con esas fantasías que tienes en la cabeza.

—¿Fantasías? Es un caso real y sucedió en la cueva de Carrión, en el término municipal de María. El curandero del pueblo convenció a un enfermo de que se curaría bebiendo la sangre de un niño pequeño.

—No sigas, por favor. Se me acaba de quitar el hambre. Invítame a un café y me cuentas por qué buscas estas historias.

—Es mi *hobby*. Estoy recopilando información sobre sucesos similares en la provincia. ¿Sabías que la leyenda del hombre del saco está basada en un crimen ocurrido entre los pueblos de Gádor y Rioja, aquí en Almería?

—¿Esto no será una cámara oculta o una broma de la radio? ¿También era almeriense el Ratoncito Pérez?

—No, su origen debe de estar en Madrid. Se le atribuye al jesuita Luis Coloma, a quien le piden que escriba un cuento para Alfonso XIII, cuando se le cayó un diente a los ocho años de edad. El protagonista tenía que ser el rey Bubi, que era el apodo con el que María Cristina, su madre, llamaba al pequeño. Esa es la versión oficial —dijo haciendo el gesto de las comillas con las dos manos mientras proseguía su narración—, pero se sabe que Benito Pérez Galdós, en 1884, ya contó esa historia en su novela *La de Bringas*, y que seguramente fue una versión del cuento francés *La Bonne Petite Souris*, «El buen ratoncito», de la baronesa d'Aulnoy. Era la historia de un hada que se transforma en ratón para ayudar a derrotar a un malvado rey. Para ello, se esconde bajo la almohada de su cama y consigue que se le caigan todos los dientes.

—No me lo puedo creer, no te callas ni debajo del agua. —Raquel no daba crédito a lo que estaba oyendo—. Anda, acompáñame a desayunar y me sigues contando esas historias. ¡Quién me iba a decir a mí que, con la mañana tan aburrida de papeleo que tenía por delante, me lo iba a pasar tan bien! ¿No has pensado en escribir un libro?

—Es mi sueño, pero necesito ayuda, principalmente la tuya.

—Si encuentro información sobre el vampiro ese, me tienes que poner en los agradecimientos del libro.

Esa fue la primera vez que Raquel y Héctor hablaron, y desde entonces no se volvieron a separar. Aquel desayuno fue el primero de muchos, el inicio de varias aventuras por los pueblos de Almería en busca de historias imposibles que Raquel no creía, pero que embobaban a Héctor. Ella le ayudaba a tener los pies en la tierra. «¿Cómo te puedes creer esas cosas?» —le decía—. ¡Que tienes estudios!». Y a él le encantaba su risa. Desde el primer momento, quedó prendado de su belleza. Delgada, tez morena como si hubiera nacido en algún país caribeño, adorables pecas por toda la cara y ese frondoso pelo que se recogía en una larga trenza.

Después llegaron los viajes... y los problemas. Al padre de Raquel no le gustaba que su hija hipotecase su vida con un joven con muchos pájaros en la cabeza y al que no se le conocía oficio ni beneficio. El momento más duro fue cuando Coronado se negó a casarse. Ella provenía de una familia muy tradicional y él no creía en Dios, por lo que se produjo el choque. Las aguas se apaciguaron un poco con la publicación del primer libro.

Cuando dos personas deciden iniciar una vida en común, como cuando Raquel y Héctor se fueron a vivir juntos, es porque están en el mismo punto vital. Tienen intereses parecidos, quieren construir un camino y se complementan. Para que todo eso salga bien, ambos deben seguir estando en un mismo punto, el de no retorno. Da igual que no sea el inicial, pero los dos deben ir de la mano, aunque sea sosteniéndose con un solo dedo. Así fue durante los primeros años de convivencia de Héctor y Raquel. Él iba de trabajo en trabajo y malvivían con el sueldo que ella ganaba en el juzgado. Comercial para una compañía de teléfonos móviles, vendedor de pisos, recepcionista de un hotel... Héctor Coronado no aguantaba ni tres meses en una empresa. O más bien los jefes no le aguantaban a él. No estaba centrado. Sus continuos despistes se debían a que tenía la mente en su libro. Avanzaba, investigaba, cambiaba... Si se le ocurría una idea, tenía que anotarla o escribirla. Daba igual que estuviera convenciendo a una chica de que cambiase su teléfono por un Iphone, o intentando colocar una vivienda a una pareja que estaba pensando en

casarse. Por eso no le renovaban ninguno de los contratos de trabajo que conseguía, la mayoría de las veces gracias a los contactos del que posiblemente sería, en el futuro, su suegro.

A Raquel no le importaba. Era feliz. Él estaba casi siempre en casa, escribiendo o leyendo. Salían, compartían muchas cosas, se divertían a su manera y viajaban cuando ella conseguía ahorrar un poco. Mientras Héctor soñaba con triunfar algún día, ella estaba convencida de que no lo lograría. Como es lógico, no se lo decía, ni siquiera lo desanimaba, pero no confiaba en que lo conseguiría. Era su forma de ser. Solo vivía el presente, la realidad, y no se dejaba confundir por sueños cada vez más imposibles. Hasta que llegó el día.

Fue en septiembre de 2011. Una extraña carta apareció en el buzón. En el remite se leía el nombre de una famosa editorial. Héctor y Raquel no podían creerlo. ¡Iban a publicar su novela! A partir de entonces, los acontecimientos se desbordaron. *Las sombras de la Alcazaba* se convirtió en el libro más vendido a escala nacional durante varios meses. Las reediciones se sucedían tan rápido que Héctor no tenía tiempo ni de disfrutarlo. Y cada vez pasaba menos tiempo en casa. Entrevistas en Madrid, Barcelona, Valencia..., ferias del libro en Latinoamérica y Estados Unidos. Ese año, Coronado llegó a coger más de doscientos vuelos. Si el escritor tuviera que elegir un solo momento del 2012, sin duda escogería la cena de Nochevieja, cuando le enseñó a su futuro suegro el cheque de cien mil euros por las ventas de su libro. Ya no se reía de él. Ya no le decía a su hija que lo dejase. Y Héctor Coronado disfrutó. Como también disfrutaba cuando lo paraban por la calle para pedirle una foto, o cuando un camarero le reconocía y el restaurante pagaba la cuenta. Se había vuelto ambicioso, miraba cada semana la lista de los más vendidos y se cabreaba cuando no era el primero. Rompía el periódico en un acto de rabia. ¿Había cambiado? ¿Algo oscuro estaba naciendo dentro de él?

No todo era bonito. A medida que Héctor Coronado se hacía famoso, comenzaron a aflorar los problemas y los enemigos. Primero aquel amigo de la infancia que aseguraba haber escrito él el libro. Más tarde la acusación de plagio. Seguidamente, las críticas de quienes aseguraban que aquello no era literatura. Llegó a leer calificativos como «asustaviejas», «autor de libros para marujas» o «friki». Y por último, la pelea con su editor. Esto último hizo caer a Héctor Coronado en una profunda depresión. No estaba acostumbrado a tanto vaivén emocional, y era normal que uno de los vagones de la montaña rusa en la que vivía descarrilase.

Raquel intentaba apoyarle en todo lo que podía, pero no era fácil. Apenas se veían, cada vez compartían menos cosas, y ella se sentía culpable. Además de la enfermedad. Le habían diagnosticado Huntington. En Europa hay cuarenta y cinco mil casos y Raquel tuvo la mala suerte de ser uno de ellos. Con el dinero que Héctor ganó con el libro, ella podía permitirse dejar de trabajar y disfrutar de los pocos años que le quedaban de vida. No quería. Necesitaba sentirse útil, realizada, tener un motivo por el que levantarse cada día. Aunque también sabía que tenía que hacer algo para que su vida volviese a cobrar sentido. Por eso, en 2013, decidió proponerle a Héctor que tuvieran un hijo.

—Raquel, creo que no es el momento.

—¿Y cuándo lo será? ¿Cuándo te venga bien? ¿Cuando no podamos?

—Los últimos meses han sido los peores de mi vida, compréndelo.

—También lo han sido para mí, pero busco soluciones.

A ella le ofendía mucho que Héctor no reparase en su enfermedad. Era demasiado optimista, decía que saldría una cura tarde o temprano. Raquel se consolaba pensando que era un mecanismo de defensa para no aceptar la realidad.

—Un hijo no es la solución. Te prometo que cuando consiga encauzar mis cosas, lo volveremos

a hablar.

—Promesas...

—¡Entiéndeme! Estoy sin editorial, con varios problemas legales, traicionado por mucha gente.

—Todo esto te está afectando demasiado. —Raquel ya no podía contener las lágrimas—. Daría lo que fuese por volver a la vida que teníamos antes.

—Yo no. Lo único que tengo que hacer es reconducirlo todo y solucionar los problemas. Solo quiero que todo vuelva a ser como antes y que te cures.

—Pero no lo haces. Provocas que se acumulen, y estás haciendo daño a la persona que más te quiere en la vida. Yo. Y sigues empeñado en que me voy a curar. ¡Despierta, joder! Que me quedan pocos años. Hemos estado en más de diez especialistas y todos coinciden. Héctor, cuando sucede algo en la vida, es absurdo hacer como si no pasara nada, mirar para otro lado y pensar que el problema va a desaparecer. No funciona así. Y siempre habrá algo que te lo recuerde hasta que no lo soluciones.

Aquellas palabras de Raquel se repetirían una y otra vez en la cabeza de Héctor, especialmente durante la Navidad de 2018.

—Me recuperaré. Renaceré. En la India hay un mito sobre el Fénix, un ave que, cuando consigue llegar a los quinientos años de vida, se inmola el último día de invierno, delante de un sacerdote, en un altar preparado para la ocasión. El propio Fénix enciende el fuego. Al día siguiente, el primero de la primavera, de las cenizas nace una larva que se transforma en un pequeño pájaro; horas después, el Fénix vuelve a ser el que era y regresa a su lugar de origen. Eso mismo haré yo. Te lo prometo.

—La que me tengo que recuperar soy yo, y no puedo.

Raquel no paraba de llorar. Era la primera vez en muchos meses que Héctor le contaba una de sus historias. Aquellos relatos que la enamoraron cada vez que él iba a verla al juzgado y desayunaban juntos. Algo dentro de Raquel le dijo que tenía que confiar. Que todo volvería a ser como antes.

Realmente, no hay nada más frágil que la confianza. Nos libera cuando la conseguimos, pero si la perdemos es casi imposible de recobrar. Por eso dudamos en quién confiar. El ser humano es traidor por naturaleza. Se ha visto a lo largo de la historia. Nuestros seres más queridos, las personas a las que amamos, nos pueden traicionar. Seguramente por eso Héctor Coronado no confiaba en nadie. Gracias a esa filosofía consiguió recuperarse de aquel bache. La mantuvo hasta que su mundo se volvió a desmoronar a finales de 2017, cuando confió en Martina. La confianza te hace débil, vulnerable. Puede llegar a paralizar tus sentidos. Por eso, si solo confías en ti mismo, no te quemarás jamás. Lo que Raquel no podía imaginarse era que la negativa a tener un hijo de Héctor no se debía a su enfermedad, al momento, o a la falta de tiempo, ni siquiera a su estado anímico. Él odiaba la traición. En aquellos años se había llevado varias decepciones, y no quería que le volviera a ocurrir. Un hijo debe ser lo más querido. ¿Y si te traiciona? Héctor Coronado no iba a asumir ese riesgo. Cuanta menos gente quieras, menos posibilidades tienes de que te traicionen. Son puras matemáticas. Además, si ella fallecía, aunque no se le pasaba por la cabeza, ¿estaba capacitado para ser padre el solo? No.

La suerte de Coronado, o más bien su depresión, cambió con una simple llamada. La productora de su programa de televisión favorito, ese que presentaba su ídolo y que trataba los temas que tanto le gustaban al escritor almeriense, quería contar con él. Le ofrecía un interesante contrato y, sobre todo, una ilusión. Viajar a Madrid cada domingo, recuperar los eventos, tener acceso a importante información para poder acabar su nuevo libro, y volver a estar en el candelero.

En el verano de 2013, el programa de televisión organizó una Alerta Ovní a escala mundial, y Coronado fue el impulsor en Almería. Tal fue el éxito que de nuevo la prensa hablaba del escritor almeriense, y además levantaba la expectación en cuanto a la próxima publicación de su nueva novela. El libro saldría con una editorial de su tierra, y era una gran apuesta. La editora Martina Bautista, una mujer con las ideas muy claras, consiguió lo que nadie había logrado: convencer a Coronado para sacar a la luz *El hombre del saco*. El escritor había rechazado cheques en blanco. No le importaba el dinero. Era cuestión de confianza, y aquella editora fue muy convincente. Directa, concisa, a veces fría... Solo hicieron falta tres reuniones para firmar el contrato. Héctor Coronado puso una única condición: tenía que supervisar todo el proceso, no se podía dar paso alguno sin su visto bueno. El libro fue publicado a principios de 2015 y fue un éxito, llegando a ganar un importante galardón literario, el Premio Argaria 2016, que cada año se celebraba en la ciudad natal del escritor que lo ganaba.

El contrapunto a esta nueva situación fue Raquel Guerrero. Revivía acontecimientos que no deberían haber vuelto: la fama, los viajes, las noches de soledad..., y a eso había que sumarle la exposición pública de su pareja, que domingo tras domingo salía en televisión para todo el país. Ella, que había conseguido encontrar su refugio en una vida tranquila, acomodada, que por fin había alejado a Héctor de un mundo que la superaba, de nuevo lo perdía todo. Y como siempre hay que buscar un culpable, el de Raquel estaba claro: Martina Bautista. Desde que apareció, su vida se volvió a derrumbar.

Las mujeres entienden mejor que los hombres las cartas que les tocan. Son guerreras por naturaleza. Cuando se enzarzan en una batalla a muerte, saben que la rendición es inaceptable. ¿Qué haces cuando una avispa entra por la ventanilla de tu coche mientras conduces? Atacas. No te quedas parada, ya que de lo contrario te puedes estrellar. Algo hacía peligrar la estabilidad emocional de Raquel Guerrero y no lo iba a permitir. Lucharía. Y se cargaría esa amenaza que se había metido en sus vidas para intentar destrozarlas. «No me vas a vencer», pensó. Quería seguir siendo invisible.

15.

LAS PIERNAS LE TEMBLABAN. A medida que iba girando la llave en la cerradura de su casa de La Envía, el miedo agarrotaba su cuerpo. Javier Cantón estaba esperando a su mujer. Sentado en el sillón, con su hija al lado, intentaba contener su ira.

—¡Hola, cariño! —exclamó Martina justo al abrir la puerta.

—Dichosos los ojos —con ironía, Javier intentaba intimidar a su mujer—. Llevamos varias horas esperándote.

—El vuelo Miami-Madrid salió con tres horas de retraso. Además, hemos parado a comer a mitad del trayecto hasta Almería.

—Valeria, ve a tu cuarto y te pones ese canal de YouTube que tanto te gusta. Pero con los cascos para no molestarnos.

La niña acató las órdenes de su padre. Sabía distinguir entre sus tonos de voz, y tenía claro lo que ese significaba.

Martina también sabía lo que significaba. Y lo que le esperaba. No era la primera vez que le pegaba, pero estaba decidida a que fuera la última. Ella, acostumbrada a ir de dura por la vida, a mostrar una apabullante seguridad cuando salía con las amigas o se encerraba en una negociación de trabajo, se paralizaba cuando su marido se quitaba el cinturón. Ni ella misma entendía por qué seguía con él, por qué no lo abandonaba. No hace demasiados meses, descubrió que le era infiel con una compañera de trabajo. Nada más y nada menos que dos años de ocultación. Pero le perdonó. Lo hizo por Valeria. Se sacrificaba porque tuviera una vida feliz y estable, pero no se daba cuenta de que le estaba haciendo el peor de los favores. Con seis años, su niña no era tonta. Sabía lo que ocurría. Escuchaba a su madre llorar cada noche, estaba mejor cuando su padre pasaba varios días sin aparecer por casa, o cuando tenía que ausentarse algunas semanas con motivo del rodaje de una película. Era especialista de cine. El que recibía los golpes que los actores famosos no querían, esos golpes que después le devolvía a su mujer. Javier se había acostumbrado a tener aquello que deseaba. Había perdido la cuenta de la cantidad de chicas con las que se había acostado. Guapo, deportista y con dinero. ¿Qué más se podía pedir? Por eso ellas caían rendidas a sus pies, como Martina. Era la mujer más inocente del mundo, pero también la más injusta. Se había dejado engatusar por su deseo de ser madre y por las palabras que Javier le regalaba. Cuando se conocieron, ella tenía novio. Por eso Javier insistió tanto. Era un conquistador nato, un depredador, y Martina la víctima perfecta. Solo habían pasado un par de meses de la última discusión fuerte. Martina había salido a cenar con sus amigas y regresó pronto porque le dolía la cabeza. Al llegar a casa, descubrió a su marido en la cama con una de las monitoras del gimnasio en el que entrenaba. Otra más. El único refugio que tenía era su trabajo, y las temporadas que pasaba a solas con su hija a pesar de que la niña estaba muy apegada al padre. Ofrecía una extraña atracción que hacía que sus maldades tuvieran poca importancia. Como Javier Cantón quería tener entretenida a su mujer para poder hacer y deshacer a su antojo, pidió ayuda a un político amigo suyo para que una importante editorial ofreciese a Martina el puesto de editora en Almería. Es lo que ella siempre había soñado, desde la universidad. Así estaría ocupada y él podría seguir disfrutando de su otra vida. Lo llevaba haciendo muchos años, pero Martina estaba ciega. O simplemente no quería verlo. Ella salía con sus amigas, se compraba la ropa que quería, viajaba y disfrutaba con su hija. No se paraba a pensar en que todo aquello no era más que una

maniobra de distracción de su marido. ¡Qué bueno era! No se metía en nada, no le decía lo que tenía que hacer. Hasta que ella descubrió sus infidelidades. Como Javier Cantón era muy listo, supo qué papel adoptar. El de marido arrepentido. Le regalaba flores, estaba más atento de la cuenta, pero ella estaba aprendiendo a no perdonar. A valorarse aunque solo fuese un poco. Además, había «aparecido» Héctor Coronado, su escritor de éxito. Ya no era esa mujer sumisa, al menos al mismo nivel que los últimos años. Estaba naciendo en ella una nueva ilusión. Y crecía a medida que pasaban los meses. Por eso, en febrero de 2018, Martina decidió abandonar a Javier.

—Quiero el divorcio, no aguanto más.

—Cariño, ya sabes que te he pedido perdón. No volveré a hacerlo más. Y si te levanto la mano es porque no sé controlar lo que te quiero. Lo sabes, ¿verdad? Dime que lo sabes.

—Estoy harta, necesito estar sola.

—Como se te ocurra abandonarme, te haré la vida imposible. ¿Es por culpa de ese escritor, verdad? Todo el día con los mensajitos y las bromas.

—No tiene nada que ver. Entre él y yo no hay nada.

Martina no sabía mentir, y se le notaba.

—Voy a ir a buscarlo y le partiré la cara. ¿Quién se ha creído que es? Y encima tiene pareja.

—Por favor, te pido que respetes mi decisión. He aguantado infidelidades, golpes, y ya he llegado al límite.

—Ya decía yo que desde que volviste de aquel dichoso viaje no eras la misma. Seguro que os acostasteis, no me lo niegues. ¡Dímelo! ¡Dímelo, zorra!

—Te estás pasando. Por favor, coge tus cosas y dame un tiempo.

Javier Cantón a punto estuvo de desencajar la puerta cuando salió de casa. Alguien que está acostumbrado a tenerlo todo y a que los demás le bailen el agua no se iba a rendir tan fácilmente. Pero esta vez Martina había demostrado ser muy valiente. Sacó fuerzas de flaqueza y decidió cambiar de vida. A pesar de todo, su marido tenía razón. Si no llega a aparecer Héctor Coronado, es posible que Martina siguiera recibiendo algún puñetazo cuando a Javier no le salía bien un rodaje. Ella lo tenía claro. Todos buscamos a alguien, esa persona que pueda aportarnos lo que nos falta en la vida. Que nos ofrezca su compañía, su seguridad o su ayuda. Incluso todas esas cosas a la vez. Martina creía haberlo encontrado, solo quedaba que Héctor decidiese encontrarla a ella.

16.

DESDE EL VIAJE A MIAMI hasta ese mes de febrero habían ocurrido demasiadas cosas entre Héctor y Martina. La cena de la editorial fue un antes y un después. Él no estuvo a la altura, pero las siguientes veces la hizo disfrutar como nunca otro hombre lo había conseguido. Había despertado su instinto adolescente, algo que no era humano, sino animal. Y a él le sucedía lo mismo. Daban rienda suelta a su pasión en cualquier lugar. En la oficina, en hoteles cercanos... y en el coche. Sí, como si tuvieran dieciocho años. Tenían una atracción sexual que hizo tambalear sus vidas. Era casi una obsesión. Un día, Martina tuvo que pedir a Héctor que parase de penetrarla. Ya había tenido dos orgasmos y se puso tan nerviosa con la idea de tener otro más que se desconcentró. Estaban viviendo un amor prohibido que traspasaba lo indecente. En otra ocasión, los pillaron en el ascensor de un centro comercial. ¡Qué vergüenza! Pero no pararon. Daba igual que fuese en el *parking* o en el cuarto de baño. Se necesitaban cada día. Sus cuerpos no podían pasar muchas horas sin volver a ser uno. Martina se había vuelto aún más presumida. Intentaba provocarle. Él lo sabía. Conocía cada una de las prendas de su armario, y algunas decían más de su dueña de lo que ella quisiera. Se puede aprender mucho de lo que las mujeres deciden ponerse, pero se aprende más de lo que deciden quitarse y para quién hacerlo. Martina lo había elegido a él. Pero todo quedaba ahí. Por alguna razón que ella no comprendía, Coronado no daba el paso de dejar a su novia y empezar una vida plena con ella. No quería ser invisible, ni mucho menos. Lo que ansiaba era gritar a los cuatro vientos que estaba profundamente enamorada.

En realidad, Héctor Coronado estaba totalmente superado por sus inseguridades. No estaba acostumbrado al tipo de vida que Martina tenía, y le asustaba. Tenía muchísimos pretendientes, sobre todo tras hacerse oficial su separación. Hasta había llegado a quedar con uno de ellos en dos ocasiones.

—No pasa nada, Héctor, tan solo somos amigos. ¡Si nada más que hemos quedado un par de veces!

—¿Un par de veces a solas?

—A cenar, simplemente a cenar.

—¿Y después?

—Nada, fuimos a bailar y me llevó a casa.

—¿Y no se quedó a dormir?

—¡¿Pero quién te crees que soy?! Sabes que estoy enamorada de ti.

—¿Él quiso quedarse?

—Eso no importa, lo que importa es que no se quedó porque yo no quería.

—¿Y sí querías cenar con él? ¿Dos veces seguidas?

—Solo somos amigos, ¿acaso no puedo tenerlos? ¿Has dejado tú a Raquel? No. Pues no me digas a mí lo que puedo o no puedo hacer.

El escritor no lo entendía. Estaba claro que él lo estaba haciendo mal. Aún estaba en casa, aunque no compartiera nada con Raquel. Ni siquiera dormían en la misma cama desde hacía bastantes semanas. Lo único que lo frenaba era evitar un escándalo. El famoso escritor deja a su novia enferma, a la que le quedan pocos años de vida, para irse con otra. Más críticas. Y por supuesto, sus miedos. Se volvía loco porque Martina no lo entendiese, sobre todo cuando se impacientaba y ponía a prueba su amor. Eso le sacaba de quicio. ¿Quedar con otro tío? ¿Salir con

sus amigas hasta altas horas de la madrugada? ¿Tontear con uno de sus autores? Coronado no sabía si hacía estas cosas por venganza, para obligarle a dar el paso que tanto deseaba o porque ella era así. Si le decía que ese escritor tenía más interés de la cuenta en ella, o que sus intenciones eran otras, no lo creía. Es más, se lo tomaba a risa y no lo frenaba; si le decía que no le gustaba que saliera con esa amiga que tenía fama de acostarse con uno distinto cada fin de semana, ella contestaba que no estaba haciendo nada malo, y que ella no era así. Por primera vez en su vida, Héctor Coronado estaba sintiendo lo que eran los celos. Las mismas puñaladas que asestaban los personajes de sus libros, él las recibía en el estómago. Pasaba los fines de semana encerrado en casa escribiendo sin dejar de pensar en Martina. ¿Estaría de fiesta con su amiga? ¿Haciendo toples en la playa? Es imposible comprender el poder que tiene el amor. Puede ser el sustento en las épocas más difíciles, como la separación de Martina, o motivar a alguien para que haga inimaginables sacrificios. Y también puede provocar que hombres decentes cometan los delitos más siniestros. El amor verdadero permanece grabado a fuego en nuestra memoria y no se borra. Está claro que todo el mundo busca el auténtico amor, pero algunos hubieran deseado no haberlo encontrado nunca.

Héctor Coronado amaba a Martina Bautista. Ella no terminaba de creérselo, pensaba que era solo pasión, una atracción sexual sin límites. Era normal que no confiase en él. Héctor no había conseguido que Martina entendiese las razones por las que aún no se había ido de casa. A pocas semanas de sacar su nuevo libro, un escándalo no era lo más adecuado. Su único refugio era el tiempo que pasaba con Martina. No podía imaginarse la vida sin ella. Amaba hasta la forma que tenía de gritarle cuando él metía la pata.

El verano de 2018 fue el periodo de más discusiones entre Héctor y Martina. Él tenía toda la culpa, pero ella se pasaba con sus palabras.

—Si llego a saber esto, no me separo.

—¿Lo dices en serio? ¿Tan malo es estar conmigo?

—No estoy contigo. No hacemos nada juntos. ¿Echar un polvo de vez en cuando a escondidas? Yo quiero pasear de la mano contigo, ir al cine, cenar, pasar un fin de semana con mi hija.

—Ya intenté conocerla y se negó. Adora a su padre.

—Te dije que no te preocupases. No voy a permitir que esto no salga bien después de todo lo que he luchado.

—Si Valeria no me acepta, sé que te pondrás de parte de ella. Has aguantado los cuernos que te ponía tu marido e incluso las palizas que te daba solo porque ella se sintiese en familia. ¿Quién me dice a mí que te vas a poner de mi lado en caso de conflicto?

—Confía en mí.

—Tú no confías en mí, no puedes pedirme eso.

—No es lo mismo.

—Porque no te interesa. Como hablar de tu marido. No sé por qué le tienes que dejar hacer todo a su antojo. ¿No te has separado? ¿Por qué va todos los días a tu casa? ¿Por qué cenas una vez al mes con él? Aunque quizá la respuesta esté ante mis ojos. Me has dicho que no tenías que haberte separado.

—¡No culpes a los demás de tus errores! —se enfadaba Martina cada vez más.

—Es que los errores son mucho más grandes cuando los cometo yo. Pero cuando los cometes tú o tu maridito, no tienen importancia.

—Claro, porque de ti esperaba mucho más.

—Estoy harto.

- Más harta estoy yo. Acaba ya con esto. ¡Acáballo! No te voy a esperar más.
- Quiero que vayamos a un sitio. A un lugar especial para mí.
- No es buen momento, estoy muy decepcionada.
- Ven, por favor. Sígueme con el coche. Solo te pido eso. Te voy a llevar al castillo del rey.
- No estoy para bromas.
- Acompáñame, por favor. No te voy a pedir nada más.

17.

PARA MARTINA, esta era la última oportunidad. Siguió a Héctor durante unos quince minutos por una carretera llena de curvas. ¿Adónde la llevaba? Estaban cerca de la oficina de la editorial, pero parecía haberse transportado a otro mundo. Cuando giró a la derecha y subió la última cuesta, aparcó al lado del coche del escritor. Él la estaba esperando. Atardecía y la cogió de la mano. Solo anduvieron un par de minutos, y llegaron a una especie de descampado. Estaba anocheciendo y la vista era maravillosa. Se encontraban literalmente sobre el mar, sobre un gran acantilado. Había un banco situado casi al borde del precipicio.

—Siéntate aquí y déjate llevar.

—Se ve Almería capital. ¡Qué bonitas las luces!

La vista era maravillosa. Ninguno de los dos habían asistido jamás a un atardecer como ese. Si miraban al horizonte, solo se veía el mar. Estaban solos y no solo allí, sino en el universo.

—Martina, este es mi refugio, el lugar donde me siento invisible.

—Aquí vienes cuando necesitas pensar, ¿verdad?

—Me has descubierto.

—Y supongo que es aquí donde escribes.

—Chica lista. Aquí me inspiro. Solo en este sitio me visita la musa. Me siento en el mismo banco en el que estamos ahora, saco mi blog de notas y apunto ideas a la vez que esbozo historias. Es como si una fuerza dentro de mí manejase mi mente. Algo innato. Es mi conexión con la creación, con las estrellas. Mira qué bonitas empiezan a lucir hoy.

—Es la pasión.

—Nuestra pasión.

—No aguanto más, Héctor. A veces he llegado a odiarte.

—¿Sabes quién fue Julie de Lespinasse?

—No es el momento de contarme otra de tus historias, de verdad.

—Fue la organizadora de uno de los salones de reuniones más influyentes de París, en la Rue Bellechasse, a mediados del siglo XVIII. —Quedaba demostrado que Héctor Coronado no hacía caso de nadie—. Lo inauguró en 1764 y allí fue concebida la *Encyclopédie* o *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*. Contiene setenta y dos mil artículos de ciento cuarenta colaboradores, entre ellos Voltaire o Rousseau.

—¿Y qué tiene que ver esto con nosotros o con lo que estamos hablando?

—Que esa mujer pronunció la frase de amor más bonita de la historia: «Tú sabes que cuando te odio, es porque te amo hasta el punto que la pasión desquicia mi alma».

—Eso no es amor.

—Ni tú ni yo sabíamos lo que era el amor hasta que nos encontramos. Antes, ni siquiera nos habíamos parado a escuchar la música del mundo.

En aquel momento, en el iPhone de Héctor sonaron los primeros acordes de una canción. Era *Because*, de The Beatles.

Pensé que había estado enamorado antes, pero en mi corazón quería más.

Parece que lo que realmente estaba haciendo era esperarte.

Coronado levantó un pequeño mantel que cubría varias bandejas con sushi. Era la comida preferida de Martina. Aquel día hicieron el amor de la forma más salvaje y especial que experimentarían jamás. Ante la mirada de las constelaciones, del inmenso azul y del infinito, dieron rienda suelta a la pasión. Como si fuera la última noche, como si no hubiera un mañana.

—Martina, a lo largo de tu vida seguramente conocerás lugares muy especiales y harás cosas maravillosas, pero por muy lejos que vayas y por mucho que cambies, este lugar estará siempre contigo. Es el castillo del rey.

—¿Por qué lo llamas así?

—¿De verdad no te has fijado? Es lo más sencillo del mundo.

—No.

—Te toca descubrirlo.

—¿Es porque te crees el rey de aquí?

—No pretendo ser rey de nada.

—Yo quiero que seas el rey de mi corazón.

—Me encanta cuando te pones tan cursi —dijo Héctor Coronado antes de darle un beso que quedó para la eternidad.

—No quiero que me mientas más, Héctor.

—Todo el mundo miente.

—Solo mienten los malos.

—Te equivocas. Los malos mienten para meterse en tu cama; los buenos mienten para meterse en tu corazón.

—No me gusta lo que dices.

—Mira al horizonte, por favor. Admira la playa. Porque es posible que desaparezca algún día.

—¿Cómo va a desaparecer la playa? ¿Ya estás con tus tonterías?

—¿Y si se secan los océanos? ¿Y si el sol y las estrellas dejan de tener luz?

—Es imposible que eso ocurra algún día.

—Ese día yo seguiré amándote. No dejaré que nadie se interponga entre nosotros. Te lo prometo aquí, mirando hacia la eternidad. Lo juro delante del firmamento. Siempre mantendré esta promesa. Hasta que la muerte nos separe.

Ambos se abrazaron durante varias horas. No sabían que jamás volverían a tener un día tan feliz como ese. No sabían que, a lo lejos, alguien los estaba observando desde que llegaron.

El castillo del rey

ECHO MUCHO DE MENOS SU SONRISA, pedir dos cafés en un bar, dos cervezas en una taberna, notar su olor, comprar dos entradas para un concierto, sus besos, nuestras horas de charla en los aeropuertos, las locuras que hacíamos como si volviéramos a ser adolescentes, y hasta sus salidas de tono. Me voy a volver loco, quizá lo esté ya. Cada vez que me miro al espejo se me parte el alma. ¿Quién es ese tipo que me devuelve la mirada? ¿En serio soy yo? No me reconozco. ¿Esa es la persona que quiero ser? Siempre aparentando seguridad y control, ahora solo veo al gilipollas más grande del mundo que ha dejado escapar al amor de su vida. Lo que he hecho es quien soy, pero lo que he hecho no es quien seré. No lo voy a permitir. Es duro echar de menos y no me consuela saber que si lo hago es porque soy afortunado. Significa que ha habido alguien especial en mi vida. Pero no puedo soportar que haya acabado. Sé que tengo la culpa, pero también sé que tú lo provocaste.

¿Sabéis lo que les ocurre a los periquitos cuando los separan de su pareja? El primer día dejan de cantar; el segundo día dejan de comer; y al tercer día mueren de pena. Martina, tú me decías que las personas hechas para estar juntas siempre lo consiguen. Eres una mentirosa.

Elegir un camino nunca es fácil, es una decisión que deberíamos tomar guiándonos solo por el corazón, y casi nunca lo hacemos. En esa elección a veces encontramos el camino hacia algo mejor, pero en otras no dejamos de luchar contra el remordimiento, contra los errores cometidos, el rencor, la culpabilidad, la envidia y hasta la vergüenza. Eso es. Me avergüenzo de no ser la persona que esperaba ser. Es triste enfrentarme a lo que pudo haber sido y no fue. Aunque más triste es enfrentarme a lo que fui, a lo que nunca seré, y sobre todo a lo que no puedo seguir siendo. A pesar de todo, soy fuerte. Siempre lo he demostrado. Incluso en escenarios en los que no estoy acostumbrado a pelear. Esa inspectora se ha acercado tanto que seguro que ya sospecha la verdad. Es lista y se está creciendo, pero yo me guardo un as en la manga. Si pudiera preparar mi estrategia, si pudiera estar tranquilo, ganaría la partida. Pero Martina no se me va de la cabeza. Me persigue en sueños, la veo por la calle, la huelo. Sí, definitivamente estoy loco. Y esto precisamente es lo único que me mantiene vivo.

De pronto la miro y ya no está. Vuelvo a mirarla, la define su ausencia. Ha ido a unirse a algo que le da fuerza y no sé lo que es. No puedo seguirla, no entiendo hacia qué espacio invisible se ha dirigido, qué aire inefable la resguarda y la aísla; desde luego ya no está en el mundo y por más que manoteo no me ve, permanece siempre fuera de mi alcance. Sé que mi amor la sustenta, claro, pero su ausencia es solo suya y en ella no tengo cabida.

(ELENA PONIATOWSKA)

18.

A LA INSPECTORA Reyes Martínez le dieron las seis de la mañana leyendo *El último baile de Adriana*. A esa hora miró el móvil y vio las llamadas perdidas de su compañero Lucas Campillo. Le extrañaron un poco, seguramente había pasado algo importante, pero era demasiado temprano como para devolvérselas. No le gustaba molestar a su compañero. Bastante tenía el pobre con intentar conciliar su vida familiar con el trabajo, y estaba claro que se avecinaban días complicados. Por eso, Reyes decidió ordenar sus ideas mientras corría, como cada mañana, en compañía de Gordon y con algo de música. En su Spotify sonaron Blondie y su *One way or another*.

De una forma u otra, te voy a encontrar, te voy a atrapar, atrapar, atrapar, atrapar.

De una forma u otra, voy a ganarte, voy a atraparte, atraparte, atraparte, atraparte.

De una forma u otra, voy a verte, voy a encontrarme contigo, contigo, contigo.

Un día, quizás la semana que viene, me encontraré contigo, voy a encontrarme contigo, me encontraré contigo...

No podía dejar de pensar en Héctor Coronado. Estaba convencida de que ocultaba algo, y tras leer su libro lo tenía más claro. Ayer había dicho que no le sonaba el arma encontrada junto al cadáver, pero en su libro, el asesino de Adriana le había disparado con la misma pistola. Una mentira. Seguramente no había sido la única, pero para poder incriminarle tenía que encontrar algo más. Cierto es que el libro la había entusiasmado hasta el punto de no poder parar de leerlo. Un crimen pasional muy bien relatado. ¿Sería la chica de la Alcazaba víctima de algo similar? Reyes divagaba apoyada para descansar en la verja de la iglesia de Las Salinas cuando recordó algo. Fue en marzo de 2011. Ella aún no formaba parte del Grupo de Homicidios, y fue enviada justo al lado de su casa para personarse en un supuesto acto vandálico. Esa misma iglesia había amanecido cubierta de extraños símbolos e inscripciones. Satanismo, decían, aunque ella no lo tenía claro. Se acordaba de aquel investigador que estuvo allí fotografiando las pinturas y haciendo preguntas, ¿sería Coronado? Tenía toda la pinta, y le pegaba. *Omnia annihilabuntur humana, Las almas ardiendo, Abbadon invocabis, Lu Xi Fer...* Aquellas palabras quedaron grabadas en la memoria de la joven policía, que no pasaba por su mejor momento. De nuevo se desvaneció, otro de sus mareos. La suerte es que su inseparable compañero se dio cuenta y tapó el asunto. A él tampoco se le olvidaría la imagen de Reyes Martínez tirada en el suelo, encima de un pentagrama dibujado en el piso de la iglesia. Hubo mucha polémica, se llegó a decir que lo habían hecho un grupo de adoradores del diablo que estaban realizando rituales de exorcismo por Almería. El diablo... de nuevo en la vida de Reyes Martínez. Siempre la había perseguido. Lejos de lo que la gente llegó a pensar y a creer, ella tenía claro que habían sido los propios vecinos de Cabo de Gata los causantes de las llamativas pinturas. La iglesia, construida por la empresa Salineras de Acosta en 1907 para el uso de sus trabajadores, estaba en un estado muy decadente. La última misa celebraba databa de finales de diciembre de 2004, y su abandono daba mucha pena. El ayuntamiento y el obispado no se ponían de acuerdo con sus promesas de restauración, así que seguramente a alguien se le ocurrió que un escándalo era la mejor forma de llamar la atención de los medios de comunicación. Y con buen criterio, pues al poco tiempo comenzaron las obras para rehabilitarla. ¡Qué lástima! Reyes tenía muy buen recuerdo de esas escaleras donde se acababa de sentar a descansar. Ahí se le habían escapado unos cuantos besos, o más bien se los

robaron, porque la vida sentimental de la inspectora no era como para tirar cohetes. Ella, como mujer soltera y sin compromiso a quien no le gustaba la soledad, de vez en cuando se traía algún ligue a casa. Pero intentaba esquivar el amor. Todas las personas a las que había querido en su vida le habían hecho daño, y no quería que le sucediese más. Por eso lo mejor era no cruzar la línea. Ni siquiera con el chico de este verano con el que pasó varias noches. Debió explicarle a qué se dedicaba, pues el pobre se llevó un buen susto cuando encontró la pistola y las esposas en el baño. Mientras Reyes estaba sumida en sus pensamientos, el teléfono móvil volvió a sonar, cortando el *Country House* de Blur. Era Ramón Malvido, su jefe.

—¡Niña! Vente para la comisaría. ¡Ya!

—¿Ha pasado algo?

—¿Que si ha pasado algo? *La Crónica de Almería* ha sacado en portada lo del asesinato de la chica, con foto incluida.

—¡Qué asco de periodistas!

—Sí, la tipa esa, pero al menos ha tenido la decencia de poner una foto del cadáver desde una perspectiva en la que no se le ve la cara.

—Qué amable, ¿no? —intentaba Reyes darle un poco de ironía a su expresión.

—Sí, como la Madre Teresa de Calcuta. Ayer llamé a mi amigo, el periodista del que te hablé, y le pedí el favor de que no se pasaran con la portada. Creo que me echó una mano.

—Me doy una ducha rápida y estoy allí.

—Date prisa, hay más novedades, y ya me han llamado de Madrid para pedir detalles del caso. Hay que resolverlo antes de que se me echen encima.

Reyes Martínez recordaba ese tono. Al oír las palabras de su superior, su mente retrocedió unos cuantos años en el tiempo, a aquellas semanas en las que estaba actuando el asesino de prostitutas, el que las despeñaba por los barrancos. El caso sin resolver que Ramón Malvido revivía día tras día. Pero ella no iba a permitir que pasase por lo mismo, mucho menos en su último año de servicio. Tenía que retirarse a lo grande, con todos los honores, como merecía.

—¿Novedades?

—Campillo me llamó anoche, no te quise molestar porque era tarde. Al parecer, la forense dice que es muy posible que a la chica la mataran inyectándole insulina.

Tras unos segundos de silencio, el comisario oyó a través del teléfono los ladridos de Gordon. La inspectora se había quedado paralizada.

—¡Martínez! ¿Estás ahí?

—No grite, estoy bien. Es que creo saber quién es el asesino.

—¡No me digas eso ni en broma! —Por primera vez en dos días, el comisario Malvido parecía ilusionado.

—No estoy segura del todo, pero cierta persona me va a tener que dar explicaciones, y esta vez no voy a ser tan amable.

—Me llaman por la otra línea, niña, nos vemos ahora.

Sentía tanta rabia en ese momento que ni siquiera se hizo su habitual café. Reyes Martínez se duchó, se puso la primera ropa que encontró, y en pocos minutos estaba en Almería capital. El escritor se estaba riendo de ella, pero no iba a permitirlo más. Eso, o era muy tonto, o más bien se lo hacía. Primero la pistola y ahora la insulina. «¡Qué hijo de puta!», pensó.

19.

—¿COMISARIO MALVIDO? —Era una mujer.

—Sí, dígame. ¿Quién es?

—Soy Susana...

—¿Qué Susana? —La verdad es que el comisario no era muy simpático, tampoco paciente, y no dejó que aquella voz se terminase de explicar—. ¿Qué quiere?

—Susana Ballesteros, nos conocimos en...

—La única Susana que conozco es la de *La verbena de la Paloma*, y no creo que sea usted.

—No señor, soy la mujer del subinspector Lucas Campillo, del Grupo de Homicidios.

—Joder, la mujer de Luquitas. ¿No le habrá pasado algo?

—No, no, tranquilo. Pero estoy muy preocupada. Está muy raro.

—Déjese de rodeos y vaya al grano, por favor.

—Lleva un tiempo obsesionado con una historia.

—¿De qué historia me habla?

—Unos esqueletos gigantes que aparecieron en una aldea próxima a Murcia. Cada vez que tiene un día libre, se pasa el día allí, hablando con la gente, buscando datos...

—¿Me cago en la leche! ¿Gigantes? La humanidad se va a la mierda, os estáis volviendo todos locos.

—Disculpe si le he molestado, pero hay más.

—¿Ahora qué? ¿Extraterrestres? ¿Dragones?

—No, no. Verá... Ayer, después del mediodía, oí a Lucas hablando por teléfono con la inspectora Martínez sobre un escritor.

—Eso forma parte de una investigación, no puedo contarle nada.

—Me imagino, pero lo raro es que creí entender que Lucas le dijo a la inspectora que le habría hecho mucha ilusión conocer al escritor, incluso lo noté enfadado porque ella no contó con él.

—Sus motivos tendría para no haberlo llevado. Yo ahí no puedo entrar.

—Ya, pero es que Lucas sí que conoce a ese escritor. De hecho, han intercambiado correos electrónicos en varias ocasiones. Sin ir más lejos, aquí en casa hay una foto con él.

—No puede ser, lo hubiera dicho. Ayer estuvimos en la Alcazaba y estuvo muy callado.

—Supongo que por lo de la chica muerta, lo he visto en el periódico.

—Ya lo sabrá toda Almería.

—El caso es que anoche discutió con su hermana. Estuvieron hablando un buen rato por teléfono.

—¿Con su hermana? ¿Qué tiene que ver su hermana en este embrollo?

—Trabaja en la Alcazaba.

—¡Esto ya es lo último! ¿En qué está pensando Campillo? ¡Joder! Estoy empezando a pensar que en esta comisaría no se me hace caso. ¡Ni puto caso! Soy el último en enterarme de todo.

—Definitivamente, la paciencia del comisario se había agotado—. ¿Pudo usted escuchar sobre qué discutían?

—Tan solo pude quedarme con alguna frase suelta: «tenías que habérmelo dicho», «estás loca», «ya verás cuando se enteren»...

—Me deja usted de piedra.

—Esta mañana he intentado hablarlo con él, pero no ha querido. Me ha dicho que me meta en mis asuntos. ¡Nunca me había hablado así! —Susana rompió a llorar.

—Tranquilícese, señora. Seguro que todo esto tiene una explicación. Campillo siempre ha sido un buen chico y un policía ejemplar.

—Eso espero...

—Y yo, señora, y yo. Gracias por informarme.

El comisario colgó sin dejar que la mujer se despidiera. No sabía qué pensar. Cómo puede cambiar la vida en apenas unas horas. Y no sería el último sobresalto de la mañana.

20.

COMO CADA MAÑANA, el despertador de sor Antonia sonó a las seis en punto. Hacía bastante frío, así que decidió ducharse con el agua casi hirviendo. Una vez puesto su hábito, se reunió con las otras nueve hermanas en la capilla para rezar los correspondientes maitines y laudes. Daban las gracias al Señor por un nuevo amanecer. El resto de sus compañeras decidió seguir con sus oraciones personales antes de desayunar, pero sor Antonia no había dormido bien. Necesitaba tomar un poco el aire para intentar que se le quitaran las náuseas que había estado sufriendo desde días atrás. Cuando se disponía a salir al claustro, un terrible grito le hizo estremecer. Provenía de la calle, justo desde la puerta principal. La monja decidió abrirla y lo que encontró al otro lado no se le olvidaría jamás. Una mujer gritaba como una loca mientras señalaba el cuerpo que había en el suelo. La escena era dantesca. Era un hombre al que le habían abierto la barriga en canal y le habían sacado tanto la grasa como las tripas, colocándolas en su pecho y en su rostro. Sor Antonia no pudo contener la angustia y vomitó. Sor Teresa, que se había asomado al ver la puerta abierta, gritó: «¡Es obra del diablo!», antes de caer desplomada en la calle José Ángel Valente.

Fue Encarnación, la abadesa, quien llamó al comisario Malvido. Eran amigos desde hacía varios años y tenía su número personal.

—Encarna, entre todos os habéis empeñado en que yo la palme hoy.

—Las monjas están al borde de un ataque. Por favor, Ramón, manda a alguien. Y no para de llegar gente.

—No toquéis nada, ahora mismo mando a una inspectora para allá. Tranquila.

No había hecho más que entrar en la capital, cuando Reyes Martínez recibió el aviso del comisario. Un nuevo cadáver había aparecido, esta vez en la puerta del convento de las Puras. Eran demasiadas emociones seguidas, y solo habían transcurrido un par de horas de sol.

La inspectora estaba hecha a ver cadáveres, pero aquel era diferente, macabro. ¿Quién había sido capaz de hacer algo así? ¿Un sádico? ¿Y dónde estaba su compañero? Lo había llamado varias veces, pero no conseguía dar con él. Reyes Martínez, a pesar de su carácter, tenía mano izquierda. Fue capaz de calmar el llanto de aquellas mujeres vestidas de blanco con un manto azul. Los servicios médicos llegaron rápidamente y se llevaron aquel voluminoso cuerpo. Era un hombre robusto, bastante pasado de peso, por lo que varios espontáneos tuvieron que ayudar a los sanitarios a cargar el cuerpo en la ambulancia.

—¿Tienen alguna idea de quién se trata? —preguntó la inspectora en voz alta, esperando que alguno de los curiosos que se habían acercado pudiera dar respuesta.

—Sí —contestó la abadesa—. Es Ángel Castellanos, periodista de *La Crónica de Almería*.

Aquello no podía ser casualidad. ¿Otra persona relacionada con Héctor Coronado? Reyes recordaba perfectamente el nombre. Lo mencionaron en el *podcast* que escuchó antes de su encuentro con el escritor. Todo parecía apuntar en la misma dirección, a la misma persona. Un claro sospechoso, pero era demasiado fácil, demasiado evidente. Algo no terminaba de encajar. La inspectora Reyes tenía un puzle al que solo le faltaba una pieza, pero el dibujo no le cuadraba. «El diablo, el diablo», decía una de las monjas. Otra vez. Como ayer en la Alcazaba, como hace años en la iglesia de Las Salinas. Sin embargo, estaba en el lugar adecuado, un convento. Allí debería estar protegida. Inconscientemente, fijó su mirada en la fachada, concretamente en la hornacina que contenía la imagen de la Inmaculada. Le sorprendió la decoración de alrededor,

nunca hasta entonces se había fijado en ella. Rodeaba un escudo nobiliario cuya familia no conocía, los Cárdenas. Se dejó guiar por los elementos vegetales hasta que llegó al sol. Y a la luna. Como los del tatuaje de la chica asesinada. ¡Eran casi idénticos! ¿Otra casualidad? Ya eran demasiadas, así que Reyes Martínez decidió que tenía que acabar con aquello cuanto antes, llamó a comisaría y preguntó por Alma, la chica nueva. Era muy jovencita, pero un ratón de biblioteca.

—Buenas, compi —también Alma destacaba por su simpatía.

—Alma, cariño, necesito que dejes cualquier cosa que estés haciendo y te pongas con algo importante. Te voy a hacer varios encargos.

—Sabes que eso me pone a mil, soy toda tuya.

Ambas bromeaban mucho con estas cosas, aunque en ninguna de las dos había otra intención que no fuera esa. En un trabajo tan estresante como aquel, era totalmente necesario el buen rollo, y ellas lo entendían a la perfección.

—Quiero que busques en la base de datos cualquier coincidencia en el ADN entre el cadáver de ayer y el que va camino del Instituto de Medicina Legal. También busca similitudes con cualquier persona que tengamos fichada.

—¡Vamos, *baby*, dime más!

—Necesito que encuentres al mayor experto en símbolos religiosos que haya en la provincia.

—¿Solo eso?

—No te queda *na*, querida. Quiero una lista de todos los trabajadores de la Alcazaba, con nombres, apellidos y horarios. También quién tiene acceso al recinto aunque no trabaje allí.

—¡Más, más!

—Y que llames a Héctor Coronado, el escritor. Que vaya a comisaría antes del mediodía. Hoy no se me escapa.

—¿Acaso alguna vez se te ha escapado alguien, jefa?

—Sí, pero solo porque yo he querido, porque me interesaba.

—¿Ya está? Tengo mucho aguante, solo me has durado un asalto.

—Bueno, ya que te pones, quiero un listado detallado de todos los castillos que hay, o que han existido, en la capital y alrededores.

—¿Castillos?

—Castillos, fortalezas... Te gusta que te ponga las pilas, ¿verdad?

—¡Oh, sí!

Ambas rieron a pesar de la seriedad del asunto. Reyes confiaba en Alma, le auguraba un gran futuro; Alma lo sabía y por eso se esforzaba por no defraudarla. Las tripas de Reyes la avisaron de que no había desayunado. Ni siquiera se había tomado su primer café del día. Por eso decidió acercarse a una nueva cafetería que habían abierto el pasado verano, La Pita. Le gustaba el nombre porque le recordaba al lugar donde vivía, y además tenían buen café para llevar y un formato tipo Starbucks, así que se colocó esperando su turno mientras observaba. La mayoría de la gente odia las colas largas, pero ella las disfrutaba. Daba igual que fuese en el banco, en la cafetería, en la tienda, en el cine... Le gustaba prestar atención a la gente, a sus conversaciones. Todos unidos por un vaso de café. Daba igual tu posición social, tu situación sentimental o laboral, si eras un santo o un asesino..., allí todos se igualaban, estaban a la misma altura sin que nadie supiera nada del de al lado. Le encantaba pasar inadvertida, ser invisible, no sabían quién ella era ni lo que hacía.

21.

SE SUPONÍA QUE IBA A SER UN DÍA cualquiera en la editorial, aunque todos sentían mucha curiosidad por la visita de aquella inspectora el día antes. Se habían acostumbrado a la monotonía de su trabajo. Rubén, intentando encontrar nuevos talentos de la literatura para marcarse un tanto con Martina; Lola, haciendo malabares para cuadrar todos los asientos contables; Leire escuchaba música española ochentera mientras comenzaba con la siguiente maqueta, *Zapatos nuevos, son de ocasión, oh qué corbata, qué pantalón, ¡vamos!, quítate el cinturón y la tarde es de los dos. Sí, yo caí enamorado de la moda juvenil, de los precios y rebajas que yo vi, enamorado de ti...*, tarareaba ante la mirada desaprobadora de Pilar, la encargada de las redes sociales, que tenía gesto serio. En la otra punta de la habitación, Óscar, el diseñador, elaboraba una complicada cubierta mientras que Esperanza imprimía la lista de librerías a las que iba a llamar aquella mañana. Eso sí, faltaba alguien.

—¿Sabéis algo de Martina? —preguntó Leire, ¿quién si no?

—Lleva desde el viernes sin pasar por la oficina. —Si había alguien preocupado por la ausencia de la jefa, ese era Rubén—. Y este fin de semana no ha puesto ninguna foto en Instagram, no es normal.

—¡Qué marcaje! ¡Cómo se nota! —intentaba Leire provocarlo para que se ruborizara.

—¡No digas tonterías! Solo me preocupo por ella, como haría por cualquiera de vosotras.

—Gracias por la parte que me toca —dijo entre risas Óscar—. Me dejas muy tranquilo. Sé que si me ocurriese algo, te preocuparías por mí.

—¡Venid, venid, mirad esto!

Esperanza pidió a sus compañeros que se acercasen a la pantalla de su ordenador.

—¡Dios, qué fuerte! —exclamó Lola.

Esperanza tenía abierta en el navegador la página web de *La Crónica de Almería*, y la imagen con la que abría la edición digital del día impactaba. Era el cadáver de una mujer, justo delante de la Puerta de la Traición.

—¿Estáis pensando lo mismo que yo? —de nuevo Leire rompiendo el hielo.

—Sí, como en el libro de Héctor.

Lola, desde su mesa, también intervino. No se había levantado, pero estaba dentro de la web del periódico.

—¿Por eso vendría ayer la policía preguntando por él?

Leire estaba empezando a ponerse nerviosa.

—¡Creo que aquí se nos paga por trabajar! —dijo Pilar de forma seria y contundente.

Ella tampoco se había levantado. Es más, ni siquiera tenía abierta la página del periódico. Ya la había visto. Era la primera en llegar a la oficina cada día, y siempre seguía el mismo ritual. Era una mujer cuadrada. Se preparaba un café y leía la prensa diaria antes de entrar en faena. Por eso había visto antes que nadie la noticia del cadáver en la Alcazaba. Además, tenía la cabeza en otro sitio. De nuevo, Héctor Coronado había sido etiquetado en uno de los mensajes que de vez en cuando ponía aquel perfil falso de Twitter. Mensajes llenos de injurias, amenazas e insultos. «La Celestina» era el *nick*, y llevaba meses atosigándolo. Por indicación de Pilar, Héctor había puesto el caso en manos de la Guardia Civil de delitos informáticos y, a pesar de que tardaron demasiado, seguramente porque no le dieron importancia, descubrieron quién estaba detrás. Era

aquella periodista, Elisabet Clemente. Pilar no entendía por qué el escritor no había querido ponerle una querrela cuando la propia Guardia Civil le comentó la coincidencia en las IP. Bien es cierto que no era la primera vez que recibía calumnias, y ella era la encargada de lidiar con el problema y solucionarlo, como había hecho otras veces con cosas aún más graves.

—De verdad, Pilar. No quiero más frentes abiertos.

—Pero esa tía es peligrosa. Y mala. Muy mala. —A Pilar le sacaba de quicio que Héctor no aceptase sus consejos.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Que me meta en una nueva denuncia? Ellos son los envidiosos, los que sufren. Yo no puedo estar a estas cosas —respondía él.

Pilar lo apreciaba mucho, muchísimo. A veces ella dudaba de por qué lo hacía. Estaba convencida de lo que valía, de lo que era capaz, pero él no estaba actuando correctamente. Ni en eso ni en otras cosas, y estaba cansada de decírselo. Ella sentía que Héctor Coronado no la valoraba. Le había apoyado en los peores momentos, siempre había estado ahí para él. No merecía ese ninguneo hacia sus consejos.

—Martina no contesta a las llamadas. —De nuevo, a Rubén se le veía el plumero.

—¿Y si es ella la chica muerta?

Todos miraron a Leire. Tenía la mala costumbre de hacer preguntas inapropiadas, pero en esta se había columpiado. A todos se les había pasado por la mente, pero ninguno se había atrevido a decirlo. Desde aquel momento, el silencio inundó toda la jornada en la editorial. Nadie más fue capaz de articular palabra alguna.

22

—CARLOS, CARLOS, ¿has visto la prensa de hoy? —La voz de Jesús Barros tenía un entusiasmo inconfundible.

—Se ha enterado todo el mundo. Pero, tío, ¿no es muy temprano para llamar? Si hemos quedado luego en el Port Spain.

—Un asesino en Almería, como en las películas, ¡qué subidón!

—Tampoco te flipes, Jesús, que solo es un cadáver. Cada día muere gente en Almería. Lo mismo hasta se ha suicidado, tienes que ser más comedido. —Carlos intentaba rebajar la pasión de su compañero de programa.

—¿Y si hacemos un programa especial de *El faro del fin del mundo* tratando este caso?

—Jesús, se te va la olla, de verdad. Tienes que centrarte, te lo digo en serio. Tienes a tu mujer sufriendo porque no terminas la carrera. ¿En qué piensas, tío?

—Podemos invitar a Héctor Coronado otra vez.

Jesús seguía a lo suyo, como si las palabras de su amigo le entrasen por un oído y le saliesen por el otro.

—Vete a la mierda, de verdad. No te enteras de nada.

—También podíamos llamar a Lucas, el policía. Tengo su teléfono. A él le encantan estos temas, ya ha venido un par de veces al programa como oyente. Lo mismo hasta le apetece participar.

—Somos un programa serio y lo sabes. No vamos a entrar en elucubraciones ni falsas teorías. No se sabe nada de este caso. Solo has visto una foto en la portada de un periódico. Te he dicho mil veces que tenemos que diferenciarnos de los demás. ¿Qué opinaría Atenea de todo esto? ¿Te has parado a pensarlo? Somos tres, Jesús, a veces se te olvida.

—Podemos hacer algo grande, Carlos, y no quieres verlo. A veces no sé en qué piensas.

Jesús estaba empezando a impacientarse.

—Perdona, tengo que dejarte. Me salta una llamada y es un número muy largo. Espero que no sea el banco, estoy en números rojos —después de decir esto, Carlos colgó a Jesús y contestó—: Buenos días —era la voz dulce de una chica joven—: le llamo de la comisaría de policía de Almería capital. ¿Es usted Carlos Alonso?

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre?

—No se preocupe. Nos han comentado que es usted un experto en simbología religiosa, ¿es así?

—Bueno, me gusta el tema y tengo varios libros sobre ello, pero de ahí a considerarme un experto...

—Necesitamos su ayuda. La inspectora Martínez quiere hablar con usted lo antes posible. ¿Podría pasarse por aquí dentro de una hora?

—Me pillas podando una palmera washingtonia.

—¿Cómo dice?

—Es que soy jardinero y estoy en medio de un trabajo en una comunidad de vecinos.

—¿Pero no es usted un reconocido escritor y una eminencia en su terreno?

—Es que estoy muy desaprovechado, señorita. Pero no se preocupe, en cuando pueda me acerco por allí.

—Es urgente; por favor, intente no demorarse mucho.

Después de colgar, Carlos tuvo una sensación nueva para él. Por primera vez, podía ser útil. Sus miles de horas de estudio y de preparación daban sus frutos. ¿Ayudar a la policía? Podría ser el comienzo de su nuevo papel. No quería seguir siendo invisible. Se consideraba buena persona y válido para ser algo más que un jardinero. Es posible que estuviera ante la oportunidad de su vida. Y sin saber por qué, Carlos se acordó de su madre. Ojalá pudiera llamarla y contárselo, pero seguramente ella no lo reconocería. Maldito alzhéimer.

23.

HAY POCAS COSAS tan engañosas como una sonrisa y las personas que se esconden tras ella. Hay veces en que se enseñan los dientes como señal de advertencia a un adversario; otras veces mostramos la sonrisa para evitar que se nos salten las lágrimas; y otras como mecanismo de defensa ante el miedo. Sin embargo, muy de vez en cuando se esboza una sonrisa auténtica, y es la de aquella persona que sabe que sus problemas van a desaparecer pronto. Raquel lo sabía, o al menos lo esperaba. Había perdido la cabeza. Sospechaba que Héctor, el hombre con el que había estado toda la vida, la engañaba, o que había dejado de quererla, que era aún peor. Pero solo tenía dos opciones: asumirlo y dejarlo todo atrás, o recuperar lo que era suyo.

A veces la competencia, lejos de desanimarnos, consigue que saquemos fuerzas de la flaqueza. Esa palabra tiene significados muy dispares dependiendo de cada persona. Puede ser una rivalidad controlada, amistosa, o un duelo a muerte. Eso sí, el resultado final siempre es el mismo: una ganadora y una perdedora. Raquel lo tenía claro, como también tenía claro que el truco estaba en saber qué batallas librar, puesto que toda victoria tiene un precio. Para ello, tenía que estudiar a su enemiga y hacer justo todo lo contrario. Que ella misma tropezase. Existe un refrán que dice: «de fuera vendrán, que bueno te harán». Si Héctor Coronado seguía en casa, es porque ella aún tenía una oportunidad, y debía aprovecharla. Él era su vida entera. Había sacrificado mucho por estar a su lado, por su carrera, y nadie se lo iba a arrebatar. Algunos días pensó en marcharse, en dejarlo todo, pero eso nunca es fácil si no tienes adónde ir. Tenía claro que no existe la pareja perfecta. Eso de que haya dos almas gemelas conectadas por un amor inmortal era una invención del cine. Llegó a leer que los pingüinos eran la única especie que elegía pareja y no se separaba de ella en toda la vida. También era mentira. En todos estos años, habían tenido muchos amigos, parejas con las que salían y que parecían perfectas. Al tiempo, se enteraban de que habían roto: infidelidades, homosexualidad oculta o impensables traiciones. Y eso que no paraban de besarse en público, de proclamar en redes sociales su amor a los cuatro vientos o de permanecer horas y horas agarrados de la mano sin soltarse. Raquel odiaba la hipocresía. Era la persona más clara y directa que había en este mundo. Durante las últimas semanas, cada día, estuvo recordando el primer aniversario después de que decidieran vivir juntos. Él había preparado una cena especial, aunque no sabía cocinar: sushi comprado en el supermercado de al lado, un par de pizzas y unas patatas fritas. Cuando ella entró a la casa, comenzó a sonar el *I don't want to miss a thing* de Aerosmith.

Acostado cerca de ti, siento latir tu corazón.

Y me pregunto con qué estás soñando, me pregunto si será conmigo.

Luego, beso tus ojos y agradezco a Dios que estemos juntos.

Y solo quiero estar contigo.

En este momento para siempre, para siempre, siempre.

No era feliz. Y tenía que volver a serlo. Los médicos cada vez eran más pesimistas. Apenas le daban diez años más de vida. Era meritorio ver a Raquel sacar fuerzas de donde no quedaba nada.

No podía dejar escapar al hombre de su vida, así que cambió de estrategia. No le quedaba otra que utilizar una táctica a la desesperada. Recuperar lo que le había enamorado de ella y actuar de forma contraria a como lo llevaba haciendo los últimos meses. Se acabaron los reproches, los

«¿dónde has estado?», las discusiones, los «no me cuentas nada», los gritos, los desplantes, los múltiples enfados... Cambió el «me tienes que contar» por el «cuéntame si lo necesitas, aquí estoy». Y le empezó a funcionar. Raquel Guerrero volvió a ser aquella chica pelirroja y risueña de antaño, la que reía y hacía reír a los demás. Se dio cuenta de lo horrible que era vivir a oscuras, sin disfrutar de la vida, dando importancia a cosas que no lo merecían. Se había olvidado de ser feliz. Ahora era distinto, se prometió a sí misma que vendrían tiempos mejores, que levantaría la oscuridad y vería el mundo con otros ojos. Dentro de la penumbra, solo ves lo que quieres ver. Rara vez la gente comprende esto. Muy pocas veces nos paramos a mirar el camino, simplemente lo seguimos como borregos, y es mucho lo que hay que ver en él. Raquel Guerrero acababa de reinventarse, decidió dejar de ser la princesa del país de las mentiras para volver a ser la dueña de su destino.

Mil veces pensó en hablar con Martina Bautista. Nunca le había gustado. Ni tan siquiera la primera vez que la vio, en la gala de los Premios Argaria. Llegó a plantarse varias veces en la puerta de la oficina; sin embargo, decidió actuar. Era lo mejor. En secreto, sutilmente, sin que nadie se enterase. Si lograba vencer, disfrutaría más del sabor de la victoria. No era orgullo, era amor, dependencia. Y eso la asustaba tanto que tenía que pelear. Su actriz favorita, Marilyn Monroe, lo dejó bien claro: «Si dejas salir tus miedos, tendrás espacio para vivir tus sueños».

Si no prestas atención a los cambios, estos son difíciles de notar. Pero Coronado vio el esfuerzo de Raquel por cambiar. Y lo valoró. Significaba muchísimo para él, hasta tal punto que, durante algunas semanas, hizo dudar a su corazón. Una elección es lo más injusto que existe, especialmente si no hay más motivos que lo que tu cuerpo y tu alma sienten.

Martina Bautista era sofisticada, presumida, caprichosa, valiente y fuerte, la mujer más fuerte que había conocido. Te podía matar con esa mirada. De amor o de dolor. Si sus ojos miel se te clavaban, estabas perdido. Era toda una luchadora, con las ideas muy claras, una leona herida con alma indomable. Quizá por eso, estaba en un momento de su vida en el que nadie le iba a decir lo que tenía que hacer, aunque ella no supiera que eso jugaba en su contra. No aceptaba opiniones, no quería volver a estar sometida a un hombre. Era libre, excesivamente libre, lo que en ocasiones le conllevaba alguna discusión con Héctor Coronado.

Él no comprendía su carácter rebelde. ¿Qué necesidad tenía? Bastaba con que le dijese algo, para que ella hiciese lo contrario. Muchas veces, Coronado pensaba que era una técnica para sacarlo de quicio y que diera el paso de dejar a Raquel; pero en otras dudaba. Él odiaba que, tras cualquier pelea, ella hablase en pasado. «Con lo que te he querido», «he hecho por ti más que por nadie». Aunque nada comparado con la sensación de inferioridad que ella le hacía sentir, sin querer, hacia otros hombres. Eran inseguridades, pero Héctor pensaba que Martina tenía la llave para quitarlas de en medio. No se cortaba en piropear a otros chicos, disfrutaba cuando recibía halagos, se hacía la loca cuando alguien intentaba tontear con ella, y se engrandecía cuando decenas de comentarios y «me gustas» acompañaban a las fotos que solía subir en redes sociales. ¿Por qué no frenaba eso? Su respuesta era «cuando te vayas de casa». ¿Era justo? Seguramente sí, pero también incomparable para el escritor. Habría que dejar a un lado el tema de su marido y su hija. Javier Cantón, una de las personas más horribles que había conocido, parecía estar siempre por delante de él, aunque lo hiciese fatal. Su hija Valeria era punto y aparte. Nunca aprobaría la relación con su madre. Existe un vínculo muy especial entre padres e hijas, una especie de hilo invisible que jamás se destruirá, y ese hilo ahogaba al escritor. ¿Martina Bautista era capaz de matar por Héctor Coronado? No.

Por otro lado estaba Raquel Guerrero. Dulzura contra pasión. Estabilidad contra locura. Pies en

el suelo contra pájaros en la cabeza. Su fiel escudera, su compañera de vida. Raquel era la mejor persona que Héctor había conocido jamás, pero odiaba su pronto. Se enfadaba con demasiada facilidad y, aunque después se arrepentía, aquello fue minando su convivencia. Él no le perdonaría no haber disfrutado de los mejores momentos, del éxito. Quería compartirlo con ella. «No me gusta tu vida, ese no es mi mundo», le contestaba. Era una mujer sencilla, incomprendida, a veces antipática con quien no conocía. A Coronado le gustaba protegerla, aunque a veces le hiciera daño por eso. No la quería exponer. Tenía demasiados enemigos y todos sabían cuál era su punto débil. También Martina.

Había estado ahí desde el principio, incluso en los peores momentos. La depresión, las críticas, las injurias, las amenazas..., y en ningún momento Raquel le había dejado de lado. Dios sabe que dudó muchas veces, es humana, pero jamás pensó en no apoyarle, y eso que Héctor no aceptaba lo de la enfermedad. Además, era la única persona que le decía la verdad. No tenía necesidad de halagar a su pareja, al contrario. Miraba con lupa todos los detalles. Intentaba hacerle más fuerte, inmune, y sobre todo mejor persona. El mundo es un lugar aterrador si luchamos solos, y ella era la mejor compañera. Raquel Guerrero era tan generosa que se tuvo que tragar su propio orgullo cuando, el viernes antes de que apareciese el cadáver de la chica en la Alcazaba, Héctor le pidió unos días para estar solo, para volver a ser el que era. Ella sabía perfectamente las dudas que tenía, lo que le rondaba la cabeza, y se sentía como esa estúpida margarita a la que preguntas mientras deshojas. ¿Raquel Guerrero era capaz de matar por Héctor Coronado? Sí.

24.

TODOS NOS HEMOS CRUZADO con un abusón a lo largo de nuestra vida. O con más de uno. Nos los hemos encontrado en el colegio, en el parque, en el instituto..., pero esos son los más inofensivos. Son totalmente conscientes del daño que hacen, y los más peligrosos son los que se aprovechan de ti sin que te enteres. La humillación es mayor, y ellos, como psicópatas que son, lo disfrutan.

Javier Cantón era uno de ellos. Mujeriego hasta la médula e infiel por naturaleza. Cierto es que había sido dotado de un atractivo innato, y él se había cultivado en el deporte, lo que le llevó a encontrar trabajo como doble en algunas películas. El que se tiraba del caballo en los wésterns, el que caía del edificio y, especialmente, el que se llevaba todos los golpes y disparos. Seguramente eso le provocó un trauma que nadie supo detectar, porque esos mismos golpes se los propinaba a su mujer. No soportaba que ella tuviera éxito, que ganara más dinero que él. Y se desahogaba con otras mujeres. ¿Era su particular venganza? Para nada. Las malas personas cometen esos actos porque quieren, no necesitan motivo o justificación. Además, Javier no soportaba la ingenuidad de Martina. Se había aprovechado de ello durante muchos años. Por eso, cuando ella decidió separarse de él, estaba poseído por la ira. Sabía perfectamente de qué pie cojeaba y conocía al dedillo la forma de actuar de los depredadores como él. Tenía el convencimiento de que cualquier hombre que se acercase a ella y le diese un poco de cariño, unas palabritas bonitas y actuase con Valeria como un padre, se habría ganado el amor de Martina para toda la vida. Tan simple y tan fácil. «¡Con lo lista que eres, joder!», le reprochaba.

Cuando Héctor Coronado apareció en la vida de Martina, Javier lo vio venir. ¿Un escritor de éxito? Ese sí que tendría palabras para conquistar a su mujer. En los últimos meses, había contratado un detective privado para que los siguiera, pero eran listos y escurridizos. Seguro que estaban liados, seguro que él era el causante de que Martina le hubiera dejado. Héctor Coronado había destrozado su familia. En ningún momento pretendía hacer autocrítica. Los abusones no conocen ese concepto. Por eso, nada más leer la noticia en el periódico, decidió poner en marcha su plan. Nadie sabía dónde estaba Martina, y esa semana a él le tocaba quedarse con Valeria. Tenía el camino libre para seguir abusando.

Llamó a la televisión local de Almería y se lo soltó al primer redactor que le atendió. «¿Queréis desenmascarar al escritor Héctor Coronado? Tengo información muy interesante». El director del canal le tenía ganas a Héctor, y lo peor es que no lo ocultaba. Jamás le perdonaría que rechazase aquel espacio de misterio que le ofreció. Incluso pidió formalmente a la Asociación de la Prensa de Almería que enviase una carta al director del programa en el que cada domingo Héctor Coronado colaboraba. ¿El motivo? Que no era periodista. «Seguro que se le puede achacar intrusismo. Miles de periodistas en paro y este impostor quitándonos el trabajo», argumentaba sin ningún tipo de lógica. Como no hay nada que una más que un enemigo común, Javier Cantón fue entrevistado aquella misma tarde en el magacín. Y lo que dijo no tuvo ningún tipo de desperdicio: «Ese escritor tan aplaudido, tan querido por el público, tenía bastantes líos de faldas». Hasta se puso a llorar dando a entender que el último de ellos había sido con su mujer, la editora de sus libros. Aunque era un pésimo actor, bordó aquella interpretación. Y como era listo, no mostró ninguna prueba, tampoco las tenía, ni dio nombres. Solo su testimonio, además de dejar entrever un desconocido carácter violento de Coronado cuando las cosas no le salían bien y, por supuesto,

que se inventaba datos que daba como ciertos en sus libros con el único objetivo de aumentar las ventas. Quedó demostrado que a los abusones no les gusta ser invisibles.

Todo el mundo disfruta con los escándalos. Da igual la magnitud del chismorreo, sobre todo si es verdad o al menos lo parece. ¿Acaso hay algo más entretenido que ver caer al que se cree todopoderoso? ¿No es divertido ver a un triunfador pasando vergüenza públicamente? Cuando los pecados de alguien salen a la luz, la mayoría de personas no se paran a analizar si son verídicos, eso es lo de menos. El rumor ya estaba en la calle. ¿Sería Héctor Coronado el asesino de aquella pobre chica de la Alcazaba? Aunque los escándalos tienen algo bueno: se olvidan en cuanto aparece el siguiente, y no suele tardar mucho.

Cuarta parte

«Todo hombre normal siente alguna vez la tentación de escupirse en las manos, izar la bandera negra y empezar a rebanar gargantas».

(HENRY LOUIS MENCKEN)

25.

LOS VEINTICINCO MINUTOS que Carlos Alonso tuvo que esperar a ser recibido por la inspectora Reyes Martínez se le hicieron eternos. Estaba nervioso. Era una sensación agri dulce. Por un lado, la emoción de estar ante la que podría ser la oportunidad de su vida; por otro, la vuelta a una comisaría. Hacía varios años que no lo había vuelto a recordar, y no quería que esos fantasmas del pasado le visitasen en aquel momento. Para dejar la mente en blanco, recurrió a las canciones de su móvil.

Caballo en Troya y en sus castillos, cientos de gritos contra el pestillo.

Somos el preso libre entre rejas, pasamontañas, rompecabezas.

Somos el llanto y la carcajada, los empujones a la alambrada.

Somos los que fueron tanto siendo nada.

Escuchar a La Raíz, su grupo favorito, no evitó que su cabeza regresase a Antas. En aquel pueblo nació y pasó los mejores años de su vida. Y los peores. Era la primavera del 93, y Carlos vivía con su madre, su hermanastro y el padre de este. Al joven Carlos no le gustaba el nuevo novio de su madre. Lo asumía, más que nada porque era el padre de su hermano, pero estaba cansado de las continuas humillaciones a las que la sometía. Ella estaba enamorada, un amor-dependencia en el que solo veía la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo propio. Su madre era así. Le había ocurrido lo mismo varias veces, primeramente con su padre. Carlos Alonso nunca lo había conocido. Apenas tenía referencias de él. «No era buena persona, ni se te ocurra buscarlo. Es mejor que nunca te lo encuentres», le decía su madre. Tenía muy pocos datos: era camionero y la conoció a finales de los años setenta en Roquetas de Mar, en la época en la que ella trabajó como limpiadora en algunos hoteles de la urbanización durante varios veranos. Cuando el turismo se acababa, volvía a Antas. «Tuvimos una aventura, y cuando le conté que me había quedado embarazada, se desentendió de todo».

Los años iban pasando casi a la par que los novios de su madre, hasta que apareció Víctor. Era gentil, galán, amable, y su madre volvió a quedar embarazada. Un par de meses antes de dar a luz, recibió la primera paliza. El maravilloso Víctor estaba enganchado al juego y, cuando la suerte no le sonreía, lo pagaba con su madre. Aun siendo un niño, intentaba convencerla para que denunciase, pero ella no quería. «Son cosas de adultos, cariño», le decía. Hasta que llegó aquella maldita noche. Carlos Alonso tenía catorce años y ese día llegó tarde a casa. Era verano y había ido con unos amigos a la cima del Cabezo María. Se descalzó para entrar en casa y que nadie lo escuchase. Quería meterse en la cama y escapar de la posible riña de su madre. Al pasar de puntillas por su habitación, la vio tirada en el suelo. Tenía varios moratones en los brazos y sangraba por la nariz. Víctor se había pasado. Sin pensarlo dos veces, bajó a la cocina, cogió un cuchillo y, agarrando por detrás a aquel desgraciado, se lo puso en el cuello. «Como vuelvas a tocar a mi madre, te corto la cabeza». Nunca más le volvieron a ver, pero no se fue sin dar el último golpe: denunció ante la Guardia Civil que Carlos, el hijo de su novia, le había clavado un cuchillo. Él mismo se hizo los cortes, pero ni los propios agentes de la Benemérita creyeron al chico, que fue enviado a un reformatorio con el beneplácito de su propia madre.

Los años que estuvo en aquel lugar fueron la mejor experiencia para la vida. Aprendió lo que era el respeto, el honor, y desarrolló un sentido de ayuda a los demás que antes no tenía. Por eso

nunca le guardó rencor a su madre. ¿Quién se equivoca por amor? Cuando salió, decidió independizarse, vivir en Aguadulce y pagarse él mismo los estudios. Primero la licenciatura en Humanidades y más tarde el máster en Ciencias de las Religiones. Fue en esa época cuando escribió los libros *El infierno y sus ángeles* y *La historia secreta de María Magdalena*, que no tuvieron demasiado éxito. Después montó su propia empresa de jardinería a la espera de que le saliese alguna oportunidad laboral acorde con sus conocimientos. Mientras, para saciar su curiosidad, había puesto en marcha un *podcast* llamado *El faro del fin del mundo* con sus amigos Jesús y Atenea, con quienes compartía gustos.

26.

—ADELANTE, SEÑOR ALONSO. —Una chica joven, de pelo corto, le acompañó hasta el despacho de la inspectora Martínez.

—Buenos días o tardes ya. Siéntese, por favor. —Carlos supuso que quien hablaba era la inspectora—. ¿Sabe por qué le hemos llamado?

—Buenos días. Lo único que sé es que buscaban a alguien que entendiera de símbolos religiosos, y aquí estoy.

—¿Le preocupa algo? —Reyes Martínez no se andaba con rodeos. Primero disparaba y después pensaba.

—No, ¿por qué lo dice? Bueno, me da un poco de respeto esta situación, pero me ilusiona.

—Es que como no para de mover el pie... ¿Dice que le ilusiona que le llame la policía?

—Para ser más exactos, me ilusiona que mis humildes conocimientos puedan ayudar a la policía.

Reyes Martínez era conocida por sus compañeros como «la sabueso». En secreto, la llamaban de esa forma porque tenía fama de poseer un instinto infalible. Casi nunca le fallaba. Y ahora mismo algo en Carlos Alonso no le terminaba de encajar. Estaba demasiado inquieto y, aunque ella odiaba los prejuicios, esos que tanto daño le habían hecho a lo largo de su carrera, no pudo evitar sacar precipitadas conclusiones sobre el aspecto físico de Carlos.

—Me llaman mucho la atención sus tatuajes. ¿Cuántos tiene?

—No los he contado, creo que unos quince.

—Son muy variados, incluso variopintos.

A simple vista, porque, a pesar de estar en diciembre, Carlos iba de manga y pantalón corto, la inspectora pudo distinguir un platillo volante del que salía una luz, un monstruo con cuernos y manos en forma de hoz, la cabina de policía de la serie *Doctor Who* y la frase «Satanás fue arrojado a la Tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él». Quizá fue esto último lo que hizo saltar el instinto de Reyes Martínez. Todo lo relacionado con el diablo le traía malos recuerdos.

—¿Qué significa la frase que lleva tatuada en el brazo, señor Alonso?

—Es parte de un versículo del libro del *Apocalipsis*, concretamente el 12,9.

—¿Es usted católico? —La inspectora lo era.

—No, es una incongruencia. Debería serlo.

—¿Por qué? ¿Porque le atrae la iconografía cristiana?

—No tiene nada que ver, también me atrae la árabe. Es porque creo en el diablo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

A pesar de que intentaba disimular, Carlos notó que la policía no estaba cómoda con el tema.

—Mucho. Donde está Dios, está el diablo. Eso es así.

—Vamos a dejar de hablar de ese tema. Le he llamado para que me cuente qué sabe sobre estos símbolos —dijo mientras le mostraba fotografías del tatuaje del brazo de la chica fallecida, y de los símbolos de la fachada del convento de las Puras.

—Un sol y una luna. Interesante. No es habitual verlo en las iglesias.

—¿Sabe a qué iglesia pertenece?

—Al convento de las Puras, aunque no es una iglesia al uso. Es curioso.

—¿Qué le parece curioso?

—En la otra foto creo distinguir el brazo de alguien, está claro que es un tatuaje.

—¿Y?

—Pues que yo llevo uno muy parecido en un costado —dijo mientras se levantaba la camiseta.

—Demasiadas casualidades para una misma semana.

—¿Cómo? —Carlos Alonso no acababa de entender la frase.

—Descuide, solo ha sido un pensamiento en voz alta. ¿Puede contarme qué significan esos símbolos dentro del ámbito religioso? Si los tiene tatuados, es porque los conoce perfectamente.

—A ver... En un primer nivel, el sol y la luna, como elementos artísticos presentes en edificios y templos cristianos, hacen alusión al momento de la muerte de Jesús de Nazaret, que se produjo, según los relatos evangélicos, durante el atardecer. No en vano en esa hora ambos astros suelen estar presentes.

—Interesante.

Inevitablemente, la inspectora pensó en la posibilidad de que la chica fuese asesinada al atardecer.

—Pero caben más interpretaciones, que no contradicen a la anterior, sino que la complementan: el sol representaría a Jesús, «*Noster sol iustitiae Christus*», que decía el bueno de san Agustín, el astro que vendría a iluminar a Israel. Y la luna haría lo propio con la Virgen María, que habitualmente aparece representada con una luna creciente a sus pies. Y aún hay más. Vendrían a sustituir al alfa y la omega que aparecen en muchas representaciones de la crucifixión y que aluden también a Jesús, que en algún pasaje de los Evangelios se define de ese modo, como el dios del comienzo, de la creación, y el dios del final, del apocalipsis.

—El comienzo y el final —repetía ella.

—Sea como fuere, este simbolismo proviene de los tiempos paganos, de cuando los dioses de la antigua Mesopotamia, o de Grecia y Roma, se identificaban con los astros del cielo, que, así, se convertían en seres vivos y animados.

—¿Se refiere usted a que el sol y la luna cobraban vida?

—Más o menos. Es la dualidad, la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, Dios y el diablo.

—Otra vez el diablo.

Reyes estaba casi hipnotizada con el relato.

—¿Está usted bien? —preguntó Carlos Alonso con cierta preocupación.

—Sí, sí, no se preocupe.

No estaba bien. De hecho, estaba empezando a tener una sensación que conocía perfectamente. Siempre ocurría justo antes de que perdiere el conocimiento, de que se ausentara. El comisario Malvido le decía que era algo psicológico. Y creía saber el motivo. La noche en que derribó la puerta de aquella casa de La Almedina para atender la llamada de auxilio de una niña, encontró a la pequeña Reyes llorando junto al cadáver de su madre y al cuerpo ahorcado de su padre. La televisión estaba encendida, y en ella una película: *La semilla del diablo*. Aquel film tenía un poder especial, una especie de maldición que había afectado a la inspectora. ¿Imaginan la espera de una niña pequeña mientras, aterrada, veía esa serie de imágenes crueles?

—Pues el tema de Satanás se repite. No sé si conoce usted una de las muchas leyendas que rodean al convento de las Puras, y que tiene que ver con esto —la inspectora no daba crédito—. ¿Se la puedo contar?

—Adelante.

—Solo es una leyenda, y habría ocurrido bastante tiempo atrás. Las monjas del convento tenían por costumbre, la víspera de un acontecimiento importante, pasar la noche rezando en pareja en el coro. En una ocasión, una de ellas tuvo que ausentarse de tales obligaciones por un problema

familiar, dejando a la abadesa sola en el cometido de la oración. Cuando esta bajaba por la escalera de caracol camino a su alcoba, oyó unas pisadas que la seguían, notándolas cada vez más cerca. Al volver la vista atrás comprobó que un ser maligno de aspecto diabólico la observaba con sus luminosos ojos verdes. Cuando el monstruo casi la había alcanzado, la monja se agarró a su crucifijo e hizo la señal de la santa cruz. En esas, el engendro se precipitó por las escaleras y cayó al claustro dejando unas huellas como muestra inequívoca de la veracidad del suceso. El problema está en que no podemos corroborar esta historia dejada en forma de documento por uno de sus testigos, puesto que la losa que contenía las pisadas se destruyó en las reformas que en los años setenta se hicieron allí.

—Si le parece, Carlos, aunque el tema es de lo más atractivo, vamos a cambiar de tercio. —Era más una necesidad de la inspectora que otra cosa. Una nueva «ausencia» en el trabajo le podía costar muy cara—. ¿Conoce usted a esta chica?

—No, no la había visto antes. ¿Es la que han encontrado en la Alcazaba?

—Sí. ¿Le importaría proporcionarnos una muestra de ADN?

—¿Mía? ¿Para qué?

De repente, Carlos Alonso se puso nervioso.

—¿Le supone algún problema? Solo es algo rutinario.

Lógicamente, la inspectora Martínez no le iba a confesar que acababa de tener una mala corazonada.

—No, ninguno. ¿Le vale este vasito de plástico del que he bebido agua?

—Está bien.

En ese instante, tocaron a la puerta del despacho. Era Alma.

—¿Puedes salir? —hizo señales a la inspectora con la mano.

—¿Qué ocurre?

—El señor Carlos Alonso está fichado.

—¿Qué? ¿Aparece en la base de datos?

—Sí, al parecer, con trece años, tuvo un incidente violento. Agredió con un cuchillo a un hombre.

—Esto se pone cada vez más interesante. Gracias, Alma, voy a volver a entrar.

—Señor Alonso, ¿conoce usted a Héctor Coronado?

Reyes Martínez sabía la respuesta, había escuchado el *podcast*, pero quería saber si se habían visto en más ocasiones.

—¿El escritor? Claro.

—¿En persona?

—Sí. Es más, lo entrevistamos hace unas semanas en nuestro programa de radio, cuando sacó su último libro.

—¿Solo han coincidido en esa ocasión?

—No —Carlos dudó durante unos segundos—. Que yo recuerde..., en la gala de entrega de los Premios Argaria, cuando se celebró en Roquetas de Mar, y en la Alerta Ovni de 2013.

—¿Qué es una Alerta Ovni?

—Uff, qué difícil de explicar. —Carlos forzó una risa para intentar calmar su nerviosismo—. Digamos que es una especie de reunión de gente interesada en el fenómeno OVNI. Se juntan un grupo de personas en algún lugar con poca contaminación lumínica y con buena panorámica del firmamento, y pasan la noche mirando al cielo en busca de alguna señal.

—¿Señal?

—Algo inusual. Por ejemplo una luz que se mueva, una estrella más grande de la cuenta...

—¿Y quién organizó esa Alerta Ovni?

—Precisamente el programa de televisión en el que trabajaba Héctor Coronado. Él fue el encargado de organizar al grupo de Almería.

—¿Había más grupos?

—Claro, en distintos puntos de España e incluso del extranjero. Y todos conectados por el presentador, que iba alternando las comunicaciones con ellos dependiendo de si veían algo o no.

—¿Y vieron algo?

Nada más hacer la pregunta, Reyes se arrepintió. Todo lo relacionado con naves espaciales le parecía ciencia-ficción, y ella no estaba para esas cosas.

—Un par de cosas sin importancia, pero fue una noche inolvidable.

—¿Inolvidable... por...?

—Porque hicimos muy buenas amistades durante la velada. Por ejemplo, ahí fue donde conocí a mis dos compañeros del programa de radio. También a Coronado y a algún que otro amigo.

Reyes estaba convencida de que Carlos Alonso ocultaba algo.

—Otra pregunta. ¿Conoce usted a Ángel Castellanos?

—Me suena... ¿Es el periodista?

—Sí. Le acaban de asesinar.

—¿Qué dice? ¿Cómo ha sido?

—No le puedo dar más datos. ¿Tenía relación con él?

—Poca. De vez en cuando intercambiábamos información para nuestras cosas. Precisamente ayer por la tarde-noche estuvimos con él.

—¿Me está diciendo que el día antes de su muerte estuvieron juntos?

—Bueno, tanto como juntos... Tomamos un café con él en La Dulce Alianza porque nos iba a pasar información.

—¿Ese «nos» a quién incluye?

—A los miembros del programa de radio, es decir, Jesús, Atenea y yo, y a Lucas.

—¿Qué Lucas?

—Lucas Campillo. Creo que trabaja como policía aquí.

Reyes no podía estar más sorprendida. Su compañero ocultaba cosas. ¿Por qué? ¿Qué motivos podía tener?

—¿Y se puede saber qué información querían?

Reyes intentó disimular la nueva sorpresa. El día anterior, su compañero había estado hablando con la persona que habían encontrado muerta aquella misma mañana.

—Lucas quería saber algo sobre unos huesos que aparecieron en los años cuarenta cerca de Vélez Rubio, y nosotros queríamos que nos contase la historia del san Valentín de Almería, porque nos gustaría tratarla en próximos programas, además de invitarle a venir, por supuesto. —Carlos miró su reloj—. ¿Puedo irme ya? El trabajo me apremia.

—Sí, solo una última cosa. Como historiador, ¿conoce usted alguna relación entre la Alcazaba y el convento de las Puras?

—Nada destacable. La idea de erigir el convento fue de Beatriz de Silva, una religiosa portuguesa muy pegada a la corte española y fundadora de la Orden de la Purísima Concepción. Era muy amiga de Isabel la Católica, y ya sabe usted que los Reyes Católicos terminaron de reconquistar Almería el 26 de diciembre de 1489, precisamente desde la Alcazaba.

—Muchas gracias, puede usted marcharse.

El número de emociones en tan poco tiempo había excedido todos los límites de la inspectora Reyes Martínez. Y Lucas no respondía a sus llamadas. No había forma de dar con él. Pero ella no quería pensar que estaba metido en el ajo. Eso sí, no se iba a escapar de una buena reprimenda.

27.

UNA MUELA DE PROPORCIONES descomunales era lo que quitaba el sueño de Lucas Campillo. Alguien la había encontrado, mediado el mes de septiembre de 1966, en una pedanía llamada Tonosa, perteneciente al municipio de Vélez Rubio. Juan Romea, corresponsal del periódico *La Verdad* de Murcia, se la guardó en el bolsillo tras fotografiarla. Medía cuatro centímetros y nunca más se supo de ella. Ni de los quince esqueletos de más de dos metros de altura que se hallaron mientras un agricultor araba un campo. Desde que el subinspector del Grupo de Homicidios de la Policía de Almería oyó esta historia en boca del escritor Héctor Coronado, no se la podía sacar de la cabeza. Visitaba la pequeña aldea casi semanalmente en busca de algún indicio. ¿Quién se habría llevado los esqueletos que parecían pertenecer a seres de otro mundo?

La gratitud es de las mejores virtudes que alguien puede poseer, y es lo que sentía Lucas hacia Héctor. Sin conocerle de nada, se había ofrecido a ayudarlo en lo que pudiera. Llevaban meses intercambiándose correos y el escritor siempre se mostraba colaborador con él, proporcionándole cuantos datos tuviese. A Lucas no le importaba que no le recordase de aquella Alerta Ovni de 2013, ni siquiera de cuando acudió a la gala de los Premios Argaria simplemente para darle la enhorabuena por su galardón. «Es normal —pensaba—. Se le acercan tantas personas que es imposible acordarse de todo el mundo». Pero aquella noche, tras llegar a casa después de un día muy ajetreado, se encontró la sorpresa en su correo electrónico.

—Después de muchas horas de trabajo, ¿ahora te vas a sentar en el ordenador? ¿No ha sido suficiente por hoy?

Susana, su mujer, llevaba todo el día esperándolo. Lógicamente, él no podía revelarle detalles de lo sucedido, pues aún eran confidenciales. Tampoco quería asustarla ni que se pusiera nerviosa. ¿Una mujer muerta en la Alcazaba? Susana no pegaría ojo.

—Hoy tienes que perdonarme, he tenido un día de perros. Necesito despejarme con mis investigaciones.

—¿No te cansas de lo de los gigantes? Muchos expertos te han dicho que es imposible, antinatural.

—En ocasiones pienso que deberías ser más comprensiva. Ya te he dicho que he avanzado. He descubierto, por medio de un vecino bastante mayor, que volvieron a enterrar aquellos esqueletos. Deben de estar a un metro bajo tierra.

—Ya... y también te creerás lo que te dijo aquella anciana.

—¿Lo de las losas en la cabeza? ¿Lo de los quince montículos de piedra que había encima de donde estaban enterrados?

—Vamos, Lucas. No estás para creerte esas cosas. ¿Un cementerio de criaturas del espacio? ¿De hombres que padecían de gigantismo hace más de cincuenta años? No tiene ni pies ni cabeza. ¿Y dices que los volvieron a enterrar? ¿Por qué?

—¿Y qué querías que hicieran con ellos? Ponte por un momento en la piel de unos vecinos que encuentran algo imposible. Se asustarían y los enterrarían. Si se conservara algo, serían las piezas que se habrían llevado los periodistas que vinieron de Murcia. Dicen que hicieron fotos.

—Si esas fotos existiesen, Lucas, ya habrían salido. Tan listo para algunas cosas y tan...

—Tan tonto, ¿verdad? ¿Eso ibas a decir?

—No quería decir eso, solo que te has obsesionado. Y no creo que sea la mejor estrategia para alguien que quiere llegar a ser inspector.

—Déjame solo, por favor. Quiero seguir indagando —dijo mientras cerraba la puerta del pequeño despacho que tenía en casa. Se acomodó y, cuando abrió su cuenta de correo electrónico, no se lo podía creer.

«Buenas tardes, subinspector, ¿cómo estás? Tengo la mañana libre. Si quieres y no trabajas, podemos vernos a las nueve en la gasolinera que hay a la salida de Huércal de Almería y vamos juntos a Tonosa. Creo que te puedo ayudar a encontrar más pistas para el libro que quieres escribir sobre los supuestos gigantes. Dime algo. Un abrazo».

Su ídolo, Héctor Coronado, quería acompañarle. No, ¡quería hacer una investigación con él! No podía ser real. Después del enfado que se había cogido por no haber podido ir con su compañera a hablar con Coronado, se encontraba con la posibilidad no solo de charlar con él, sino de pasar una mañana juntos. Lucas no tardó en responder al correo electrónico. Le temblaban los dedos. Y justo en ese momento, recibió una llamada de su hermana.

—Paula, no quiero hablar contigo.

—Deja que me explique, por favor.

—No me interesa lo que tengas que decirme. No quiero volver a hablar contigo hasta que no acabes con esa locura.

—Vamos a hablar, por favor —suplicaba ella.

—¡Te he dicho que no! ¡Tenías que habérmelo dicho antes!

La conversación se calentaba por momentos.

—Soy tu hermana...

—¡Por eso mismo! ¡Estás loca! Nos vas a meter a todos en un lío. ¡Ya verás cuando se enteren! ¡No vuelvas a llamarme!

Tras pronunciar aquellas palabras, Lucas colgó y apagó el teléfono móvil.

Esa noche no durmió. ¿De qué podría hablar con Héctor Coronado? Quería parecerle interesante, pero no aburrirle ni agobiarle. Estaba deseando contarle la conversación con la directora del Museo Arqueológico de Vélez Rubio. A ella, su abuelo le contó que vio cómo desenterraban los cuerpos y que estos tenían unas cabezas muy grandes y alargadas, como si no fuesen cráneos humanos. Aunque, pensándolo bien, a Coronado podría parecerle un loco, y eso no podía permitirselo.

Al día siguiente, Héctor Coronado cumplió su palabra. Puntual, se presentó a las nueve en la gasolinera y ambos compartieron unas horas muy agradables. El entusiasmo de Lucas le impidió notar las verdaderas intenciones del escritor. Si bien es cierto que le ayudó, que gracias a él consiguió encontrar a dos nuevos testigos, el subinspector, sin querer, le reveló algunos detalles de la investigación sobre el cadáver encontrado en la Alcazaba. Héctor Coronado tenía ciertas habilidades para manipular a los demás, y Lucas había caído sin darse cuenta. El joven subinspector no sabía que su jefa había citado al escritor, aquel mismo día, para interrogarle como posible sospechoso del asesinato. Entre otras cosas porque había mantenido apagado su teléfono móvil.

—¿Y se sabe cómo han matado a la chica?

—Es secreto, Héctor, pero confío en ti. No te lo vas a creer. A falta de los análisis exhaustivos, la forense cree que inyectaron la suficiente insulina como para que provocarle un paro cardíaco.

—Parece una historia sacada de un libro de Sherlock Holmes.

—O tuyo, no te quites méritos.

—Yo soy más bestia matando, menos sutil.

Lucas ni siquiera notó la ironía de esa frase.

—Pero el asesino tiene que haber leído tu libro. Lo mismo es un fan loco.

—Supongo que ha sido pura casualidad.

—Por cierto, creo que ayer conociste a mi compañera. Me imagino que te pediría información sobre tu libro para ver el asesinato que inventaste para *Las sombras de la Alcazaba*: se parecía en algo al ocurrido ayer.

—Sí, algo así. Me pareció una mujer muy interesante.

—Es un poco borde, pero muy buena gente —contestó a la par que sonreía.

—Se me hace tarde, Lucas, creo que deberíamos volver. Tengo cosas que hacer después del mediodía.

—Claro, Héctor, no quiero que llegues tarde. No sabes cómo te agradezco que me hayas acompañado.

—No hay de qué. Siempre es bueno tener amigos en la policía: seguro que tú me ayudarías en cualquier cosa que yo necesitase.

—Sería un honor. Lo que esté en mi mano...

—Lo sé.

Ambos regresaron y apenas hablaron durante el camino, aunque por razones diferentes: Lucas intentaba ordenar en su cabeza toda la información que tenía sobre aquella inverosímil historia que todo el mundo creía que era un montaje, mientras que Héctor no paraba de pensar en lo que le esperaba. No le apetecía un nuevo careo con la inspectora Reyes Martínez. Aún no. Su mente estaba en otro lugar, y él sabía que no se desenvolvía bien sin tenerlo todo bien atado. Al menos contaba con cierta información extra que no le vendría nada mal. Le preocupaba que su estado de ánimo le jugase una mala pasada. Sabía que Reyes Martínez no iba a tener piedad de él. Como encontrase su punto débil, estaba perdido. Pero él se crecía ante la adversidad. Era un superviviente, siempre lo había demostrado, como el Ave Fénix.

28.

FIDELIDAD, ese término tan importante para Pilar Hidalgo, la periodista que llevaba las redes sociales de la editorial y del propio Héctor Coronado. Hoy en día, con la excusa de defender nuestra libertad, muchas personas evitan el compromiso y el vínculo. No hablamos solo de fidelidad a una pareja, sino de lealtad. Todos merecemos a alguien que crea en nosotros por encima de todo, a pies juntillas. Y que además nos defienda.

Pilar hacía eso con Héctor Coronado, e intentaba limpiar sus errores, por lo menos los que ella consideraba como tales. Se conocían desde hacía bastantes años, mucho antes del mundo del libro, y se tenían muchísimo cariño. Hicieron buenas migas e iniciaron una estupenda relación de amistad. Héctor siempre la había considerado alguien discreta y de confianza. Por eso ambos se alegraron de volver a coincidir, tanto tiempo después, en un mismo proyecto. Ella era una persona de ideas claras. Podían estar sin hablar un mes, que a la siguiente conversación parecía como si el tiempo no hubiera transcurrido. A veces no somos conscientes del valor que tiene contar con alguien así. Seguramente ese fue el motivo por el que Héctor, sin tiempo para llevar todos sus asuntos, pidió a Martina el favor de que fuese Pilar Hidalgo quien llevase sus redes sociales y su correo electrónico. Ya lo hacía con otros escritores, era una de las tareas que tenía en la editorial. Además, en sus ratos libres escribía, y de vez en cuando había pedido ayuda o consejos a Héctor.

Uno de los peores momentos de Pilar fue cuando el periodista de *La Crónica de Almería* comenzó a arremeter contra Héctor Coronado. La verdad es que cruzó todas las líneas posibles. Una cosa es discrepar, no estar de acuerdo, y otra muy distinta es insultar. Se había pasado, y Pilar Hidalgo no se lo iba a perdonar. Mandó cartas al director que jamás fueron atendidas, incluso se presentó en la redacción con ánimo de acabar con el asunto. De nada sirvió. Aunque esta vez era diferente. Héctor, su Héctor, la había decepcionado. ¿Cómo alguien que ha salido de situaciones tan difíciles había podido complicarse la vida por una mujer? No lo entendía. Y mucho menos por Martina. Pero cuando respetas y admiras a alguien, no lo juzgas. Son los mejores amigos los que se quedan a recoger la mesa y fregar los platos cuando la fiesta termina, y eso es lo que ella hacía, limpiar. Barría sus secretos y los escondía debajo de la cama; recogía del suelo los pedazos de sus decepciones e intentaba pegarlos; sin embargo, estaba empezando a cansarse de que, cada vez que limpiaba una suciedad, apareciese otra. Y algo le decía que aquella mancha no saldría tan fácilmente como otras. ¿Se puede borrar la cicatriz de una traición? ¿El recuerdo de un beso? ¿De una caricia? En el fondo sabemos que algunas manchas no se pueden lavar.

¿Qué había visto en ella? Si era fría, calculadora, y no tenía nada que ver con él en cuanto a forma de ser. Encima, tenían unas vidas muy alejadas. Pilar Hidalgo creía saber la respuesta. «Algunas mujeres tienen claro cómo conseguir lo que desean», pensaba. Y ella odiaba a las de ese tipo. Era muy tradicional, y creía que Héctor compartía ese pensamiento. «Es muy lista, ha sabido tocar las teclas exactas, y él ha caído como un tonto», se repetía una y otra vez. Tenía claro que lo pararía. La pararía. Si el escritor no lo hacía, le tocaría a ella.

Llevaba semanas sospechando. Se dio cuenta en la forma que tenía de mirarla cuando venía a la editorial. «¿Otra vez aquí? Qué raro», se decía las primeras veces. Pero las miradas los delataron. Las de él, porque a los ojos de Pilar, Martina le ponía esa cara de no haber roto un plato a más de uno. Pensaba que era una mosquita muerta que había querido seducir al escritor. Casada, con una hija pequeña..., ese comportamiento era intolerable para Pilar. Una tarde los oyó discutir. Ella

estaba en el archivo, buscando unos correos que había impreso, cuando ambos entraron a la oficina. Al estar inmersos en un intercambio de reproches, no se percataron de su presencia. Pilar lo escuchó todo, absolutamente todo, y decidió seguirlos cuando él pidió a Martina que lo acompañase a un lugar que definió como «El castillo del rey».

Agazapada tras unas piedras, los observó. Cómo él perdía la cabeza por su cuerpo, y cómo ella sabía aprovechar sus armas de mujer. No daba crédito, ¡cualquiera podía aparecer en aquel momento! Así que Pilar, como siempre, hizo de protectora. Vigiló para que nadie se acercara, tenía que evitar que el escándalo saltase a la prensa. Y se prometió que, al día siguiente, hablaría con Héctor.

—Ayer os vi.

—¿Nos viste a quiénes?

—Héctor, lo sé todo. No me lo niegues.

—Pilar, te prometo que no sé a qué te refieres.

—Quiero que acabes ya con esto.

—¿Acabar con qué?

En ese momento, Pilar le enseñó las fotos que había hecho con su propio móvil. El escritor se ruborizó.

—Dime que no va a volver a pasar.

—No te puedo decir eso. Estoy enamorado.

—¡Estás cegado por lo nuevo!

—Es amor, créeme, nunca lo había sentido.

—Claro que lo habías sentido, deja de pensar en lo que no debes. Todos lo hemos sentido, pero después se va apagando un poco. Lo que te ocurre es que la novedad excita.

—¿Y tú qué sabes?

—Mira, Héctor, haz lo que quieras con tu cuerpo. Si quieres echar tres polvos, los echas, pero olvídate de ella. Ya has disfrutado, ¿verdad? Pues céntrate en tu vida y en tus libros.

Las palabras de Pilar sonaron más contundentes que nunca, y se sorprendió.

—Nunca me has hablado de esa forma.

—Es que nunca la has cagado tanto. ¡Vas a echar tu vida a perder!

—¡No me agobies, joder!

—Ahora es todo muy bonito, ¿pero te has puesto a pensar en la vida que te esperaba?

—¿A qué te refieres? Ella es maravillosa.

—No lo pongo en duda, pero ¿te ves conviviendo con una niña que no es tuya? Si sé que los críos no te gustan.

—Me esforzaré.

—Pero ella no. ¿Te has parado a pensar en cuando te diga que no eres su padre? ¿O que tienes la culpa de que sus padres no estén juntos?

—Es que eso no es cierto, Martina no lo permitiría.

—¡Qué inocente eres! Para una madre, lo primero son sus hijos. Lo demás no importa. Además, ¿crees que esa chispa que tenéis ahora va a durar mucho? Os excita el peligro, hacer el amor en un descampado como ayer, jugar a provocaros el uno al otro pensando en que nadie lo sabe. Pues todo eso se va a acabar en cuanto te vayas con ella. ¿La niña os va a dejar que sigáis viviendo esa pasión?

Héctor no era capaz de articular palabra. Estaba paralizado. ¿Su amiga tendría razón?

—Siento ser dura —prosiguió—. Pero estás cometiendo el error de tu vida. No es una mujer

para ti. ¿Acaso crees que no te conozco? Eres tradicional, un poco posesivo... Y ella es un alma libre.

—Eso no es malo.

—Claro que no es malo, pero no es para ti. No te vas a adaptar. Y te vas a volver loco.

—Me estoy volviendo ya. Sobre todo cuando no estoy con ella.

—Vamos ahora a lo práctico. ¿Crees que un escándalo te vendría bien para tu nuevo libro? ¿Qué pensaría la gente? Con lo que te ha costado superar los baches, recuperar tu crédito... ¡No puedes tirarlo todo por la borda!

Y fue entonces cuando dudó. Lo primero que Héctor pensó es que Pilar siempre había estado ahí, ¿por qué le iba a dar un mal consejo? ¿Pero cómo se olvida a alguien? ¿Cómo se frena un amor que te aprieta el pecho a cada minuto?

—Tiempo. —Pilar parecía estar leyéndole los pensamientos—. El tiempo lo cura todo. Te costará. Algunos días querrás perderte del mundo, pero lo superarás. Claro que lo superarás. Y si no fueses capaz, yo te ayudaré. Me encargaré.

Rompió a llorar. Él, que no le temblaba la voz cuando hablaba de crímenes, sucesos escabrosos y trágicas muertes, se derrumbó. El miedo, otra vez esa sensación. Pilar lo abrazó como si fuera un niño, su niño.

—Tienes que ser fuerte, por favor. No lo echés todo a perder —le susurró al oído mientras lo recostaba en el sofá de la sala de espera.

Ahora le tocaba el siguiente objetivo: Elisabet Clemente. Se había excedido con los últimos mensajes de su perfil falso de internet. Hablaba de unas grabaciones que iba a sacar a la luz. Pilar no podía soportar que Héctor no hubiera querido denunciarla. No pasaba nada, ella actuaría. Siempre lo hacía. Volvería a dejar el folio en blanco para que el escritor pudiese escribir su historia sin ninguna mancha, especialmente si era del color de la sangre, o de unos labios recién pintados.

29.

LOS CADÁVERES HABLAN. Cuentan cosas de su pasado e incluso de su presente. Las cicatrices, las secuelas de enfermedades, sus huesos... nos dan ideas de cómo fue su forma de vida. También la ropa que llevan puesta el día en que llegan a la sala de autopsias, y los restos de comida que contienen sus estómagos. ¿Era vegetariano? ¿Padecía una celiaquía que no había detectado? ¿Acababa de cenar? Candela Moya era una forense de vocación. Creía firmemente que en esta profesión eso era lo más importante, sin olvidar un detalle: había que ser buena persona. Ella estaba convencida de que para ser el mejor profesional, debes ser alguien honrado, libre y con unos sólidos valores. Candela había leído mucho sobre el médico y filósofo Carl von Rokitansky, quien defendía el método materialista en cuanto a investigación científica, pero lo rechazaba como modelo filosófico. Un médico primero tenía que obtener el respeto como persona y, a partir de ahí, llegaría hacia el conocimiento. No se podía perder la compasión por el paciente, es más, había que trabajar para mantenerla siempre. Muy a su pesar, Candela sabía que, trabajando en Almería, jamás llegaría a las setenta mil autopsias que su ídolo, el doctor Rokitansky, supervisó, realizando personalmente unas treinta mil. Para lograrlo tendría que estar cuarenta y cinco años haciendo dos autopsias diarias sin descansar. Pero ella intentaba utilizar el método que el checo, que vivió durante gran parte del siglo XIX, había desarrollado: «la técnica Rokitansky», que se centraba en examinar las vísceras *in situ*. Y esa misma mañana, ella iba a tener un buen montón sobre su camilla.

Casi vomita cuando vio el cadáver de Ángel Castellanos. Candela no recordaba haber visto nada tan impresionante como aquello. A pesar de la imagen, intentó mantener la calma. El forense no debe opinar, sino escuchar lo que el muerto tiene que contarle. Será el propio fallecido quien le confirme o le niegue cualquier aspecto sobre la vida que ha llevado y la forma en la que ha fallecido.

El asesino se había cebado. No reparó en realizar cuantos cortes necesitase para abrir el vientre de la víctima. Además, le había sacado toda la grasa del estómago junto con las tripas, y se había molestado en colocarlas sobre el resto de su cuerpo, incluida la cara, como si se tratase de cataplasmas. También tenía un corte en una de las axilas. El fallecido debía de pesar unos ciento veinte kilos, por lo que el asesino no había tenido una tarea fácil.

A la forense le costaba asumir que hubiera tanta maldad en el mundo. Cada vez que llegaba a casa tras realizar una autopsia, decía a su marido que había que ser mejores personas. Eso se lo habían enseñado los muertos. Había aprendido a valorar la importancia de administrar el tiempo con los seres queridos, con quienes merecen la pena, porque nadie mejor que ella sabía que la vida es un hilo que se puede romper a cualquier edad.

Mientras practicaba la autopsia, Candela no podía dejar de pensar en la ira de la persona que había cometido tan macabro asesinato. Rabia, locura... ¿Qué clase de monstruo andaba suelto por Almería? Lo importante de las personas no son los huesos, ni el pelo, ni el color de su piel; lo importante es lo que no se ve. De pronto se incomodó, sintió náuseas. Ella se sentía cómoda con los fluidos corporales, la sangre, la mucosidad..., pero no tanto con las emociones que lo acompañaban. Y aquel cadáver estaba rodeado de ellas. Sensaciones oscuras que habían llegado a impregnar la sala de autopsias.

—¡Basta ya! —le gritó al cadáver.

¿Qué le estaba pasando? ¿Sería la larga jornada del día anterior con el cadáver de la joven de la Alcazaba? ¿Se había sugestionado por la forma de ensañarse con el hombre que tenía frente a ella? Tuvo que parar. La misma sensación de la víspera. Por primera vez en toda su carrera, se estaba replanteando su trabajo. ¿Merece la pena ver esto a diario? Así que decidió tomar aire, respirar, beber más café de su termo y continuar. Cuando se pudo sentar a redactar el informe, se sintió liberada. «Ya ha pasado», pensó.

El cadáver de Ángel Castellanos, adulto de setenta y dos años, presenta las siguientes lesiones: en el lado derecho de la cara una herida sobre la mejilla, cuyo hueso apareció fracturado. Otra herida en el lado derecho entre la frente y la nariz, que también llega al hueso. Una más en el lado izquierdo de la cabeza, por la que sale un trozo de hueso, y por último una herida en la parte posterior de la cabeza, con fractura del hueso subyacente. Todas ellas están producidas por un cuerpo contundente, como una piedra o similar, manejado con contundencia, porque fracturó todos los huesos del cráneo, hundiéndose algunos de los trozos en la masa encefálica.

En la axila izquierda presenta una herida producida por un arma punzocortante, que mide diez centímetros de longitud. El arma, manejada de abajo hacia arriba, provocó que su punta saliese por el hombro, donde aparece una herida de cuatro centímetros.

Existe una herida de bordes limpios en el vientre, producida por arma cortante. Empezó más arriba del estómago y terminó en el pubis. Los intestinos estaban en el exterior y habían sido cortados por el duodeno y el recto. Todo el colon ascendente, transversal y descendente, apareció desprovisto de grasa y epiplón. Habían sido colocados sobre el pecho y la cara del cadáver. No se encontró el peritoneo, aunque el hígado, el diafragma y el resto de vísceras de la cavidad pectoral permanecían intactas.

El hombre murió a consecuencia de las lesiones causadas en la cabeza, y el vientre fue abierto después de su muerte.

El siguiente impulso de Candela Moya, nada más enviar el informe al juez Melero, fue llamar a su amigo Lucas. Estaba muy preocupada. Le había mandado un par de mensajes de *whatsapp*, pero no los había leído. Quien inventase el doble *check* azul se cubrió de gloria. Nunca antes algo tan simple había provocado tantas peleas, malentendidos y falsas conclusiones.

—¿Dónde te metes, Lucas? —dijo Candela, sorprendida por la rapidez en contestar de su amigo. Apenas había sonado un tono.

—Ya te contaré. Anoche tuve una discusión con mi hermana y esta mañana he estado con una de mis investigaciones.

—¿La de la chica muerta de la Alcazaba?

—No, de mis temas, ya sabes...

—¿Los fenómenos extraños y esas cosas? Si te he dicho mil veces que son tonterías. ¿Tú crees que si existiesen los fantasmas no habría venido alguno a vengarse de mí? Con lo que les hago en las autopsias.

—Te lo tomas todo a broma, Candela.

—Es la única forma de no volverme loca con tanto muerto a mi alrededor. Pero te llamo porque tienes a todo el mundo preocupado. Tengo mensajes de tu mujer, de tu jefa, del comisario y hasta del juez Melero.

—¿Pero es que ha ocurrido algo?

—¿Algo? Ha aparecido otro cadáver, el del periodista Ángel Castellanos. Ha sido asesinado.

—No puede ser verdad.

Lucas titubeaba.

—Vaya si lo es, pero es que quien lo haya hecho se ha pasado tres pueblos. Le ha sacado la grasa del estómago y se la ha colocado sobre el pecho y la cara, *post mortem*.

El subinspector no contestaba. Se había quedado mudo.

—¿Estás ahí, Lucas? ¿Has oído lo que te estoy contando? ¡Otro cadáver! Y tú sin dar señales de vida.

—Candela —sollozaba Lucas sin apenas poder articular palabra.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Creo que la he cagado. Hasta el fondo.

—Tranquilo. Relájate y hablemos. ¿Podemos vernos?

—No, tengo que hablar con Reyes.

—¡Pero dime algo, joder!

—Ayer por la tarde estuve tomando café con Ángel Castellanos.

—¡No!

El subinspector Lucas Campillo, de nuevo, había dejado de hablar. Candela solo oía su respiración acelerada, pero no decía nada.

—¡Lucas, reacciona!

—Candy Candy —así llamaba de forma cariñosa a Candela, especialmente cuando estaba metido en un aprieto y necesitaba su ayuda—, ¿tú no conoces la historia del hombre del saco?

—Estás desvariando, tío. ¡Ahora me sales con un cuento para que los niños se duerman!

—El hombre del saco es una historia real. El asesinato de un niño pequeño al que le sacaron las mantecas del vientre para ponerlas sobre el cuerpo de un enfermo. Pensaban que así se curaría de tuberculosis.

Candela no daba crédito a las palabras de su amigo. Estaba paralizada.

—Ocurrió en 1910. Aquí. Fue un crimen que sobrecogió a todo el país, por la crueldad de lo que le hicieron al niño. Hasta le rajaron un sobaco para sacarle sangre y que el enfermo se la bebiera mezclada con azúcar.

La forense sintió náuseas. No pudo contener los vómitos. Un niño no. A un niño no. ¡Qué horror! Ella se negaba a hacer autopsias a pequeños. No podía volver a pasar por lo mismo. A diferencia de su marido, no había pasado página. Su hijo falleció a los pocos días de nacer. Fue un parto prematuro y el bebé tenía muy poco peso. No aguantó. Por eso cuando llegaba algún cadáver de poca edad, pedía a otro compañero que se encargara. Cuando pierdes a tu marido, te llaman viuda; si pierdes a tus padres, te llaman huérfana, pero ¿cómo se le llama a una madre que pierde a su bebé? No existe un nombre para eso, seguramente porque nadie se ha atrevido a denominar la cosa más terrible del mundo.

El subinspector Campillo también había vomitado. Dos veces. Había pasado la mañana con Héctor Coronado, el autor del libro sobre el hombre del saco. No quería verlo, pero aquello fue como una bofetada en la cara. Su ídolo podía ser el asesino, y él, sin darse cuenta, le había ayudado. Una muerte como en su primer libro podía ser casualidad, pero una segunda no. Le había contado detalles de la investigación a un posible asesino. Y no solo eso, seguramente él habría sido de las últimas personas que estuvieron con Ángel Castellanos, precisamente quien había criticado públicamente el libro de Coronado. Al llegar a casa se abrazó a Susana hasta que pudo parar de llorar. Inmediatamente, rompió en mil pedazos la foto de la Alerta Ovní donde posaba,

con otros amigos, junto al que hasta ese momento había sido su ídolo. Lucas Campillo podía haber tirado su carrera por la borda. Él no quería ser invisible, quería desaparecer.

El castillo del rey

EL FINAL ESTÁ CADA VEZ MÁS CERCA. Aun así, si creen que me voy a rendir, es que no me conocen. Nadie me ha conocido jamás. Agatha Christie decía que cualquier sensación de atracción entre un hombre y una mujer empezaba con la asombrosa ilusión de que ambos piensan igual. Ese es el primer error. Existen dos clases de personas en este mundo: yo y todos los demás. Y nunca nos vamos a encontrar. Si ahora estoy acorralado es porque me equivoqué. Pensé que Martina era como yo. Únicos, diferentes. Nosotros nos amamos, de eso estoy seguro. Los que somos amados no podemos morir, porque el amor es inmortal. La diferencia entre los dos es que ella dejó de hacerlo. Pero yo continúo. Esto ni mucho menos acaba aquí.

Cuando un tritón se ve acorralado por un depredador, pierde una parte del cuerpo para poder escapar. No les importa hacer tal sacrificio, porque saben que después la recuperarán. Las células regenerarán el tejido dañado. Yo me desprendí de ti porque no había más opción. ¿Acaso se regenera un alma? ¿Puede regenerarse un corazón? No. «Bendito el corazón que se puede doblar, porque nunca se romperá», decía Albert Camus. Se equivocaba rotundamente. Seguramente fue una de las personas más inteligentes que ha dado este mundo, pero la inteligencia es limitada. La locura no. Los corazones tienen que romperse. Lo ideal es que muriéramos en ese momento, cuánto sufrimiento se evitaría. La lástima es que no lo hacemos, sino que algunos nos volvemos locos. Si un corazón no se rompe, no se puede curar; y si no se cura, no aprende. Sin aprendizaje no hay lucha. ¿O es que yo soy el mismo que antes de enamorarme perdidamente? La vida es lucha, por eso tienen que romperse los corazones. Martina, tú rompiste el mío con demasiada crueldad. No hacía falta llegar a tanto, pero te lo agradezco. Por eso hice lo que hice. Y por eso saldré de esta.

En la mitología griega, Tritón era un dios, el mensajero de las profundidades marinas. Hijo de Posidón y Anfítrite, tenía el torso de humano, y una cola de pez en la parte inferior. Su arma era una caracola. La hacía sonar como una trompeta, y sus enemigos huían creyendo que era el rugir de un monstruo salvaje. Era astuto, como tenía que ser yo. Por supuesto, habrá daños colaterales. Ya los hay. Le ocurrió al propio Tritón cuando Atenea, su hijastra, mató de forma accidental a Palas, su hija. Y me está ocurriendo a mí. He metido en un lío al pobre Lucas, aunque haré que salga indemne. Me dio una información muy valiosa; por eso le voy a devolver el favor.

Es muy paradójico que tú, que me devolviste a la vida cuando más muerto estaba, me la hayas quitado. Martina, te has llevado muchas cosas de mí, pero me has traído otras maravillosas, como la locura. Sé que he perdido la cabeza. Sin embargo, creo que amar hasta volverse loco es la forma más cuerda de amar. Tú, que tanto leías, parece mentira que no escuchases lo que te decían Françoise Sagan o Emily Dickinson. También me trajiste otra cosa: la certeza de que no hay nada que dure para siempre, ni el amor ni la oscuridad. Has sido la única persona capaz de ver quién soy de verdad, y tuve que impedirlo. El aprendizaje de mi corazón roto ha sido que no me va a volver a pasar. Esa inspectora se está acercando mucho, está a punto de ver quién soy de verdad. Ángel Castellanos, Javier Cantón, Elisabet Clemente..., esos han sido rivales de pacotilla. Unos simples sparrings. Con Reyes Martínez es distinto. ¡Que empiece el juego!

Cuando el amor no es locura, no es amor.

(CALDERÓN DE LA BARCA)

Quinta parte

«El tiempo lo coge todo, tanto si quieres como si no. El tiempo se queda con todo, el tiempo se lo lleva y al final solo queda la oscuridad. A veces, encontramos a otros en esa oscuridad. Y, a veces, nos volvemos a perder en ella».

(STEPHEN KING)

30.

31 de octubre de 2016

SI HABÍA UNA PALABRA que describiese cómo se sentía esa noche el escritor Héctor Coronado, sin duda, sería felicidad. Estaba a punto de recibir uno de los galardones más importantes que un autor puede conseguir. Cada año, la gala se celebra en el lugar de residencia del premiado, siendo el castillo de Santa Ana, en Roquetas de Mar, el emplazamiento designado por la organización. El recinto había sido perfectamente decorado para la ocasión, llenando su patio con butacas en las que no cabía un alfiler. Un lujoso coche dejó a Héctor Coronado y a Raquel Guerrero, su pareja, lo más cerca posible de la entrada. Los nervios se lo comían por dentro, así que no paraba de hablar.

—El castillo empezó a construirse en el año 1501 sobre una torre levantada por Yusuf I un siglo antes. El terremoto de 1804 destruyó su interior, aunque permanecieron en pie los torreones y el baluarte.

—Relájate, por favor. Es tu noche y tienes que disfrutar.

Raquel conocía perfectamente a su novio y quería tranquilizarlo. No se equivocaba. Tras la Alerta Ovní y, sobre todo, a partir de la publicación de *El hombre del saco*, su fama se había disparado. Era uno de los escritores más conocidos del país, y el premio era el colofón a unos meses espectaculares. Pero estaba preocupado. Si en el siglo XVI el castillo servía de fortaleza para que quienes vivían cerca del puerto se pudieran proteger de los ataques de piratas, Coronado esperaba que a él le protegiese de todas las disputas que tenía abiertas, por lo menos aquella noche. La fama tiene una parte negativa, y es que aumenta proporcionalmente el número de enemigos. Es inevitable, el precio que hay que pagar. Aun así, estaba inmensamente feliz. Él siempre se había planteado la felicidad como un destino. Ansiaba ser feliz algún día, dedicarse a lo que más le gustaba, vivir con cierta soltura..., pero estaba equivocado. La felicidad es un estado de ánimo y una condición, jamás un destino. Puedes tener sueño, sentir frío y ser feliz. No es algo permanente. Viene y va, y todo el mundo sería más feliz si lo asumiese, aunque en aquel momento Héctor Coronado no pensaba así.

Los focos le cegaban. Los *flashes* de las fotos, las cámaras de televisión..., él y Raquel eran el centro de atención a medida que caminaban por la alfombra roja que los llevaba hacia el interior del recinto. Estaba obnubilado, y no sabía que mientras las luces le enfocaban, esa noche la oscuridad iba a crecer dentro de él. Desde ese mismo instante, empezó a perder la noción de la realidad, poco a poco. Comenzó a olvidar que, mientras luchamos por conseguir las cosas que creemos desear, como el dinero o la popularidad, vamos dejando atrás lo que realmente importa: la amistad, la familia, el amor..., y lo peor era que esas cosas ya las tenía.

Nadie quería perderse el evento. Todos estaban allí. Desde el diario *La Crónica de Almería* establecieron un despliegue sin igual: varios redactores, micros, seguimiento en tiempo real a través de las redes sociales y una entrevista en exclusiva justo antes de la entrega del premio. La periodista elegida por el medio fue Eva León, jefa de la sección de cultura del periódico.

—Señor Coronado, ¿cómo se siente momentos antes de recibir el galardón?

—Nerviosísimo y entusiasmado. Es como si estuviera en una nube.

—Es la primera vez que un almeriense gana el Premio Argaria, supongo que es una gran responsabilidad para usted.

—Sí, por supuesto. Valoro mucho lo que he conseguido.

—En Almería hay autores muy buenos, quizá no tan mediáticos como usted, pero que merecen mucho la pena.

—Por supuesto, tenemos la suerte de vivir en una tierra donde se respira literatura.

Héctor Coronado empezaba a notar un tono bastante extraño en las preguntas de la periodista.

—¿Cree que es justo merecedor?

—Eso se lo tiene que preguntar al jurado.

—¿Usted es consciente de que muchas ventas no tienen por qué ser sinónimo de calidad?

—Perdone, señorita, ¿a qué vienen esas preguntas?

Coronado perdía la paciencia por momentos.

—¿A qué se refiere? Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Son un poco tendenciosas, ¿no cree?

—Esa será su opinión. No creo que le haya preguntado nada malo. Y veo que no lleva nada bien las críticas.

—¿Se refiere a las que salen de un compañero suyo?

—No sé de lo que me habla.

Eva era perfectamente consciente. *La Crónica de Almería* había pedido a la editorial de Coronado que invirtiese en publicidad para el periódico. La editora Martina Bautista se negó y, desde ese momento, las hostilidades hacia el nuevo libro del escritor se hicieron presentes. Aquel día estaban allí porque Martina decidió contratar un reportaje de dos páginas para el fin de semana. De otro modo, no hubieran cubierto la noticia del premio.

—¿Y usted qué opina de mis libros? —La pregunta de Héctor Coronado cogió a contrapié a Eva León.

—Yo no estoy aquí para opinar, sino para preguntar.

—Es que yo también leo la prensa, ¿sabe? Y estoy cansado de que menosprecie mi trabajo. ¿Acaso hago algún mal?

—No escribe de cosas serias. Considero que lo suyo no es literatura.

—Es novela basada en hechos reales.

—¿Hechos reales? Absurdas fantasías basándose en historietas de pueblo.

—¡No es el momento!

El grito de una voz femenina paró la conversación. Era Martina Bautista.

—Ha venido a provocarme —contestó Héctor Coronado.

No hacía falta demasiado esfuerzo para sacarlo de sus casillas, y todo el mundo lo sabía, incluida Eva León. Era una gran profesional, pero se había ganado cierta fama de sectaria. Solo publicaba reportajes de sus escritores favoritos, y de vez en cuando tiraba alguna pullita hacia los libros de Coronado. Además, todo el mundo sabía de su facilidad para buscar titulares dañinos cuando algo o alguien se le cruzaba. Aquella noche no volvieron a coincidir, y con el paso de los años su relación se suavizaría. Lo importante es conocer a las personas, y Eva y Héctor se conocían perfectamente. Habían llegado a una especie de pacto bajo cuerda: él le concedería entrevistas en exclusiva, y ella le pasaría cualquier información que pudiera ser interesante para sus libros o sus investigaciones. No era un acuerdo de no agresión, ya que de vez en cuando tanto Eva como su periódico atacaban a Coronado, pero al menos cada parte sabía lo que había.

Raquel Guerrero asistió a aquel encontronazo. Nadie mejor que ella sabía que había sido totalmente intencionado. Era muy fácil poner nervioso al escritor, y ya lo habían conseguido.

—Vamos a entrar, por favor —le dijo mientras cogía su mano y echaban a andar—. Te he dicho

mil veces que intentes no alterarte. Tu diabetes no va bien y estas cosas no ayudan.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo remediarlo. ¿Qué te parece si buscamos nuestros asientos? Deben de estar reservados.

La pareja acaparaba todas las miradas. Ella iba espectacular con un vestido rojo, largo y escotado por la espalda, que dejaba lucir su trenza pelirroja. Mientras miraban una a una las butacas esperando encontrar sus nombres, ocurrió el segundo encontronazo. Era Ángel Castellanos que, en pie, los miraba de forma desafiante.

—No puede ser, esto ya es provocación —murmuró Héctor.

—No vayas a... —a Raquel no le dio tiempo de terminar la frase. Héctor ya se había lanzado a por su adversario.

—¿A qué ha venido usted aquí?!

El nivel de alteración del escritor era evidente.

—Jovenzuelo, a mí se me habla con respeto.

—¿Con respeto? ¿El mismo que usted tiene cuando me insulta cada vez que le viene en gana?

—No es el lugar para esta conversación —fue la respuesta de Ángel Castellanos, con una frialdad que no ayudaba a calmar el ánimo de Héctor.

—Claro, este no es el lugar. Es mejor desde su periódico. ¡Cobarde!

—Muchacho insolente —demasiado desprecio en las palabras de Castellanos.

Fue en ese momento cuando un joven que escuchaba a una distancia prudencial, intervino cogiendo a Héctor Coronado del brazo. Todo el mundo miraba. Pero el escritor no podía controlarse y lo apartó de malas formas.

—Nos veremos las caras tarde o temprano. —Las palabras de Coronado sonaron como lo que eran en aquel momento: una clara amenaza—. Espero que disfrute viendo cómo me dan un premio que usted jamás ganará.

Martina Bautista entró otra vez en escena para apaciguar. Pidió amablemente a su escritor que se sentasen. La gala estaba a punto de comenzar. Él clavó su mirada en ella. No le gustaba que le dieran órdenes, pero obedeció. En el fondo, sabía que era lo más indicado.

Una vez acomodados, Raquel Guerrero no pudo contener la pregunta para Héctor.

—¿Quién es esa que te ha defendido dos veces?

—La editora.

—¿La famosa Martina Bautista?

—Sí, ya te he hablado de ella.

—Pues para no caerte bien ni tú a ella, como dices, está muy pendiente de ti.

—Solo está haciendo su trabajo.

—Es muy guapa, no me habías dicho nada.

—Ni me he fijado.

—Guapa y presumida.

—Lo único que me importa es que mire por el bien de mi libro, me da igual cómo sea o deje de ser.

Justo en el lado opuesto de la fila de butacas, se sucedía una conversación muy parecida.

—¿Ese es tu famoso escritor? —se dirigió Javier Cantón a su mujer sin mirarla a la cara.

—Uno de ellos.

—Es un poco gilipollas, ¿no?

—Todos los escritores son un poco especiales...

Ella intentaba quitar hierro al asunto. Conocía perfectamente a su marido y sabía por dónde iba.

—Especialmente tontos.

—Creo que deberías respetar mi trabajo.

—Lo respeto, pero no me gusta cómo te mira ese escritor.

—Si no me mira, no nos llevamos bien.

—Estás cambiando. Cuando empezaste en este trabajo eras otra persona.

—¿Ya estás otra vez?

—Eras más humilde y mirabas más por tu familia.

Se notaba que a Javier no le gustaba que su mujer cada vez estuviera mejor considerada como profesional en su sector. Le repateaba que pudiese conciliar la vida laboral con la personal, y que encima ganase más dinero que él.

—Por favor, Javier, aquí no.

—¿Aquí no? Claro, como estás postureando no se te puede molestar. Ya hablaremos en casa.

Martina sabía lo que esas palabras significaban, y se echó a temblar. Al principio solo eran broncas, celos de que ella trajese más dinero a casa que él, pero las discusiones dieron paso a algo peor. El primer día que le levantó la mano se arrepintió. Lloró como un niño pequeño y le pidió perdón. Pero después, vinieron muchas más. Y las infidelidades. Estaba cegada con su hija y la estabilidad de su familia. No se valoró como mujer y lo perdonó cuando se enteró de la primera infidelidad. Javier Cantón, del que presumía públicamente, le había puesto los cuernos con una actriz. A Martina se lo habían dicho bastantes personas, pero no quería escuchar. No hay más ciego que el que no quiere ver. Era un padre maravilloso, ¿cómo iba a estar engañándola? Al ser un hombre muy guapo y con un cuerpo cultivado, llamaba la atención de otras mujeres, pero él nunca la engañaría. Primer error. Pensó muchas veces en separarse de él, pero no quería que su hija creciese con unos padres divorciados. Lo que Martina no pensó es que era mucho peor que la niña viviese lo que su madre estaba pasando: humillaciones, golpes, gritos... Cuando se arrepentía, intentaba ablandar el corazón de su mujer con flores, palabritas y cenas románticas, pero la calma no duraba mucho.

Por fin llegó el turno del discurso de Héctor Coronado. A pesar de los nervios, de las miradas desafiantes de Eva León y de Ángel Castellanos, y del mal rato que había pasado, el escritor estuvo brillante. Basó su intervención en agradecer y valorar el apoyo del público, reconociendo que no era un escritor de escuela, sino que plasmaba sobre el papel lo que creía que a la gente le iba a gustar. Sin alardes técnicos, sin relleno y sin menospreciar el trabajo de otros, en clara indirecta a quienes lo criticaban. Para ello, parafraseó al escritor estadounidense E. E. Cummings: «No ser nadie más que tú mismo en un mundo que día y noche hace lo posible por convertirte en otra persona significa librar la batalla más dura y no dejar nunca de luchar». Sus palabras calaron hondo entre el público, que le interrumpió varias veces para aplaudir. «Este poeta y novelista fue muy criticado en su tiempo por no respetar las normas de escritura y no seguir a los más puristas. Tenía una sintaxis inusual, utilizaba los puntos y las comas saltándose las reglas básicas de ortografía, ni siquiera ponía correctamente los renglones y párrafos, pero cuando leía sus sonetos, la gente se quedaba embobada. ¿Acaso no es eso lo que importa?». Héctor Coronado sabía, mejor que nadie, que no a todo el mundo le gusta lo poco ortodoxo y lo políticamente incorrecto, como también sabía que lo que realmente importa es lo que los lectores, aquellos que compran los libros, decidan. Y a él, por el momento, le querían.

Entre el público se encontraban varios trabajadores de la editorial, como Pilar Hidalgo, que estaba más atenta a los movimientos de Ángel Castellanos que del propio discurso de Coronado, puesto que no quería que nadie estropease la magia de aquella noche tan importante para su amigo;

Leire Domínguez, la maquetadora del libro, que había entablado una especial relación con el escritor, sobre todo a raíz de que él la aconsejara en un asunto de su vida sentimental; y Rubén Salmerón, el secretario de su editora, que quería aprovechar el evento para conseguir algunos contactos que pudieran llevar la obra de Coronado a Latinoamérica.

En el patio del castillo de Santa Ana también estaban los miembros de un *podcast* de radio que había adquirido cierta fama, *El faro del fin del mundo*. Eran unos entusiastas de estos temas y se pasaron la noche hablando sobre ello, aunque llamaban la atención por su forma de vestir. Ni mucho menos pasaron desapercibidos y ellos lo notaban.

—La gente nos mira. —Reía Carlos Alonso como si estuviera disfrutando.

—Normal, tú has venido entero de negro y Jesús con una camiseta de E.T. —Atenea no se aguantaba la risa.

—Pues anda que tú, que pareces Miércoles, la de la familia Addams.

—¡Qué pasada de discurso! —repetía una y otra vez.

—Un poco egocéntrico, ¿no crees? —opinó Atenea Martín, a quien no parecía gustarle demasiado Héctor Coronado.

—No seas retorcida, Atenea.

—Es que me parece fatal que no seas tú quien esté allí subido. Tus libros están mucho más trabajados que los de Coronado —replicaba ella.

—Yo no podía estar ni siquiera nominado, mis libros no son de ficción, recuérdalo. ¿O es que no me has leído?

Esa pregunta hizo sonreír a Atenea. Ella quería a Carlos, aunque quisiera disimularlo. Sabía de su capacidad y deseaba que algún día tuviera su reconocimiento. No había tenido una vida fácil y también merecía su premio. Aquella noche, Atenea decidió que haría todo lo que estuviera en su mano para que Carlos Alonso triunfara, y el primer paso era ayudarlo a consolidar su *podcast* sin dejar que se saliera de la línea marcada ni por un momento.

—Pues conmigo ha sido un poco borde —intervino Jesús Barros, el otro integrante del programa.

—¿Y eso? ¿Es que te has acercado a él? —preguntó Carlos Alonso.

—Sí, he querido saludarle, pero justo ha empezado a discutir con el historiador ese que escribe artículos en el periódico, el tal Castellanos.

—Ese sí que está subido, Atenea —dijo Carlos mirando a su amiga.

—La verdad es que hace poco le dio mucha caña con *El hombre del saco*. Una cosa son las críticas constructivas, pero eso fue excesivo —prosiguió Jesús—. Me han dicho que tiene celos porque él estaba a punto de sacar un libro sobre el mismo tema.

—Pero sería un ensayo, ¿no? —aportó Carlos.

—Ni idea.

—No entiendo por qué la gente se toma a mal esas cosas. Los temas no son de nadie, y Coronado, que no es santo de mi devoción, ha escrito una novela. No creo que se le deba criticar por eso, independientemente de si te gusta más o menos. —Atenea, como casi siempre, hablaba con propiedad.

—Bueno, ¿y qué ha pasado entre ellos dos?

Carlos sentía mucha curiosidad.

—La verdad es que Castellanos ha ido a provocar y Coronado ha entrado al trapo. Ha caído en la trampa. Yo creo que si no los llevo a separar, se lía aún más.

—¿Los has separado tú, Jesús? —preguntó con interés Atenea.

—Sí, he agarrado a Héctor Coronado, pero se ha zafado de mí de malas formas, no me ha gustado.

—Joder, cogido justo cuando iba a soltar un puñetazo, es normal que reaccionase así.

—Ya... pero era yo.

—No te habrá reconocido. Eso, contando con que se acuerde de ti, o de nosotros. Ya han pasado unos cuantos meses desde la Alerta Ovní.

—Es verdad, pero compartimos bastantes horas juntos —añadió Jesús, que no quería resignarse.

—Por cierto, mirad quién está ahí, ¿os acordáis de él?

Carlos Alonso señaló con la cabeza a un chico que observaba desde la parte de atrás, apoyado en una columna.

—Sí, qué casualidad, también de la Alerta Ovní —dijo Jesús.

—Y al chico con el que va también. La verdad es que esa noche fue muy especial para todos.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Atenea.

—El de la izquierda Lucas, y nos contó que era policía —Carlos Alonso tenía muy buena memoria para los nombres—, pero el otro...

—Pablo Juárez —dijo con seguridad Atenea.

—¡Pues sí que te acuerdas! —contestó Jesús Barros sorprendido.

—Es que estuvimos hablando un buen rato. Me cayó muy bien.

—¿A qué se dedicaba?

—Al mundo del cine. Se encargaba del atrezo en películas, cortometrajes e incluso obras de teatro. ¡Me contó que tenía de todo en su almacén! Desde ropas de todas las épocas hasta decorados, armas, disfraces...

—Qué guay, ¿no? —se mostró interesado Carlos Alonso.

Los jóvenes continuaron hablando durante casi toda la velada. Después hubo un cóctel y una sesión de fotos. Ninguno de los allí presentes quería que se acabase la noche, aunque por distintas razones. Martina Bautista sabía que, al llegar a casa, le esperaba la furia de su marido. Rezaba para que llegase tan borracho que cayese redondo al sofá antes de intentar darle algún golpe; Raquel Guerrero se resignaba a que de nuevo la vida de su marido, la vuelta al éxito y a la fama, lo iban a alejar de ella, quizá para siempre; Pilar Hidalgo, porque sabía que las hostilidades de Ángel Castellanos no iban a acabar aquella noche, ni mucho menos, y seguramente tendría que actuar; Atenea Martín, porque comprendió que le iba a costar más de la cuenta conseguir que Carlos Alonso alcanzase el éxito. Pero lo que ninguno esperaba era que allí, aquella misma noche, dentro del castillo de Santa Ana, todo había cambiado de tal manera que entre aquellas murallas había, al menos, una persona que era capaz de asesinar, y que lo iba a hacer próximamente. Algo tan oscuro como el mismísimo diablo acababa de despertar.

31.

NO PARECÍA SER EL COMISARIO Ramón Malvido una persona con mucho aguante, característica que se había puesto de manifiesto especialmente los últimos meses. Quizá era la cercanía a la jubilación, la sensación de no sentirse útil o simplemente la necesidad de seguir activo. Su momento preferido del día era cuando, a media mañana, se tomaba un café solo con un vasito de agua y media tostada de aceite, casi siempre en compañía de su buen amigo el magistrado Luis Miguel Melero. Aquellos veinte minutos les daban la vida a ambos. Podían discutir de cualquier cosa, especialmente de fútbol. Rara vez hablaban de trabajo, pero aquella mañana era diferente. De todos era sabido que el comisario había hecho una apuesta fuerte por la inspectora Reyes Martínez, que para él era más que una simple subordinada, pero es que con el subinspector Lucas Campillo pasaba tres cuartas partes de lo mismo. Por eso estaba tan enfadado. ¿Cómo había podido aquel jovencuelo tener esa serie de despistes? ¿No era consciente de la importancia de la investigación? A eso había que añadir la terrible muerte de Ángel Castellanos, antaño buen amigo, con quien seguía teniendo buena relación a pesar de sus diferencias religiosas. No en cuanto a creencias, sino a que ambos habían sido hermanos mayores de la misma cofradía y habían tenido sus más y sus menos. Todos esos factores habían hecho que el comisario olvidase bajar a desayunar con su amigo el juez. Estaba furioso. No paraba de dar vueltas por el despacho mientras soltaba improperios ininteligibles. Así durante toda la mañana. Se sentaba en el ordenador, miraba internet, hacía búsquedas, se levantaba, abría el archivo, revisaba casos antiguos... y blasfemaba. Ni siquiera Reyes Martínez, la persona que más lo conocía, consiguió apaciguar sus ánimos.

—¡Niña! ¿Qué hora es?

—Comisario, tiene que tranquilizarse, el subinspector Campillo llegará en cualquier momento.

—Ese descerebrado se va a enterar.

—Sabe que se ha equivocado, no merece la pena echar más leña al fuego.

Reyes intentaba, infructuosamente, aplacar los ánimos del comisario.

—¡Y encima el muy tonto se pasa la mañana sin contestar al teléfono! ¡¿Eso es lo que yo os he enseñado, Martínez, es eso?!

En aquellos momentos, Lucas asomó por la puerta del despacho del comisario y pidió permiso para entrar. Andaba cabizbajo.

—Pasa ya, desgraciado, que tienes cara de cordero degollado —don Ramón Malvido no se podía contener.

—Con su permiso...

—¿Con su permiso? Con el permiso de tu mujer te metía yo dos noches en el calabozo para que aprendieras. Pero no quiero acarrearle más sufrimiento a esa santa. ¿Sabes lo preocupada que estaba?

—Soy consciente de mi error. Me he dejado llevar por la emoción.

—Quedas suspendido de empleo y sueldo durante tres días. ¡Vete a tu casa!

—Comisario... —la inspectora seguía intentando suavizar.

—¡Ni comisario ni leches! Y da gracias porque no te he abierto un expediente. ¡Insensato!

Lucas Campillo aceptó resignado su castigo. Se lo merecía. Una vez más había pecado de inocente y había puesto en riesgo la investigación. ¿Y si Héctor Coronado era el asesino? No se le

pasaba por la cabeza, pero todo buen policía sabe que no hay que dar nada por sentado durante el desarrollo de un caso.

—¿Tengo que entregar mi arma? —preguntó con ingenuidad.

—¡Anda, tira! ¡Que no te vea! —gritó el comisario.

Y Lucas abandonó la comisaría. Parecía un alma en pena. Como esas que tanto buscaba en sus ratos libres. Aun así, no estaba enfadado. Sabía que se lo merecía. Ni siquiera guardaba rencor a Héctor Coronado; es más, no pensaba que el escritor hubiera intentado sonsacarle. Lo achacaba todo a una mala casualidad y a sus ansias por desentrañar la historia de los gigantes de Tonosa. También, por supuesto, a la posibilidad de pasar un buen rato de investigación con su ídolo, al que, por cierto, vio llegar a lo lejos. Se le pasó por la cabeza acercarse a saludarlo, pero los periodistas y fotógrafos que se agolpaban en la puerta de la comisaría se abalanzaron sobre él.

32.

—SEÑOR CORONADO, ¿ha visto la intervención de ese hombre en la televisión local? —preguntó uno de los reporteros.

—Lo siento, no veo la tele.

—Le ha acusado de varias cosas. ¿Tiene algo que decir? —insistía.

—No sé de qué me habla. ¿Me dejan paso, por favor?

—¿Por qué está citado en comisaría, señor Coronado? —preguntaba otra voz—. ¿Se le acusa de algo?

—Vengo por voluntad propia. ¿Cómo os gusta malmeter!

Una vez dentro, Coronado se sentó unos segundos. ¿Cómo era posible que los periodistas supieran que le habían llamado de comisaría? Conociendo cómo se hacían las cosas allí, le parecía muy extraña una filtración de tal calibre. «Tiene que haber sido Eva León, esa periodista seguro que tiene algún confidente en la policía, y amigos hasta en el infierno». Mientras buscaba el despacho de la inspectora Martínez, Héctor Coronado sintió un escalofrío. Experimentó, por primera vez, el ahogo de la soledad. ¿Qué hacía allí solo? ¿Cómo es que nadie lo había acompañado? Vivía rodeado de gente pero se sentía engullido por aquellas paredes tan blancas y no tenía a quién pedir auxilio. ¿Qué le estaba pasando? Estaba a punto de venirse abajo. La verdad es que nunca había estado en una comisaría más que para renovarse el DNI o el pasaporte. Le pareció un lugar muy triste, terriblemente frío. Y estaba solo.

—Acompáñeme, por favor. —La voz de una chica joven le hizo despertar de su ensoñación, ¿o más bien éxtasis?—. La inspectora le espera.

El despacho le sorprendió. Era la única habitación que había visto sin paredes blancas. Eran naranjas. ¿Las habría pintado ella? ¿Percibiría la misma sensación de helor que él? Apenas había decoración, solo distintos reconocimientos en forma de diplomas y varias fotos con compañeros. La mesa estaba desordenada, pero Coronado estaba seguro de que en la mente de su contrincante todo estaba en su sitio. No localizaba ni una sola foto. Lo habitual es tener alguna instantánea de la familia, de los amigos..., pero, al parecer, en aquel despacho no tenían cabida. Tampoco estaba el típico corcho del que cuelgan pósts, fotos y recortes. Seguramente eso solo pasaba en las series de televisión. Coronado quiso curiosear y miró, disimuladamente, la pantalla del ordenador, o más bien el salvapantallas que guardaba la privacidad de su PC. Ahí sí que había una foto. Héctor creyó reconocerla a ella junto a un hombre mayor, pero la instantánea parecía tener bastante tiempo. Era el comisario. Lo había visto en prensa muchas veces, sobre todo cuando Coronado estuvo buceando en el caso de aquel asesino de prostitutas que nunca fue capturado.

—¿Qué tal, señor Coronado? —La voz de la inspectora le pilló desprevenido.

—Muy bien, echando un vistazo, ¿y usted?

—He tenido días mejores. ¿Y ha encontrado algo de interés?

—Alguna que otra cosa... ¿Cómo es que me ha llamado? Voy a pensar que no puede vivir sin mí.

—Es que me tiene intrigado. Un posible asesino que viene por su propio pie a la comisaría. Interesante...

—Creo que usted es más simpática en otros ambientes; prefiero a la inspectora Reyes Martínez con una cervecita en la mano.

—Tendrá que ser otro día, hoy no estoy de humor.

—Tampoco es que tenga usted aspecto de ser el alma de la fiesta.

—¿Usted tiene pinta de asesino?

—Nunca he tratado con ninguno, así que no sabría decirle.

—Para no tratar con asesinos, los describe muy bien en sus novelas.

—¿Ha leído mi libro? ¿En un solo día? ¡Eso es dedicación!

—Sí, pero no por lo que usted cree. Esperaba encontrar algo.

—¿Y encontró lo que buscaba? ¿Algo de interés? —empezó Coronado el juego de tal modo.

—Sí, una pistola. Justo la misma que apareció al lado del cadáver de la Alcazaba. Demasiada casualidad, ¿no cree? Sobre todo porque ayer se hizo el loco cuando le pregunté.

—No creo en las casualidades.

—Lo sé. Por eso espero una explicación.

—Es simplemente un arma. No hay mayor misterio. Quizá el asesino haya leído mi libro, como usted, y quiera rendirme un homenaje.

—¿Podría quitarse el jersey?

Reyes Martínez pretendía descolocar a Héctor Coronado.

—¿Así sin más? ¿No me va a invitar antes a una copa? ¡Qué directa!

—Tiene usted una verborrea demasiado fácil. Quiero comprobar una cosa. ¿Le importaría hacer lo que le he pedido?

—Por supuesto, solo espero no decepcionarla. Tengo muchas esperanzas puestas en esta relación.

—No se emocione, solo quiero ver si tiene usted alguna marca de lucha.

—¿De lucha? Siento defraudarla, hace años que me retiré del boxeo. —En la voz del escritor no se podía respirar más ironía.

—Solo con un simple vistazo sabré si ha trasladado un cadáver o ha forcejeado con alguien.

—No tengo yo cuerpo para trasladar cadáveres: tienen que pesar bastante.

—El del periodista Ángel Castellanos no debió de ser fácil de transportar.

La cara de Héctor Coronado cambió totalmente. Parecía un poema. O de póker. Aparentaba cierta sorpresa. Durante unos segundos, el escritor se quedó callado mientras ella caminaba a su alrededor, a paso lento, como si lo estuviera rodeando. Al menos esa era la intención que tenía, que él se sintiese acorralado.

—¿Se ha quedado mudo, señor Coronado? Sería la primera vez.

—¿Cómo le han matado? —respondió con gesto muy serio.

—¿Cómo sabe que le han matado y que no ha sido de muerte natural?

—Por la forma de decírmelo. Sé leer entre líneas.

—No tendría que decírselo, pero lo voy a hacer: al periodista Ángel Castellanos le han abierto la barriga para sacarle la grasa y colocársela en el pecho.

El escritor no gesticulaba. Parecía estar en estado de *shock*. En aquel momento, la inspectora Reyes Martínez creyó ver un ápice de sonrisa en su rostro, o al menos algo parecido. Sí, era eso, una sonrisa. Ya de por sí era una respuesta interesante. Si era involuntaria, su cuerpo le había delatado; si era a posta, era toda una declaración de intenciones.

—¿Se alegra de la muerte de Ángel Castellanos, señor Coronado? ¿O me lo parece a mí?

—Creo que el mundo es un lugar mejor sin él.

—Me parece un comentario muy fuerte —se mostró Reyes sorprendida.

—Era mala persona.

—¿Y por eso merecía morir?

—¿Las malas personas merecen vivir? —A Coronado le encantaba contestar una pregunta con otra.

—No somos quiénes para decidir eso.

—¿Y a quién le corresponde esa tarea? ¿A Dios? El mal existe, y cuanto más lejos esté de los seres que queremos, mejor.

Aquella frase se clavó en la mente de Reyes Martínez y empezó a rebotar, una y otra vez. Ella conocía perfectamente el mal, sabía cómo se las gastaba, que estaba a la vuelta de la esquina, en cualquier lugar y hasta en tu propia casa. Meditó unos segundos, y el escritor se dio cuenta de su punto débil. Ahora era él quien se había levantado haciendo el mismo gesto de rodearla con sus pasos.

—¿Tiene hijos, inspectora Martínez?

—Esa pregunta no viene al caso.

—Ya me ha respondido. ¿Por qué no los tiene?

Reyes dudó si contestar. La conversación se iba por otros derroteros, pero se sentía cómoda. A gusto. Le atraía la forma de pensar del escritor. ¿Qué le estaba pasando? En tantos años de carrera nunca había dudado, nunca había actuado de otra forma que no fuese con contundencia, especialmente cuando tenía ante ella a un posible asesino. Pero esta vez era distinto. Había algo en Héctor Coronado que lo hacía diferente del resto de las personas. Eran sus ojos. Para nada eran bonitos, pero parecían querer hablar. Estaban tristes, eso era. Por mucha fachada de escritor pretencioso, contestón y pedante que quisiera mostrar, ella había conseguido saltar su muro. Por eso se abrió. Ella también estaba triste desde hacía mucho tiempo.

—Cada día veo cosas terribles, señor Coronado. Ni se las imagina. No quiero traer a ninguna criatura a este mundo de sufrimiento, dolor y maldad.

—Inspectora, me tranquiliza mucho saber que no soy el único que finge ser normal.

—No estoy fingiendo nada. Me encantan los niños, simplemente no quiero tenerlos —respondió ella.

—A mí también me encantan los niños. Suelo congeniar con ellos, y ellos conmigo. A veces voy caminando y noto cómo los bebés me siguen con la mirada. Si entro a un bar donde hay unos padres con un carrito, el bebé no me quita los ojos de encima. Hay algo en mí que les llama la atención.

—Dicen que los niños pueden percibir lo que los adultos no vemos.

—¿Se refiere a fantasmas, inspectora?

—Me refiero al interior de las personas.

—Yo creo que es porque perdí la inocencia muy pronto, y eso me dejó una marca que los niños detectan. Creo que conecto con ellos por eso mismo, porque representan lo que nunca recobraré.

—Sus palabras destilan oscuridad, señor Coronado.

—La oscuridad existe, y usted lo sabe. Está en cada uno de nosotros. Lo importante es controlarla para que no salga. También la tiene, y seguro que alguna vez la ha sacado a relucir.

—Yo prefiero creer en cosas positivas, como la luz, los amaneceres, los arcoíris...

—Un arcoíris sí que es una ilusión. El reflejo de la luz nos hace creer que hay algo allí, cuando realmente no hay nada.

El escritor también estaba disfrutando de la conversación.

—¿Entonces alberga usted oscuridad?

—Sí, y usted. La noto por mucho que se esfuerce en disfrazarla.

—No tengo nada que disfrazar. Se cree usted muy listo. Un sabelotodo, ¿no se lo han dicho?

—Sí, y la verdad es que es bastante agotador tener siempre la razón.

—En este caso no la tiene.

—Inspectora... —Coronado se levantó de la silla, apoyó los brazos en la mesa de Reyes y acercó su rostro a pocos centímetros del de ella—, yo veo su máscara. Usted y yo somos muy parecidos. Noto su dolor.

—Se está sobrepasando.

En el fondo, Reyes Martínez quería lo contrario. Necesitaba oír lo que Héctor Coronado le iba a decir.

—Todos llevamos máscaras. Algunas se usan para asustar a los demás, para protegernos, para hacernos los fuertes ante un enemigo que nos amenaza; otras solo se utilizan una vez por semana, o dos, en momentos concretos; y luego está la que nosotros dos llevamos: esa no se quita. Por eso me encanta Halloween, porque nos igualamos con el resto de las personas. ¿Qué esconde usted, inspectora? ¿Inseguridades? ¿Un amor que no acaba de morir? ¿Un trauma? ¿Un terrible secreto? —Reyes se sentía intimidada con las palabras de Coronado—. Le voy a decir una cosa. Estoy mirándola con atención, es la única forma de encontrar la verdad que oculta.

—Pues a usted su máscara se le acaba de caer —dijo Reyes Martínez, acercándose aún más al escritor. Apenas estaban separados por tres centímetros—. Veo sus ojos, y ellos me están diciendo quién es realidad y, lo que es más terrorífico, me dicen de lo que es usted capaz.

—¿De verdad piensa que soy un asesino?

—Oculta algo, estoy segura. Mi instinto me lo dice, me lo está gritando ahora mismo. ¿Se considera buena persona, Coronado?

—No lo sé. Y eso es precisamente lo que me da miedo, no saber nada de nada.

—¿No sabe si es buena persona?

—Depende de la óptica desde la que se mire. No es sencillo distinguir entre los buenos y los malos. A veces los pecadores pueden sorprendernos, al igual que los santos.

—Por primera vez le voy a dar la razón, sin que sirva de precedente. —De nuevo, la inspectora intentaba recuperar el control de la conversación utilizando la ironía.

—¿Por qué siempre intentamos definir a las personas como buenas o malas?

—Porque no hay término medio. Es blanco o negro, no existe el gris —respondió ella con más seguridad de la que aparentaba.

—Se equivoca. Lo que ocurre es que nadie quiere admitir que, dentro de nosotros, en lo más profundo de nuestro corazón, pueden habitar la crueldad y la compasión. Mano a mano, de igual a igual. Todos somos capaces de cualquier cosa.

—Tiene usted una filosofía de vida muy peculiar, señor Coronado. Creo que no es feliz. No sé cómo puede vivir con tanto sufrimiento dentro.

—¿Qué es para usted la felicidad?

Reyes meditó unos segundos. Quería contestar algo original, pero que coincidiese con su forma de pensar.

—La felicidad está en la indiferencia —fue su respuesta.

—La felicidad es la ausencia de miedo —contestó él.

—Qué frase más buena, me la apunto. —Por todos los medios, Reyes Martínez quería devolver la conversación al punto de partida, a los cadáveres, pero es cierto que estaba disfrutando con el intercambio dialéctico—. Aunque yo pensaba que me iba a decir que la felicidad estaba en el amor.

—La felicidad es amor, no otra cosa. El que sabe amar es feliz, decía Hermann Hesse.

—¿Y usted sabe amar, Héctor?

Era la primera vez que ella lo llamaba únicamente por su nombre de pila.

—Con locura. Lo que no sé es no ser amado.

—¿Entiendo que está usted enamorado y no es correspondido?

—Nos enamoramos, inspectora, y un día las personas que amamos se olvidaron de querernos. No existe cosa más terrible.

Reyes Martínez se sorprendió al notar cierta sensibilidad en las palabras del escritor. Aun así, de nuevo le había esquivado la pregunta. ¿Había dado con su punto débil? ¿Tendría esto relación con la chica de la Alcazaba?

—¿Ha estado usted enamorada?

—Sí —se arrepintió de haber contestado a esa pregunta, pero ya era tarde.

—¿Y qué ocurrió?

—Simplemente salió mal.

—Percibo que usted es una persona que se siente cómoda estando sola.

—Estar con alguien no siempre es sinónimo de estar acompañada, al igual que estar soltera no significa soledad.

—Me ha encantado esa frase, pero permítame que le conteste con otra: Yo me pregunto si las estrellas están encendidas para que cada cual pueda un día encontrar la suya. Es de *El principito*.

—Lo sé, es mi libro preferido. ¿El suyo?

—*Alicia en el País de las Maravillas*. Se lo recomiendo si no lo conoce.

—No lo he leído, pero sé que va sobre la locura. ¿Está usted loco, Héctor?

—Le contestaré con otra frase: «Estás loco, completamente loco. Pero déjame decirte un secreto: las mejores personas lo están».

—Supongo que es de ese libro, ¿o estoy confundida?

—Usted no se equivoca nunca, Reyes.

También Héctor Coronado estaba disfrutando de la conversación, y no recordaba cuándo fue la última vez que le ocurrió.

—¿Me equivoco con usted?

—Si creyera que soy un asesino, sí, pero sabe perfectamente que yo no he matado a ninguna de esas personas. Sería demasiado evidente.

En eso estaba de acuerdo la inspectora. Quedaba demostrado que Héctor Coronado era muy inteligente, quizá una de las personas más listas con las que se había cruzado. Nadie de su nivel se incriminaría asesinando tal y como cuenta en sus propios libros, pero es posible que todo fuese una táctica. Un plan perfectamente orquestado para ganarse su confianza. Si esa era la intención de Coronado, a ella no le quedaba más remedio que seguirle el juego hasta ver dónde llegaba.

—Entonces alguien le quiere incriminar.

—Eso parece, pero usted me va a ayudar a salir de esta.

Esa petición parecía sincera. ¿Estaba Héctor Coronado, por primera vez en su vida, pidiendo ayuda?

—Vamos a suponer que le creo, ¿tiene usted idea de quién podría estar detrás de esto?

—Alguien que me odia.

—Eso no es ninguna novedad. Además, ayer me dijo que tenía muchos enemigos.

—Muy a mi pesar. Ojalá pudiera evitarlo. Le aseguro que, conscientemente, nunca le he hecho mal a nadie. Me habré equivocado, pero ¿quién no lo ha hecho alguna vez?

—Ayúdeme entonces a encontrar al culpable.

—O a los culpables. Pero me parece que usted no necesita ayuda: sé que va a resolver este caso, y en poco tiempo. Además, tiene muy buenos compañeros.

—¿Quiere que hablemos de lo que le ha hecho a Lucas Campillo?

—Es un buen chico y le tengo mucho aprecio, además de ser un excelente policía. Mi única intención era no llegar a este punto en desventaja. Tiene mucha pasión por su trabajo, así que no sean duros con él.

—¿Desde cuándo se conocen?

—Desde hace bastantes años. Hemos coincidido en varias ocasiones, casi todas relacionadas con los libros o con el mundo del misterio.

—Por eso mismo creo que no se merece lo ocurrido. ¿No siente remordimientos por utilizar a las personas?

—Yo no lo veo así. Él quería que lo acompañase a una de sus investigaciones y yo he accedido. ¿Qué hay de malo en ello? Es lógico que después de varias horas, hablemos de todo un poco.

—Y casualmente, usted le sonsaca sobre el caso en el que es sospechoso.

—Que yo sepa, no soy sospechoso de nada. Me interesa mucho saber quién está detrás de todo eso, especialmente si esa persona está intentando que yo parezca el culpable.

—¿Lo es?

—¿Cómo puede preguntarme eso a estas alturas? Creía que después de esta interesante conversación éramos amigos.

—Cuido mucho mis amistades, y en ellas no tienen cabida los sospechosos de asesinato.

—Reyes, por favor, tiene que reconocer que poner en la escena del crimen mi último libro con una dedicatoria, la misma pistola que se usa para matar a la protagonista, y asesinar a la chica con insulina... canta mucho. Por no hablar de lo de Castellanos, mi enemigo reconocido. Aunque esto último me ha impactado, no se me habría ocurrido ni a mí mismo. No parecen dos crímenes cometidos por la misma persona.

—¿Va a jugar ahora a ser detective?

—Déjeme ver qué tal se me da. El primer asesinato tiene mucha clase: un cadáver perfectamente colocado, una forma de matar casi imperceptible, un excelso cuidado de la escena del crimen; pero el segundo es, sobre todo, ensañamiento y casquería. ¿Qué tal lo he hecho?

—¿Dónde estuvo usted anoche, Héctor?

Reyes estaba decidida a no volver a enredarse en la labia del escritor.

—Lo siento, no se lo puedo decir.

—Como tampoco me quiso decir lo que hizo la noche anterior. ¿Estuvo con su novia? ¿Puedo hablar con ella?

—Sé que no estoy en posición de pedir favores, pero le ruego que no lo haga. No intente localizarla, podría contaminar la percepción que tiene usted de mí.

—¿Y así quiere que crea en su inocencia?

—Es cuestión de confianza. La verdad siempre sale a flote, no se preocupe.

—A pesar de esa fachada, Héctor, creo que no es mala persona. Tiene aspecto de loco, incluso de vengativo, pero en el fondo no es así. Ojalá no me equivoque. Pero tiene que darme algo para que confíe en usted.

—Soy un guerrero, pero no me gusta luchar.

—No me vuelva a desviar la conversación, por favor. ¿Por qué tendría que hacerle caso y no hablar con su pareja?

—Llegado el momento, lo entenderá. Ahora mismo Raquel y yo estamos en una situación...

digamos... complicada. Esa es la palabra que mejor la definiría.

—Comprenderá, Héctor, que ese no es mi problema. Tengo que proseguir con la investigación y si es necesario, hablaré con ella.

—Le rogaría que no lo hiciese, y le voy a pedir otra cosa más, Reyes: no me detenga.

—No pensaba hacerlo, aunque una visita a los calabozos no le haría mal.

—Dejémoslo para otro día, es que tengo que preparar la presentación de mi libro.

—Quizá a la venta de su libro le venga bien un escándalo. Despertaría la curiosidad de sus lectores. Seguro que su editorial lo agradece.

Al escritor le cambió la cara al escuchar aquello, y Reyes lo notó perfectamente.

—¿Es la presentación de *El último baile de Adriana*? ¿Aún no se ha presentado? —preguntó ella.

—Sí. Es pasado mañana, y por supuesto está invitada. La dejamos para diciembre por imposibilidad de cuadrar fechas. Vamos a recrear el asesinato de Adriana con un grupo de actores y personas del mundo del cine de Almería. Será en el salón Noble de la Delegación del Gobierno, aquí en la capital. A las 19:00.

—Suenan bien, seguramente me pase. Si no lo he detenido antes.

—Será una noche inolvidable, se lo aseguro.

—Me parece que hemos terminado. Antes de marcharse, vaya con mi compañera e indíquele, por favor, el nombre y los apellidos de las personas que crea que pueden estar detrás de todo este asunto, quienes pudieran querer incriminarle. Me refiero a sus enemigos. Los anotaré para poder hacerles seguimiento.

—Dígale que prepare bastante papel —dijo antes de arrancar a reír.

—No se puede vivir con tanto veneno, señor escritor.

—Esa frase es de Shakira, otra grande.

Ambos se despidieron dándose la mano. Por un momento, Reyes dudó si acercarse a la mejilla para darle dos besos. Ninguno era consciente de cuánto habían intimado en esa conversación.

Y por primera vez en dos días, la inspectora Reyes Martínez también consiguió reír. Creía en la inocencia de Héctor Coronado. No sabía por qué, era algo irracional, pero su instinto no solía fallarle. Solo le ocurrió una vez y juró que jamás volvería a pasar. Los ojos del escritor habían cambiado, o al menos es lo que le pareció a ella. Creyó percibir algo de humanidad. Miró el reloj y vio que había pasado más de una hora. El tiempo había volado, y un asesino, o dos, andaban sueltos por Almería. Antes de marcharse, entró al despacho del comisario. Él la conocía mejor que nadie.

—Niña, vete a casa. O sal a tomarte una cerveza con alguien. Hoy no podemos avanzar más.

—No me quito esto de la cabeza, comisario. No puedo concentrarme, creo que se me escapa algo.

—Lo que necesitas es despejarte. Llevas casi dos días sin parar. Vamos a preparar una reunión mañana a primera hora y ponemos ideas en común, ¿te parece?

—¿Podrá venir Lucas? —La voz de Reyes pedía a gritos una nueva oportunidad para su amigo.

—¿Crees que se me ha pasado el enfado? El chico la ha fastidiado y bien. Si quieres, habla con él fuera de la comisaría, pero no lo quiero ver en la reunión.

—No voy a intentar convencerle, es usted muy cabezón. ¿Nos vemos mañana a las nueve?

—A las nueve en la sala de reuniones. Intenta dormir un poco.

—Si no le importa, llame a la forense por si tiene algún dato que no sepamos. Buenas tardes.

Reyes tiró de la puerta, cerró su despacho no sin antes coger las llaves del coche y su abrigo, y

cuando se disponía a salir por la puerta se cruzó con Alma.

—¿Ya te vas a casa, bonita? —preguntó sonriendo, como siempre.

—Sí, aunque quiero desconectar un poco. Lo mismo salgo a correr.

—¿Y si mejor vamos a tomar algo? Como en los viejos tiempos. —Alma estaba deseando compartir un rato con su amiga.

—Vale, pero tú invitas, que le echas un morro a la vida...

Lo que menos le apetecía a la inspectora Martínez era salir, pero sabía que, si se encerraba en casa, iba a seguir pensando en Héctor Coronado. No se le iba de la cabeza. Por eso aceptó la propuesta de su amiga. Un rato de distracción no hace daño, ni siquiera cuando te encuentras en medio de la investigación más importante de tu vida. Las chicas se montaron en el coche de Alma y se fueron directas al Entrefinos, su bar de tapeo preferido.

Qué curiosa es la amistad. Dicen que es la relación más sincera de todas las que existen, por encima del amor. Y el mundo está repleto de curiosas amistades. ¿Pero cómo empiezan? Casi siempre, cuando alguien necesita algo. Por ejemplo, cuando una persona anda desesperada y aparece otra dispuesta a ayudarle. Entonces una mano se tiende, aparece la bondad incluso en quienes no contábamos. Es ahí cuando se forma un vínculo invisible. Muy fuerte. Y solo lo entienden las personas que se sienten solas, los seres más solitarios. Esas son las amistades indestructibles.

33.

DICEN QUE CUANDO LA MAGIA de un escenario te atrapa, ya no puedes escapar. Eso es lo que le pasó a Pablo Juárez. Durante el día, trabajaba como responsable de mantenimiento en un centro comercial de Roquetas de Mar, pero por las noches disfrutaba haciendo lo que más le gustaba: inventar escenarios para obras de teatro o películas. Había dejado su sello en forma de atrezo en las últimas superproducciones rodadas en Almería. Había perdido la cuenta de las veces que había visto la película *Exodus*, y siempre paraba la imagen en un momento concreto, cuando se veía el decorado que él había creado, con sus propias manos y sin ayuda, cerca de Sierra Alhamilla, en un paraje conocido como El Chorrillo. Estaba orgulloso. No había fin de semana que no tuviera un cortometraje en el que colaborar. Creaba vestuario, fabricaba armas que perfectamente daban el pego e incluso compraba cargamentos de azúcar para hacer cristales que estallaban en mil pedazos cuando el actor chocaba con ellos. Estaba considerado un genio en lo que hacía, pero lamentablemente no se podía ganar la vida con ello, así que tenía que seguir, día tras día, en ese trabajo que tan poquito le gustaba. Sus compañeros le llamaban «rarito», porque apenas hablaba con nadie y seguía escrupulosamente todas las normas de seguridad de la empresa. Casi de forma obsesiva. Es posible que tuviera algún trastorno de la personalidad que no le habían detectado, pero no era mal chico. Tampoco era una persona que soliese demostrar sus sentimientos, pero cuando recibió la llamada del mismísimo Héctor Coronado, no pudo contener la alegría. Uno de los escritores más importantes quería contratarle para organizar la recreación de un crimen. Estaba preparando una presentación por todo lo alto y necesitaba alguien que se encargase de ello. Como quería que todo saliese a la perfección, Pablo preguntó al escritor todos los detalles: el tipo de vestuario de cada uno de los personajes, la decoración, lo que se bebía en aquella verbena en la que sucedió todo... ¡hasta la música que sonaba en el momento del crimen! Era el pasodoble *España cañí*, y Pablo simulaba bailar con una mujer imaginaria. «Siempre fue cañí, poesía en flor, esta España de mujeres bellas con fuego en los ojos que enciende pasión...», fantaseaba mientras se dejaba llevar por la imaginación.

El escritor había hecho bastante hincapié en el arma que utilizó el asesino, una pistola Bayard de la época, pero se sorprendió cuando Pablo le confesó que tenía una en casa. No solo eso, sino todo un arsenal, ya que empleaba gran parte de su sueldo en hacerse con armas antiguas. No era un coleccionista al uso, ya que no tenía muchas y solo le interesaban algunas en concreto. Héctor Coronado le había descrito cómo iba vestida Adriana García en el momento de su muerte, por lo que Pablo pidió a su madre que le cosiera un vestido idéntico. Ella se sacaba un dinerillo como costurera, y su hijo aprovechaba esa faceta cuando estaba escaso de vestuario para algún proyecto o rodaje. De casta le venía al galgo, puesto que su abuelo había sido taxista en la época dorada del cine en Almería, presumiendo en cenas navideñas de una foto con John Lennon y Ringo Starr después de llevarlos a una fiesta; y su padre había ayudado en los decorados del rodaje de *Indiana Jones y la última cruzada*. Pablo había mamado el maravilloso mundo del cine y del teatro, y lo había convertido en su pasión. También era un gran lector y asistente a eventos que tenían que ver con la historia oculta, por eso conocía a Héctor Coronado y por eso se tomó su encargo como algo muy especial. Pablo Juárez estaba ante la oportunidad de dejar de ser invisible, de esconderse detrás de un castillo de cartón piedra, o de una armadura de caballero medieval. Estaba destinado a la grandeza porque tenía algo que no todo el mundo conoce, y que se

llama integridad. Una de las pocas cosas que no se puede comprar. Además, el escritor le había dicho que lo mencionaría durante la presentación. Por primera vez podría darle sentido a su mundo. Solo quedaban dos días para la presentación del libro, pero llegaría a tiempo. Suerte que sus amigos llevaban una semana ayudándole. Es curioso cómo ese miércoles por la noche, muchas personas tenían la mente puesta en Héctor Coronado, aunque por distintos motivos. Pero ¿dónde estaría la mente de él?

34.

—MARTINA, no... no puede ser..., no puedes estar aquí.

—Shhhhh, calla. ¿Es que ya no me deseas?

—No pienso en otra cosa que no sea en ti, no te vas de mi cabeza, pero es imposible.

—Tranquilo, estoy contigo. Hazme sitio, me quiero recostar a tu lado.

—Nunca me creíste, Martina, nunca confiaste en que lo lograría, que lo lograríamos.

—No hables más, por favor... solo bésame.

—Te he echado tanto de menos, ni te imaginas cuánto. Me arrepiento mucho.

No pudo terminar la frase. Sintió los besos de Martina. Primero por el pecho, después por el cuello, por la oreja, y por fin llegaron a sus labios. Las lenguas desataron su furia, como un barco luchando contra la tormenta, como si no hubiera pasado ni un solo día desde la última vez. Estaban a punto de llegar al éxtasis cuando él notó una gota en su cara. Se la limpió con el dedo y miró. Era sangre, mucha. Dio un grito y apartó a Martina.

—¡Acabaste conmigo, maldito seas!

Los ojos de Martina casi se salían de sus órbitas, y tenía el rostro cubierto de sangre.

—¡No! Tú me obligaste. No tenía más opción, no me esperaste, no confiaste en mí.

—¿Acabaste conmigo? ¡Dímelo! ¡Odio el día en el que te conocí!

—No lo sé, Martina, no lo sé... ¡Me estoy volviendo loco!

—¿No lo sabes? ¡Cómo tienes tan poca vergüenza! ¡Loco?

—No me acuerdo, te lo juro. Déjame, por favor, vete —dijo él llorando como un niño pequeño.

—Eso decías, que estabas loco por mí. ¡Mentira!

Y en ese momento, Martina desapareció. También la sangre de la cama. Él se despertó acelerado. Su corazón latía tan rápido que se le iba a salir del pecho.

Fue entonces cuando Héctor Coronado supo que, por muy deprisa que seas capaz de correr, el dolor siempre termina por alcanzarte. Los fantasmas existen, son muy reales, y habitan dentro de nosotros, dentro de nuestra mente.

35.

AQUELLA NO ERA LA TÍPICA REUNIÓN de los miembros del *podcast El faro del fin del mundo*. Tocaba quedada en el Port of Spain para preparar los siguientes programas, pero los acontecimientos de las últimas horas habían cambiado el guion.

—¡Qué fuerte todo lo que ha pasado!

Atenea Martín no terminaba de creérselo.

—Yo necesito beber algo, los nervios me comen —añadió Jesús Barros, que tampoco daba crédito.

Pero el otro miembro del grupo estaba apesadumbrado. No acababa de entender lo que había ocurrido en comisaría. Él, ilusionado, pensaba que su momento había llegado, que por primera vez podía ser útil para algo en lo que se había formado, pero la conversación no terminó como él esperaba. Había algo en la mirada de aquella inspectora que le hizo entender que no confiaba en él. ¿Pensaría que podía ser sospechoso? Carlos Alonso no estaba acostumbrado a esto. Seguramente por su forma de ser, prefería pasar inadvertido, pero se había expuesto y no estaba cómodo.

—¿Qué tal te ha ido en comisaría? —preguntó Jesús.

—Bien... Bien... Todo muy rápido.

—¿Pero se sabe algo? Cuéntanos, hombre. ¿A qué viene tanto secretismo? —insistía.

—Es que vengo muy rayado.

—¿Por qué? ¿Crees que no has sido de ayuda? —la pregunta de Atenea mostraba preocupación.

—No sé... es que la inspectora me ha pedido una prueba de ADN.

—¿En serio? ¿Y para qué? —se sorprendió Jesús Barros.

—Es que no tengo ni idea. El cadáver tenía un tatuaje muy parecido a uno que yo tengo, y creo que la policía se mosqueó un poco.

—No le des importancia, solo es una puñetera casualidad —intentaba tranquilizarlo su amigo.

—Además, tú no has hecho nada —añadió Atenea, levantándose para darle un beso en la frente a Carlos, gesto que no gustó nada a Jesús.

—Recuerda que tengo antecedentes por culpa del hijo de perra que pegaba a mi madre. No es una buena carta de presentación para la policía.

—¿Qué tal, chicos? —dijeron casi al unísono Pablo y Lucas, que acababan de llegar. Pusieron las cervezas sobre la mesa y se incorporaron a la conversación.

—Bueno, vamos a lo importante.

Carlos quiso cortar el tema, seguramente por la presencia de Lucas. No quería demostrarle que estaba nervioso. Además, parecía no traer buena cara. ¿Sospecharía de él como su jefa?

—Yo ya tengo toda la escenificación lista —fue Pablo quien empezó a hablar mientras mostraba fotos del vestuario.

—¿Cuánto nos vas a pagar por la ayuda? —Atenea intentaba bromear—. Vaya semanita de coser que me he pegado.

—Si es que nos llama Coronado y perdemos el culo —intervino Jesús Barros.

—Tú el primero. —A Atenea no le hizo gracia ese comentario.

—Jesús, como yo tengo que estar en la mesa acompañando a Héctor, tú y Atenea realizaréis el programa en directo.

Carlos Alonso contaba a sus compañeros cómo había organizado la grabación. Fue el primer sorprendido cuando el escritor le mandó un mensaje para pedirle que si quería ser su presentador. Se sintió muy halagado, por eso aceptó, pero aquello implicaba que no podía hacer el programa en directo como había planeado. Sus compañeros no tenían la experiencia suficiente como para llevar el peso mientras utilizaban la mesa de mezclas, pero decidió confiar en ellos, especialmente en Jesús. En los últimos meses había cambiado. Empezó con buen pie el año de universidad, yendo a clase e interesándose por aprobar algunas asignaturas, y le dio un buen tirón a su libro sobre Los Millares. Carlos, como buen amante de la filosofía y la psicología, decidió darle este refuerzo positivo para que siguiera motivado.

—En el fondo nos caerá bien el escritor, y no era santo de mi devoción.

—¿A ti acaso te gusta alguien, Atenea? Eres demasiado crítica. —Las palabras de Pablo sonaron con contundencia.

—Sí —se le escapó una mirada hacia Carlos—, pero es que es un pedante y no soporto a los tipos así.

—Es buena persona —intervino Lucas por primera vez. Estaba cabizbajo, triste.

—¿Por qué estás tan serio, tío? —preguntó Jesús.

—No me apetece hablar del tema, pero me han suspendido unos días de empleo y sueldo.

Todos lo miraron sorprendidos. Lucas Campillo era una persona ejemplar, ¿qué había pasado? Precisamente estaba convocado a la reunión porque le gustaban estos temas, había colaborado con ellos en alguna ocasión y solían acudir juntos a actos de esta índole.

—He metido la pata, pero no puedo contarlo. De hecho, no sé si iré a la presentación del libro. Creo que no es conveniente.

—¿Por qué no va a ser conveniente? —preguntó Carlos.

—Está el ambiente enrarecido en comisaría, y no sé yo si esto ayudaría.

—¿Tiene que ver con el caso de la chica de la Alcazaba? —insistía Jesús, a pesar de que Lucas había dejado claro que no quería hablar.

—Sí, bueno, no. Yo qué sé. No me apetece hablar, en serio. Y menos contigo.

Aquello sonó muy borde, aunque era perdonable.

—Volvamos a lo nuestro, necesito que todos estemos coordinados —quiso Carlos quitar así hierro a la conversación.

—Yo lo tengo todo claro, y aprovecho para agradecerte, delante de todos, que me des esta oportunidad —dijo Jesús.

—No hay de qué. Estás mejorando mucho y es justo.

Jesús Barros no sabía disimular su entusiasmo. Por un lado, iba a tener el minuto de gloria que tanto ansiaba; y por otro, iba a poder compartir varias horas a solas con Atenea. Iba a dejar de ser invisible a los ojos de todos, especialmente a los de ella.

—¿Tú lo tienes todo controlado, Pablo? —dirigió Carlos la pregunta a su amigo.

—Sí.

El monosílabo sonó dubitativo. No era para menos, tenía que resolver lo del arma. A ver qué se le ocurría, pues solo quedaban un par de días.

—Tú también vas a tener mucho protagonismo —le decía Atenea a Pablo—. Creo que a partir de esa presentación, a todos nos va a ir muy bien. Serán muchas las miradas que estén clavadas en nuestro trabajo.

—¡Vamos a pedir otra ronda, que invito yo! —Jesús estaba entusiasmado, crecido.

—¿Invitas tú? ¿Es que es año bisiesto?

Atenea no pudo aguantar las carcajadas, y a Jesús le parecieron adorables.

Los chicos se pasaron la noche organizando todos los detalles. Nada podía fallar. La responsabilidad era alta y Héctor Coronado había depositado su confianza en aquellos soñadores. Pero todos los allí presentes tenían algo de qué preocuparse, algo que les impedía estar 100 % concentrados. Aquella mesa del Port of Spain también escondía multitud de secretos.

36.

APENAS QUEDABA GENTE en la calle Padre Alfonso Torres, donde Alma Valero y Reyes Martínez tapeaban. El bar estaba a punto de cerrar, pero las chicas seguían riendo y recordando batallitas.

—¡Brindemos por más noches como esta!

A Alma casi se le trababa la lengua. Habían bebido demasiado y mañana había que trabajar.

—*Baby*, acábate la cerveza y nos vamos. Recuerda que a primera hora quiero en mi mesa todo lo que te pedí.

—Tus deseos son órdenes, inspectora —dijo riendo—. Pero nuestros cuerpos serranos aguantan mucho, recuerda la noche en Mojácar.

—Uff, ¡qué vergüenza! ¡Ni me lo nombres! —Se ruborizó Reyes Martínez.

—Cantabas muy bien, yo creo que podrías ganarte la vida con eso.

—No sé cómo no nos echaron de aquel karaoke.

—Porque había otros que lo hacían peor que nosotras.

—¡Sí, es verdad! —dijo Alma mientras se levantaba y cogía el tubo de cerveza a modo de micrófono—. Aquella pareja de tortolitos que cantaban... ¿cómo era, Reyes?

—Déjalo, en serio. Es tarde...

Alma se subió a la mesa del bar y comenzó a bailar mientras gritaba: «*I'm gonna give it all of my living, It's gonna take up all of my loveeeee*».

—Baja de ahí, Alma, los camareros nos miran. No me obligues a detenerte.

—¡Cantaban esa canción, lo recuerdo! —mientras, seguía a lo suyo—: *¡Come down from the ceiling, I didn't mean to get so high, I couldn't do what I wanted to do, when my lips were dryyyyyyyyyy!* ¡Vamos, tía! ¡Anímate!

—Es hora de irse, Alma. Voy a pagar.

A la inspectora Martínez no le faltaban ganas de seguir disfrutando con su amiga, pero aquella noche en Mojácar no todo fue bonito. Alma bebió tanto que no lo recordaba. No vio cómo aquel tipo acorraló a Reyes en la puerta del baño, que estaba fuera del local, cómo otro la agarró por los brazos y le puso la mano en la boca para que no gritase, inmovilizándola, y cómo un tercero le levantó la falda. Quedó paralizada por unos segundos mientras aquellos malnacidos la manoseaban. No podía reaccionar, solo repetía una y otra vez: «No me puede estar pasando de nuevo, no». Y es que las cicatrices de la relación con Fernando no se habían curado del todo. Ahí fue cuando empezaron los mareos, «las ausencias». Jamás había estado tan enamorada de nadie, pero él la traicionó. No solo eso, la última noche se propasó con ella, como estaban haciendo aquellos tres sinvergüenzas ahora mismo. Siempre se arrepintió de no haberle denunciado. «Tiene un cargo político muy importante, va a ser un escándalo —le decían—. Puedes poner en peligro tu carrera, él tiene mano en las altas esferas». Reyes Martínez, por primera y última vez en su vida, fue cobarde. Sabía que tenía el apoyo del comisario. Él la estuvo consolando cuando su cuerpo temblaba sin previo aviso. También le presentó al doctor Mezquita, el médico que la había estado ayudando a superar el trauma.

—¿Qué estáis haciendo, desgraciados?

Era la voz de un chico que corría hacia ella.

Los agresores se asustaron y huyeron de allí. Uno de ellos apenas podía correr, ya que se acababa de bajar los pantalones, pero el héroe de la noche decidió ayudar a Reyes en vez de

perseguirlos. Por suerte, todo había quedado en un mal rato. No les había dado tiempo a nada.

El salvador se llamaba Rafa. Reyes y él se estuvieron viendo unas semanas, pero no funcionó. Era muy buen chico, pero ella lo asustaba. No estaba preparada para una relación. Ni siquiera le gustaba, simplemente se había sentido atraída por el recuerdo de aquella noche en la que la salvó de algo terrible.

La pobre Alma se había quedado dormida sobre la mesa del Entrefinos. Lo mismo que la noche de Mojácar. No se enteró de nada. Ni siquiera llegó a conocer a Rafa. Como aquella vez, Reyes hizo de hermana mayor incorporándola, acomodándola en el coche y llevándola a casa.

—¿Puedes caminar, Alma?

—Tía, ¿me has traído a casa? ¡Si la noche es joven!

—Tenemos que resolver el caso, cariño. Hay que atrapar a ese asesino, y tiene que ser mañana.

De vuelta a Cabo de Gata, Reyes Martínez solo podía pensar en Héctor Coronado. Estaba claro que ocultaba algo. ¿Por qué no quería que hablase con su pareja? ¿Sería ella la muerta? No, había visto fotos suyas en internet. ¿Cuál era entonces la razón? A la inspectora le preocupaba perder el control ya no solo del caso, sino de sí misma. Tenía una extraña sensación, algo que no había experimentado otras veces. Por alguna razón, estaba eclipsada por Héctor Coronado, un sospechoso de asesinato. Además, le había venido el recuerdo de Fernando, amargándole la noche. No lo había superado. Aún rompía las páginas del periódico cuando lo veía en alguna noticia. «El político más querido... Hijo de puta», murmuró. Reyes abrió la guantera de su coche, sacó la pastillita y se la colocó debajo de la lengua. Era su condena, pero quería dormir algo. Es duro aceptar que todos los días no son soleados, que a veces nos perdemos. Simplemente hay que recordar que cuando estás perdido en la desesperación tienes que mirar al cielo. Solo en la oscuridad puedes ver las estrellas, y son ellas quienes te llevan de vuelta a casa, a quien eres. Ella sabía que las mejores recompensas siempre vienen cuando hacemos algo que tememos. Había tenido una vida muy tormentosa, pero fue su mejor universidad. Había aprendido que no sabemos dónde nos llevará nuestro camino, que el trayecto es largo y al final lo importante es el viaje, el destino. Y el de ella ni mucho menos estaba escrito. Cuando se metió en la cama, recordó las palabras de otro de los cuentos que su madre le leía cada noche. Apenas tenía recuerdos de ella, pero las tenía grabadas: «Y Hänsel le dijo a Gretel: “Vamos a tirar estas migas de pan para que podamos encontrar el camino a casa, porque perdernos en el camino sería la cosa más cruel que nos podría ocurrir”».

El castillo del rey

ERES VENGATIVA, siempre lo supe. ¿Me atormentas en pesadillas? Estás jugando con mis armas. Yo te conté la leyenda medieval de los incubos y los súcubos, y ahora la utilizas para seguir destrozándome. Yo veía la oscuridad que había en ti, la percibí desde el primer momento. Seguramente era eso lo que, en lo más profundo de mi subconsciente, me atrajo. ¿Quién eras? ¿Lilith? La primera mujer creada por Dios, corrompida por Satanás y amante de otros demonios. Sí. O Abrahel engañando al pastor; o Xtabay, la protagonista de aquella leyenda maya que me contaron durante mi viaje a México. No. Eres Old Hag, la vieja bruja que poseía a sus víctimas durante la parálisis del sueño. ¿Oshun, la cubana? He sido poseído por un demonio. Yo, que tanto alardeaba de ser experto en estos temas, he caído como un tonto. Sé que eres real, ¿por qué has vuelto? ¿Qué quieres de mí ahora? Ya tuviste suficiente, no me machaques. No me martirices. Tuve que hacerlo, lo sabes. Es tu culpa, por mentirosa.

No sé si me arrepiento, nunca había sentido algo así. Quiero borrarle de mi mente, hacer las paces con mi yo de antes, el que existía cuando no te conocía. Si es arrepentimiento lo que estoy experimentando, quiero enterrarlo. Prometo cambiar. Nunca volveré a tropezar en esta piedra. ¡Pero déjame seguir adelante! ¿De verdad no has tenido bastante con el lío en el que me has metido? Maldito libro, maldita dedicatoria y maldito el día en que te conocí. Dicen que los mayores arrepentimientos vienen por las cosas que no hicimos, ¿por qué a mí me tiene que pasar todo lo contrario? Ya ni siquiera me vas a dejar tranquilo en sueños. Ojalá pudiera estar siempre despierto. Has hecho que mi vida sea aún más extraña que mis sueños, y la única forma que tengo de poder despertar es enfrentarme a las mentiras que escondo en mi interior.

No sé si aún me queda algo de cordura, o me la has arrebatado toda. Pero tengo que luchar, al menos hasta la presentación del libro. Sé que voy a ser capaz de llegar. Tú me salvaste, y solo por ese recuerdo tengo que conseguirlo. Tú conseguiste que volviera a escribir, tú me trajiste hasta aquí, así que ahora no me machaques.

Una vez leí sobre una enfermedad, la hipermnnesia. ¿Será eso lo que me ocurre? Solo ha habido unos pocos casos en el mundo. A quienes afecta, no pueden olvidar. Lo recuerdan todo, hasta el más mínimo detalle. Eso me ocurre a mí contigo, Martina. Cada caricia, cada beso, cada vez que hicimos el amor. ¡Lo recuerdo todo! ¿Quieres torturarme? Es eso, ¿verdad? Pero no vas a poder. Voy a luchar como nunca para evitarlo.

¿Sabes que desde la noche del hotel de Mojácar te he escrito una carta cada día? Tengo más de cien. Todas son para ti. Tenía que haberlas enviado, una a una, pero me daba miedo. Sí, al valiente y pedante escritor, como me definías, le das miedo. Eres el peor fantasma al que me he enfrentado, y anoche te pasaste. Aún huelo tu sangre en mi cama. No te las envié porque no quería que me volviésemos a romper el corazón. No soporto ser vulnerable, me repugna lo que me hiciste sentir el último día. Sé que ya no importa, pero quería que lo supieras. Ojalá pudieses leer esas cartas, te gustarían. Igual hasta las hubieras publicado. Pero ya es tarde. El círculo tiene que cerrarse y no me lo vas a impedir, solo quedan dos días y voy a aguantar. Vaya si aguantaré. Te voy a vencer, tenlo por seguro, aunque sea lo último que haga. ¿Recuerdas cuando te descubrí Invictus? ¿Al poeta William Ernest Henley? Yo sí, como todo lo que tiene que ver contigo. Pero eso será lo que me dé la fuerza que necesito para derrotarte:

*Desde la noche que sobre mí se cierne,
negra como su insondable abismo,
doy las gracias a los dioses, si existen,
por mi alma inconquistable.
Caído en las garras de la circunstancia*

*nadie me vio llorar ni pestañear.
Bajo los golpes del destino,
mi cabeza ensangrentada sigue erguida.
Más allá de este lugar de lágrimas e ira
yacen los horrores de la sombra,
pero la amenaza de los años me encuentra,
y me encontrará sin miedo.
No importa cuán extraño sea el camino,
cuán cargada de castigos la sentencia.
Soy el amo de mi destino.
Soy el capitán de mi alma.*

Sexta parte

«Hay dos clases de dolor: el dolor que te hace fuerte y el dolor inútil. Este último solo provoca sufrimiento, y no tengo paciencia con las cosas inútiles. Momentos como este requieren que alguien actúe, que haga el trabajo sucio, lo más desagradable. Lo necesario... Ya está. Aquí acaba el dolor».

(FRANK UNDERWOOD,
HOUSE OF CARDS, MIENTRAS ACABA CON
EL SUFRIMIENTO DE UN PERRO MALHERIDO)

37.

TODOS LOS QUE CONOCÍAN a Candela Moya quedaban fascinados por su desparpajo. No tenía la forma de ser de la típica forense. Era divertida, dicharachera, y siempre con una sonrisa en la cara. Escondía sus miedos, como todo el mundo, especialmente los que tenían que ver con la tragedia que le tocó vivir, algo que afectaba a su trabajo. No podía realizar autopsias a niños pequeños. Pero había otro aspecto que la horrorizaba. Ella, que intentaba empatizar con los propios cadáveres, creando una relación especial que le hacía más llevadero su oficio, tenía pesadillas con los llamados «ladrones de cuerpos». Como gran lectora e interesada en temas forenses, había leído mucho sobre el tema. Sabía la historia de los «William», dos asesinos que estrangularon a dieciséis personas para vender sus cuerpos a un profesor de anatomía. Ocurrió en Edimburgo en 1820. En el mundo anglosajón, hasta casi finales del siglo XIX, los cirujanos solo podían disponer de unos pocos cuerpos para practicar. Normalmente, eran presos ejecutados. Por eso, el robo de cuerpos de las tumbas se convirtió en un negocio en el que participaba todo tipo de personas, desde enterradores hasta curas, pasando por ladrones de poca monta.

A Candela le horrorizaba todo esto. Tal era la obsesión por que sus «pacientes» reposaran con tranquilidad que hasta se había documentado sobre las técnicas que se usaban en algunos camposantos para evitar que los cuerpos acabasen en la mesa de una escuela de anatomía. Allá por 1849, la Facultad de Medicina de Ohio hizo firmar a los alumnos un acuerdo de confidencialidad para que no pudieran revelar secretos de la sala de disección y así evitar el interés de los morbosos ladrones. Pistolas que se disparaban solas al abrir el ataúd, ataúdes de metal, jaulas para proteger las tumbas y hasta torres de vigilancia se ponían en práctica para salvaguardar los cuerpos de los fallecidos. Quedaba claro que a la forense almeriense le fascinaba su trabajo, por eso era tan meticulosa y se ofuscó tanto cuando no daba con la clave de la muerte de la chica de la Alcazaba. Aquella mañana, al llegar al Instituto de Medicina Legal, no podía imaginar que alguien la estaba esperando. Uno de esos resucitadores a los que tanto temía estaba escondido tras la puerta de la sala de autopsias. Candela siempre daba los mismos pasos al llegar a su trabajo. Dejaba el termo de café sobre la mesa, se ponía la bata médica, y echaba un vistazo a «sus muertitos». Como hacía su escritor favorito, Charles Dickens, quien visitaba la morgue de París casi todos los días para mirar los cuerpos de los fallecidos que se exhibían ante el público cuando no eran identificados para ver si alguien los reconocía. Al igual que Candela, el famoso escritor observaba los cadáveres y curioseaba con las circunstancias de la muerte. También fantaseaba, como ella, sobre la vida que habrían llevado y quién sabe si alguno de sus personajes se basaba en uno de los cuerpos que veía. Después de echar un vistazo, Candela recogía la correspondencia, ya que en ella solían estar los análisis que solicitaba el día antes. Cuando abrió el primer sobre, se sorprendió. Eran los análisis de la chica, así como el resultado del examen que la policía científica había hecho de las muestras, cotejándolas con la base de datos. Rápidamente, cogió su móvil y escribió un *whatsapp* a su amigo Lucas, pero un fuerte golpe en la cabeza hizo que Candela perdiera el conocimiento. Su agresor se llevó todas las cartas que había sobre la mesa, así como un macabro *souvenir*.

38.

LA MAÑANA DEL JUEVES, la inspectora Reyes Martínez corrió más que nunca. Era su mejor revitalizante. Las aguas de Cabo de Gata, el olor de las salinas, las barcas de La Fabriquilla... y el faro. Decidió subir hasta allí, lo necesitaba. Su perro Gordon no las tenía todas consigo, pero como fiel guardián la acompañó hasta arriba. Allí aprovechó para descansar y recobrar el aire sentada en las escaleras. No estaba sola. De hecho, no recordaba ninguna subida al lugar en la que no se encontrase con nadie. «Es que el escenario lo merece», pensó mientras se incorporaba ayudándose de la verja que daba paso a las vistas sobre el Arrecife de las Sirenas. En los últimos días, Reyes Martínez se había visto envuelta en asuntos misteriosos, enigmáticos, y ella solo creía en lo terrenal. Pero cuando miraba embobada aquellas piedras sobre el mar, se dejaba encantar por la leyenda que el comisario le había contado de pequeña. Él decía que ella era una sirena, como la de la película de Disney aunque con la piel más morena. Y que debajo del arrecife había un maravilloso palacio donde ellas se quedaban a vivir cuando las olas del Mediterráneo las arrastraban. Por eso quiso vivir en Cabo de Gata. A pesar del fuerte viento que hacía en el faro, la inspectora decidió quedarse allí unos minutos, casi asomada al vacío. Absorta en sus pensamientos, no podía sospechar que en aquel mismo lugar, tan solo unos meses antes, había estado Héctor Coronado contándole a alguien otra versión de esa leyenda.

—Martina, si dejas la mente en blanco y observas con mucha concentración las piedras, seguro que puedes ver alguna sirena.

Héctor Coronado susurraba esas palabras al oído de Martina Bautista, mientras la abrazaba por la cintura.

—Tú y tus historias... Las sirenas no existen.

—Calla y mira bien, quizá hasta te sorprendas.

—Seguro que estás deseando contarme alguna leyenda sobre sirenas. Espero que sean seres buenos, porque el lugar es magnífico. Tan cerca y nunca había estado.

—Decide tú si las sirenas son buenas o malas. Según *El libro de Enoch*, los espíritus de los ángeles que se han unido a las mujeres toman distintas apariencias. Han mancillado a los hombres y les harán errar para que sacrifiquen tanto a los demonios como a los dioses, hasta el día del juicio. Será entonces cuando sean juzgados para ser perdidos. Y sus mujeres, que han seducido a los ángeles, serán condenadas a convertirse en sirenas hasta la eternidad.

—Me gusta más la versión de Disney.

—¿Te he dicho que era de Almería?

—¡Mil veces, Héctor! No me cuentes más esa historia.

—La próxima escapada que hagamos será a Mojácar, y te revelaré algún secretillo.

—No quiero que nos veamos a escondidas. Deja ya a Raquel, joder. ¡Seamos felices! ¡Libres!

—Esa será la última, te lo prometo. Te voy a amar tanto que te vas a volver loca.

—Loca me vuelves tú con esta situación. No puedo seguir así. Quiéreme.

—Sabes que te quiero muchísimo.

—Pues entonces quiéreme menos, pero quiéreme mejor —dijo zafándose de Héctor para acercarse al mirador.

El tiempo se congeló. A Reyes Martínez le ocurrió lo mismo. En un momento cualquiera todo se para y permanece mucho más que un momento. Los sonidos se detienen, los movimientos cesan y

durante mucho tiempo, muchísimo más que un momento. Héctor mirando a Martina, Martina buscando alguna sirena, y Reyes mirando al mar. Después, el momento desaparece y todos volvemos a la cruda realidad: Héctor a seguir mintiéndole a Raquel, y también a Martina; Martina a seguir aferrándose a la última esperanza; y Reyes a emprender el camino de regreso a casa para llegar pronto a la reunión de comisaría. La inspectora se puso sus cascos, Gordon no le quitaba ojo pidiéndole clemencia, y la música volvió a sonar cuando comenzó a correr. *«Eres hermosa, no importa lo que digan, las palabras no pueden hundirte. Eres hermosa en todos los sentidos. Sí, las palabras no pueden hundirte, no me hundas tú hoy»*. Mientras escuchaba a Cristina Aguilera, Reyes giró la cabeza para ver por última vez el faro de Cabo de Gata. Si una sirena es un ser raro, diferente, especial..., sin duda, Reyes Martínez era una de ellas.

39.

¿UN MES? ¿UNA SEMANA? ¿Un día? ¿Unos minutos? El subinspector Lucas Campillo se había preguntado muchas veces por el tiempo que hace falta para cambiar tu vida. La gente suele tener prisa, corre demasiado, y las precipitaciones no son buenas. Él se tomaba las cosas con calma, tanto en el trabajo como en la familia, pero su vida había dado un giro en unas pocas horas. Y todo por su *hobby*. Estaba desolado, había fallado a su jefa, puesto en riesgo una investigación, enfadado a su mujer y discutido con su hermana. Demasiadas emociones tan seguidas. Por si fuera poco, había sido suspendido de empleo y sueldo, y no es que económicamente estuvieran muy boyantes. Aunque lo que le remató fue el comportamiento de Héctor Coronado. ¿Por qué había hecho eso? Lucas Campillo se sentía utilizado. Alguien a quien admiraba, su espejo, su ídolo, le había fallado. Quería creer que había una explicación. Es imposible que fuese el asesino, quizá estaba pasando por un mal momento y no reparó en el daño que podía causar. Lo mismo se sintió acorralado al ser sospechoso de asesinato y no supo cómo reaccionar. Sí, Lucas intentaba empatizar. Era mucho más sencillo que asumir la realidad, sobre todo si le sumas un dolor de cabeza. No estaba acostumbrado a salir ni a beber, pero anoche necesitaba desconectar con sus amigos. Se llevó una nueva reprimenda de su mujer. Otra más. A pesar de todo, quería aprovechar el día. Llevaría a las niñas al cole y ordenaría los datos de la historia de los esqueletos gigantes. Esperaba así recobrar un poco el ánimo. ¿Por qué no incluso publicar un libro sobre ello? Aunque cuando le contó la idea a la editora de los libros de Coronado, no le prestó la menor atención. ¡Qué maleducada! Mientras se añadía un chorrito de limón al té verde que se había preparado, sonó su móvil. Era el tono de haber recibido un mensaje. Pensó que sería su mujer recordándole que le tocaba encargarse de las niñas. Ella trabajaba en un bufete de abogados y madrugaba mucho. Por eso siguió a lo suyo, vistió a Alejandra y a Laura y las llevó al cole. Cuando regresó, encendió el ordenador, abrió el Word y comenzó a transcribir las grabaciones del día anterior. ¿Qué origen tendrían aquellos enormes huesos? No se lo quitaba de la cabeza. Entonces volvió a sonar su móvil. Era Reyes.

—Lo siento, Lucas. He intentado por todos los medios que estés en la reunión, pero el comisario no quiere.

—No te preocupes, es comprensible. Gracias por intentarlo.

—Se le pasará, lo conozco. Al final todo quedará como una anécdota y nos reiremos.

—Eso espero. Suerte —dijo antes de colgar.

Fue en ese momento cuando reparó en el mensaje que había recibido antes. Era de Candela Moya, y no podía ser más enigmático: «El asesino de los barra». ¿Qué significaba aquello? Su amiga seguía en línea, así que Lucas le escribió. Tras unos segundos de espera, como no contestaba, decidió llamarla. Daba tono, pero no cogía el teléfono. Tampoco al segundo intento. Ni al tercero. No hubo un cuarto, Lucas se montó en su coche y se dirigió a comisaría. Daba igual que don Malvido no le dejase estar en la reunión. Tenía un mal presagio con aquel extraño mensaje. «El asesino de los barra», ¿qué significaba? ¿Y por qué su amiga no contestaba a las llamadas ni a los mensajes? «Candy, Candy, cógelo...», decía en voz alta mientras seguía intentando ponerse en contacto con ella. ¿Querría decir que el asesino que estaban buscando mataba con una barra? No tenía mucho sentido. El cadáver del periodista tenía varios golpes en la cabeza, que podían haber sido producidos perfectamente por una barra de metal. ¿Pero por qué le

mandaba ese mensaje a él? La noche anterior estuvieron hablando por *whatsapp*, Lucas le contó lo de su hermana, necesitaba desahogarse. Quizá fue la última persona con la que habló, es decir, la primera que le aparecía en el móvil. Eso significaría que estaba en peligro y había tenido que enviar el mensaje muy rápido. Lucas se aceleró, y casi se le sale el corazón cuando oyó el tono de llamada de su teléfono. Era el marido de Candela.

—Lucas, ha pasado algo.

—¿Candela está bien?

—No lo sabemos. Alguien la ha atacado en la sala de autopsias.

—¿Cómo que atacado?

—Le dio un fuerte golpe por detrás y está inconsciente. Ahora mismo la estamos llevando al hospital, vamos en la ambulancia.

—Joder, joder... ¿y se sabe quién ha sido?

—No.

—Tenme al tanto, por favor.

Lucas giró con fuerza el volante. No iba a ir a la comisaria. ¿Para qué? Ramón Malvido era muy cabezón, no iba a servir de nada. Así que decidió acudir al Instituto de Medicina Legal. Tenía que descubrir quién había golpeado a su amiga. Podía estar relacionado con el caso. Lucas estaba tan alterado que se saltó todos los semáforos de la carretera de Ronda. Dejó su coche mal aparcado en la acera y entró en los juzgados. En aquel edificio estaba el Anatómico Forense de Almería y al entrar por la puerta comprendió lo difícil que iba a ser dar con el desalmado que había atacado a Candela. Se cuentan por cientos las personas que cada día entran allí, excluyendo a los trabajadores. Revisar las cámaras sería una labor complicada, ya que podía haber sido cualquiera. Pidió a los compañeros de la puerta que consiguiesen las grabaciones y, una vez en el Instituto de Medicina Legal, habló con la chica de administración. Ella no recordaba haber visto a nadie. Quien lo hizo fue muy sigiloso.

—¿Ha echado usted en falta algo?

—Sí... es terrible. Pensaba llamar ahora al juez Melero —contestó ella, horrorizada.

—¿Qué se han llevado?

—Un brazo.

—¿Cómo dice? ¿Un brazo de quién?

—Del cadáver de la mujer de la Alcazaba.

El subinspector Campillo lo comprobó con sus propios ojos. Pidió que abrieran la cámara frigorífica donde estaba el cuerpo y, efectivamente, alguien le había amputado todo el brazo. Al joven policía le dieron arcadas con tal imagen.

—Hay algo más —comentó la chica de administración, que no quiso mirar en ningún momento el cadáver—. La persona que se llevó el brazo, también cogió todas las cartas de la mesa de Candela Moya.

—¿Recuerda de qué eran?

—No, pero normalmente lo que se reciben son informes de tóxicos, de restos encontrados en los cadáveres, y comparativas de ADN y huellas que se piden al Grupo de Científica.

—Muchas gracias, señorita. No se preocupe, yo hablaré con el comisario y con el juez.

A pesar de estar suspendido, Lucas se vio en la obligación de seguir investigando a riesgo de que le cayese una sanción aún mayor. Se consideraba buen policía, y uno no solo lo es durante las horas de servicio. Intentó reconstruir la salida del ladrón, y vio lo fácil que era llegar a la calle sin que nadie lo detuviese. A poco que hubiera camuflado el brazo en una bolsa, con unos

periódicos o incluso bajo una chaqueta, nadie se daría cuenta. Las personas enseñan sus objetos personales al entrar al edificio, no al salir. Qué paradójico resultaba que en la casa de la justicia, es decir, donde estaban los juzgados de la capital, alguien pudiera robar de forma sencilla.

¿Para qué quería alguien el brazo de un cadáver? Lucas Campillo no paraba de darle vueltas. Estaba convencido de que tenía que ser el asesino tratando de ocultar algo, seguramente una pista. Candela le había comentado lo del pinchazo de insulina, así que tenía que ser eso. ¿Y la correspondencia? Claro, tendría el mismo propósito, ocultar cualquier análisis que pudiera revelar algo. Pero el asesino era torpe, había actuado tarde y de forma muy arriesgada. Es posible que apareciese en alguna grabación y lo único que consiguió fue retrasar un poco el resultado de los análisis. Con una simple llamada volverían a mandarlos, y probablemente ya los tendrían también en comisaría si pidieron copia. ¿Cómo alguien tan meticuloso como para dejar un cadáver en la Alcazaba sin ser visto, actuaba dos días después con tanta precipitación? El subinspector decidió llamar a un compañero de la científica con el que tenía muy buena relación —de hecho, sus hijas iban al mismo colegio que las suyas—, para ver si ellos tenían más información.

40.

HACÍA MUCHOS AÑOS que el comisario Malvido no se dejaba barba. Es más, se afeitaba religiosamente cada día antes de acudir al trabajo. Era mala señal. Reyes Martínez lo supo en cuanto entró a la sala de reuniones. Siendo una jovencita, un día le sugirió a su mentor que le apetecía verlo con barba. Él nunca le decía que no, aunque siempre buscaba que se lo ganase. Por eso la obligó a trabajar todos los veranos durante su época de estudiante, para que supiese lo que cuesta conseguir las cosas. Reyes recordó que durante unos días el comisario llevó barba puesto que ella aprobó el examen de Matemáticas que tanto le costaba, así como le vino a la mente la anécdota que le contó cuando aceptó el reto. «Me has hecho sentir como Abraham Lincoln, solo me falta la chistera», le dijo. Y es que un mes antes de la votación que le llevaría a ser elegido presidente de los Estados Unidos, Lincoln recibió una carta de una niña de once años. La chiquilla, llamada Garce Bedell, estaba preocupada por el aspecto físico del futuro presidente, y le sugirió que una barba le vendría bien a su cara tan delgada, seria y rígida. «A todas las mujeres les gustan los bigotes y se burlan de sus maridos para que voten por usted. Tengo cuatro hermanos y si se deja crecer la barba, intentaré que le voten». Seguro que al por entonces líder del Partido Republicano le hizo tanta gracia la carta como al comisario la petición de su ahijada, y ambos sucumbieron ante los encantos de esas pequeñas traviesas.

Sobre la mesa había varios listados y un ejemplar de *La Crónica de Almería*. En su portada, sobre la foto del famoso escritor intentando taparse la cara mientras entraba en comisaría, se podía leer un titular más que sensacionalista: «¿Es Héctor Coronado el asesino en serie que está atacando en Almería?». El reportaje interior tampoco tenía desperdicio. Firmado por Eva León, en él se detallaba el hallazgo del cuerpo sin vida del periodista Ángel Castellanos, motivo por el que al día siguiente no habría periódico en señal de luto, así como infinidad de detalles de las novelas de Coronado que se podían relacionar con los crímenes. Eva León se había molestado en resaltar todas las coincidencias, haciendo incluso referencia a las palabras que un hombre llamado Javier Cantón había dicho en un programa de la televisión local. El reportaje finalizaba con la siguiente pregunta: «Si finalmente estamos en lo cierto, y todo apunta a que sí, ¿nos perdonaremos haber estado idolatrando a un terrible asesino?».

—No hay derecho a que se publique esto —por fin el comisario se decidió a hablar. Había permanecido con la mirada perdida, observando por la ventana y vuelto de espaldas. Alma y Reyes permanecían sentadas esperando su turno.

—Esa periodista va a hacer que se contamine la investigación —opinó Reyes.

—Pobre hombre, ¿y si es inocente? ¿Quién va a reparar ese daño? —Alma intervino con esas palabras de preocupación. Estaba muy cansada y se prometió no salir más entre semana, aunque sabía que no lo iba a cumplir.

—Es culpable —sentenció el comisario.

—No estamos seguros, don Malvido —parecía replicarle Reyes.

—No tiene coartada, no quiere decir dónde estuvo las dos noches, parece conocer más detalles que nadie, los asesinatos son tal y como él los describe, ¿qué más necesitas?

—Todo es circunstancial. Necesitamos una confesión o pillarlo con las manos en la masa.

El tono de la conversación subía.

—Martínez, casi siempre la explicación más sencilla es la correcta.

—Usted siempre me enseñó que es un error establecer una teoría sin tener todos los datos. Al final terminas deformando los hechos para que encajen en la teoría.

—¿Qué coño te pasa con ese escritor?! Si pierdes tu olfato y tu perspectiva, fracasarás.

Ramón estaba cada vez más enfadado. Incluso dio un golpe en la mesa.

—Calmémonos, por favor —intentaba conciliar Alma—. Tengo todos los datos que me pidieron.

—¿Los listados? —preguntó Reyes.

—Todo. Les cuento: estoy a la espera de que desde la científica me confirmen lo del ADN; creo que primero lo comparan con las muestras de la autopsia. Hoy la forense debía recibir los análisis que confirmasen la causa de la muerte de la chica. Aún no me los ha enviado, pero estarán al caer.

—Prosigue, niña.

El comisario decidió sentarse.

—Querían conocer los coleccionistas de armas antiguas que había en Almería. Solo he encontrado tres. Ahí tienen los nombres.

El comisario leía moviendo los labios.

—La inspectora también me pidió un listado de castillos cercanos, y lamentablemente no hay muchos. Exceptuando los de las zonas del Levante almeriense y Los Vélez, donde por cierto hay muchas fortalezas, tan solo he encontrado castillos en Gérgal, Tabernas, Guardias Viejas, la alcazaba de Berja, de la que apenas queda nada, y Roquetas de Mar.

—¿Y aquí?

—Aquí únicamente la Alcazaba —respondió Alma.

—¿Qué poco sabéis de historia los jóvenes de hoy! —espetó el comisario—. Olvidas el castillo del Diezmo.

—Le juro, comisario, que en internet no sale nada de eso —se ruborizó la pobre Alma.

—No todo está en internet. Además, ni los propios almerienses saben de su existencia. La verdad es que poco o nada queda en pie, solo una puerta de acceso, y algunos lienzos y torres de la muralla original. Lo mandó levantar Felipe III para proteger y almacenar los impuestos agrícolas de la población. Está en el barrio de Los Molinos. Te he hablado alguna vez de ese castillo, Reyes —dijo mirándola fijamente—. ¿También se te ha olvidado o es que no me prestabas atención?

—Siempre le escucho, pero no me suena de nada.

—No pases por la mezquita ni atraveses por el Diezmo —el comisario casi tarareaba.

—Mira que de noche salen las brujas y los engendros —terminó Reyes la frase, casi por inercia. Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¡Claro que recordaba la historia! El comisario le contaba esa y otras para dormirla cuando se despertaba en medio de la madrugada, sudando, después de tener una de sus habituales pesadillas. Él pretendía, además de calmarla, que la niña conociese cosas de la ciudad donde vivía, y esta le parecía buena forma de hacerlo.

—¿Reyes? —Alma llamó la atención de su superiora moviendo las manos. Se había quedado sumida en sus pensamientos.

—Sí. Estaba pensando en ese castillo, pero no le encuentro relación. De todas formas, pide que manden una patrulla al barrio para ver si encuentran algo.

—Perfecto —respondió ella—. Termina con la parte más interesante, las personas que tienen o han tenido acceso a la Alcazaba. Por un lado, tenemos a los trabajadores habituales, que no son muchos. Los tenéis en la primera de las hojas.

Reyes echó un vistazo y se llevó la primera sorpresa. Dos nombres conocidos: Paula Campillo, la hermana de Lucas, y Atenea Martín, la chica del programa de radio.

—¡Qué curioso! —exclamó.

—La verdad es que Lucas apenas habla de su hermana —dijo Alma.

—Ese cabeza de chorlito —interrumpió el comisario. No parecía que su enfado hacia el joven policía se pudiera pasar pronto—. Yo aún no lo descarto como sospechoso.

—Por favor, no diga tonterías. Es un buen chico, y usted, mejor que nadie, lo sabe —añadió Reyes.

—Quizá a ti te venga bien que lo sea, niña: así tu querido escritor queda libre.

La inspectora no contestó al comentario. Le pareció irrespetuoso, pero se mordió la lengua. Lucas era su amigo, y estaba convencida de que no tenía nada que ver con los crímenes, simplemente su inocencia le había jugado una mala pasada. Eso sí, todavía tenía que dar alguna explicación sobre la discusión con su hermana y por qué, cuando la vieron en el lugar del primer crimen, no se dirigieron palabra alguna.

—En la siguiente página tienen el listado de investigadores que tienen acceso al recinto. La mayoría son historiadores, profesores y algún periodista.

—Aquí aparece Ángel Castellanos. Interesante... —dijo la inspectora mientras subrayaba el nombre con un bolígrafo azul.

—También Héctor Coronado —el comisario utilizó un tono provocador en esa frase.

—Y Carlos Alonso. —Reyes hizo caso omiso.

—Por último —prosiguió Alma—, tenéis un listado de quienes estuvieron en las tres últimas quedadas ocultas.

—¿Eso qué es? —preguntó el comisario.

—De vez en cuando, el director de la Alcazaba, Alfonso del Río, convoca por internet unas visitas privadas a lugares inaccesibles al público. Bajan a las mazmorras, entran a algunas torres que están cerradas...

—¿Cuándo fue la última? —Reyes tenía mucha curiosidad y lanzó la pregunta mientras repasaba los nombres con la mirada.

—Hace aproximadamente un mes. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque el círculo se estrecha. Conozco a casi todos los que hicieron esa excursión.

La inspectora marcaba uno a uno los nombres que le sonaban, mientras los decía en voz alta. Héctor Coronado, Carlos Alonso, Atenea Martín, Jesús Barros, Lucas Campillo, Paula Campillo, Eva León, Raquel Guerrero... y Pablo Juárez.

—¿Quién es ese? —preguntó el comisario.

—Una de las tres personas que tienen como *hobby* coleccionar armas.

—Estaría bien saber quiénes son el resto de los participantes.

—Yo te lo digo —contestó Alma enseñando la pantalla de su móvil. Tenía abierta la página web de la editorial, y en el apartado «¿Quiénes somos?» aparecían los tres nombres de la lista que faltaban: Leire Domínguez, Pilar Hidalgo y Rubén Salmerón.

—Estoy convencida de que uno de ellos es el asesino —dijo Reyes.

—Uno, o varios —añadió el comisario.

—¿Incluido Lucas? —preguntó con inocencia Alma.

—Sinceramente, no podemos descartar a nadie. Y nuestro compañero se ha comportado de forma muy rara estos días —replicó la inspectora, con cierta pesadumbre—. Alma, ¿por qué no llamas a la científica para ver si tienen algo?

—No hace falta, los tengo yo.

Las palabras de Lucas sorprendieron a todos. Estaba parado en la puerta. ¿Habría escuchado

toda la conversación? Tenía la cara completamente pálida, posiblemente por los resultados de la científica, aunque también había escuchado que ni sus propios compañeros confiaban en él.

—Lo siento, Lucas —intentaba justificarse Reyes.

—¡No le des explicaciones a este alma de cántaro! —se enfureció el comisario al ver al joven policía—. ¡Suelta ya lo que tengas que decir y vete!

—No os voy a molestar mucho, no os preocupéis. Solo estoy aquí porque ninguno habéis cogido el teléfono. Os he estado llamando. —El comisario y la inspectora miraron las pantallas de sus móviles y, efectivamente, tenían llamadas perdidas de Lucas, pero habían silenciado los aparatos por la reunión—. La pistola encontrada junto al cuerpo de la chica tiene huellas de Héctor Coronado, Carlos Alonso y Pablo Juárez. ¿Sabéis quién es?

—Sí —contestó Alma—. Es el coleccionista de armas.

—Exacto. También se va a encargar de toda la puesta en escena de la presentación del libro de Héctor Coronado, mañana.

—Allí van a estar todos —murmuró Reyes.

—Ahora viene lo más fuerte —prosiguió Lucas, aunque con gesto muy serio—. Esta mañana han atacado a la forense Candela Moya. Ella está bien. Ha recuperado el conocimiento hace un rato. Permanece en observación, pero solo tiene un fuerte golpe.

—¿Quién la ha atacado? —preguntó el comisario.

—No se sabe. Ha sucedido cuando entraba a la sala de autopsias. Alguien la estaba esperando, la ha golpeado y se ha llevado los análisis del laboratorio y de la científica, y un brazo del cadáver de la chica.

—¿¡Qué estás diciendo!?! —El comisario no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Concretamente se ha llevado el brazo donde el asesino le pinchó la insulina que la mató. Le inyectó ochenta unidades de Fiasp, la más rápida que existe. Falleció por eso.

—¿Cómo sabemos que no fue un suicidio? —la pregunta fue de Alma.

—No podemos descartar nada, pero habría que encontrar entonces una explicación al robo del brazo. Es como si se intentase ocultar la causa de la muerte. Eso, la desaparición de los análisis...

—¿Era el mismo brazo del tatuaje con el sol y la luna? —La inspectora sabía la respuesta.

—Pues... supongo que sí, porque en el otro brazo no tenía nada.

—A lo mejor no solo quería ocultar el pinchazo —añadió.

—Y lo peor no es eso... No sabemos la identidad de la víctima, pero sí quién es su hermano: Carlos Alonso.

—No puede ser. ¿Hermanos? Si cuando lo interrogué me dijo que solo tenía un hermanastro.

—Es posible que no lo sepa. Conozco a Carlos desde hace tiempo y jamás ha hablado de ello.

—No le habrás... —el comisario cortó las palabras de Lucas.

—No, don Malvido. Una y no más. No voy a volver a tropezar en la misma piedra. No le he dicho ni media palabra. Es hermanastra. Comparten al mismo padre.

—¿Qué fuerte! —exclamó Alma.

—Aún no os he dicho lo mejor. Señor comisario, tengo una sorpresa para usted. Tanto Carlos Alonso como la chica encontrada en la Alcazaba son hijos del asesino de los barrancos.

41.

LA ESPERANZA ES UN ESTADO DE ÁNIMO, pero también podría ser una forma de vida. Hay quienes la pierden para siempre, como el comisario Malvido; y quienes la mantienen viva dentro del alma, como la inspectora Reyes Martínez. Estaba convencida de que la persona que más había hecho por ella en la vida terminaría dando caza al asesino que tantos quebraderos de cabeza le había provocado, y que a punto estuvo de dar al traste con su carrera profesional. Ella fantaseaba con atraparlo, con ser la persona que le daría esa alegría al que había considerado su auténtico padre. «Llegaré a ser una gran policía para poder capturarlo», le decía cuando ingresó en la academia. Pero él había tirado la toalla. No había noche que no pensase en Mari Carmen Heredia, Carmen Sandmeyer, María Jesús Muñoz, María Leal, Khadija Monsar, Aurora Amador y Nadia Hach. También en sus familiares. Eran las víctimas de un asesino en serie que él no fue capaz de capturar. Es posible que hubiera más, como las chicas encontradas muertas en Almerimar y en El Ejido en octubre del año 91 y julio del 92. Ramón Malvido se autoflagelaba y nunca llegó a alcanzar el consuelo. Ahora se abría un resquicio, una nueva esperanza.

La inspectora tenía todas las notas del caso en una carpeta secreta. Las repasaba de vez en cuando en busca de algún detalle que, en su momento, se les hubiese escapado. Quería devolverle la ayuda al comisario. Un día, Ramón Malvido la pilló escribiendo los nombres de las mujeres asesinadas en un mapa de la provincia, como si quisiera que este le hablase, le revelase alguna pista. Se enfadó tanto que estuvo varios días sin hablarle. «¡Martínez! Te he dicho mil veces que ni se te ocurra investigar el caso, ¡joder! No es un juego», le dijo. Existía una prueba de ADN gracias a que una prostituta dio un chivatazo. Aquel día, el comisario decidió coger un coche patrulla y seguir al vehículo sospechoso. «Un hombre ha intentado raptar a una compañera que estaba haciendo la calle, iba en un camión blanco», contó. Y decidió perseguirlo por la carretera del Cañarete, aunque sin resultado. Al volver, la chica, a la que había intentado coger agarrándola del brazo, le dio la muestra. Se zafó porque le tiró del pelo, y se le había quedado un mechón en la mano. Los cabellos fueron analizados y no había coincidencia alguna con la base de datos de la policía, hasta hoy. Por eso el comisario no pudo contener las lágrimas. En el cuerpo decían que tenía la espalda tan curvada, y es que don Ramón casi mostraba joroba, por el peso que llevaba sobre sus hombros, el de no haber dado caza al asesino más importante que ha pasado por Almería. «No entiendo nada», balbuceaba entre sollozos. Y es que pocas veces vemos a alguien tan grande, y no solo de estatura, derrumbarse de esa forma. Era emoción. Reyes lo abrazó con ternura. Ella no destacaba precisamente por ser cariñosa, pero también llevaba mucha rabia contenida. Realmente, no habían capturado al asesino de los barrancos, pero al menos se acababa de desvelar, o casi, uno de los misterios que envolvían a su figura: su verdadera identidad. ¿Pero qué relación tenía con el caso actual? Era improbable que estuvieran ante la misma persona, pues de serlo, tendría una avanzada edad. Al menos sabían que era el padre de la chica de la Alcazaba. A ella no le podían preguntar, pero sí a Carlos Alonso. El olfato de la sabueso Martínez, al seguir su intuición y pedirle una muestra de su ADN, a la postre había sido esencial para este descubrimiento; sin embargo, la insistencia del subinspector Campillo también había sido importante. Se había quitado esa espinita. El comisario se levantó, abrazó a su pupilo y susurró: «Buen trabajo, niño, buen trabajo. Pero no te voy a quitar la suspensión». Él tenía que tener siempre la última palabra, y levantarle el castigo sería restar importancia a las negligencias

cometidas. «Llama al tal Carlos ese y termina el trabajo. ¡Manda cojones que tú hayas sido la llave para avanzar en un caso que me lleva atormentando toda la vida!». Todos rieron. Aquello podía ser un buen augurio, una señal de que iban por el camino adecuado. La muestra de que el trabajo, al final, da sus frutos.

42.

AQUELLA TAMPOCO FUE UNA MAÑANA NORMAL en la editorial. Los nervios estaban a flor de piel, aunque nadie se atrevía a confesarlo. Rubén Salmerón estaba inquieto. No era para menos: la mujer que le gustaba, Martina, de quien se había enamorado en secreto, no daba señales de vida. Estaba desesperado. Desde el sábado por la noche no había vuelto a saber de ella. «No es normal», pensaba una y otra vez. Al día siguiente sería la presentación del libro en el que tanto habían trabajado, y ni siquiera había aparecido por la editorial en toda la semana. Le había mandado varios *whatsapp*s y ni siquiera los había leído. Además, estaba lo del cadáver de la Alcazaba. ¿Y si era ella? La foto del periódico no se veía bien. ¿Y Héctor? ¿Por qué había venido el martes la policía a buscarlo? ¿Y por qué nadie hablaba del tema en la oficina? ¿Era el único que se preocupaba? A lo mejor sus compañeros sabían la verdad y no querían decírselo porque todos se olían que Martina le gustaba. Solo le quedaba llamar a su marido. Martina le había contado que se estaba separando, se tomaron un café en H-Elarte y para él fue inolvidable. Ella lloró, él la abrazó... y pensó que tenía una oportunidad. Hasta decidió apuntarse a un gimnasio para ponerse en forma. «Seguro que así Martina se fija en mí», fue su motivación. Pero aquel sentimiento se fue diluyendo poco a poco, especialmente por la aparición de Héctor Coronado. ¿Qué veía en él? Además, vivía con su pareja. Aunque pensándolo bien, él también tenía novia. «¿Martina sabrá que tengo una relación abierta? Quizá deba decírselo de forma más directa. Estoy enamorado de ella y me voy a volver loco. ¿Dónde estás?», pensaba en aquel momento. Finalmente, decidió llamar a Javier Cantón, quien le dijo que no sabía nada desde hacía días. «El sábado recogí a la niña, porque esta semana me toca a mí, y no he vuelto a verla», fueron sus únicas explicaciones. Rubén lo notó raro, como queriendo colgar rápidamente. Entonces dudó si escribir a Coronado. Apenas tenían relación, no se caían bien, y la última vez que hablaron fue en la dichosa quedada secreta de la Alcazaba. Rubén solo había ido porque pensaba que estaría Martina, y se llevó un chasco. Aquella mañana en la oficina miraba a sus compañeros y no entendía nada. ¿Acaso nadie la echaba de menos? Así que se levantó, cogió sus cosas y decidió ir a buscarla a casa.

Todos se extrañaron de la actitud de Rubén. Aquel portazo al salir de la editorial no era habitual en él. Pero nadie dijo nada. Sabían que a Rubén le gustaba Martina, por lo que era normal que pudiera estar nervioso ante su sospechosa ausencia. Aún había mucho trabajo que hacer para la presentación de *El último baile de Adriana* y cualquier distracción podía ser fatal. A Leire le daba un poquito de pena Rubén. Se notaba mucho que bebía los vientos por Martina y que ella no le hacía caso. La primera vez que se dio cuenta fue en el viaje a Miami, y desde entonces lo estuvo observando casi a diario. También en ese viaje descubrió que Martina solo tenía ojos para Héctor Coronado. A diferencia de Rubén, a ella sí que le caía bien el escritor. Tenían una relación bastante especial. Ya desde el primer momento, cuando tuvo que maquetar *El hombre del saco*, conectaron. Se acostumbraron a tomar café todos los días y a compartir mucho más que hojas de Word. Les encantaba pasar tiempo juntos. Hasta habían creado un código especial de *whatsapp*, solo conocido por ellos, a base de emoticonos. Un corazón amarillo por aquí, uno naranja por allá, un globito, una serpiente... Se querían tanto que incluso hicieron un pacto secreto, como si se tratase de la película *La boda de mi mejor amigo*. Como ambos odiaban las pelis románticas, era una forma de reírse de ello.

—Si cuando cumplas cuarenta estás sin pareja, nos casaremos —propuso ella.

—Me parece bien: más vale malo conocido que bueno por conocer —aceptó él.

De vez en cuando se lo recordaban mutuamente susurrándose partes de *I say a little prayer for you*, de Diana King. Y reían con esa broma que solo ellos entendían.

En las últimas semanas, Héctor había estado raro, se comportaba de forma extraña. Aunque ella no le preguntó. «Me lo contará cuando se sienta preparado», pensaba sin juzgarlo. Por eso decidió estar lo más cerca posible de él, tenía que proteger a su futuro esposo. Es muy posible que tanto Leire como Héctor se conocieran como ninguna otra persona lo había hecho nunca. Ni siquiera sus respectivas parejas. Para el resto, él era el escritor pretencioso e insolente al que la fama se le había subido a la cabeza; y ella, la maquetadora fría, que no empatizaba con los demás compañeros y que siempre iba a su bola, ¿estaría dispuesta a matar por él? Es muy posible, aunque ya había demostrado que podía mentir y engañar para protegerlo. Especialmente cuando la inspectora de la policía se presentó en la oficina preguntando por Héctor. Leire no creía que el escritor hubiese hecho algo malo; es más, estaba convencida de que era una magnífica persona, pero decidió avisarle. Lo conocía hasta tal punto que sabía que Héctor no se defendía bien con las sorpresas. Ni ella.

—¿Sabes cuál es el programa ese en el que alguien va a tu casa para decirte que tiene una carta para ti y que tienes que ir a la tele para descubrirlo? —le preguntó Leire en una ocasión.

—Claro, pero yo no iría ni de coña. Una carta de alguien que no sabes quién es, y delante de toda España... No puede ser nada bueno —contestó él.

Y rieron como siempre. De hecho, no hacían otra cosa. De la vida, de la gente, y sobre todo de ellos mismos. Pero Leire Domínguez también guardaba sus secretos, como casi todos en la editorial. Había sido la última persona en hablar con Martina Bautista antes de su desaparición. Incluso habían llegado a quedar el sábado por la noche. Salieron, bebieron, bailaron con los *pubs* del puerto de Aguadulce como testigos... y no se habían vuelto ver. Ni a escribir. Leire estaba asustada cuando la inspectora de policía vino en busca de Héctor. Más aún cuando vio la noticia del periódico. Y, sobre todo, cuando él la llamó la noche del miércoles para contarle lo de Castellanos. Sin pensarlo, se armó de valor y se presentó en el Instituto de Medicina Legal de Almería: quería ayudarlo, borrar cualquier prueba que lo incriminase. No sabía muy bien el qué, pero algo encontraría. Tiró de un contacto en el edificio para poder entrar bien temprano, cuando aún no había llegado la gente. Pero se le habían adelantado.

«Digo una pequeña oración por ti... En el trabajo me tomo un tiempo, y todo por mi tiempo de descanso para tomar café... Juntos, para siempre. Así es como debe ser... I say a littler prayer for you».

43.

ERA HABITUAL que Pilar Hidalgo estuviese callada; por eso, ninguno de sus compañeros lo vio anormal. Seguramente, era la más preocupada de todos ellos. En los últimos días había visto el comportamiento extraño de Héctor Coronado. Sospechaba que no había dejado de ver a Martina, que no había seguido sus consejos, lo que le daba muchísima rabia. Por eso decidió ir a la quedada secreta de la Alcazaba. Temía que el escritor hubiese dejado a su mujer y quería comprobar quién le acompañaba esa noche. Las dos horas de *tour* se le hicieron eternas, y eso que, por suerte para ella, en el último momento decidió no ir con sus habituales tacones. Aquello provocó las burlas de Héctor. Parecía feliz, pero era solo una apariencia. Pilar lo conocía muy bien y sabía que estaba fingiendo. No había dejado a Martina. Ella aprovechó un despiste de Raquel Guerrero para hablar a solas con él.

—¿Sigues con ella? No me mientas, por favor.

—No, te he hecho caso. No me martirices, que bastante llevo ya. Por cierto, ¿qué haces tú en esta ruta? Jamás lo hubiera pensado. ¿Puedo contar que Pilar Hidalgo también tiene zapatillas deportivas? —claramente, Héctor intentaba desviar la conversación.

—Escúchame, porque va a ser la última vez que te lo diga. —Muy pocas veces Pilar se ponía tan seria—. Si no acabas con esto, seré yo quien lo haga. Estás cegado por la pasión. ¡Piensa de una vez con la cabeza adecuada! No es una mujer para ti y te vas a arrepentir.

—Deja ya el tema, por favor. Está solucionado.

—Siempre recordarás a Martina Bautista como la persona que te hizo ver que no eras feliz, que tenías que cambiar de vida, pero no con ella. Es la señal que te manda el universo. El paso previo a que encuentres tu verdadero amor, una persona como tú, como nosotros. Somos diferentes, raros, chapados a la antigua, y no podemos forzar otro escenario por mucho que nos atraiga. Solo es eso, atracción. Y tal como viene, se va.

Coronado jamás olvidaría esas palabras. Se le quedaron grabadas. Con el paso del tiempo, serían más importantes de lo que ella pensaba. Le habían calado hondo.

A Pilar Hidalgo se le acumulaban las preocupaciones. Elisabet Clemente se había pasado la noche mandando mensajes a través de su perfil falso. Y ya no lo iba a permitir más. Amenazaba con aparecer en la presentación del libro. Era normal, su trabajo como jefa de prensa del delegado del Gobierno, Fernando Contreras, propiciaba su presencia en el acto. ¿En qué momento se le ocurrió a Héctor organizar la presentación del libro allí? El último mensaje era demoledor: «Mañana será el fin, todo el mundo va a saber quién eres, el monstruo que escondes bajo esa inocente sonrisa». Pilar Hidalgo, como la gallina que cuida de sus polluelos y los abraza bajo el ala, iba a proteger a Héctor, y estaba dispuesta a todo lo que hiciera falta. ¿Era capaz de matar por él? No era capaz de matar, pero nunca sabemos cómo reaccionamos ante una situación extrema. Y al día siguiente todo se iba a desbordar. Pilar lo sabía. Se había pasado la noche arrojando a Héctor Coronado. Cuando recibió su llamada a la una de la madrugada no dudó en invitarle a casa. Estaba fuera de sí, ido, enloquecido. Su mirada parecía la del mismísimo diablo. Decía que Martina había intentado matarlo en su propia cama. ¿Cómo había llegado a ese punto de delirio? También hablaba de unas cartas y de un castillo. Le preparó la habitación de invitados y estuvo pendiente de él toda la noche. No iba a permitir que siguieran haciéndole daño. Martina ya no lo hará más, y ella se iba a encargar de que Elisabet Clemente tampoco.

44.

EL SER HUMANO ESTÁ HECHO para muchas cosas, pero la soledad no es una de ellas. Al menos para Raquel Guerrero. En eso coincidía con Héctor. Los asustaba. Por eso cuando, en la noche del viernes, él le pidió unos días, se aterrorizó. No soportaba dormir sola. Aunque ambos llevaran mucho tiempo durmiendo en camas separadas, sabía que estaba allí. Se conformaba con oír su respiración en el silencio de la noche. Recostada en su almohada, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Por primera vez en todo este tiempo, Raquel hacía autocrítica, a pesar de la pasividad que Héctor demostraba en cuanto a la importancia de la enfermedad que padecía. Se martirizaba por no haberlo hecho antes. ¿Podría haber evitado la situación? No dejaba de pensarlo. Se acordaba de la Alerta Ovni. Allí empezó todo. Héctor recobró su ilusión, volvió a los medios de comunicación y apareció la inspiración necesaria para volver a escribir. Fue la noche en la que todo cambió. Algo maligno nació en el verano de 2013 y ella había dejado que siguiera creciendo. Nunca debió retirarse de la lucha. Se arrepintió de no haberse tragado su orgullo y haber acompañado a su pareja en sus alegrías, en sus sueños. Una táctica equivocada te puede costar una batalla, y Raquel estaba a punto de perder toda la guerra.

—Necesito aclararme, voy a estallar. Por favor, dame unos días para estar solo, pensar, y salir de este infierno que llevo dentro.

—Héctor, lo entiendo. No tienes que darme más explicaciones. Si lo necesitas, no te preocupes por mí. Te respeto.

Ella jamás hubiera actuado de esa forma. La Raquel Guerrero de siempre nunca hubiera aceptado esa petición. Más que nada, porque sabía lo que realmente iba a hacer. Su error fue dejar que aquella editora se acercara más de la cuenta. Su instinto la avisó en los Premios Argaria, aunque se confió pensando en que Héctor jamás se fijaría en alguien así. Ahora podía ser tarde, así que no merecía la pena recordarlo. Pasó meses engañándose a sí misma, pensando que todo cambiaría como por arte de magia. Las peores mentiras son las que nosotros nos contamos, especialmente antes de dormir. Nada cambia si no movemos un dedo. La esperanza de que al amanecer todo estará como siempre, es absurda. Quizá estaba a tiempo de remediarlo. Podría reescribir su historia. Sí, tenía que intentarlo. Pero a veces eso también es una forma de mentir, porque el propio Héctor le había dicho en multitud de ocasiones que la historia no era sino una sarta de mentiras previamente pactadas por quienes ganan, por los que sobreviven.

A pesar de todo, nunca le había preguntado a Héctor si había tenido algo con Martina. Quería creer que no, se agarraba a eso, a otra mentira. El color verde de esa esperanza dio paso al verde de la envidia. ¿Y cómo se enfrentó a ella? Jugando sucio, saboteando. Si Héctor tenía un evento, ella lo acompañaba. Aunque no hablasen, aunque no compartiesen nada, pero se dejaba ver. Sabía que eso minaría la posible relación que él tuviera con Martina. Como el día de la quedada secreta de la Alcazaba. Le encantó que el director de la ruta hiciese una foto y la mandase al periódico para que, el día después, la publicaran. Raquel Guerrero estaba siendo retorcida, y lo peor es que se sentía cómoda con ese nuevo papel. El sabotaje también es un arte. Puedes ofrecer un pastel a una amiga que está a dieta o cortar un cable cuando quieres que el vecino se pierda el partido de su equipo favorito, todo depende de cuánto te quieras vengar. Nunca sabes lo que una persona puede llegar a hacer para recuperar lo suyo. Ella iba a pasar a ser la esposa amable, la que todo lo entiende, comprensiva, leal..., justo lo que quizá no había sido en determinadas ocasiones. Y,

aparentemente, estaba funcionando. Recordó una frase de su abuela: «Nosotras, las mujeres de nuestra familia, no lloramos por los problemas. Los solucionamos».

Cuando Raquel vio la portada de *La Crónica*, con aquellas acusaciones hacia su novio, mantuvo la mente fría. Simplemente le mandó un *whatsapp*: «Ya sabes que aquí me tienes para lo que necesites. Aclárate, yo te estaré esperando». Como la canción de Dido que los había acompañado casi toda la vida, *Here with me*. También permaneció firme cuando vio las acusaciones de aquel *Ken* por televisión. De nuevo, otro mensaje para Héctor: «No vayas a entrar al trapo, es la envidia. Sé fuerte», y él lo agradeció. No en vano sabía que a él tampoco le gustaba estar solo; es más, ni siquiera sabía estarlo. Todas las noches le mandaba fotos de viajes, de momentos felices. El crucero por el Nilo, el atardecer en Santorini, la visita al castillo de Harry Potter en el norte de Inglaterra cuando ambos rieron mientras montaban en supuestas escobas voladoras, el desfile de Halloween en Nueva York o la foto de cómo lograron parecer John Travolta y Olivia Newton John en aquel musical. Héctor no contestaba, pero a ella le bastaba con saber que leía sus mensajes.

Raquel Guerrero no dudaba de Héctor en cuanto a los crímenes. Sabía que él no era un asesino. Había cambiado, sí. No era la misma persona. Podía aceptar que incluso hubiera perdido la cabeza, pero todo era fruto de lo atormentado que estaba. A ella solo le preocupaba que alguien le estuviera incriminando de tal forma que ni la justicia pudiese ampararle. No creía en el sistema, y eso que era su oficio. Veía tantas injusticias a diario, tantas sentencias imperdonables y tantos veredictos malintencionados que temía que Héctor pudiera llegar a sentarse frente a un juez. «Las leyes están hechas para el delincuente», pensaba. La única duda que Raquel tenía era si acudir o no a la presentación del libro. Era mañana y él aún no había vuelto. ¿Era una ruptura definitiva? No quería pensarlo. Aun así, decidió que lo mejor era estar. En todos los momentos importantes de la vida de Héctor, ella había estado presente. Además, Martina Bautista no iba a aparecer. Seguro.

«No te oí partir, me pregunto cómo es que todavía estoy aquí. No quiero mover nada... No me iré. No dormiré. No puedo respirar hasta que estés descansando aquí conmigo. No me iré. No me puedo esconder. No puedo ser hasta que estés descansando. Aquí conmigo, here with me».

45.

¿EL MAL SE PUEDE HEREDAR? ¿Habrá algo en el alma de un asesino, en su ser, en su genética, que se pueda traspasar a un hijo? El 14 de diciembre de 2012, un joven llamado Adam Lanza, de veinte años de edad, entró en la habitación de su madre y le disparó cuatro tiros en la cabeza. Después, se dirigió al colegio Sandy Hook, en Connecticut, sacó su rifle y se puso a disparar. Murieron veinte niños de entre seis y siete años. Para finalizar, se disparó él mismo, quitándose la vida. Un año después, científicos de la universidad de aquel estado estudiaron si en los genes de Lanza se escondía la maldad. Otro estudio posterior, en este caso llevado a cabo por la Universidad de Florida, encontró que el gen MAO-A, que supuestamente es hereditario, está ligado a ciertos comportamientos antisociales o agresivos, afectando los niveles de dopamina y serotonina del cerebro.

Es posible que todo aquello se le pasara por la mente a Atenea Martín la noche del miércoles. Después de salir del Port of Spain, quiso acompañar a Carlos a casa. Él andaba de capa caída, con la mirada perdida, preocupado por la muestra de ADN que la inspectora le había extraído. Parecía un zombi. «Necesito descansar, ve tú también a dormir», le dijo antes de cerrar la puerta. Pero Atenea ni mucho menos iba a poder conciliar el sueño. Existe algo que corroe aún más que el amor: la duda. La incertidumbre de saber si la persona de la que te has enamorado locamente es un asesino. Atenea no sabía si lo que sentía era correspondido, pues nunca había dado el paso. Siempre había sido una chica con complejos, con la autoestima por los suelos. En el instituto se reían de ella por su forma de vestir. Cuando le dio por ser gótica, *emo* o *heavy*. O simplemente por llevar el pelo rosa durante un tiempo. Después de la universidad había adelgazado mucho y se convirtió en una chica atractiva, pero ni por esas Carlos parecía fijarse en ella. Se acostumbró a que le diera igual. Pasaba casi todo el tiempo con él, así que se conformaba. Pero pensar que él pudiera ser el asesino que la policía estaba buscando, la removía por dentro. Todas las personas guardan secretos, y Atenea no iba a ser menos. Hace unos días, Carlos le pidió el favor de que fuera a Antas a llevarle unas medicinas a su madre. Él estaba muy ocupado con el trabajo, y su hermanastro se desentendía totalmente de la situación. Cuando Atenea se estaba despidiendo de ella, en un momento de lucidez, la señora pareció olvidar su alzhéimer durante unos segundos. Más bien durante una frase: «El padre de Carlos es el asesino que mató a todas esas prostitutas. ¡Es el diablo! ¡Aléjate de él!», dijo mientras le agarró la muñeca tan fuerte que le dejó los dedos marcados. Tras pensarlo mucho, Atenea decidió no revelar aquella oscura verdad a Carlos. Le haría mucho daño. Sin embargo, cuando él le contó lo del tatuaje en el brazo de la chica, todavía fresco, y la coincidencia con el que él llevaba en el costado, Atenea no pudo evitar establecer una terrible relación.

¿Y si había sido él? Era corpulento y fuerte. Perfectamente podía haber transportado el cadáver. También era muy inteligente, con lo que no era descabellado que se hubiera podido colar en la Alcazaba sin ser visto. Y si a eso le sumamos que su padre era un terrible asesino, ¿quién le decía a ella que, siendo un niño, Carlos no hubiera presenciado los crímenes de su padre? Nunca le hablaba de él, y eso también resultaba raro. Tampoco había querido buscarlo en ningún momento de su vida. No, la duda no dejaba vivir a Atenea, y si la persona de la que estaba enamorada era un criminal, tenía que encubrirlo. Por amor se hacen muchas tonterías, demasiadas, pero la más bonita de todas es proteger a quienes amamos, por encima de todo y cueste lo que cueste. Sin

pensarlo dos veces, entró en el edificio del Instituto de Medicina Legal de Almería a primerísima hora, antes de que llegase la forense. Tenía que conseguir los análisis de ADN del cadáver. Ella sabía perfectamente cómo funcionaba la policía en tales casos. Su amigo Lucas se lo había contado mil veces. También conocía el horario de Candela, y sus costumbres. El joven policía tenía un gran defecto, además de ser un bonachón, y es que lo contaba todo. Atenea, que siempre había sido la rarita del instituto, a la que no le temblaba el pulso cuando en clase de biología diseccionaron aquella rana, se sorprendió de lo fácil que se corta el brazo de un cadáver. Además, contaba con la ventaja de que su padre había trabajado en aquel mismo lugar, y no habían cambiado la clave para desconectar las cámaras ni el código de la tarjeta para acceder a la sala de autopsias. Había estado mil veces allí y sabía dónde estaba situada cada una. Su objetivo era no dejar rastro del tatuaje, así no relacionarían a su Carlos con ello. «Si no hay prueba, no hay delito», se repetía una y otra vez mientras metía el brazo en una bolsa. Pero en aquel instante oyó la puerta. No podía ser, la forense se había adelantado. Sin tiempo para pensar, como si de un impulso se tratase, la golpeó por detrás. En aquel momento se le vino el mundo encima. «¿Y si la he matado?», pensó. Cuántas estupideces se hacen por las personas que queremos. Cogió las cartas y se marchó. Tuvo cuidado de que las cámaras no la grabasen al salir, por si alguien las hubiera conectado, y no le fue muy difícil porque sabía perfectamente dónde estaba situada cada una de ellas, aunque se cruzó con una cara conocida. Había visto a aquella chica en algún sitio. «Sí, en los Premios Argaria. Trabaja en la editorial», se contestó a sí misma. Atenea Martín no tuvo ni un solo remordimiento. Solo le importaba proteger a Carlos, protegerlo de la oscuridad que posiblemente escondía. Y la única forma de hacerlo era encendiendo una luz de compasión. No le tocaba a ella juzgarlo, solo quererlo. En la constante lucha entre los ángeles bondadosos y la tentación de los demonios interiores, hoy habían ganado los segundos.

El castillo del rey MAÑANA ES EL DÍA. Por fin. No sé si aguantaré, si llegaré. Te diste por vencida, no creíste que pudiera lograrlo. Ni siquiera creíste que pudiera publicar la novela. Por eso no la leías. Yo, ingenuo de mí, creyendo aquella chorrada de la superstición. ¿Qué editora no iba a querer leer el libro de su escritor? ¡Otra mentira más! Es posible que aquellas páginas no te importaran. Da igual. No vas a estar para ver lo que tengo preparado para la puesta en escena. ¡Será grandioso! Recordado por todos. Y no lo verás. No se trataba solo de ti o de lo que tú querías; también se trataba de mí. Después tampoco quisiste leerlo, y yo como un tonto te puse esa dedicatoria que tantos problemas me

está trayendo. Decías que te recordaba a Mojácar y que eras incapaz de abrir una sola página. ¡Mentira! ¡Otra más! ¡Decías que yo era genial! También decías que estábamos destinados a estar juntos. ¡Se lo gritaste al mundo! Yo te creí... Te conté la leyenda japonesa del hilo rojo invisible con el que están conectadas las personas que van a estar siempre juntas, desde el día en que nacen. Dos dedos meñiques atados a pesar de la distancia o de lo que tarden en conocerse. Tú cortaste el maldito hilo. ¡Qué fácil te resultó hacerme esa promesa! Siempre juntos en nuestro castillo, en lo bueno y en lo malo, olvidando lo demás, hasta que la muerte nos separe... Contigo hasta el infinito.

Resulta muy sencillo prometer las cosas; lo complicado está en encontrar a alguien digno de las promesas, y tú no lo eras. Por tu culpa viví en una ilusión, yo que siempre he creído en la magia. Pero aunque no lo supieras, pensar en eso me dio una idea. La de la forma en la que va a acabar todo mañana. Nunca te conté alguna historia de magos. No llegaste a saber lo que me fascinaban. Lo que disfruté viendo a David Copperfield en Las Vegas, o al

Mago Pop en Madrid. Seguramente no sabías quién fue Houdini, o Lafayette. En él me he inspirado para el truco final. Dicen que es el único ilusionista que jamás copió una idea, como tampoco vendió ninguna propia. Fue único, como queremos ser los escritores. Que hablen de nosotros, que nos recuerden. Cuántas veces hemos hablado tú y yo del ego. Yo solo quería que me leyeran, que tú me leyese. ¿Acaso se puede vivir con tanta traición? ¿Puede un hombre aguantar tanto acoso, tanta injuria o tanta envidia? Ningún humano sería capaz, pero yo lo he hecho. Han mentido sobre mí, me han difamado, extorsionado, calumniado públicamente... y me he mantenido en pie. Hasta hoy.

El nueve de mayo de 1911, actuaba en Edimburgo el Gran Lafayette. Cuatro días después de que falleciese su perrita Beauty, el ser que más quería en el mundo y que le había regalado Houdini. Quiso enterrarla en el Piershill Cemetery, pero el ayuntamiento de la ciudad se negó por ser aquel un lugar consagrado. Entonces decidió comprar una tumba para él mismo, para cuando llegase su hora. Esa era la condición para que Beauty pudiese reposar eternamente allí, previo embalsamamiento. No podía vivir sin ella, como tampoco puedo vivir yo sin ti, Martina.

En la actuación, que tuvo lugar en el Empire Palace, un sitio que debió ser tan bonito como el Salón Noble de la Delegación del Gobierno, algo salió mal. O no. Mientras había un león en el escenario, se produjo fuego en una de las cortinas traseras. Sigmund Neuberger, como así se llamaba realmente, establecía por contrato que nadie estuviera en el escenario junto a él, así como que todas las puertas de acceso al mismo estuviesen cerradas. Por eso, mientras el público era desalojado debido a las llamas, él luchó por rescatar a Arizona, su caballo negro, que también participaba en el show. No fue posible y, tras el incendio, se encontraron sobre las maderas los cuerpos del león, del caballo y de una persona. Estaba totalmente calcinada, y la identificaron como el famoso ilusionista. Por eso, terminaron dándole sepultura junto a su perra en la tumba que cuatro días antes había comprado. La noticia corrió por todo el mundo, como correrá mañana la de lo que ocurrirá durante la presentación del libro. Días después, cuando intentaban reconstruir el teatro, unos obreros encontraron otro cuerpo, el del verdadero Gran Lafayette. Estaba debajo del escenario. Había intentado escapar dejando al doble que usaba en algunos números. ¿No le dio tiempo? ¿Se quiso quitar la vida porque no soportaba estar sin su Beauty? Ojalá te hubiera contado esta historia, pero la conocerás. Espero que mi truco salga mejor que el del Gran Lafayette. Tú lo has provocado, Martina. Lo siento por los demás. Por mi querida Raquel, que sé que estará presente. Espero que pueda soportarlo. También Pilar y Leire. Sé que intentaron hasta el último momento que esto no ocurriera. Incluso lo lamento por la inspectora de policía. Me caía muy bien. O por Lucas, buen muchacho. ¡Lástima!

Quizá todos demos indiscriminadamente lo mejor de nuestros corazones a aquellos que, en cambio, apenas piensan en nosotros.

(T. H. WHITE) Séptima parte «—SIN EMBARGO —DIJO EL ESPANTAPÁJAROS—, YO PEDIRÉ UN CEREBRO EN VEZ DE UN CORAZÓN, PUES UN TONTO SIN SESOS NO SABRÍA QUÉ HACER CON UN CORAZÓN, SI LO TUVIERA.

—Yo prefiero el corazón —replicó el Leñador—, porque el cerebro no hace a uno feliz, y la felicidad es lo mejor que hay en el mundo, y para conseguirla necesitamos el corazón... porque quien no tiene corazón no puede amar, y por eso decidí ir a pedir a Oz que me diera uno».

(L. F. BAUM, *EL MARAVILLOSO MAGO DE OZ*)

46.

VIERNES, EL DÍA DE VENUS, diosa de la belleza y del amor para los romanos. Aquel día, a la inspectora Reyes Martínez no le apetecía salir a correr al alba como cada mañana. Se había pasado la noche en vela leyendo *El hombre del saco*. Le gustó más que el anterior, había que reconocer que el escritor sabía dotar a sus novelas de los ingredientes necesarios para despertar la intriga en el lector. Esperaba hallar alguna pista que la ayudase a entender el crimen del periodista Ángel Castellanos, pero en este caso no la encontró en el libro. Dudaba, incluso, si el asesino era el mismo que el de la chica de la Alcazaba. Mientras Gordon revoloteaba a su alrededor, la forma que tenía de rogarle salir a dar un paseo por la playa, ella no dejaba de darle vueltas a todo. Tenía una extraña sensación. Su intuición, esa característica por la que la habían bautizado en la comisaría como «la sabueso», le decía que aquel día acabaría todo. Ella tenía claro que durante la presentación del libro de Coronado ocurriría algo, así que tenía que estar preparada. La tarde anterior había pedido a Alma que interrogase, o al menos localizase, a todas las personas que fueron a la quedada oculta de la Alcazaba. Sospechaba que allí podía estar la clave. A todos menos a Raquel Guerrero, la novia del escritor. La inspectora quería respetar el pacto que, sin ningún motivo racional, había hecho con él. Se bebió su café de pota rápidamente, en apenas dos sorbos, y se dispuso a ir a su primera parada de la mañana, el Hotel Plaza Vieja, aunque antes quería pasar por otro lugar. Lo hacía todos los años cuando se acercaba la Navidad. Justo cuando iba a quitar el Spotify de su móvil, sonó el tono de llamada.

—Buenos días, Reyes.

—Hola, Lucas, ¿qué tal? Deberías estar disfrutando de esos días libres que te ha dado el comisario —intentaba bromear la inspectora para no echar más leña al fuego.

—Sí, me ha costado decidir si me iba al Caribe o te llamaba, y me he decantado por esto último.

—Bueno, dime. Estoy a punto de salir para la capital.

—Hay alguien que quiere verte, y parece que es urgente. ¿Dónde vas a estar dentro de una hora?

—Seguramente en la iglesia. ¿Pero quién quiere verme?

—Ah, ya es la época. No me acordaba. —Hizo una pausa y añadió—: Héctor Coronado.

Sin saber por qué, el corazón de la inspectora se aceleró. No lo entendía.

—Pues dile que no puedo. Al salir de allí he quedado con Alma para hablar de los interrogatorios de ayer.

—¿En comisaría?

—Desayunando, es viernes.

—Dime entonces a qué iglesia irás. Parece importante.

—Ya sabes a qué iglesia voy. Te dejo, se me hace tarde.

Y colgó. Volvió la música que sonaba justo antes de la llamada. Reyes paró el reproductor, silenciando a Rufus Wainwright.

Tu fe estaba firme, pero necesitaste una prueba.

La viste bañándose desde la azotea.

Ella, hermosa, y la luz de la luna te derrocó.

Ella te ató a una silla, ella derribó tu trono, ella cortó tu cabello y desde sus labios dibujó el hallelujah, hallelujah, hallelujah.

Viernes, Friday, el día de Freyja, diosa del amor y la belleza en la mitología nórdica, pero también de la magia, la guerra y la muerte.

47.

YA EN LA PARROQUIA, Reyes Martínez estaba situada frente a la imagen de santa Lucía. Era la forma que tenía de homenajear a su madre cuando se acercaba el aniversario de aquella tragedia.

—Me sorprende encontrarla aquí. —La voz de Coronado de nuevo aceleró los latidos del corazón de la inspectora.

—¿Por qué le sorprende? También tengo vida más allá de la policía, ¿sabe?

—Tenía claro que usted era una persona religiosa, con fe, pero esperaba verla sentada rezando frente al retablo, que por cierto es espectacular.

—¿Qué era eso que tenía que decirme con tanta urgencia?

—No quería decirle nada en concreto. Solo hablar. E invitarla a comer.

—Es usted desconcertante. Intento detenerle por asesinato y su reacción es venir a cortejarme a una iglesia.

—Está claro que arderé en las llamas del infierno —dijo riéndose de forma tan desmesurada que Reyes se asustó. El escritor parecía tener los ojos fuera de órbita. Se notaba que no había dormido. Y de nuevo una mención al infierno. ¿El demonio no podía dejarla en paz ni siquiera dentro de un templo sagrado?

—Siento curiosidad —respondió ella—. ¿Por qué quiere almorzar conmigo? Es el día de su presentación, ¿no debería estar preparándola y ultimando detalles?

—Lo tengo todo controlado. Simplemente, quiero contarle algo personal.

—¿A mí? Si no me conoce de nada.

—A pesar de eso, es la persona con la que he mantenido las conversaciones más interesantes de un tiempo a esta parte.

—Está bien. Acepto.

A Reyes le apetecía mucho, pero no quería reconocerlo. ¿Y si realmente él era el asesino? El caso ni mucho menos estaba resuelto.

—Gracias. Nos vemos a las 14:00 horas en el Bacus.

—¿Bacus?

—Claro. El dios de la fertilidad y del vino. ¿No le parece curioso? Nosotros, que no queremos tener hijos y que amamos la cerveza, vamos a quedar allí.

—No sé si algún día llegaré a acostumbrarme a sus ironías.

—No le va a dar tiempo, no se preocupe.

Esas palabras no le gustaron a Reyes. ¿No le va a dar tiempo? ¿Por qué?

—¿Aquí es donde viene a recordar a su madre? —Reyes reaccionó con sorpresa—. No se asuste, soy muy observador. Además, lo sé todo.

—Y siempre tiene la razón.

—También. Lucía significa luz para el mundo.

—Ella era mi luz, y ya apenas la recuerdo.

—Dice una leyenda medieval que la belleza de los ojos de Lucía no dejaba descansar a uno de sus pretendientes, así que se los arrancó y se los envió en señal de amor. Ella, aun sin ojos, podía ver a quienes quería. Seguro que te está viendo allá donde esté. —Por primera vez, y sin darse cuenta, la había tuteado.

—También tenía la capacidad de curar.

Héctor se sorprendió gratamente de las palabras de Reyes. Estaba en lo cierto, era muy inteligente.

—Sí, hizo muchos milagros, especialmente recobrando la visión de los ciegos, así como previendo terribles sucesos como terremotos, hambrunas y guerra. Por cierto, y sé que no es casualidad, ayer fue su santo.

—Y no me acordé —le cortó Reyes a punto de llorar.

—Siempre está en tu corazón, y comprenderá que estás intentando resolver un caso muy importante. Seguro que te ayuda.

—Bueno, dejemos de hablar de mí. ¿Solo has venido a invitarme? —inconscientemente, ella también empezó a dejar aquel serio «usted». Estaba cómoda.

—¿Te parece poco? Quiero que este día sea especial desde ya.

—Tu rostro parece otro —dijo ella—. Estás triste, melancólico, ¿también te falta alguien?

—Sí.

—¿Y dónde está? ¿En el mismo lugar que mi madre?

—No lo sé. Y prefiero cambiar de tema.

—¿Qué sientes ahora mismo?

Héctor dudó. Había bajado la guardia y Reyes se volvía a acercarse demasiado.

—Siento celos.

—¿Celos? No es eso. No sé qué le ocurrió, pero si está en el cielo, estará con los ángeles. Ellos la protegerán.

—No he dicho que fuese una mujer ni que estuviera muerta —interrumpió el escritor.

—Perdona. Solo quería decir que, si está en el cielo, no sientes celos de que disfrute con los ángeles. Lo que sientes es que la echas de menos.

—Quizá esté en el infierno.

Una de cal y otra de arena. Eso es lo que parecía dar Héctor a Reyes. Cuando más cerca estaba de él, rompía el castillo de naipes que estaba construyendo. Y cambiaba de tema.

—Reyes, esta parroquia es especial, muy especial.

—¿Me vas a contar la historia de Santiago Matamoros? ¿O de que este era el camino de salida de la Almedina hacia Puerta de Purchena?

—Chica lista, y leída. Me gusta.

—No eres el único que cuenta historias, y yo suelo tener el don de escuchar.

—Estoy convencido de que no sabes la mejor de todas. La del «Rostrico».

—Sospecho que vas a volver a sorprenderme.

Reyes estaba deseando escuchar el relato, pero en el fondo sabía que era una argucia de Héctor para desviar el tema. Echaba de menos a una persona y lo estaba pasando mal.

—Es una imagen del siglo XVI que permaneció situada en la muralla de la calle Rostrico hasta su demolición en el siglo XIX.

—¿Una talla?

—No, un lienzo que el día de la Asunción de 1536, cuando una mujer lo tenía en su casa para venerarlo ante la imposibilidad de ir a Jaén a rezarle al Santo Rostro que existe allí, este empezó a llorar. Muchos fueron testigos, incluido el obispo Fray Diego Fernández de Villalán, incluso de la curación milagrosa de un ciego al pasar las lágrimas por sus ojos, como santa Lucía.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no me lo enseñas? Me gustaría verlo —La inspectora había quedado absorta con la narración.

—No se puede ver. La tiene el párroco en su despacho. No me preguntes por qué, quizá sea ese

el mayor misterio.

—¿Para qué sirve un cuadro si no es para ser admirado? —añadió ella.

—Hay obras de arte que es mejor no admirar.

Reyes Martínez notó que, de nuevo, Héctor cambiaba de tema y de humor. Pero ella quería seguir hablando con él, esperaba sonsacarle algún detalle que le permitiese entender mejor su comportamiento.

—Dime una.

—¿A qué se dedicaba tu padre, Reyes?

—Era pescador —contestó casi como un impulso, pero lo que menos le apetecía era hablar de él.

—¿Conoces el cuadro *El viejo pescador*, del pintor húngaro Tivadar Kosztká Csontváry?

Ella negó con la cabeza.

—Es una pintura maravillosa, pero oculta un oscuro secreto que se descubrió tras la muerte del autor. Si colocas un espejo justo en mitad del lienzo, verás dos caras y no una sola: la de Dios, si se refleja el hombro derecho del viejo; y la del diablo, si es el izquierdo el reflejado.

Otra vez el diablo. En estos días estaba más presente que nunca en la vida de Reyes.

—El significado es tan terrible como maravilloso —continuó el escritor su exposición—. Todas las personas pueden ser tanto Dios como el diablo. El ser humano tiene una doble naturaleza que siempre está en guerra. Todo está en nuestro fuego interior. Hay quien es capaz de hacer la obra benéfica más maravillosa, y al día siguiente traicionar a la persona que más quiere.

La parroquia estaba más sombría de la cuenta. Apenas entraba luz, o al menos así le parecía a Reyes. ¿Se había sugestionado por «la presencia» del demonio? Seguramente, pero no podía pensarlo. Se hacía tarde y había quedado con Alma.

—¿Te gusta la Navidad?

Esa pregunta fue la forma que la inspectora tuvo de cambiar de tema. Se estaba agobiando y no quería experimentar otro mareo. Héctor lo entendió.

—Es mi época preferida del año.

—No te pega lo de reunirte en familia y esperar que los Reyes Magos te traigan los regalos.

—No es por eso. Tampoco por los besos bajo el muérdago. Además, soy más de Papá Noel. Me cae simpático el señor gordito.

—¿Entonces qué es lo que te gusta de la Navidad?

—Que es la época de los milagros. Es posible que ocurra alguno. Reyes, nos vemos a las dos en el Bacus. Es un restaurante de Aguadulce; busca en Google la dirección.

El escritor dio media vuelta y desapareció. Reyes terminó su oración y se dirigió al Hotel Plaza Vieja. Iba con retraso. De camino, no dejaba de pensar en Héctor. Su cara era distinta, casi pudo identificar gestos malignos. ¿Y quién era esa persona a la que echaba de menos y de la que no quería hablar? «No, no puede ser la chica muerta, ya lo he descartado como sospechoso», dijo en voz alta a medida que el ascensor del hotel subía hasta la azotea. Y decidió que la única forma de quitarse la duda era hablar con Raquel Guerrero. En ella podía estar la clave.

48.

—¡A BUENAS HORAS! —gritó Alma, haciendo un gesto con la mano para que Reyes supiera en qué mesa estaba sentada.

—Lo siento, *baby*. Es que he estado hablando con Héctor Coronado.

—¿Otra vez? Me voy a empezar a mosquear, ¿eh? —dijo mientras le guiñaba un ojo.

—Me quiere invitar a comer hoy.

—¿Qué me comentas? —La expresión sonó más almeriense de la cuenta—. ¡Uy, uy, uy! Ese te quiere dar pan de caqui.

Las chicas tenían una manera muy especial de denominar determinadas cosas. Más que eufemismos, era un código simpático entre ellas.

—Quiere que juguéis a ¿dónde están las llaves, matarile, ríle, ríle...? —Alma seguía con sus bromas.

—Déjate de rollos: solo quiero resolver el caso cuanto antes —contestó mientras daba un bocado a aquel *croissant* de chocolate.

La verdad es que la terraza era uno de sus lugares preferidos de Almería. Se veía perfectamente la Alcazaba, más cerca que nunca. Tenían, además, las vistas a la fachada del ayuntamiento y, a la derecha, la parte alta del convento de las Claras. Sin duda, era su refugio. El de ambas. Y como cada viernes a primera hora, se protegían en él.

—Cuéntame las novedades. ¿Pudiste hablar con algunos de los nombres de la lista? ¿Los llamaste? —preguntó Reyes, que, ante la suspensión de Lucas, había decidido tirar de Alma para el trabajo sucio. La chica era aplicada y muy rápida.

—Con varios, sí. Conversé por teléfono con unos cuantos y, con los otros, en comisaría.

—¿Y bien?

—Vamos a empezar por Pablo Juárez, el atrecista. La pistola encontrada junto al cadáver es suya, por eso tenía sus huellas. Dice que la perdió, pero no recuerda dónde.

—¿Y no denunció el robo?

—Según él, tenía la esperanza de que apareciese.

—¿Sospecha de alguien?

—No. Se dio cuenta el otro día. Héctor, tu Héctor —dijo mientras dibujaba un corazón imaginario en el aire—, lo ha contratado para la presentación de esta noche. Van a recrear el crimen de Adriana García. Pablo Juárez tenía una pistola igual a la de aquel día, pero también la utilizó en una representación que tuvieron hace unas semanas en el Teatro Cervantes. No sabe si la perdió allí o en su propia casa, ya que esta semana ha estado fabricando el material, el vestuario y ha tenido a varios ayudantes entrando y saliendo.

—¿Tiene coartada para el día de las muertes?

—Sí, el lunes y el martes estuvo trabajando hasta bien tarde. Tenía turno desde las 18:00 horas como mantenimiento en el centro comercial Gran Plaza. Están preparando la campaña de Navidad y salió de madrugada. Su jefe me lo ha corroborado.

—Uno menos —dijo Reyes tachándolo de la lista.

—La siguiente persona con la que hablé fue el director de la Alcazaba. Es un tipo raro, excéntrico, pero tampoco creo que tenga que ver con los crímenes. Está encantado con la publicidad que se le está dando al recinto, dice que cada vez vienen más curiosos.

—¿Le preguntaste si sucedió algo en aquella ruta secreta?

—Me aseguró que nada en concreto. Visitaron partes del monumento que no se suelen mostrar habitualmente y no hubo ningún hecho destacable. Eso sí, su respuesta no me ha dado mucha seguridad sobre si sabía cómo alguien puede meter un cadáver en la Alcazaba sin ser visto.

—¿A qué te refieres?

—Dice que, como el lunes está cerrada, desde el domingo por la noche tan solo hay dos vigilantes allí, y que, como el espacio es muy grande, cualquiera puede operar a sus anchas sin ser visto.

—¿Y cómo entra?

—Palabras textuales: «Si tiene algún contacto dentro, no es complicado. Alguien que se deje la puerta principal abierta o simplemente que desconecte las cámaras».

—¿Podemos revisar las grabaciones?

—No.

—¿Cómo que no? —Reyes no entendía nada.

—Se han borrado.

—¿Así sin más? ¿Borrado y ya está?

—Alfonso del Río dice que es habitual. Tienen un sistema de vigilancia bastante obsoleto, llevan meses pidiendo que se mejore, pero nada. Aun así, pienso que él no ha tenido nada que ver. Me ha enseñado fotos de aquella noche cenando con su mujer en Murcia; no le habría dado tiempo.

—Alma, cariño, cuéntame algo interesante.

En ese momento, la chica que atendía la terraza del Hotel Plaza Vieja les preguntó si querían algo más. El desayuno había sido espectacular: tostadas, fruta y bollería recién hecha. Desde su situación, tenían una visión privilegiada de toda la plaza de la Constitución, incluyendo el Monumento a «los Coloraos». Un grupo de turistas lo rodeaban mientras alguien, que tenía toda la pinta de ser un guía, les explicaba algo a la vez que señalaba la parte más alta.

—Después me reuní con los miembros del *podcast El faro del fin del mundo*. Por separado.

—¿No se te ocurriría preguntarle a Carlos Alonso por su padre? Ese tema tenemos que consensuarlo con el comisario.

—No me caí de un árbol, ya lo sé.

—¿Con ellos qué tal?

—Me mosquean. Los tres.

—Explícate.

—La chica, Atenea Martín, parece ocultar algo. Estaba muy nerviosa. También tiene coartada para el lunes y el martes por la noche, aunque no se sostiene demasiado. Dice que estuvo con Carlos Alonso tomando copas en el Heartbreak de Aguadulce. Esta semana hay conciertos cada día y ellos son habituales.

—Creo que se cubren el uno al otro —añadió Reyes—. ¿En qué sentido dices que estuvo nerviosa?

—Me preguntó en varias ocasiones si había avances con la investigación de la chica de la Alcazaba. De forma insistente. Sin embargo, cuando le informé del asesinato de Ángel Castellanos, apenas me hizo caso.

—Creo que protege a Carlos Alonso. Ella trabaja en la Alcazaba, y él tiene acceso a ella como historiador. Es posible que se hayan ayudado mutuamente. Falta encontrar la conexión con las víctimas. Espera..., necesito otro café.

Mientras la inspectora se levantaba para pedir su tercer café del día, comenzó a sonar la música. A media mañana, aquel espacio se convertía en una especie de *chill out*, de solárium para gente pija de la ciudad y clientes del hotel. Como no podía ser de otro modo, las canciones estaban muy bien seleccionadas, con clase, empezando por The Eagles y su *Hotel California*.

Entonces ella encendió una vela y me mostró el camino.

Se oían voces pasillo abajo.

Creí escucharlas decir: Bienvenido al Hotel California, qué hermoso lugar, qué hermosa fachada...

Todos nosotros somos prisioneros aquí, de nuestra propia estratagema.

Y en las habitaciones del maestro se reunían para el festín, lo apuñalaban con sus cuchillos de acero, pero no se puede matar a la bestia.

Ellas habían elegido aquel lugar para reunirse cada viernes, casi de casualidad. Buscaban un punto de encuentro que tuviera algún sentido, y justo donde se sitúa hoy el hotel, vivió la escritora almeriense Carmen de Burgos, autora del libro *Puñal de claveles* y gran defensora de los derechos de la mujer. Era el lugar perfecto.

—¿Cuántos cafés te tomas al día, Reyes? —preguntó Alma.

—Cinco o seis.

—¿No crees que son muchos?

—No. Leí un estudio de una universidad que decía que solo a partir del noveno café puedes tener alucinaciones. Me faltan unos cuantos —contestó quitándole hierro al asunto.

—Tú sabrás. Luego te quejas de que no duermes. ¡Normal! —dijo Alma.

—¿Qué te dijo Carlos Alonso?

—Poca cosa, y eso fue lo raro.

—¿A qué te refieres?

—Él habla por los codos. Tú lo pudiste comprobar el otro día. Pero estaba muy callado. Tenía cara de sueño, como si no estuviese descansando. Es verdad que me dijo que apenas dormía, porque estaba preparando la presentación del libro de Coronado.

—¿Preparándola por qué? ¿Qué tiene que ver con él? —interrumpió Reyes.

—Presenta al escritor. Hace la introducción.

—Se van a juntar todos allí —pensó Reyes en voz alta.

—Creo que vamos a tener una especie de Cluedo. Todos en la misma habitación y uno de ellos es el asesino.

Alma se hacía la interesante poniendo un tono de voz más serio.

—Más que un Cluedo, un *Diez negritos*, como el libro de Agatha Christie.

—Pedazo de libro que me recomendaste, Reyes. En serio.

—Alma, querida mía, es que no solo hay que leer *Harry Potter*. Es una obra maestra de la literatura, y se aprende mucho. ¿Recuerdas la canción?

—¡Claro! ¿Quieres que te la cante?

—No estamos para eso ahora, *baby*. Sigamos, por favor. Debes tener más seriedad. De lo contrario, nunca llegarás a ser una gran policía.

—¿Insinúas que no lo soy? —Alma se ponía una mano en la barbilla y levantaba una ceja. Era buena chica, muy trabajadora, pero quizá por su edad no terminaba de tomarse las cosas totalmente en serio.

—¿Qué te extrañó de la conversación con Carlos Alonso?

—Básicamente una cosa. Cuando le pregunté si se le ocurría una forma de poder meter un cadáver en la Alcazaba sin ser visto, me dijo que no rotundamente.

—¿Y dónde está lo extraño de eso? Yo tampoco sabría qué contestarte —replicó la inspectora.

—Hasta ahí, todo correcto. Pero cuando interrogué a Jesús Barros, el tercer miembro del programa, me contó una historia muy curiosa. Algo que había oído decir toda la vida en Almería y que contaban los más ancianos de la capital.

—Soy toda oídos.

—Eso no hace falta que lo jures, Reyes, tienes unas orejas muy grandes. Menos mal que te las tapas con esos rizos.

Alma tenía ganas de picar a la inspectora, pero ella no entraba al trapo. Estaba muy preocupada por el día de hoy, y sobre todo por la conversación con Héctor Coronado en la iglesia.

—¿De verdad no te cansas?

—Vaaaaaaaale. Allá voy. Al parecer, según cuenta la leyenda, existen pasadizos subterráneos que unen la Alcazaba con varios puntos de la ciudad, como el puerto, Torrecárdenas o las cuevas de la periferia. Su función era la huida en caso de asedio.

—Pero se trata de una leyenda, ¿no? —interrumpió la inspectora.

—No hay constancia real de que esos puntos estuvieran conectados con la fortaleza medieval; sí que hay túneles, aunque no de esa época.

—¿Entonces? —insistía Reyes.

—Que debe de tratarse de una confusión con los refugios de la Guerra Civil y la imaginación de algunos jóvenes de otras épocas. Mi abuelo, por ejemplo, decía que una vez se metió en un túnel en la catedral y apareció en la Alcazaba.

—No le daría mayor credibilidad. ¿Hay constancia de que alguno de esos conductos llegue hasta la Alcazaba?

—No, el más cercano está en el Mesón Gitano. Pero, Reyes, dejemos volar nuestra imaginación. ¿Y si realmente existieran esos túneles y solo unos pocos lo supieran, entre ellos el director del recinto?

—Continúa...

—Y que sea esa persona quien desvele el secreto a los elegidos que hacen cada una de las pocas quedadas ocultas que se realizan.

—Eso es una locura, Alma, se te va la olla. No podemos ir al comisario con esa teoría. Ya sabes cómo es, nos vocearía y nos trataría de dementes. Pero... ¿qué tiene que ver esto con Carlos Alonso?

—Todo. Jesús Barros me dijo que había oído esa historia con anterioridad, pero Carlos Alonso se la contó con pelos, señales y toda clase de detalles.

—No puede ser... —Reyes se daba cuenta de que el cerco se estrechaba en torno al experto en simbología religiosa.

—Y él no me dijo nada.

—Sin duda, tiene todas las papeletas de ser culpable.

—Y si a eso le sumamos lo de ser hijo del asesino de los barrancos... —añadió Alma—. Como me pareció muy raro, se lo comenté al comisario, y me dijo que él lo interrogaría más tarde.

—¿Quieren relajarse unos minutos en nuestros baños árabes? —interrumpió una voz masculina la conversación de las dos policías.

—No, gracias, estamos de servicio —contestó con desgana la inspectora Reyes Martínez, enseñando su placa.

—Disculpen entonces, sigan disfrutando de su desayuno.

Era Amós Milton, uno de los dueños del hotel, la persona que se había dirigido a ellas.

—Desde luego, cuando quieres ser borde no hay quien te gane —replicó Alma—. ¿No sabes lo que cuesta ese *spa*?

—No me interesa.

—Pues un masajito no te vendría nada mal, ya te digo yo, además de otra cosa que yo me sé. Y no solo en la espalda. Hasta la Khaleesi se lo dio.

Reyes no dijo nada. No sabía qué hacer con esas «fugas» de su amiga. Estaba convencida de que, corrigiéndolas, se haría muy fuerte en el trabajo y ascendería pronto, pero la juventud, divino tesoro, le pesaba mucho.

—No sabes quién es, ¿verdad? No sé por qué me molesto en sacarte de tu aburrida vida. ¡A ver si ese escritor consigue llegar al corazón de la temible sabueso Reyes Martínez! Si es que tienes, claro.

—*Baby*, me gustaría seguir, tenemos mucho que hacer hoy. ¿Puedes decirme, en tu opinión, si el tal Jesús Barros puede ser sospechoso?

—Me parece que no. Dice que pasó las dos noches con su mujer. La he llamado y me cuenta lo mismo. Es más, curiosamente, el martes estuvieron tomando algo con el propio Ángel Castellanos.

—¿Horas antes de que lo asesinaran? —Reyes se mostró extrañada.

—Sí, al parecer quedaron con él en la cafetería La Dulce Alianza para hacerle unas consultas literarias.

—Lucas lo comentó ayer en comisaría.

—Correcto.

—No sé qué vamos a hacer con Luquitas. Sin quererlo, está metido en todos los *fregaos*. Alma, llama al juez Melero y pídele el favor de que emita una orden para obtener las grabaciones de las cámaras de La Dulce Alianza esa noche.

—Vale, pero no he acabado.

—Joder, Alma, sí que aprovechaste la tarde. Hasta me voy a sentir orgullosa de ti.

—También llamé a todos los nombres que Héctor me escribió en la lista.

—¿Sus enemigos?

—Sí.

—Sorpréndeme...

—Hablé con un hombre que asegura que Héctor le copió su primer libro. Como me parecía tan raro, le pedí que se presentase en comisaría. Dice que el mérito es suyo y que Héctor lleva viviendo a su costa unos cuantos años.

—¿Y tiene algo de fundamento lo que afirma?

—Ya te digo yo que no. Además, parecía ir puesto hasta arriba de algo. Casi deliraba. Si le llego a hacer un control antidoping no sale de comisaría. Además, parecía estar completamente obsesionado con Coronado. Pero acaba de llegar de Ibiza. Me ha enseñado fotos y los billetes de avión.

La inspectora se fiaba del criterio de Alma. Por algo estaba licenciada en Psicología y especializada en la rama jurídico-forense. Sabía leer muy bien el comportamiento humano.

—Después —prosiguió—, hablé con la periodista Eva León. Ella me dio muy mala espina. Parecía una mujer sin escrúpulos.

—¿Hasta el punto de llegar a matar? —volvió a cortar Reyes a su compañera y amiga.

—No lo tengo claro. Creo que haría cualquier cosa para conseguir un buen titular, incluso mentir

y colocar pruebas falsas. No paró de repetir que los libros de Héctor Coronado eran basura, que tenía otros amigos escritores que merecían su éxito. ¡Cómo está el patio con tu Héctor, cariño! —Alma seguía erre que erre con el tema.

—Como vuelvas a decir «tu Héctor», te juro que me encargo de que el comisario te abra un expediente a ti también, bonita.

—Vale, vale, pero no me negarás que la cita de esta mañana ha sido muy romántica, con velitas y todo... ¡o cirios!

A Alma le dio tal ataque de risa que tiró la taza de té al suelo.

—¿Te hace gracia que alguien se pueda interesar por mí, Alma? —El gesto de Reyes ya había pasado a ser bastante serio.

—No, jefa. Solo quería chincharte un poco. Sabes que quiero que seas feliz. Me gusta verte sonreír.

—Sonreiré cuando atrapemos al asesino, tenlo por seguro, pero antes voy a seguir siendo la persona más estúpida del mundo. ¿Qué opinas entonces de Eva León? ¿Por qué fue a la quedada secreta de la Alcazaba?

—Ella es muy amiga del director. Siempre la invita a todas las iniciativas que realiza para que ella les dé difusión en *La Crónica*. Ese es el motivo de que estuviera aquel día allí.

—Aun así, no me fio de ella —opinó Reyes—. No la voy a tachar de la lista. ¿Nos queda alguien más?

—Hablé con varias personas más a lo largo de la tarde, pero solo destacaría a dos. La primera, Elisabet Clemente.

—¿Quién es esa? —A Reyes no le sonaba de nada el nombre.

—También es periodista, y actualmente es la jefa de prensa de...

—¿De quién? Detesto que te hagas la remolona.

—No es por eso, es que no te va a gustar.

—Dispara.

—De Fernando... Tu Fernando.

Ese tú sí que estaba más que justificado. Alma sabía perfectamente lo mal que Reyes lo había pasado con aquel sinvergüenza. Cómo la machacaba, cómo la humillaba y cómo terminó por anularla. También lo que ocurrió la última noche y lo que la inspectora tardó en superarlo, si es que lo había hecho del todo. La joven policía no vivió la historia en primera persona, pues ni siquiera había ingresado en el cuerpo cuando ocurrió todo, pero la noche de Mojácar Reyes se desahogó contándoselo, sincerándose. Por eso la quería tanto, era la única que conocía al dedillo lo sucedido. Ni siquiera el comisario.

—Hijo de puta —murmuró la inspectora—. Nunca me libro de él. Siempre aparece. Como las ratas.

—Es que es una mala rata —añadió Alma.

—Bueno, ¿y qué tiene ella que ver con Héctor?

—Según he podido indagar, trabajaron juntos hace un tiempo. Antes de que se publicara *El hombre del saco*, tu escritor pasó por una mala racha. Se puede decir que murió de éxito. Tocó fondo y comenzó a recibir muchas críticas por su trabajo. Ni siquiera escribía. Todo cambió en una especie de quedada para ver ovnis que hubo por aquí cerca.

—La famosa Alerta Ovní de 2013.

Reyes ya ni siquiera quiso entrar en lo de «tu escritor»; a Alma le entraba por un oído y le salía por el otro.

—¿Sabes lo que es?

—Más o menos. Me la han mencionado varias veces en los últimos días. Algo tuvo que pasar allí.

—Te sigo contando: desde el programa de televisión en el que trabaja Héctor, que fue el encargado de organizar la Alerta Ovni para todo el mundo, pidieron al escritor que buscara una periodista que le ayudara con las fotos y el reportaje. Ella estaba sin trabajo desde hacía varios años. Fue madre, y todo el mundo en los medios de comunicación se olvidó de ella. Héctor le dio una oportunidad, acordándose de su nombre y contratándola para la ocasión. Pero aquella noche discutieron y, desde entonces, no se hablan.

—¿Y ese es motivo suficiente como para sospechar de ella? ¿Que no se dirijan la palabra desde 2013?

—Debe de haber algo más. No te imaginas la mirada de odio que tenía cuando le saqué el nombre de Héctor. ¿Cómo lo llamó? Estoy intentando recordar... ¡Monstruo! Eso es. Dijo que era el ser más despreciable que existía, un monstruo que tenía a todo el mundo engañado, y que esta noche, en la presentación, lo desenmascararía.

—No me cuadra mucho. Hay algo que se nos escapa. Aunque la despidiese, si es que fuera así, no es suficiente como para hablar de él en esos términos. ¿Y dices que esta noche estará allí?

—Sí, acompañando a Fernando. Ten en cuenta dónde tiene lugar la presentación. Él debe intervenir también, por protocolo.

—A esta tampoco la vamos a quitar de la lista de sospechosos.

Reyes hizo ademán de tachar el nombre, pero al fin lo dejó.

—Estoy de acuerdo. Sus palabras sonaron a una amenaza en toda regla —sentenció Alma.

—¿Qué otra persona te falta? —preguntó la inspectora.

—Ah, sí, Javier Cantón.

—¿El de la tele?

—Ese. No veas lo agresivo que se puso en comisaría. No sé si te va a gustar lo que te voy a contar.

—Desembuuuucha, por favor. ¿Qué le pasa a ese sujeto?

—Tiene un ataque de cuernos.

—¿Cómo?

—Afirma que Héctor Coronado y su mujer han tenido una aventura, que ella incluso se ha separado de él para estar con el escritor.

—Qué raro me parece todo. ¿Cómo se llama su mujer?

—Espera, que lo tengo aquí apuntado.

Alma Valero sacó su móvil, lo desbloqueó y abrió la aplicación de notas.

—Ajá, se llama Martina Bautista, y es la editora de los dos últimos libros de Héctor.

—No termina de encajarme, ¿por qué él no me ha hablado de ella?

Entonces a Reyes le vino una especie de *flash*. ¿Y si Martina Bautista era la persona de la que Héctor hablaba con tanta melancolía? ¿Y si era la destinataria de la dedicatoria del libro? O lo que es peor... ¿Y si era el cadáver de la Alcazaba? Comenzó a sentirse mal.

—¿Estás bien? ¡Reyes! —Alma le dio aire con una carpeta.

—Sí, no te preocupes. ¿Tienes alguna foto de la tal Martina?

—Te va a resultar raro..., pero no. No tiene redes sociales, o al menos con ese nombre y apellido. La he buscado en Google... y nada. Salen muchas referencias suyas en cuanto a su trabajo en el mundo editorial, pero ni una sola foto.

—¿Pero no se supone que los editores acompañan a los autores en las presentaciones? Alguna imagen habrá.

—No. Ella debe de ser la excepción que confirma la regla. No existe, es como un fantasma. Me he leído alguna entrevista y se autodefine como una persona muy familiar y casera, sin afán de protagonismo.

Un mal augurio recorrió el cuerpo de la inspectora. Como por arte de magia, todo parecía cobrar sentido de pronto. No quería ni siquiera pensar que Héctor Coronado podía haber matado a Martina Bautista. Pero eran demasiadas casualidades. Le había asegurado que no conocía a la chica fallecida cuando vio su foto. ¿Había mentido? De ser así, no se iba a salir con la suya. Corazón contra razón, otra batalla más en la vida de la inspectora Reyes Martínez.

Las dos policías releieron los nombres que quedaban en la lista: Carlos Alonso, Eva León, Elisabet Clemente, Javier Cantón, Jesús Barros y Atenea Martín. En ese orden.

—Pero falta alguno más, ¿verdad? —preguntó Reyes.

—Claro, cariño. Soy rápida, pero no tanto. No pude hablar con las dos chicas de la editorial: Pilar Hidalgo y Leire Domínguez.

—No te preocupes. Como he quedado con Héctor Coronado en Aguadulce, yo me pasaré por la editorial y las abordaré sin que se lo esperen —dijo Reyes, que no confesó a su compañera que también quería hablar con la novia de Coronado. Aquello se estaba poniendo demasiado interesante—. Ah, ¿y la hermana de Lucas?

—Uff, se me olvidaba. Hablé con ella, pero no sirvió de mucho. No paraba de llorar. Sinceramente, no creo que tenga nada que ver. Estaba muy afectada. Yo no la tendría en cuenta.

—¿Y a nuestro Lucas?

—No digas eso ni en broma, jefa.

—Lo vigilaré de cerca. En este juego nada es lo que parece.

—Todo un Cluedo, como te he dicho.

—No. Un auténtico *Diez negritos*, ya lo sabes —afirmó la inspectora antes de levantarse—. Una cosa más, Alma: busca por favor a todos nuestros sospechosos en redes sociales y revisa una a una sus fotos por si encuentras alguna conexión. Después hablamos. Creo que esta noche todo se resolverá.

—A sus órdenes, jefa. ¡A por esos *Diez negritos*!

49.

17 de agosto de 2018

LA CEGUERA ES UNA ENFERMEDAD que puede afectar de varias formas. En un ojo, en los dos... o parcialmente. Impide que las personas podamos ver lo que tenemos delante. Como la culpa que vive en nuestro interior o el aferrarse a una promesa que tardará más de la cuenta en cumplirse. La peor de todas las cegueras es la del corazón. Solo ve lo que quiere ver, lo que necesita ver. Martina Bautista esperaba que la escapada a Mojácar fuera la última vez que tendrían que vivir su amor en secreto. Colocó la maleta en el asiento de atrás del coche de Héctor porque no quería abrir el maletero. Tenía que agarrarse a la esperanza de que dentro del mismo estuvieran las maletas de Héctor, pero no para un solo día, sino para toda la vida. En contraposición, la ceguera de Héctor no era física, era de su alma. Espiritual. Creía que el amor y la pasión que ambos sentían eran suficientes para retener a Martina un poco más. Solo unas semanas, las suficientes para que él pudiera solucionarlo todo. Estaba equivocado. Ella no podía esperar, no quería. No había nacido para ser la otra, ni siquiera durante un corto periodo de tiempo. Sin embargo, Héctor Coronado no lo veía así. Estaba ciego. Si había podido aguantar todo este tiempo, ¿qué más le daba un poco más? Sería para toda la vida. ¿No merecía la pena el esfuerzo?

La excusa para ir a Mojácar era un coloquio sobre novela negra que se iba a llevar a cabo en el salón de plenos del ayuntamiento. Estaban invitados autores muy conocidos a escala nacional, y Martina quería captar alguno de ellos para la editorial. Héctor aprovecharía para dar una charla y hablar de su próxima novela, *El último baile de Adriana*, con la que esperaba dar un paso más dentro del género. El libro ya se había enviado a imprenta, y ella pretendía darle una sorpresa mostrándole el primer ejemplar, recién salido del horno. Sería por la noche, cuando llegasen al hotel.

Los enamorados se pasaron el trayecto cogidos de la mano y sin dejar de hablar. Tal era la pasión que desprendían, que tuvieron que parar a mitad de camino, en un vulgar motel de carretera, para dejar fluir su deseo. Más que cegados, estaban locos. Y la locura, a veces, despierta extrañas criaturas en el interior de cada persona. Allí, tumbados en la cama, después de haber desatado todo lo que llevaban dentro, fantasearon sobre el futuro: —¿Te casarías otra vez, Martina?

—Ni de coña. Así de claro. No voy a pasar otra vez por lo mismo.

—Sería diferente. Una ceremonia íntima, a nuestro gusto.

—¿En la playa? —Martina se emocionaba por momentos.

—Por ejemplo. Con unas veinte personas, no más. Todos de blanco, un arco adornado con flores...

—Pero sin firmar nada, que luego vienen los problemas.

—¿Ya estás pensando en divorciarte de nuevo? —A Héctor le encantaba bromear con ella.

—Pensándolo bien, me encantaría volver a llevar un ramo de novia. El de mi boda no me gustó demasiado.

—¿A quién se lo tirarías? Seguro que a Pilar no.

La mala relación entre la editora y la responsable de redes sociales era conocida por todos en la oficina.

—A ella sí, pero con todas mis fuerzas y apuntando a la cabeza —dijo mientras imitaba una risa maléfica.

—¿Sabes de dónde viene la tradición de que las novias lleven un ramo?

—Vaya, Héctor, solo llevabas un día sin contarme una historieta. Estaba empezando a preocuparme.

—No seas mala, si en el fondo te encantan.

—Me encantas tú —respondió mientras acercaba la cabeza para besarle en la mejilla derecha.

—En la Edad Media, las bodas se celebraban en mayo y junio...

—¿Otra historia medieval? —interrumpió ella riendo—. Cuéntame una de otra época, por variar un poco.

—Calla, esta te va a gustar. En aquellos tiempos —continuó su relato—, la gente solo se bañaba una vez al año, a lo sumo dos. Se restregaban con hierbas para quitar la suciedad.

—Si era una vez al año, más bien sería mugre. —Martina disfrutaba boicoteando las historias de Héctor.

—Como sigas cortándome, te contaré lo que usaban para lavarse los dientes, y te va a dar mucho asco.

—Amenaza entendida. Continúa, por favor.

—Pues te decía que las parejas se casaban en mayo y junio para intentar paliar un poco los malos olores de los novios.

—Muy práctico. —Martina no podía camuflar su ironía.

—Y las flores eran precisamente para disfrazar la peste que ella despedía.

—¡No! ¡Te lo acabas de inventar!

—Te doy mi palabra de que es verdad.

—Tengo que confesártelo —dijo Martina—. Lo que más me gusta de ti es tu romanticismo. ¡No sé cómo he podido vivir tantos años sin él!

—Terminarás acostumbrándote. Casanova a mi lado era un simple aficionado. ¿Te cuento su historia?

—¡Noooooo! —contestó abriendo la ventana de la habitación y haciendo el gesto de tirarse—. ¡Como me cuentes otra me voy a suicidar!

Y rieron como si fuese el último día de sus vidas. Estaban tan embobados el uno con el otro que no se percataron de que un coche venía siguiéndolos desde hacía rato. Se mantenía a una distancia prudencial. La justa para no levantar sospechas.

Los tortolitos llegaron a Mojácar para la hora de almorzar. La organización del evento había preparado un cóctel en el propio ayuntamiento. Croquetas de chipirones, rabas de calamar, minibocadillos de presa ibérica, salmorejo y embutidos variados dieron paso a las primeras charlas sobre el género *noir*. A Martina y a Héctor se les hicieron eternas. Solo pensaban en salir de allí y volver a dar rienda suelta a su pasión, por lo que, en torno a las ocho, decidieron marcharse evitando la última de las ponencias.

—Larguémonos ya, por favor. —La cara que Martina ponía para suplicar volvía loco a Héctor.

—Te gusta vivir peligrosamente. Arderemos en el infierno; lo sabes, ¿verdad?

—Mientras me esté quemando dentro de la misma caldera que tú, no me importa.

—Además de casarte... —Martina no quería confesar que esa idea le estaba empezando a hacer ilusión—, ¿querrás tener un hijo conmigo?

—No —respondió él con rotundidad.

—Joder, esa respuesta me ha dejado descolocada.

—Es que no quiero un hijo, quiero una hija.

Los ojos de Martina Bautista brillaron. Es posible que ambos estuvieran bromeando, pero toda broma esconde una parte de verdad. ¿Estaba Héctor pensando en un futuro con ella?

—Ya tengo una, recuerda.

—Sí, pero yo quiero una con mis genes. Para que no haya quien la aguante. —Rio—. Hasta tengo escogido el nombre.

—¡Venga ya!

—Sí, se llamará Cecilia.

—¿Cecilia? ¿Como la del ramito de violetas? —A Martina no le gustaba demasiado el nombre.

—*¿Quién la escribía versos? Dime quién eraaaaa. ¿Quién la mandaba flores por primaveraaaa? ¿Quién cada nueve de noviembre, como siempre sin tarjeta... Le mandaba un ramito deeeeeee violetas* —cantaba Héctor haciendo gestos con los brazos y soltando el volante.

—No hagas más el tonto, que vamos a tener un susto.

—¿Qué tal si vamos esta noche a un karaoke? Me he venido arriba —propuso él.

—Tendrás que ganártelo —respondió mientras le guiñaba un ojo.

Nada más llegar al hotel, se dieron cuenta de que estaban en el paraíso. El Hotel Boutique pasaba desapercibido escondido tras el río y la vegetación. Era como encontrar un oasis en el desierto. Hamacas espectaculares, decoración tropical, piscina desbordante y el mar justo enfrente. Casi podían acariciar las olas. Ya mismo anoecería, y ellos querían tener un último encuentro prohibido antes de la cena.

La chica de recepción iba más lenta de lo normal. No terminaba de darles su habitación. Además, se quedaba mirando a Héctor de una forma disimulada al principio y más descarada con el paso de los minutos. Eso hizo que Martina interviniese.

—Chica, no tenemos todo el día. Las he visto más rápidas.

—Desde luego... —dijo Héctor mirando a su enamorada y haciendo un gesto de calma con una de sus manos—, este año no vas a ganar el certamen de Miss Simpatía.

—No pasa nada, es culpa mía —se excusó la recepcionista—. Aquí tienen la llave de su habitación. Por las molestias, les he dado la que tiene mejores vistas al mar. Disfruten de su estancia.

—Gracias —contestó el escritor, siempre educado.

Ya en la habitación, comprobaron que también el interior estaba decorado con mucha clase. Desde un amplio ventanal divisaban los últimos rayos de sol, que parecían despedirse hasta el día siguiente, para dar paso a una extraña niebla.

—Era muy guapa —pronunció Martina esas palabras mientras se desvestía. No podía esperar.

—¿Quién?

—La chica de recepción.

—Tú más.

Héctor sabía cómo iba a acabar la conversación si no la frenaba.

—Te miraba mucho. Demasiado.

—Cariño, soy un autor de éxito. Es posible que me haya reconocido.

—No te flipes, que estás muy subido últimamente. Esa no tenía pinta de leer mucho.

El tono de Martina era tan despectivo que estaba molestando al escritor. Por eso, él decidió besarla para después empujarla sobre la cama. La pasión que vivieron mientras hacían el amor no parecía de este mundo. Sobre pasaba cualquier sensación que hubieran podido experimentar con anterioridad. Estaban abrumados incluso después de acabar. No se desvanecía. Era un impulso tan

seductor que los derribó totalmente. Aunque ninguno de los dos lo dijera en aquel momento, se asustaron. Ninguna muralla se podía interponer ante tal huracán de excitación. Sin decírselo el uno al otro, los dos comprendieron que la pasión es un sentimiento tan intenso que es el único que nos da una razón para vivir y una excusa para matar. Se hubieran quedado a vivir eternamente en aquella habitación. Habrían pagado cualquier precio para que el tiempo se detuviese durante horas. Eran los efectos del éxtasis, no precisamente provocado por una droga.

—¿Cómo decías que querías ponerle a nuestra hija?

Martina fue la primera en articular palabra. Llevaban varios minutos cogidos de la mano, suspirando de vez en cuando pero sin hablar.

—Cecilia.

—Ah, es verdad.

—¿Te has fijado en la casa tan llamativa que hay cuando sales de la autovía y entras a Almería, por la Rambla, en la parte de arriba?

—¿Cuál de ellas?

—La que queda a la derecha, antes de llegar a la altura de la plaza de toros.

—Creo que sí, donde está el Instituto Andaluz de la Mujer, en La Molineta.

—Exacto.

—El Cortijo del Gobernador —añadió Martina.

—También llamado Cortijo Fischer o Villa Cecilia.

—¿Otra de tus historias?

—Esta te va a gustar. Tienes que saber por qué he elegido ese nombre para nuestra niña.

—Bueno, todo sea porque siento curiosidad por la casa. Ya sabes que me fascina la arquitectura modernista.

—Pues ese es el mejor ejemplo que tenemos en la capital. Vidrieras belgas, motivos vegetales, ricos frisos... y el rostro de una mujer que decora los capiteles. Cecilia.

El escritor había conseguido captar la atención de Martina. Él, mejor que nadie, sabía cómo hacerlo.

—Te cuento —dijo Héctor antes de continuar su narración—. Su origen está en un comerciante danés, Federico Fischer Winslow, que vivió en Almería durante el esplendor de la uva. Estaba muy enamorado de su esposa, una mujer bellísima llamada Cecilia Johana Jensen. Pero la desgracia se cebó con ellos. Primeramente, en 1882, falleció el bebé de la pareja, que apenas había llegado a los dos meses de vida; y al año siguiente, fue la propia Cecilia quien murió.

—Qué triste. ¿Cómo ocurrió?

—La verdad es que murió de tuberculosis, pero se cuenta que pereció al caer del caballo al que montaba y domaba en la finca donde hoy está ese palacete.

—¿No llegó a verlo en pie?

—No, su marido lo mandó construir como un homenaje a ella. Se inauguró en 1910 y, como no podía ser de otro modo, su creador lo bautizó como Villa Cecilia.

—Eso sí que es romántico. A partir de ahora, solo quiero que me cuentes historias de ese tipo.

—Además de las caras en los capiteles, el palacio está lleno de rosas, la flor favorita de Cecilia.

—¡Mira! —gritó Martina señalando con el dedo hacia la ventana de la habitación e interrumpiendo a Héctor.

—¿Qué pasa?

—Había alguien mirando por la ventana.

—No puede ser.

—Te lo juro.

Martina estaba cada vez más nerviosa.

—Tranquilízate —intentaba calmarla Héctor mientras se ponía los pantalones—. Voy a salir a echar un vistazo.

El escritor revisó hasta el último rincón del hotel. Las habitaciones estaban separadas, como bungalós, y eran exteriores. Nadie podía esconderse sin ser visto, a no ser que hubiese huido hacia la playa.

—No he visto a nadie. ¿Estás segura de que había alguien?

—Segurísima. Sus ojos se me han quedado clavados.

—¿Has llegado a ver quién era? ¿Un hombre o una mujer?

—No lo sé. Estaba oscuro, solo su mirada. ¡Qué asco! Me provoca repulsión.

—Ya está, mi vida. —Héctor la abrazó—. Vamos a despejarnos, vístete y busquemos un karaoke. ¡Creo que me lo he ganado!

Tuvo que trabajárselo mucho Héctor aquella noche para quitarle los nervios a Martina. Aquella visión le había afectado. Apenas probó bocado. Después fueron al Mamá Juanita, una especie de discoteca o club de playa frente al mar. La decoración estaba basada en la península del Yucatán, México, y predominaban los elementos mayas. Eso fue lo que llamó la atención de Héctor. Y el logo en forma de tortuga de Akumal. Estaba a reventar, pero consiguieron un rinconcito y varios turnos en el karaoke. Él intentaría por todos los medios que Martina borrara de su mente aquella horrible experiencia.

—¡Empiezo yo! —dijo Héctor en el enésimo intento de que ella se lo pasase bien—. Voy a escoger una que te encanta: *Total eclipse of the heart*, de Bonnie Tyler.

—¿En inglés? —Ella se mostró sorprendida—. Si no tienes ni idea.

—¿Y qué? Aquí no me conoce nadie. Además, tú mientras irás traduciendo la letra en tu mente, y eso es lo único que me importa —añadió antes de arrancarse a cantar: *De vez en cuando me aterrorizo un poco, pero entonces veo la mirada en tus ojos.*

De vez en cuando me desmorono, ¡date la vuelta, ojos brillantes!

Y te necesito ahora esta noche.

Y te necesito más que nunca.

Y si solo me abrazas fuerte nos aguantaremos para siempre.

Y solo lo haremos bien, porque nunca nos equivocaremos.

Juntos podemos llevarlo hasta el final de la línea.

Tu amor es como una sombra sobre mí todo el tiempo.

Aquellos sonidos le parecían a Martina tan infernales y estrambóticos como adorables. Lo estaba haciendo por ella, así que decidió hacer una actuación memorable, algo que Héctor nunca pudo olvidar. Aunque llevaba minifalda, decidió subirse a la barra del chiringuito. Captó la atención de todos, uno a uno. No le quitaban ojo. Los primeros compases comenzaron a sonar y ella avanzaba y retrocedía sobre la barra. Sus botas de cuero no dejaban de moverse taconeando, ni su cuerpo de contonearse.

—*Are you ready, boots? Start walking* —pronunció en un perfecto inglés. Ningún hombre del bar había escuchado jamás una voz tan sensual como la de Martina. Parecía la mismísima Nancy Sinatra.

*Continúas diciendo que tienes algo para mí, algo que llamas amor.
Pero confiesa, has estado metiéndote donde no debías, y ahora alguna otra se está llevando lo mejor de ti.
Bien, estas botas están hechas para caminar, y eso es simplemente lo que harán.
Uno de estos días, estas botas van a caminar sobre ti.
Continúas mintiendo cuando deberías estar diciendo la verdad.
Y sigues perdiendo cuando no deberías apostar.
Sigues haciendo lo mismo, cuando deberías estar cambiando...
Y sigues pensando que nunca te quemarás.
Bien, acabo de conseguir una nueva caja de cerillas, sí...*

Héctor temblaba. Estaba terriblemente celoso. La mujer más *sexy* del mundo estaba siendo admirada por muchos. Más de uno le decía algún impropio, pero él se mantenía firme. Se controló. Llamó al camarero y pidió una nueva canción. Esta la cantarían juntos. Se subiría con ella a la barra y le gritaría a todo el mundo que era suya, que le pertenecía. Pidió otra Turia, su marca de cerveza preferida. Para ella un Bloody Mary, como la leyenda sangrienta. Coronado fantaseó con que la camarera hubiera vertido en la bebida de Martina aquellos pichirichis que una bruja de Mojácar, la tía Cachocha, usaba para curar el mal de amores, para realizar «amarres». «Vendo polvos para querer, para aborrecer, para entontecer...», decía. Una vez arriba, ante el abucheo de algunos hombres que se habían emocionado demasiado pronto, se sintió Robbie Williams mirando a Kylie Minogue. Y cantaron *Kids*. «*Voy a darlo todo por mi amor, eso me va a costar todo mi amor*».

A pesar de todo, la noche no acabó bien. De hecho, finalizó de la peor forma posible. La pareja regresó al hotel, y Martina, que iba pasada de copas, exigió que esa misma noche Héctor se fuese de casa.

—¡Ni un día más! —gritaba una y otra vez.

—Nena, joder, dame un poco más de tiempo.

—¡No! Si mañana no te vienes conmigo, me olvidas. ¿Te queda claro? No me verás más el pelo.

En aquel momento, llegó un *whatsapp* al móvil de Héctor. ¿Quién sería a esas horas? «Revisa Twitter, por favor. Es urgente. Siento molestarte». Era Pilar Hidalgo.

—Martina, perdona un momento. Tengo que consultar una cosa.

—¿Te vas a poner a trabajar ahora? Estoy flipando.

—No —dijo mientras encendía el ordenador de la habitación—. Espera un poco, es importante.

En su cuenta de Twitter, Héctor tenía varios mensajes amenazadores. Eran de un perfil falso llamado «La Celestina». Alguien que se escondía detrás de la impunidad de la red decía que lo iba a desenmascarar, que acabaría con él.

—¡Como sigas en el ordenador, me voy!

La amenaza de Martina también sonaba muy real. Por eso Héctor dejó el ordenador y la abrazó. Ella lloraba sin parar. Le empujó, sacó un libro de su bolso y se lo lanzó mientras seguía gritando.

—¡Aquí tienes tu libro! ¡Iba a ser una sorpresa y la has estropeado! ¡Como siempre!

—No me digas que es el primer ejemplar de *El último baile de Adriana*.

—Sí, pensaba dártelo y que te emocionaras, pero la has cagado. Otra vez. Pero será la última.

—Perdóname, Martina. Te quiero mucho, te lo juro.

Héctor también había empezado a llorar.

—Un día, Héctor, un día. Ese es el plazo que te doy.

Mientras, el escritor decidió escribir la dedicatoria más especial que había puesto jamás. Sabía que Martina Bautista, aunque fuese su editora, no se había leído el libro. Según ella, porque no hacía falta, era su apuesta; sin embargo, él siempre pensaba que era cuestión de confianza, de ausencia de ella. Creía que lo comparaba con su relación, que nunca lo conseguiría. «No dejes que nuestros miedos nos impidan ser quienes somos. Contigo hasta el infinito, en el castillo del rey para la eternidad, nuestro refugio para hacernos invisibles», escribió. Se arrodilló e imploró su perdón, acercándole el ejemplar en forma de ofrenda. Según se afirma en el libro más vendido de la historia, todos somos pecadores. Cada persona asume la culpa de una forma. Hay quienes toman más de la que les corresponde; y otros la palían con un pequeño gesto de bondad, quizá pensando que sus pecados no tienen importancia o simplemente están justificados. Algunas personas, incluso, rezan para que se les perdone en busca de respuesta a sus plegarias. Pero nada de eso le funcionó a Héctor.

—Vete, por favor. Quiero estar sola —pidió mientras se rebañaba el rímel de los ojos.

—¿En serio?

—Sí. Lo necesito. Cuando me calme, cogeré un taxi y regresaré a casa. Si de verdad me quieres, te espero mañana en el castillo del rey. Al atardecer. Si no estás, entenderé que no has dejado a Raquel y que quieres seguir con tu vida, que eres feliz con ella.

Héctor asintió resignado. No podía hacer nada. Cogió sus cosas, pagó la habitación a la chica de recepción y se marchó a casa. Martina no tardó demasiado. El taxista intentó darle conversación durante todo el trayecto, pero no soltó palabra alguna. Estaba triste. Héctor la había destrozado por dentro. La había matado. Y por si fuera poco, aunque en ese momento era lo menos importante, alguien había aparecido aquella noche. Una persona terrible, un intruso. Héctor había bajado la guardia y alguien se había acercado demasiado. Él, que siempre estaba atento, que impedía que los intrusos pudieran entrar, no lo había visto. De nuevo la ceguera, un terrible mal que azotaba sus vidas. El intruso había entrado a la fuerza, no había sido invitado. Y era listo, había estado observando desde fuera, sin mostrarse, sin dar un mal paso.

Al día siguiente, Martina Bautista fue al lugar de encuentro y presencié cómo el sol se escondía dando la bienvenida a la luna. El cielo se tiñó de negro. Aquella noche, ni siquiera se veían las estrellas. Héctor no apareció. En lo más profundo de su ser, Martina lo esperaba. Es que hay personas que prefieren la oscuridad, porque solo ahí ven lo que quieren ver.

El castillo del rey

TE SORPRENDERÁ LEER ESTA CARTA, pero no he podido ir a nuestro refugio, al lugar donde nos hacemos invisibles. No quiero que discutamos allí, que lo mancillemos. Lo íbamos a hacer si llego a aparecer. El castillo del rey es sagrado. Tengo que solucionar mi situación. Sé que te lo he dicho muchas veces, demasiadas; que has tenido una paciencia infinita, más de la que merezco, y que muy posiblemente seas la persona que más cosas ha hecho por mí. Me enseñaste el camino, fuiste mi punto de inflexión, pero ahora mismo no te puedo dar lo que mereces. Lo siento. Y tú no puedes esperar más. Lo comprendo aunque no lo comparta. Si estamos hablando de un amor que sobrepasa este mundo, puede esperar un poco. Si no, es que no merece la pena. No vas a dejar que se rompa, ¿verdad? Aguantarás por todo lo que nos aguarda el futuro, cosas maravillosas.

Supongo que estuviste esperándome y que piensas que soy un cobarde. Por favor, resiste, no mires hacia atrás. Hemos nacido para amarnos, por eso tienes que aguantar. Me sacaste de la oscuridad y no vas a dejar que vuelva. ¿A que no? Mis ojos se acostumbraron a ella, me absorbió hasta el punto de convertirse en mi mundo y poder ver desde allí, pero tú me libriste de ello, me enseñaste el camino de la luz. No sueltes mi mano aunque pienses que no me lo merezco. Dame la última oportunidad.

No voy a presentar mi libro sin ti. Sé que no quieres leerlo porque durante todos estos meses me has suplicado que diera el paso y no lo he hecho, y El último baile de Adriana te lo recuerda. Prometo que con él acabará todo. Sientes rabia, lo sé, por eso vamos a esperar para presentarlo. Quiero que estés en mi mesa, a mi lado. Yo también seré tu luz. Aunque nosotros muramos, esa dedicatoria perdurará por los siglos. Como el amor de Romeo y Julieta.

Voy a escribirte una carta cada noche hasta que podamos estar juntos. Las guardaré para que las leas. Cuando lo hagas, entenderás todo. Mis miedos, mis inseguridades, mis dudas... Sabes que no me gustan los niños, y tú tienes una hija que adora a su padre. ¿Crees que puedo competir con eso? Provocará que tengas que elegir, y sé cuál será tu opción. ¿Estoy preparado para ello? No estoy hecho a estar solo, a que salgas sin mí, a que tengas a tantos hombres rondándote, a que llegues a la discoteca y seas el centro de atención, pero voy a poner todo mi empeño para superarlo. Estoy chapado a la antigua, lo sé, somos muy distintos. Sin embargo, me dijiste que los polos opuestos se atraen, y que los que se pelean se desean. ¿Recuerdas cuánto nos reímos con esa frase? Por eso sé que lo lograremos. Diste el paso de quitarte de las redes sociales para que los tíos no te encontraran, y te lo agradezco. Aunque no esté en disposición de pedir, sé que terminarás cortando esas quedadas a solas con amigos. Me enfadan mucho, no entiendo por qué no las paras si sabes lo celoso que me pongo. ¿Lo haces para provocar que yo dé el paso? Sabes que lo haré, no es necesario que me tortures de esa forma.

Mi vida, esta es la primera carta. Espero que no haya muchas y que estemos juntos muy pronto. Te quiero. Contigo hasta el infinito. Juntos para siempre en el castillo del rey.

Me entenderás cuando te duela el alma como a mí.

(FRIDA KAHLO)

Octava parte

Pero nos amamos con un amor
que era más que amor.

(EDGAR ALLAN POE)

50.

ES MUY DIFÍCIL DECIDIR entre renunciar a lo que queremos por hacer lo que debemos. Dicen que, cuando lo consigues, es porque realmente te has convertido en un adulto. Da igual que tengas dieciséis años o cincuenta. A todos no nos llega en el mismo momento, entre otras cosas, porque no es nada fácil. El amor que Rubén Salmerón sentía por Martina Bautista estaba empezando a pesar demasiado en él, en su vida. No pensaba con claridad, ni a nivel personal ni en el trabajo. Hacía tiempo que la relación con su pareja no era la misma. Ni siquiera pedía las vacaciones para coincidir con ella. Solo quería estar con Martina, verla, aunque simplemente compartiese horas de silencio en la oficina. Sus compañeros decían de él que era un niño grande. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, y dedicaba su tiempo libre a jugar a videojuegos y leer cómics. Precisamente ese tipo de aficiones impedían que una mujer como Martina pudiera fijarse en él. Es cierto que le hacía gracia, por decirlo de alguna manera. Igual le ocurría al resto de mujeres. Era el amigo perfecto, y a él eso le sacaba de quicio. Cada vez lo soportaba menos. ¿Qué podía hacer? ¿Renunciar a su amor y agachar la cabeza? Eso hacen los adultos, ¿no? Pero él estaba lejos de serlo. No debía insistir, pero lo hizo.

A medida que iba dejando atrás las curvas que llevan a La Envía, la imagen de Martina se le hacía aún más visible. Le cegaba. Todos sabían que le gustaba, era inevitable, pero nadie era consciente de su obsesión. Se había llegado a tatuar su rostro en la espalda. Si alguien lo descubriese, pensaría que estaba loco. No era eso. Tan solo amor, como la canción que sonaba en la radio del coche. *Nena, tú que siempre sabes dónde estás, nena dime ahora si este es mi final. Nena dime cuándo por última vez, tú me diste un beso sin saber por qué... ¿Cuántas carreteras yo que me por ti?... Si es tan solo amor.* Quería sentirla cerca, y tatuársela era la única forma que se le ocurrió. Como es lógico, su novia le había preguntado, pero como ella tenía tatuado a su deportista favorito en una pierna, tampoco le dio mayor importancia. Se sentían cómodos en esa libertad. Ella había querido ser madre años atrás, a lo que Rubén se negó. Fue entonces cuando acordaron tener cada uno su espacio.

La noche del pasado sábado fue la más especial que Rubén recordaba, y no era para menos. Por primera vez desde que se conocieron, Martina había aceptado quedar con él. No se lo podía creer. Aquel otoño había estado más cercana de la cuenta. Incluso llegó a pensar que Héctor por fin había desaparecido de su vida. Algo había pasado entre ellos, tanto para bien como para mal. De ser inseparables a posponer la presentación de *El último baile de Adriana*. ¡Con todo el esfuerzo que habían dedicado al proyecto! Raro, muy raro. Rubén intentaba aprovecharlo a su manera. Cuando podía, se quedaba a comer en la oficina como hacía Martina. Daba igual que hubiera más gente en la mesa redonda, o que no intercambiasen una sola palabra, él imaginaba que estaban a solas. Tan valiente, tan decidida... y él tan tímido y desesperado. Aun así, sacó fuerzas de flaqueza y se lanzó.

—Martina...

Solo con mencionar su nombre, su cara enrojeció. Llevaba apuntado en un papel las palabras exactas que le iba a decir. Las había preparado durante días. Ensayadas delante del espejo.

—Dime, Rubén. —Ella ni siquiera levantó la mirada de su móvil. Estaba escribiéndose con alguien, la pantalla se le reflejaba en las gafas y él la veía, aunque no alcanzaba a distinguir con

quién. Quien quiera que fuese debía de ser más importante que la comida, pues no había probado bocado.

—¿Cuál es tu plato preferido?

Ella no contestó. Ni siquiera había escuchado la pregunta. Quien estuviera al otro lado del *whatsapp* acaparaba toda su atención.

—Martina... Tengo que consultar una cosa —insistía Rubén.

—Sí, perdona. ¿Qué me estabas diciendo?

—Quería saber cuál era tu comida preferida.

—Pues... no sé..., el atún. ¿Por?

Los nervios invadieron a Rubén. El momento había llegado. Respiró hondo, contó hasta tres y, sin ser capaz de mirarla a los ojos, preguntó: —¿Te puedo invitar a cenar mañana? Conozco un bar de pescado que se pone muy bien los sábados por la noche.

Martina se sorprendió. No esperaba tal proposición. Nunca habían quedado, tan solo se tomaron un café a solas unos meses antes, cuando quiso contar a sus trabajadores que se iba a separar de su marido. No iba a negar que no sabía que le gustaba. Las mujeres tienen un sexto sentido que les permite darse cuenta de ese tipo de cosas. Aunque no era el tipo de hombre en el que se fijaría, decidió aceptar.

Para Rubén, aquello fue como un pequeño rayo de esperanza. ¿Y si estaba ante su oportunidad? Entre tanta oscuridad, un faro se había encendido a lo lejos, y le estaba enfocando. Iba a dejar de ser invisible para Martina, aunque solo fuese por una noche. Tenía que aprovecharlo. Todas las personas necesitamos una ilusión, algo que nos ayude a pasar la noche. Rubén Salmerón, por primera vez en mucho tiempo, tenía la suya. Aquella tarde se compró una americana, la primera de su vida. Solía tener un estilo muy peculiar a la hora de vestir: siempre de negro, con ropa oscura, nada de camisas..., todo lo contrario a Javier Cantón, el marido de Martina, o al propio Héctor Coronado. Abrió el armario a ver si encontraba algo más acorde con una cita, siempre desde los ojos de ella, y solo vio camisetas de grupos de música *heavy*. Aun así, no se desanimó. El tren solo pasa una vez y él llevaba mucho tiempo esperando en la estación. Si conseguía montarse, no se bajaría.

Habían quedado el sábado por la noche, y él, cortés, decidió recogerla en casa. Se hizo de rogar unos diez minutos, pero cuando salió estaba espectacular. Un vestido ajustado que marcaba sus curvas de forma ostensible. En cuanto la vio, Rubén pensó que aquella mujer no se le podía escapar. Se puso nervioso solo de pensar que la velada llegase tan lejos que incluso intimaran. ¿Qué le diría entonces sobre el tatuaje que llevaba en la espalda? Temía que no lo entendiera, que pensara que era un obseso, un psicópata y que todo se fuese al garete.

El lugar elegido era El Grito, un restaurante de pescado en el paseo marítimo de Aguadulce. Si a Martina le gustaba el pescado, el lugar le iba a encantar. Su dueño pescaba a diario y traía el botín a sus nietos, quienes lo regentaban. Por eso, el producto era fresquísimo. Rubén había avisado al encargado, Pepe, de la importancia de la cena. Por eso, la mesa estaba especialmente decorada para la ocasión con una orquídea, la flor preferida de Martina. Rubén se lo había oído decir un día mientras hablaba con alguien por teléfono. El chico también había pedido una botella de buen vino porque sabía que a ella le gustaba. A pesar de todos aquellos detalles, Martina parecía ausente. No estaba disfrutando. Las conversaciones que Rubén iniciaba le resultaban banales, vacías. Nada que ver con Héctor Coronado. Pero ella había decidido pasar página, lo había meditado bien, incluso se había convencido de que lo odiaba. De que era el culpable de todo. Quizá lo fuese en la mayor parte, pero era egoísta mirar solo para un único lado. Martina no reparó en hacer un

mínimo de autocrítica. Seguro que las cosas habrían acabado de otro modo. Aunque ella hubiera puesto aquel tabique para romper con todo, en lo más profundo de su ser quería estar con él. Sin embargo, no cayó en la cuenta de que la indiferencia que mostraba hacia el escritor podía ser fatal para ella y para su vida. En el otro lado de la mesa, Rubén no sabía qué hacer para levantar la cita, para darle la vuelta al partido. Se había terminado la botella él solito. A pesar de haberse arreglado más que nunca, vestido con pantalones de pinzas, camisa ajustada y americana, ella no lo veía. El menú estaba minuciosamente escogido: ensalada, milhojas de berenjena y ventresca de atún al estilo del chef. Ni con esas ella lo probaba. ¿Dónde estaba?

—Si estás aburrída, podemos irnos —preguntó él cruzando los dedos para que aquella noche durase para siempre.

—No, disculpa. No es por ti. Llevo unos días muy rara.

—¿Pero te encuentras bien?

—Sí, no te quiero aguar la fiesta. Vamos a disfrutar.

Rubén se desilusionaba por momentos. ¿Qué le faltaba para llegar a ser como Héctor? Físicamente estaba mejor que él, hacía deporte, se cuidaba, era más alto... ¿Qué ocurría entonces? Tenía que cambiar de plan. Pediría la cuenta y la llevaría a la zona del puerto para invitarla a una copa. «El partido no acaba hasta el pitido del árbitro, aún tengo tiempo», se repetía para intentar subirse la moral. Ni el tocino de cielo que pidió de postre consiguió despertar la atención de Martina. Justo cuando estaba pagando, sonó el móvil de ella, y cambió su cara. Rechazó la llamada, pero quien fuera volvió a insistir. Otra vez. Y otra. Rubén quería ver el nombre que aparecía en el teléfono, pero sin que se le notase. Antes de que fuera posible, ella lo guardó en el bolso y miró hacia la calle. Su cara cambió. Parecía como si hubiera visto al mismísimo diablo.

—Lo siento, Rubén, tengo que irme —dijo de forma casi desesperada.

Tenía la cara desencajada. Él intentó darle dos besos y, con los nervios, sus labios se rozaron. Notó su excitación y no tuvo más remedio que sentarse para que su cuerpo no le delatase. El alcohol que había consumido también ayudó, nunca había bebido tanto. Ella salió corriendo, como si persiguiese a alguien. Al cabo de unos pocos segundos, Rubén recuperó el aire, reaccionó. Se sentía ridículo, humillado. Salió al paseo marítimo, pero Martina ya no estaba. ¿Cómo iba a volver a casa si no tenía coche? La estuvo buscando desesperadamente.

Por eso hoy, casi una semana después, había decidido presentarse en su casa. Estaba preocupado. Y desatado, fuera de sí. A nadie parecía importarle la desaparición de Martina, y lo peor es que él no recordaba con claridad lo ocurrido después de la cena. Le venían fognazos en vez de recuerdos, y muchos de ellos asustaban. Aporreó la puerta, pero no se abría. «¿Dónde estás, Martina? ¿Por qué me has abandonado? ¿Qué tengo que hacer para que me quieras?». Rubén no era consciente en aquel momento de que sus plegarias, sus ruegos, jamás serían escuchados. No sabía que el deseo provoca que perdamos la cabeza, llevándonos a situaciones para las que no estamos preparados. No tenía nada que hacer con Martina, y le repugnaba que ella pudiera estar con otro hombre. El deseo es capaz de convencer a personas inocentes para que tomen decisiones equivocadas, o de empujar a alguien tranquilo a que reaccione con ira. Y es entonces cuando el deseo pasa a ser obsesión. Si eso ocurre, es mejor que alguien nos detenga, pues de lo contrario podemos cometer alguna imprudencia.

51.

LA CASA DONDE VIVÍA HÉCTOR Coronado era espectacular. Reyes aparcó en la puerta, bajó la ventanilla y observó. La inspectora tenía mucha curiosidad por conocer a Raquel Guerrero, y no solo por el caso. No podía negar que sentía cierta atracción por el escritor, había un filin especial que no alcanzaba a entender muy bien, pero existía, estaba claro. Quería saber más de él, sin olvidar que seguía siendo sospechoso, quizá el principal. Desde la distancia, casi agazapada dentro del coche, miraba la vivienda. No era demasiado grande, pero se notaba el buen gusto. ¿Qué secretos escondería en su interior? Había una gran cristalera en la parte de arriba, y la inspectora vio pasar la figura de una mujer. Era ella. Estaba limpiando. Aquello le extrañó. Con todo el dinero que había ganado con los libros y la televisión, ¿cómo es que no tenía personal para las tareas domésticas? En aquel momento, se abrió una ventana dejando salir la música. La canción que se oía era *Clocks* de Coldplay.

Las luces se apagan y yo no puedo ser salvado, mareas contra las que he tratado de nadar me tiraron abajo, sobre mis rodillas.

Oh, suplico, suplico y ruego cantando...

Maldije las oportunidades perdidas, ¿soy parte de la cura, o soy parte de la enfermedad?

Hogar, hogar, el lugar al que quiero ir.

De pronto, el sonido se detuvo y, pasados pocos minutos, Raquel Guerrero salió por la puerta a toda prisa. Llevaba el desayuno en la mano y mordía una manzana mientras se dirigía al que parecía su coche. Una vez dentro, arrancó sin iniciar la marcha, abrió su bolso y se maquilló mirándose en el retrovisor. Reyes la tenía al lado y comprobó que era preciosa. Portaba un maletín que indicaba que seguramente iría al trabajo. Demostraba que era una mujer especial, fuerte. ¿Qué habría ocurrido entre ellos para que Héctor tuviera una amante, o al menos un *affaire*? A no ser que Javier Cantón mintiese o estuviese equivocado. La inspectora también arrancó y la siguió a cierta distancia.

Raquel Guerrero se dirigía a su trabajo. Había pedido cambiar el turno para poder ir directamente a la presentación del libro de su pareja, que era en Almería. Así no tendría que dar dos viajes. Aún seguía dudando si aparecer o no, y quería aprovechar los diecinueve kilómetros que separaban su casa de los juzgados de Almería, para decidirse. O más bien para autoconvencerse. Tenía claro que iba a ir. Héctor tenía que verla, estar seguro de que, a pesar de llevar tanto tiempo distanciados y de que las últimas noches no hubiera dormido en casa, ella estaba ahí esperándole. ¿Existe mayor prueba de amor? Nunca había estado enamorada de otro hombre, y lo quería como nadie en este mundo. Odiaba su exposición pública, especialmente en prensa y redes sociales, pero ella se consolaba observando sus fotos. Todas de frente, nunca de perfil. Jamás miraba a otro lado, y eso le había traído tantos quebraderos de cabeza.

Él llevaba tres meses ido, ausente, como si fuera otra persona. En las últimas semanas, Raquel se llegó a plantear volver con él a México. Allí fueron muy felices. Sin duda, recorrer aquel país fue un punto de inflexión en sus vidas, aunque de distinta forma. Él estaba hundido y ella plétorica. Fueron veinte días intensos desde que llegaron a la Riviera Maya. Tulum, Palenque, Oaxaca, Mérida, Teotihuacán, la capital..., incluso el ritual en Izcalli que tanto pavor le produjo. Héctor salió como nuevo, parecía una persona distinta, pero ella terminó aterrorizada. La imagen de

aquellos hombres danzando alrededor de su novio, con las caras pintadas de negro y rojo, y aquella corona turquesa sobre la cabeza no se podía olvidar con facilidad. Chicas jóvenes vestidas con plumas amarillas, conchas para disimular sus pechos desnudos y asquerosas serpientes que les recorrían la espalda. Raquel Guerrero nunca había visto nada igual, ni deseaba volver a pasar por aquello. Presidiendo la ceremonia, un hombre estaba sentado en un altar, portando un báculo con la cabeza de un ciervo, mientras arrojaba al fuego todo tipo de lagartos, peces y codornices. Héctor le contó que antiguamente, cada cincuenta y dos años, los aztecas hacían sacrificios humanos, sacándoles previamente el corazón y encendiendo fuego en el hueco que les quedaba en su pecho. Era la llama sagrada. Raquel no soportaba la fascinación de Héctor por vivir experiencias nuevas, especialmente si le llevaban cerca de la oscuridad, del otro lado. Pasó auténtico miedo y ni siquiera recordaba el nombre del dios al que homenajeaban aquel día. «Chiuteculi o algo así —murmuraba mientras seguía su trayecto hacia el trabajo—, el señor del fuego». Durante la aventura, Héctor le confesó haber renacido, vio el camino de su vida, y precisamente a partir de ahí recuperó el éxito. Nada más llegar a Almería, la llamada para la Alerta Ovní y, posteriormente, la publicación de *El hombre del saco*. ¿Sería casualidad? ¿Era la fe? Raquel odiaba el libro, le hacía pensar en Martina. Ella tenía la culpa de todo. Si los espíritus existían, como aseguraba Héctor, ella era uno maligno.

Raquel siempre había sido una mujer elegante, con clase, y el fin de semana anterior a punto estuvo de perder los papeles. Faltó muy poquito para que fuese a buscar a Martina, pero se contuvo, y menos mal. ¿Acaso hay mejor terapia que expulsar todo lo que llevamos dentro, aquello que nos taladra el corazón? Raquel Guerrero tenía ganas de ir a por Martina Bautista, de decirle todo lo que pensaba e incluso de amenazarla. La odiaba con todas sus fuerzas, aunque no la iba a dejar ganar. Raquel había visto lo peor de Héctor, su lado más oscuro, esa cara que nadie, absolutamente nadie, conocía, pero aun así había decidido quedarse. Quizá Martina no podía decir lo mismo, y por eso él no había dado el paso de marcharse con ella. Era su oportunidad. Raquel Guerrero tenía un plan y lo iba a llevar a cabo. No tenía nada que perder. Ella mejor que nadie tenía la habilidad de ocultar sus verdaderos sentimientos, de esconder sus inseguridades. «Decidido. Iré, lo apoyaré y me lo traeré de regreso a casa».

A cierta distancia, pero sin perderla de vista, Reyes Martínez seguía a la novia de Héctor Coronado. Aprovechó que le pillaba de paso de camino a la editorial. Qué paradójico. «Parezco una loca, voy detrás de la pareja del hombre con el que voy a tener una cita, que además es el principal sospechoso de unos asesinatos», se dijo. Tampoco sabía muy bien por qué actuaba así, nunca lo había hecho. Ellas dos jamás habían hablado, pero coincidían en una máxima: a veces hay que llorar todas las lágrimas para hacer espacio a un corazón contento. De distinta forma y con diferentes armas, pero las dos querían estar cerca de Héctor Coronado. Una sabía que él era un mentiroso, pero había decidido perdonarle; la otra rezaba para que no lo fuese, pues por primera vez en mucho tiempo había depositado su confianza en un hombre, y no estaba preparada para otro fracaso. A veces el sufrimiento se convierte en una parte tan grande de tu vida, y asumes que siempre va a estar ahí, que no se irá. Sobre todo porque no recuerdas la última vez que no estuvo.

Lo mismo le ocurría a Héctor Coronado. Pero un día, sin esperarlo, sientes algo más, algo distinto, cuya primera impresión es mala, probablemente por el miedo que todos tenemos a lo desconocido. Solo es un primer paso para cambiar las cosas, para llegar a la felicidad. Una especie de promesa que puede traer una esperanza renovada. Sí, Reyes Martínez había decidido permitirse ser feliz, faltaba saber si Héctor Coronado también quería. Todos necesitamos un héroe

en nuestras vidas, alguien que nos coja en brazos y nos lleve volando hacia un lugar seguro, hasta nuestro refugio. La inspectora Reyes Martínez había decidido, de nuevo, salvar a alguien. Si su instinto la traicionaba, nunca más le haría caso. Lo necesitaba, no había más. Cuando había perdido toda esperanza de ser feliz, apareció él. Ella, acostumbrada a tener el control de todo lo que hacía, de no depender de nadie, estaba actuando como si fuera otra persona. Incluso en el trabajo. No había sido nada profesional. ¿A quién se le ocurre tener tanta parsimonia con Héctor Coronado? No interroga a su círculo, lo deja en libertad fácilmente, y lo peor de todo, se había saltado la primera regla de todo inspector: no confiar nunca en un sospechoso hasta que se demuestre su inocencia. El comisario se sentiría decepcionado si se enterase. La verdad es que, cuando añades los sentimientos a cualquier ecuación, esta termina por saltar por los aires, y Reyes Martínez iba a comprobarlo, muy a su pesar.

52.

SI HABÍA UNA PERSONA experta en negociar, esa era Martina Bautista. Había nacido para ello. Tenía una habilidad fuera de lo común, y esto es lo que la había llevado al éxito en lo profesional. No se le escapaba un solo proyecto, por muy difícil que resultase conseguirlo. Pero todo lo que le sobraba en ese ámbito lo echaba en falta en su vida privada. Cuando todas las editoriales del sector se peleaban por el nuevo libro de Héctor Coronado, ella lo logró con solo una reunión. Se marcó el objetivo, trazó su plan y ganó. Era dura como el acero, inflexible, además de estar bastante preparada en cuanto a estudios, idiomas y varios másteres. Su seriedad imponía en las reuniones del sector. «Ahí llega la mujer de hielo», comentaban por lo bajo. ¿Por qué entonces era tan sumisa en su vida personal? ¿Cómo es que alguien de su perfil había aguantado las aventuras y los maltratos de un hombre? Por Valeria. La niña era su punto débil, y Javier Cantón se aprovechaba de ello. Solo hacía falta una sutil amenaza de que haría lo posible para que no viese a su hija, en caso de divorcio, y Martina se achantaba. Se hacía diminuta.

Todo el carácter lo dejaba guardado para Héctor Coronado. Se enamoraron casi sin darse cuenta, se volvieron locos de pasión y se prometieron una vida juntos. Pero ella se precipitó. Su fama de fría y calculadora la precedía, y esta vez había dado un paso en falso, el de abandonar a su marido pensando que, inmediatamente, Héctor Coronado haría lo mismo con su novia. No le podía reprochar nada, pues jamás habían hablado de tiempos, simplemente vivían su amor como dos chiquillos en plena pubertad. La decisión de Martina provocó mucha presión en Héctor. Había quedado contra las cuerdas. Si actuaba con el mismo impulso que su amante, se podía equivocar. Él, una persona a la que le gustaba el control y que odiaba las sorpresas, no podía tirarse a la piscina así, sin más. Pasaban los días y Martina se desesperaba, especialmente cuando tenía disputas con Javier. Él estaba acostumbrado a ganar, a coger las cosas por la fuerza, y cuando quería fastidiar a Martina, se llevaba a la niña. Podían pasar varios días sin que ella la viera y, como Héctor estaba en casa con su novia, tampoco podía acudir a él aunque solo fuese para consolarse.

Fue entonces cuando Martina decidió negociar, como hacía con Valeria cuando esta no quería irse a la cama, prometiéndole que al día siguiente la dejaría probarse sus vestidos; o con su hermano, cuando le cortaba el césped del jardín a cambio de que ella le hiciera una de esas tartas de cerveza que tanto le gustaban. Acordó con Héctor que no hablarían del futuro. Estaba prohibido sacar el tema siempre y cuando hubiera una fecha real para que él se fuese de su hogar e iniciase una nueva vida con ella. Dicen que una negociación es exitosa cuando se consigue más de lo que se espera, y Martina lo había logrado: antes de que se publicase *El último baile de Adriana*. También dicen que una negociación está compensada cuando ninguna de las dos partes queda totalmente convencida de la objetividad del trato. Eso le ocurría a Héctor. Había conseguido posponer la fecha en varias ocasiones, incluso salvado varias bolas de partido, pero esta vez era la última.

El silencio es la mejor forma de decirle a otra persona que te hizo daño. Esa fue la actitud que Martina tomó cuando Héctor no se presentó en el castillo del rey aquella tarde de agosto. Ambos se sintieron traicionados. Ella porque su amado no apareció; y él porque, desde aquel momento, solo recibió indiferencia. Martina volvió a errar en la negociación, en este caso con ella misma. Quedaba claro que Héctor le había vuelto a fallar, por enésima vez, pero la estrategia que ideó no

fue la más certera, si es que su objetivo realmente era recuperarlo. Volvió a las redes sociales y aceptó, a diestro y siniestro, a todo hombre que le mandaba una petición de amistad. Lo hizo modificando un poco su nombre y apellido para que Héctor no se diese cuenta. También decidió apuntarse al gimnasio que regentaba su anterior novio, y en el que había un entrenador personal que le había tirado los tejos desde siempre. Y, por indicación de una de sus amigas, se metió en varios grupos de *whatsapp* de *singles*, donde se organizaban quedadas para conocer gente. Sabía cómo hacerle daño a Héctor. Él no paraba de escribirle mensajes, cada vez de forma más frecuente y obsesiva, pero ella mostraba templanza al no contestarle. «Respóndeme, por favor, veo que estás en línea», le suplicaba, pero Martina había aplicado la inflexibilidad que usaba para los negocios. Además, se ensañaba. Cambiaba la foto de la aplicación por una en la que se veían dos copas de vino, o un corazón... Y lo peor es que empezaba a sentirse cómoda con su particular estrategia. Cuando Héctor iba a la editorial a intentar hablar con ella, decidía meterse en el despacho con alguno de sus trabajadores, especialmente con su secretario. No fue consciente de que tal actitud afectó a su propio trabajo, llegando a descuidarlo. Atendió de malas formas a aquel hombre lleno de tatuajes que le solicitó una reunión para enseñarle un libro sobre las reliquias de Jesucristo. Ni siquiera lo recordaba bien, tan solo que iba acompañado de una chica que no se tomó bien la negativa de la editora. Tampoco hizo nada de caso a otro que la visitó, sin pedir cita, para mostrarle un trabajo sobre Los Millares. Ni a aquella señora que traía una novela romántica que parecía tener buena pinta. Martina Bautista estaba dejando de ser ella misma, había perdido su identidad por culpa de una negociación equivocada. Si se hubiera parado frente a un espejo, seguramente no se hubiera reconocido, y no precisamente por el cambio de *look* que también se había hecho.

La técnica de Martina tenía riesgos, estaba claro. El primero era que alguien se hiciese falsas esperanzas con ella, como sucedió con Rubén Salmerón; otro, que los rumores empezasen a correr como la pólvora. «La soltera de oro», le decían en uno de los restaurantes que frecuentaba con sus amigas; y el peor de todos era que Héctor Coronado se cansase y acabara retirándose. Si durante mucho tiempo decides caminar de puntillas por el borde de un precipicio, es posible que el precipicio decida caminar sobre ti. Como sucedió la noche del sábado. Ahí fue cuando Martina comprendió que se había equivocado, lo llevaba haciendo durante casi un año. Si había aguantado tanto, si había superado toda la desesperación que le provocaba no poder estar con Héctor, ¿por qué no había esperado un poco más? ¿Qué se le pasó por la cabeza cuando decidió transformarse en alguien que nada tenía que ver con ella? ¿A qué venía tirarlo todo por la borda a estas alturas? ¿O es que siempre había sido así y, por primera vez, había salido a relucir su verdadera naturaleza? Ya daba igual, Héctor se sentía humillado. Y aquella noche, en el paseo marítimo de Aguadulce, Martina lo comprobaría de la peor forma posible.

53.

SI LA CLAUSTROFOBIA es el pánico a estar en espacios cerrados, Reyes Martínez extrapolaba la suya al apartado profesional. Tenía miedo de no salir del espacio limitado en el que su caso se encontraba. Por eso había decidido, tras perseguir como una obsesa a Raquel Guerrero, presentarse en la editorial para intentar pillar por sorpresa a Leire Domínguez y a Pilar Hidalgo. Ambas le daban muy mala espina, y eso que no las conocía de nada. De nuevo, su instinto, ese que parecía estar perdido, intentaba darle un aviso. Un chico joven, muy sonriente, abrió la puerta de la oficina.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó.

—Soy la inspectora Reyes Martínez. Me gustaría hablar con Leire Domínguez y con Pilar Hidalgo —contestó con cierta rigidez.

—Pase, por favor. Siéntese un momento.

Era la segunda visita en poco tiempo que Reyes Martínez hacía a la editorial. La primera vez no reparó en demasiados detalles, pero le había dado tiempo a identificar a las dos sospechosas, especialmente a Leire, quien la despachó con excesiva rapidez aquel día. Ambas estaban sentadas muy cerca la una de la otra, y no levantaban la vista del ordenador. Tecleaban como si les fuera la vida en ello. Ni se miraban. La tensión se palpaba en el ambiente, y el aire casi cortaba. Sin saber por qué, mientras observaba a las dos mujeres con gestos tan serios, se le vino a la mente el cuadro *El juicio de Paris*, de Rubens. Años atrás, el comisario la había llevado al Museo del Prado, y allí pudo contemplar la obra. Hasta recordaba sus explicaciones: «Fue un encargo personal de Felipe IV al pintor barroco, para decorar el Palacio del Buen Retiro, pero no le hizo mucha gracia la primera vez, porque las diosas estaban demasiado desnudas. De hecho, en el siglo XVIII, Carlos III mandó que se quemara junto con otras obras que consideraba obscenas. Por suerte, se escaparon de la hoguera y esta terminó en el Museo del Prado». La inspectora, que desde que supo de la existencia de Martina no dejaba de intentar imaginarla, pensó en las tres mujeres como protagonistas del cuadro. A ella le gustaba más admirarlo desde la versión romana del mito: Minerva, la diosa de la sabiduría y la estrategia militar a un lado; Venus, la de la belleza, la fertilidad y el amor, en el centro, con Cupido a sus pies; y Juno, la reina de los dioses, protectora de los compromisos, infeliz y celosa, de espaldas, con una postura semejante a la de una serpiente.

—Hola, yo soy Pilar Hidalgo; si quiere hablamos en el despacho —había interrumpido la chica, con una voz muy dulce, los pensamientos de la inspectora.

Reyes se levantó y la siguió. Entraron en una habitación no muy amplia pero acogedora, con una mesa redonda. Había dos plantas muy altas, flanqueando las esquinas superiores, y las paredes estaban decoradas con fotos de cubiertas de libros.

—¿En qué puedo ayudarla? —inició Pilar el diálogo con aparente seguridad.

—Estamos investigando varios asesinatos. Supongo que ha visto la prensa estos días.

—Sí, sé lo de la chica de la Alcazaba y lo de ese periodista.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido ser el asesino o los asesinos? —Reyes no quería andarse con muchos rodeos.

—No. ¿Por qué debería saberlo?

—Es que es todo muy literario, y como usted trabaja en una editorial... —intentaba Reyes arrinconar a Pilar desde el principio.

—No tiene ningún sentido lo que dice. ¿Podría ir al grano? Esta tarde tenemos presentación y aún tengo cosas que preparar.

Pilar también sacó su carácter. Sabía lo que la inspectora quería y no se lo iba a dar.

—¿Qué me puede decir de Héctor Coronado?

—¿En qué aspecto?

—Si le cree capaz de matar a alguien.

—No. Rotundamente. Es de las mejores personas que he conocido. Por no decir la mejor.

—Está usted bastante segura.

—Me apostaría una mano y no la perdería.

—¿Y por qué hay mucha gente que habla mal de él? Unas cuantas personas están bastante cabreadas con Coronado.

Inconscientemente, Reyes quería saber más de la vida privada de Héctor que de su posible implicación en los asesinatos.

—Porque es alguien muy especial y muy pasional. Se ciega con determinadas personas, intenta darlo todo por ellas, y ya sabe usted que cuando a una persona le das un brazo y después intentas que solo se quede la mano... no todos lo llevan bien.

—¿Está hablando de desagradecidos?

—No exactamente, pero en parte sí. Héctor Coronado valora mucho la fidelidad, y se ha llevado muchos palos por ello. Tiene el gran defecto de idealizar a las personas antes de tiempo, y luego pasa lo que pasa. Además, está el deporte nacional.

—¿Cómo? —Reyes no entendía bien lo que Pilar quería decir.

—La envidia, el deporte nacional. Héctor tiene éxito, es buena persona, está triunfando, y eso no le gusta a todo el mundo. El ser humano piensa que si a alguien le va bien, es por suerte, o porque se lo han regalado. O que ellos mismos lo harían mejor. Somos así.

—¿Me está usted diciendo que Coronado tiene tantos enemigos por portarse bien con la gente?

—Sí. Hay personas que han estado a su lado y que por determinadas razones Héctor los apartó, y no lo superan. Quieren machacarle.

La seguridad que Pilar Hidalgo mostraba en las respuestas llegaba a intimidar a Reyes Martínez. No lo esperaba.

—Señora Hidalgo...

—Señorita, por favor.

La conversación se volvía cada vez más tensa. Reyes comprobó que, por alguna razón, Héctor era intocable para Pilar.

—¿Sabe usted dónde está su jefa?

Se hizo el silencio. La pregunta había pillado bastante desprevenida a la encargada de redes sociales de la editorial. No la esperaba.

—¿Ha entendido la pregunta? ¿O se la vuelvo a formular? —Reyes se ponía en plan gallito por momentos.

—La he entendido perfectamente. ¿Cree que ella tiene algo que ver con los crímenes?

—Limítese a contestar, por favor. Las preguntas las hago yo.

—Con todos los respetos, no veo a Martina matando a un periodista bastante corpulento, por no utilizar otro adjetivo, y sacándole las tripas después.

—En eso puede llevar razón, pero participar en los crímenes no tiene por qué ser matando. También puede ser el cadáver de la chica.

De nuevo Pilar dudó qué decir, y Reyes se dio cuenta. Dos mujeres con carácter y muchas tablas

frente a frente.

—¿Es Martina Bautista buena persona, señorita Hidalgo? — volvió a la carga la inspectora, seguramente porque quería conocer más a la chica que, según Javier Cantón, estaba liada con Héctor.

—¿Mi opinión es relevante?

—Me gustaría saberlo.

—Pues... no. No creo que fuese buena persona.

—Pilar, ¿me está hablando usted en pasado? ¿Le ha traicionado el subconsciente?

—Solo era una forma de expresarme. No busque donde no hay.

—¿Dónde debo buscar? ¿Tiene algún dato que aportar?

—No me gusta meterme en el trabajo de los demás, no soy detective. Creo que no puedo ayudarla.

—¿Cree que alguien podría querer acabar con la vida de Martina Bautista?

—No lo sé.

—Antes ha afirmado que no es buena persona. Le habrá hecho daño a alguien, ¿no?

—A mucha gente. Se ha metido donde no la llaman y, encima, se ha puesto a exigir. Todos tenemos un papel en la vida, y ella no ha sabido interpretar el suyo. Ha querido que los demás pasen por el aro, y todas las historias tienen dos puntos de vista.

—¿A qué se refiere?

—A que no se puede ser siempre el centro de atención, ni una *femme fatale*. Eso pasa factura tarde o temprano.

—Percibo cierto rencor en sus palabras.

—Solo disparidad de opiniones. Sé de lo que hablo. Y como son temas personales, lo siento, pero no voy a contestarle nada más en esa línea.

—¿Cuándo vio por última vez a Héctor Coronado? —Reyes quería preguntar por Martina Bautista, pero la mente le jugó una mala pasada.

—Anoche.

—¿Anoche? ¿Dónde?

—Durmió en mi casa.

Ahora la sorprendida era la inspectora. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Qué tipo de relación tienen?

—Nos apreciamos muchísimo los dos. Estamos el uno para el otro por encima de todo. Necesitaba un lugar donde pasar la noche, y yo le ofrecí mi casa. No hay más. Es lo que cualquier persona haría con alguien a quien quieres.

—¿Tienen una relación Héctor Coronado y Martina Bautista? —Reyes estaba tan descolocada que hacía preguntas poco profesionales.

—No.

Lo que menos le apetecía a Pilar es que alguien más se enterara del *affaire* de Héctor Coronado.

—¿Está segura?

—No duermo con ellos, pero...

—Se apostarí una mano a que no, sé lo que iba a decir. —La inspectora, de nuevo, buscaba provocar a Pilar—. ¿Tiene alguna idea de quién podría estar detrás de los crímenes? Le adelanto que creemos que es alguien relacionado con Héctor Coronado, o el propio escritor.

—Le vuelvo a decir que él no ha sido. ¿En quién pienso? Hay tantas personas que quieren hacerle daño que no sabría quedarme con alguien en concreto.

—¿Alguien de la editorial?

—Lo dudo.

—Dígame un nombre.

—Elisabet Clemente. O Javier Cantón. Ya le he dicho dos. ¿Sabe quiénes son?

—Perfectamente. Ambos le odian.

—Y ninguno tiene motivos objetivos para hacerlo.

La conversación estaba siendo tan acelerada que parecía un partido de tenis entre Nadal y Federer. No había tiempo ni de respirar.

—¿Dónde estuvo usted el lunes y el martes por la noche?

—En casa.

—No se ha pensado la respuesta.

—Es que todos los días prácticamente hago lo mismo.

—¿Estuvo sola?

—Sí.

—Supongo que nadie podrá corroborarlo.

—Supone usted bien.

—Una última pregunta, Pilar. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Martina Bautista o que habló con ella?

—El viernes.

—¿En persona?

—Sí, justo delante de la misma mesa en la que estamos ahora mismo.

—¿De qué hablaron?

—Temas personales.

—¿Discutieron?

—Eso forma parte de mi vida privada.

—Ya hemos acabado, puede retirarse. ¿Le importaría llamar a su compañera Leire?

—Sí que me importaría, así que prefiero que lo haga usted.

Mientras Pilar decía eso, Reyes clavó su mirada en ella. Por primera vez se fijaba en lo guapa que era. Tenía el pelo largo, castaño, una cintura de avispa y vestía con mucha clase. Llevaba un vestido granate muy ajustado. Pija sería la palabra. Todo de marca, perfectamente conjuntado y con unos tacones del mismo color que el vestido, que debían de ser difíciles de dominar. Reyes se levantó, se asomó a la redacción e hizo un gesto con la mano a Leire para que entrase en la habitación. Su forma de andar le llamó la atención, era *sexy*. Previamente se había levantado de la silla y se había bajado un poco la falda que llevaba. No era demasiado alta, pero su presencia tenía mucha fuerza. En aquel momento, Reyes volvió a recordar el cuadro del Museo del Prado y su historia.

Tres mujeres, Minerva, Venus y Juno. Las tres tan atractivas como diferentes entre sí, cada una con sus virtudes y sus defectos. Como Pilar, Leire y Martina. A esta última no la había visto físicamente, pero también debía de ser guapa. Seguro. ¿Alguna de ellas sería la manzana podrida? En todos los grupos hay una. «O la manzana de la discordia, eso es. Como en el *Juicio de Paris*», pensó. ¿Sería Héctor Coronado el Paris o el Alejandro del óleo? El joven que tenía que decir cuál de las tres diosas era la más bella. Tenía lugar la boda de Tetis y Peleo, y allí apareció Eris, la diosa de la discordia, que no había sido invitada a la celebración. Sacó una manzana de oro que tenía escrita la frase «para la más bella». Minerva, Venus y Juno se pelean por ella, por lo que Júpiter escoge como juez a Paris, el príncipe pastor de Troya. Las tres diosas intentan engatusar a

Paris ofreciéndoles dones y bienes distintos. La elegida fue Venus, quien al ser la diosa de la belleza y del amor, premió a Paris con el amor de la mujer más bella del mundo. Se llamaba Helena y estaba casada con el rey griego Menelao. Paris la raptó y aquel fue el detonante de la guerra de Troya, ya que su pueblo quiso rescatarla.

—Hola, ¿qué necesita de mí? —preguntó Leire con inocencia.

—Supongo que está al tanto de que se han cometido dos crímenes en estos días.

—Sí, un periodista y una chica.

—¿Tiene usted idea de quién puede estar detrás de esos asesinatos?

—¿Yo? ¿Por qué? Si no los conocía.

—¿Acaso sabe la identidad de la mujer asesinada como para contestar con tanta seguridad que no la conocía?

Leire se ruborizó. A veces le perdían sus impulsos. «Primero disparas y luego preguntas», le decía Héctor Coronado en más de una ocasión.

—Disculpe, no me he expresado bien.

—Ya veo que para dedicarse al mundo del libro, en esta empresa más de una no se expresa demasiado bien. —Leire no pilló la indirecta de la inspectora ni se dio por aludida—. ¿Qué puede decirme de Héctor Coronado? ¿Cree que puede estar detrás de alguno de los crímenes?

—No, ¿cómo va a estarlo? Si es una buena persona...

—No todo el mundo opina como usted.

—Lo conozco desde hace años, créame. Quedan pocos así. Es más, no creo que exista nadie como él.

—¿Ha tenido comportamientos violentos?

—Humm... —La aparente duda inquietó a la inspectora—. Es que Héctor es tan pasional con quien quiere que a veces se puede malinterpretar.

—¿En qué sentido?

—Que como alguien le caiga bien, o le llegue al corazón, es capaz de darlo todo por esa persona. Implicarse tanto con la gente puede dar lugar a que, desde fuera, se le trate de obsesivo, pero jamás desde el punto de vista de la violencia, sino de la protección.

—Habla de él con admiración.

—Es que tenemos una gran relación. Nos queremos mucho.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

—Hablo todos los días. Anoche me llamó y charlamos un rato, y esta mañana me he tomado un café con él. Hace una hora.

—¿Y de qué hablaron si se puede saber? —A Reyes la mosqueó que Héctor hubiera quedado con Leire.

—De la presentación de esta noche. Estaba un poco nervioso y hemos estado conversando desenfadadamente. Riendo de nuestras cosas.

—¿Vuestras cosas? ¿Cuáles son «vuestras cosas»?

—Ya le he dicho que nos queremos mucho.

—Se le llena la boca al hablar de él.

—Y seguro que me brillan los ojos. Pero no entiendo por qué me pregunta eso.

—¿Y qué puede decirme de Martina Bautista?

—¿De la jefa? Pues no sé... ¿a qué se refiere?

—Parece como si se la hubiese tragado la tierra. No damos con ella.

—¿Es que es sospechosa de algo, inspectora?

—Sinceramente, no sé si es sospechosa, si es la víctima o si no tiene nada que ver con todo esto, pero su nombre ha aparecido en todas las quinielas.

—Pues... —Leire comenzaba a ponerse nerviosa. Se levantó, bebió agua de la máquina que había en el despacho y la frente le empezaba a sudar.

—¿Va a decirme algo? —insistió la inspectora al ver el comportamiento extraño de Leire.

—Estuve con ella el sábado por la noche.

—¿Y qué hicieron?

—Salir de fiesta por los *pubs* del Puerto de Aguadulce.

—¿Hasta qué hora?

—Serían como las cuatro de la madrugada cuando nos fuimos.

—¿Había alguien más con ustedes?

—No, estuvimos solas. Nos encontramos con algunos conocidos, pero íbamos a nuestra bola. Después ella regresó en taxi.

—¿Y usted? ¿Vive cerca?

—Fui con mi propio coche.

—¿Y por qué no acercó a su jefa si usted disponía de vehículo?

A Leire Domínguez le traicionaba su juventud. No sabía disimular que ocultaba algo.

—No caí, soy muy despistada.

—¿Discutieron?

—No... Simplemente estábamos cansadas.

—Como le he contado, estamos investigando unos asesinatos, y el principal sospechoso es Héctor Coronado.

—Héctor no tiene nada que ver en esto —la cortó Leire rápidamente.

—Si no es él, tiene que ser alguien relacionado con sus libros o con su entorno. Hay demasiadas coincidencias. ¿Alguna idea?

—No me gusta acusar a nadie.

—Pero si tuviera que investigar a alguien...

—Bueno, empezaría por Martina.

—¿Qué razones tendría su jefa para cometer unos crímenes que incriminasen a Héctor Coronado?

—No lo sé, pero parecía muy cabreada con él. Se comportaba de forma muy rara.

—¿Se le ocurre alguien más?

—Muchos... quizá los raritos del programa de radio.

—¿Los de *El faro del fin del mundo*?

—Sí, esos. Creo que están obsesionados con Héctor y con sus libros. O la periodista.

—¿Elisabet Clemente?

—¿Esa quién es? —Leire parecía sincera por primera vez.

—Da igual, no se preocupe. ¿A qué periodista se refiere?

—A Eva León, la de *La Crónica*. Va a por Héctor.

—¿Y eso por qué?

—No tengo la menor idea, pero no hay más que fijarse en los reportajes que hace. ¿Vio la portada del periódico en la que acusaba a Héctor?

—Interesante... —Reyes se había quedado pensativa mientras miraba los grandes ojos de Leire—. Ha sido usted de gran ayuda.

—¿Dónde estuvo las noches del lunes y del martes?

Leire pareció quedarse muda. Su gesto cambió y se puso a temblar. No sabía disimular.

—Esas son las noches de los crímenes, ¿verdad? —preguntó.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he supuesto.

—¿Me dice dónde estuvo?

—Con Héctor.

—¿¡Cómo!?! —La inspectora tampoco sabía disimular. ¿Qué hacían ellos dos juntos? ¿Dos noches seguidas?

—Pues que estuvimos juntos.

—¿Eso qué significa?

—Que fuimos a cenar, tomamos algo y hablamos.

—No sabía yo que tuvieran una relación tan estrecha.

—Pues se lo dije antes, quizá no me escuchó.

—O no se explicó bien. Creo que es usted más lista de lo que parece.

—Seguro que no más que usted, inspectora. ¿Hemos acabado? Tengo mucho trabajo.

—Sí, claro. Por cierto, ¿puede indicarme dónde se sienta su jefa?

—En ese despacho —dijo señalando a la derecha—. ¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría verlo.

—No sé si puedo darle permiso. No me gustaría que Martina se enfadara conmigo.

—Solo echar un vistazo, y puede usted entrar conmigo.

Leire accedió. No era capaz de controlar su inocencia en algunas ocasiones. La inspectora observó mientras lo recorría lentamente y se agachó haciendo como que se ataba los cordones de las zapatillas que llevaba. Pero en un despiste cogió un vasito de plástico de la papelera. Seguramente fuera de Martina, con lo que saldría de dudas sobre si ella era el cadáver. El ADN no entendía de mentiras.

La inspectora se despidió de todos y, mientras bajaba las escaleras del edificio volvió al cuadro. Tres bellas mujeres peleándose por ser la primera. Por poseer la manzana. Y capaces de todo por conseguirlo. Carlos III mandó el cuadro a la Academia de San Fernando, condenándolo a una habitación donde nadie podía verlo. ¿También tendría ella que encarcelar a alguna de las tres? Todo se complicaba cada vez más. Estaba claro que todos mentían. Pero a Reyes Martínez se le había metido entre ceja y ceja llegar a la verdad. A ser posible aquel mismo día.

54.

LA PRIMERA VEZ QUE Héctor y Raquel oyeron la palabra Huntington, sabían que era algo malo. El médico lo dijo con total naturalidad, con esa calma que tienen los facultativos para informar de las cosas, rozando la frialdad.

—En la mayoría de casos, esta enfermedad es hereditaria.

—No es posible, si mis padres no la tienen... —Raquel no entendía nada.

—Es una enfermedad muy rara, a veces sigue otros procesos —comentaba el doctor—. Incluso entre hermanos, primos, parientes algo lejanos...

—No conociste a tus abuelos —aportó Héctor.

—¿Y qué voy a notar? —preguntó Raquel, totalmente asustada.

—Internamente, y de forma lenta, notarás alteraciones psiquiátricas y motoras; externamente, pueden aparecer muecas repentinas en la cara y movimientos exagerados de las extremidades, casi sin que los puedas controlar.

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—Intentar disfrutar al máximo de la vida. Pueden ser unos quince años, quizá menos, pero existen casos en los que se acelera. Tu memoria irá disminuyendo, así como tu capacidad de concentración. Te pondré un tratamiento para controlar los síntomas.

—¿Hay algún ensayo experimental al que pueda someterse? —Héctor se resistía a tirar la toalla.

—Existen algunos..., pero están en sus primeras fases.

—Llegaremos —dijo mientras le agarraba la mano con fuerza.

En el mundo existen cosas que dan mucho miedo, pero pocas como esas tres palabras: no tiene cura. El diagnóstico fue justo al volver del viaje a México. Efectivamente, aquella aventura cambiaría las vidas de ambos. Héctor se obsesionó con la enfermedad de Raquel y pasó muchas semanas investigando en internet, hablando con contactos, y terminó convencido de que se curaría. Ella era más racional. Lo aceptó desde el primer día y se lo tomó con filosofía. Si conseguía vivir veinte años, podría perfectamente superar los cincuenta. Tampoco estaba mal, si quería consolarse.

—Ganaremos a ese bicho, Raquel. Confía en mí.

En aquella época, el escritor era muy optimista, especialmente después de pasar por el «ritual» mexicano.

—Te pido que no hablemos más del tema. Ambos sabemos lo que hay.

—He estado documentándome —él hacía caso omiso de las palabras de su novia—, y ya en la Edad Media se conocía esta enfermedad. De hecho, la bautizaron como «el baile de San Vito», por los espasmos que produce. Se relacionó con este santo por...

—¿En serio me vas a contar otra de tus historietas? A veces pienso que sigues siendo un niño. ¡Tú no salgas de tu mundo! —había estallado Raquel.

—Tranquila, por favor.

—¿Que me tranquilice? ¿Sabes lo que te digo? Que yo también me he documentado. En España hubo un caso, el del cantante Ignacio Gasca, de la banda Derribos Arias. —A Héctor se le saltaron las lágrimas mientras la escuchaba—. ¿Y sabes a qué edad falleció? ¿Lo sabes, Héctor? ¡A los cuarenta y dos!

—Déjalo, por favor —él no paraba de llorar.

—¡Y a ti, que tanto te gustan las series...! ¿Recuerdas *House*? ¿La doctora Hadley, la que el protagonista llamaba «Trece»? ¡Pues también tenía esta puta enfermedad! Así que no me vengas con tus relatitos. ¿Te cuento yo un cuento? ¿Te lo cuento?

—Lo siento.

—Te lo voy a contar. Yo moriré pronto, muy pronto, y tú reharás tu vida. Solo piensas en acumular, en volver a ser famoso, en todo eso... Y yo en disfrutar contigo lo poco que me queda. Ese cuento, Héctor, no tendrá final feliz.

Fue aquel día cuando ambos se prometieron no hablar más de ello. Él lo cumplió, aunque no se le quitaba de la cabeza; ella también, pero ni un solo día dejó de dolerle que él fuese tan optimista. Estaba convencido de que se iba a curar. Lo oía hablar con médicos, veía en su correo electrónico cómo enviaba la historia clínica a otros especialistas, y leía muchos artículos sobre el tema. Para Raquel, Héctor era un iluso, un confiado, y por eso todo el mundo terminaba engañándolo. Y traicionándolo.

55.

TODO EL MUNDO tiene algún don, talento o habilidad, aunque sean minúsculos. Y muchas personas los usan para tratar de conseguir un mundo mejor. Precisamente eso es lo que los convierte en héroes. Como Ramón Malvido. Había pasado su vida ayudando a los demás, mirando por ellos antes que por él mismo. Por eso había llegado a ser comisario en tan poco tiempo, y gracias a su condición se había mantenido en el puesto hasta el final de su carrera. Jamás daba un caso por perdido. Hasta que apareció el asesino de los barrancos. Sin embargo, tanto tiempo después, con la esperanza hundida en el más profundo de los océanos, otra persona vino a salvarlo. A veces, los héroes necesitan héroes que los ayuden, porque solo ellos entienden lo terrible que resulta ser un héroe y no poder salvar a la gente. A aquellas pobres chicas que, tras ser asesinadas, fueron despeñadas por los barrancos de Almería. Sí, Reyes Martínez también era un héroe, o una heroína, y había aparecido cuando menos lo esperaba. Ahora tocaba rematar. Ramón Malvido tenía claro que iba a obtener toda la información posible de manos de Carlos Alonso. Alma le había comentado las contradicciones en cuanto a lo de la Alcazaba, así como lo raro y cansado que parecía. ¿De tal palo, tal astilla? El comisario no se andaba con rodeos, y por eso no dudó en encargarse personalmente del locutor de radio. Si escondía algo, él se lo iba a sacar.

—Siéntese, señor Alonso —empezó don Malvido la conversación de forma contundente.

—No se preocupe, estoy bien.

Carlos Alonso estaba preocupado. No entendía por qué le volvían a citar en comisaría. Ayer habló con aquella policía jovencita, y el día anterior con la inspectora. ¿Qué estaba pasando? Además, tenía que terminar de ultimar lo de esta noche. Y, por si fuera poco, Atenea estaba rarísima con él.

—Le he pedido que se siente —insistió.

—Vale, pero no entiendo tanta hostilidad. Es la tercera vez que vengo, colaboré con lo de los símbolos religiosos, ¿a qué viene esto?

—No se haga el tonto, por favor, que ya es usted mayorcito.

—Con todos los respetos, no sé de qué me habla.

—¿Ha oído hablar del asesino de los barrancos, señor Alonso?

Carlos dudó. La pregunta le cogió por sorpresa. Por supuesto que sabía quién era, pero no entendía qué tenía que ver él con todo eso.

—¿Está usted sordo? —el comisario no se andaba con chiquitas.

—Sí. O sea, no. No estoy sordo y sí que sé quién es el asesino de los barrancos.

—¿Es? ¿Sigue vivo?

—Yo qué voy a saber.

—Como lo ha afirmado con tanta naturalidad.

—Señor comisario, era simplemente una forma de hablar. Ahora estoy usando el verbo en pasado, por ejemplo, y estamos aquí.

—¿Se cree usted muy listo, Alonso?

—Depende de con quién me compare.

El director del programa de radio se estaba impacientando. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, pero tenía claro que no se iba a achantar por mucho comisario que tuviera enfrente.

—¿Dónde está su padre?

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto?! —gritó Carlos. La mínima mención a aquel hombre le sacaba de quicio.

—Ya tardaba en sacar su verdadero yo, pero aquí lo tenemos. —El comisario seguía intentando desafiar a Carlos—. ¡Conteste de una vez, no tengo todo el día! ¡No pretenderá que se me enfríe el solomillo de ternera que me espera en casa!

—Mi padre está muerto.

Ahora fue Ramón Malvido el que se quedó fuera de juego. No esperaba tal respuesta. Llevaba mucho tiempo aguardando el momento de capturarlo, creía firmemente que aquel día, tarde o temprano, llegaría. No tenía razón aparente, pero jamás se había planteado la opción de que hubiese fallecido. En su cabeza había construido la teoría de que era un hombre de en torno a los cuarenta y cinco años, y hablamos de principios de los noventa, por lo que había imaginado a alguien cerca de los setenta.

—¿Por qué me pregunta por mi padre?

—¿No se lo imagina? ¿En serio? —contestó el comisario a la vez que golpeaba con fuerza la mesa. Estaba perdiendo las formas.

—No, y me está usted incomodando. ¿Por qué intenta intimidarme?

—Señor Alonso, su padre era el asesino de los barrancos.

—¿Está de broma?

—¿En serio cree que voy a bromear con un tema así?

En aquel momento, Carlos Alonso se desmoronó. Se levantó, se echó las manos a la cara y lloró a moco tendido. Ramón Malvido pocas veces había visto a un hombre de tal tamaño, pues podría rozar el metro noventa, lagrimar de una forma tan desconsolada. Sus grandes brazos, llenos de tatuajes, tapaban su rostro. Aquella imagen hizo que el comisario se conmoviese por primera vez en la conversación. Parecía real.

—Cálmese, ¿quiere que le traiga una infusión?

—No, no. Quiero que me explique...

—¿Qué quiere que le cuente? Me acaba de decir que conoce el caso del asesino de los barrancos.

—Sí, pero ¿cómo sabe que es mi padre?

—El ADN no miente.

—¿Por eso tuvo la inspectora tanto interés en que les dejase una muestra? ¿Pero cómo lo sospechaba? No entiendo.

—No lo sospechaba. Intentaba comprobar si existía alguna relación entre usted y el crimen de la Alcazaba.

—Ya..., la chica.

—¿La conoce?

—No.

—Pues agárrese los machos con lo que le voy a decir.

—¿A qué se refiere...?

—Es su hermana.

—¿Cómo?

—Hermanastra, más bien. Comparten padre.

Carlos Alonso había parado de llorar. Estaba paralizado, en estado de *shock*. Demasiada información.

—No se preocupe, si quiere descansar un poco dejamos la conversación para esta tarde.

Entiendo que estará descolocado si realmente no era consciente de esto.

—Le juro que no sabía nada.

—No sé si me arrepentiré de decirle esto, pero le creo. He visto muchas reacciones a lo largo de mi carrera, y modestamente pienso que sé identificar a un mentiroso. Usted no lo es.

—¿Y qué se sabe de la chica? ¿Quién la ha matado y por qué?

—No puedo decirle nada, la investigación está abierta. Por favor, cuénteme todo lo que sepa sobre su padre. Es un caso que me ha atormentado toda la vida, una espina clavada que no me ha dejado descansar ni un solo día.

—Señor comisario, sé muy poca cosa. Mi madre no quería hablarme de él, ya que la dejó tirada cuando se enteró de que estaba embarazada de mí. Solo pude sonsacarle que era comercial, y más tarde camionero. Y un mujeriego.

—Eso último parece claro, pero ¿por qué está seguro de que ha muerto?

—Un día mi madre recibió una llamada de teléfono. Se quedó blanca. No sé quién era, pero aquella persona le dijo que mi padre había fallecido en una pelea en un bar. Le habían dado un navajazo en Perpiñán, mientras viajaba con su camión.

—¿Cien por cien confirmado?

—Sí, mi madre me enseñó su esquila en un periódico. Al parecer vivía en Valencia.

—Mejor.

—Sin duda. Alguien tan malo no es bueno para el mundo. Mi madre me pidió que jamás lo buscara, y está claro que tenía toda la razón.

—Ni se lo imagina. Es el criminal más peligroso al que me he enfrentado.

El comisario parecía haber cogido confianza con Carlos Alonso.

—No me encuentro muy bien, ¿necesita algo más de mí? Quiero dormir un poco, que esta noche tengo un compromiso.

—Sé el compromiso que tiene, y nos veremos allí. Puede irse. Ah, una última cosa...

—Sí —contestó Carlos Alonso ya fuera del despacho del comisario.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—Moisés Cazorla. Yo tomé el apellido de mi madre, lo preferí.

—Moisés Cazorla... —repitió en voz baja don Malvido—. ¡Qué hijo de la gran puta!

También tuvo que sentarse, había intentado aguantar las emociones, pero tampoco era de piedra. Por fin podía decir que el caso estaba cerrado. Se jubilaría con todos los honores y con la conciencia tranquila. Solo le faltaba una cosa, un cabo suelto por arreglar, pero iba a intentar que su solución no pasara de aquel mismo día.

56.

EL SER HUMANO se siente atraído por lo misterioso. Da igual que sea por puro morbo, pero es cierto que las cosas ocultas son las que más llaman nuestra atención. ¿Tabú? ¿Interés por lo prohibido? No importa, la realidad es inevitable. Había algo en Héctor Coronado que había despertado toda la atención de la inspectora Reyes Martínez, y no solo desde el punto de vista policial. ¿Qué escondía aquel hombre? Tenía todas las papeletas de ser el asesino, al parecer era infiel, y por si fuera poco le caía mal a mucha gente. Aun así, la inspectora estaba plantada en la puerta del Bacus esperando que dieran las dos en punto para no parecer impaciente. «¿Qué coño estás haciendo, Reyes Martínez?», se preguntaba. No importa cómo lo planeemos, tampoco cómo lo imaginemos. Por sorpresa, la vida es tan maravillosa que tiene la manera de encontrar lo que necesitas, incluso a quién necesitas, sin que ni siquiera sepas que lo estás buscando. Alma, su compañera, era una defensora a capa y espada de la ley de la atracción. ¡Cuántas veces habían hablado de ello! «Si proyectas en tu mente algo que deseas, vendrá a ti», le dijo justo antes de mostrarle uno de los cuentos más famosos de Osho, *El árbol de los deseos*. Trataba de un hombre que se perdió en un jardín encantado. Como estaba cansado, se recostó contra un árbol y se durmió. Al despertar, solo podía pensar en que tenía mucha hambre, y en ese momento apareció junto a él un sinfín de manjares. Tras comer, le entró mucha sed y lo dijo en voz alta. Como por arte de magia, a su alrededor había varias jarras llenas de vino. Aquello le pareció extraño y sintió miedo. Dudó entre si estaba soñando o si era obra de terribles espíritus. Sin tiempo a reaccionar, varios fantasmas lo rodearon. El hombre, aterrado, gritó que lo iban a matar, y fue entonces cuando aquellos espectros lo asesinaron. La moraleja estaba clara: atraemos todo lo que deseamos, tanto lo bueno como lo malo. Y Reyes Martínez deseaba volver a hablar con Héctor Coronado, sin pensar en las consecuencias ni en la imprudencia profesional que quizá estaba cometiendo.

Antes de armarse de valor para abrir la puerta del restaurante, la inspectora se limpió el sudor de la frente. Estaba nerviosa y su cuerpo la traicionaba. Suspiró, contó hasta diez y entró. Apenas había gente, y un hombre muy simpático, que debía de ser el *maître*, se acercó y le dijo que la acompañase, como si supiera con quién había quedado. A pesar del corto trayecto desde la entrada hasta la mesa del fondo, a Reyes le dio tiempo a observar el lugar. Tenía muchísimo estilo: mesas altas combinadas con bajas, paredes pintadas de negro en las que se podían leer marcas de vinos, y una música al volumen adecuado. Sonaba Avril Lavigne, *My happy ending*.

Es la historia más difícil que he contado jamás...

Es así como me dejaste, no estoy fingiendo.

Sin esperanza, sin amor, sin gloria, sin final feliz.

Es así como amamos, como si fuera para siempre.

Entonces vivimos el resto de nuestra vida, pero no juntos...

—¿Te puedo dar dos besos? Me alegro mucho de verte.

Las palabras de Héctor sonaron extrañas.

—No sé si procede. —Ella lo estaba deseando, pero se hacía la interesante, o al menos lo intentaba.

—Bueno, inspectora, no te lo voy a suplicar. Agradezco mucho que hayas aceptado comer conmigo —dijo mientras le retiraba el asiento para que se acomodase. Si Coronado tenía algo,

eran modales.

—Me tienes intrigada. No olvides que sigues siendo sospechoso, Héctor.

—Sí, pero me diste una pequeña tregua, y es mi forma de agradecértelo.

—¿Con un almuerzo? Hasta en el Monopoly cuesta mucho más la carta de quedar libre de la cárcel.

—Ya veo que te gustan los juegucitos y que vienes con el hacha levantada, pero te pido que hoy la entierres. Disfruta, por favor.

—¿Celebramos algo?

—Más o menos. Hoy el círculo se cierra y nada volverá a ser como antes.

—¿A qué te refieres? ¿Es por la presentación de tu libro?

—Por ejemplo. Aunque voy más allá.

—¿Celebras un año de éxito? No tengas tanta prisa, aún no hemos detenido al asesino o asesinos, y tú eres uno de los candidatos.

—La verdad es que este año he conseguido todo lo que quería, y eso es motivo de festejo, pero también he perdido mucho más.

—¿Qué has perdido?

—Todo.

—¿Cómo puedes decir eso horas antes de la presentación de tu libro? Deberías estar entusiasmado.

—Vamos a pedir, por favor. ¡Sergio, tómanos nota! —dijo alzando la mano en gesto de llamar al *maître*.

—¿Puedo sugerirles algo? —preguntó cortésmente.

—No te preocupes, sabemos lo que queremos —afirmó con seguridad Héctor.

—No esperaba menos.

A Reyes le gustaban las personas que tomaban la iniciativa, y ya empezaba a acostumbrarse a la forma de actuar de Héctor.

—Queremos dos tostas de anguila, dos rollitos vietnamitas y un tartar de atún para compartir.

—Excelente. ¡Marchando! ¿De beber?

—Eso no se pregunta: dos copitas de cerveza, por favor.

—Prefiero asegurarme, Héctor —respondió el gentil camarero mientras colocaba dos pequeños manteles en el lugar de los comensales.

—Héctor, me gustaría hacerte unas preguntas —volvió Reyes a la carga.

—¿No podemos dejarlo por un rato? Te prometo que no vas a comer igual en tu vida. El tartar es casi como un orgasmo. Tú que eres religiosa, piensa que estás en la Última Cena.

—¿Te estás comparando con Jesucristo?

—¡Para nada, mujer! Aunque comparto parte de su forma de ser. «El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama».

—Lucas 11,23.

—Impresionante, inspectora. Sobre todo viniendo de alguien con sus raíces.

—No importa de dónde vengamos, sino adónde vamos. Aunque lo de última cena no me ha gustado. ¿Es que no me vas a volver a invitar?

—¿Sabes qué fue lo último que comió Elvis Presley antes de morir?

A Héctor le encantaba contestar una pregunta con otra.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió ella, totalmente descolocada.

—A las cinco de la tarde del 15 de agosto de 1977, Elvis pidió a su cocinera que le preparase

dos sándwiches de mantequilla de cacahuete aderezados con rodajas de plátano. Se los zampó y se echó a dormir. Casi a las doce de la noche se despertó y le pidió un plato de espaguetis con albóndigas para cenar, tomándose de postre varias galletas, helado de vainilla y chocolate. Tras el festín, volvió a la cama. A la mañana siguiente, lo encontraron muerto en el cuarto de baño.

—¿Por qué me cuentas todo eso?

—Porque quiero que te centres en la comida y que disfrutes. No sabemos cuándo llegará nuestro último día. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo Héctor mientras retiraba los brazos de la mesa para que el camarero pusiera el primer plato.

—Solo si después me dejas hacer a mí otra.

—Acepto el reto. Allá, voy. ¿Cuál es tu verdadero nombre, inspectora?

A Reyes le sorprendió mucho la pregunta. Hasta entonces, nadie se la había hecho.

—Vamos, Reyes, sé perfectamente que te lo cambiaste — insistía el escritor.

—Amira. Soy Amira Madjer. En cuanto cumplí la mayoría de edad, decidí ponerme el apellido de mi madre y otro nombre.

—Amira... —murmuraba el escritor—. Te pega.

—¿Cómo que me pega?

—Significa líder, soberana. Como anillo al dedo, vamos. —Y, tras decirlo, el escritor esbozó una sonrisa.

—Ahora me toca a mí —Reyes quería envalentonarse desde el principio.

—No puedo negarme, es lo justo.

—¿Dónde está Martina Bautista?

Héctor se sorprendió. No esperaba oír aquel nombre en boca de la inspectora. Fue tal la impresión que dejó de comer, se echó para atrás en la silla y cruzó los brazos en señal de defensa. Reyes leyó sus movimientos perfectamente y supo que había dado con su punto débil.

—No... No lo sé.

—¿Te ha molestado la pregunta? La cara te ha cambiado. Parece que has visto un fantasma.

—Más que un fantasma, he visto oscuridad, y hoy quería luz. Me gustaría tener un día feliz.

—¿Me estás diciendo que la oscuridad responde al nombre de Martina?

—No exactamente.

A Héctor le costaba hablar, y eso era inusual en él. Por primera vez, Reyes lo notaba indefenso. Estaba especialmente apuesto con el traje oscuro que llevaba. Debajo del mismo se apreciaba una camisa totalmente blanca y una corbata de color rojo oscuro que parecía apretarle de más el cuello, pero en aquel momento parecía un cachorrito abandonado.

—¿Entonces? —Reyes tenía que aprovechar aquel momento de debilidad.

—Martina es crueldad, odio..., y eso me ha llevado a la oscuridad, las sombras me han tragado.

—Héctor, no te entiendo. ¿Todo eso está en tu interior?

—Me horroriza confesar que la oscuridad me encontró. No sé cómo se coló en mi vida, o quizá fui yo quien la buscó sin saber que existía. Me perdí.

—Creo que, si te perdiste en la oscuridad, aún estás a tiempo de salir. Es el momento.

—Es muy tarde. Ya me ha engullido, y tengo miedo.

—Héctor —sin darse cuenta, Reyes había puesto su mano sobre la suya—, tú no tienes miedo a la oscuridad. Tienes miedo a estar solo en ella. Y no lo estás.

El escritor estaba desguarnecido, a merced de la inspectora. Era el momento de que confesase cualquier cosa que tuviera escondida.

—¿Qué te ha pasado, Héctor? Puedes contármelo. ¿Qué ha ocurrido con Martina? ¿La has

matado?

Los ojos de Héctor cambiaron radicalmente. Se abrieron más de la cuenta y parecían brillar. Observaba de arriba abajo a la inspectora. Su pelo suelto y rizado, un vestido demasiado colorido que parecía haber sido comprado para la ocasión, y por supuesto unas zapatillas deportivas. Necesitaba estar cómoda por si tenía que perseguir a alguien. Seguramente llevaría una pistola dentro del bolso que había dejado en la silla de al lado, pero sin quitarle ojo.

—Reyes, soy joven, pero he vivido mucho, seguramente demasiado.

—¿Qué estás diciendo?

—Echo la vista atrás y veo mis sueños, las esperanzas que tenía. Planeé mi vida desde el primer momento. Si las cosas hubieran pasado tal y como las tenía en mi mente, hubiera tenido una vida de éxito, así que soy un fracasado.

—Dices tonterías —interrumpió ella—. Eres uno de los escritores más famosos del país, tienes salud, amor, dinero... Es normal que pienses que algunas cosas no te han salido bien. Todos somos inconformistas en mayor o menor medida. Tienes que aprender a mirar hacia delante, a dejar que el pasado se marche.

—Precisamente eso es lo que he hecho con Martina. Pero no se va. Me persigue y me atormenta.

—Tarde o temprano se irá, si es lo que quieres, aunque quizá debas limpiar tu conciencia. Si crees que has hecho algo malo o tienes una cuenta pendiente, no se marchará. —Reyes no sabía lo que estaba diciendo realmente, pero algo dentro de ella le decía que, si aconsejaba a Héctor, quizá diera con la clave para resolver el caso. Todo giraba en torno a él—. No todos los días sale el sol.

—Los míos son completamente oscuros.

—Pues es precisamente ahí cuando puedes ver las estrellas, en plena oscuridad. Y seguro que encuentras una que te guíe hasta sacarte de ella.

—Estoy muy asustado.

—¿De qué? ¿De caer? Las mejores recompensas de la vida vienen cuando te levantas después de superar un bache. El camino es muy largo, Héctor, no puedes salirte de él. No puedes dejar el viaje, ya que, aunque no lo queramos, es quien nos llevará hasta nuestro destino, y ni tú ni yo sabemos lo que nos espera al final.

—Tienes madera de escritora, deberías proponértelo.

Héctor pronunció aquellas palabras mientras se secaba una lágrima. Estaba emocionado.

—Si algún día me animo, te haré personaje de mi novela. Eres todo un enigma.

—¿Te gustan los magos, Reyes? —Héctor no dejaba de usar su técnica para desviar las conversaciones.

—No me gusta la gente que utiliza trucos para engañar a los demás. El único mago que tiene mi simpatía es el de Oz.

La inspectora pensaba que, con esa broma, Héctor sonreiría y seguiría sintiéndose cómodo con ella.

—Me encanta ese libro.

—Y a mí —contestó ella mientras saboreaba el delicioso rollito que le acaban de traer—. ¿Cuál es tu personaje preferido de esa historia?

—El leñador de hojalata.

—No me lo esperaba. ¿Acaso estás buscando un corazón?

—Sí, pero no uno cualquiera: el de ella.

—¿El de Martina?

Héctor calló y dejó de comer. Se levantó y fue al baño. La conversación le había evadido de tal forma que había olvidado ponerse la insulina y se estaba empezando a encontrar mal. Mientras, Reyes Martínez aprovechó para ordenar sus ideas. Estaba claro que algo había pasado con aquella mujer. Más o menos, Héctor había confesado que eran amantes, y hacía días que no se sabía nada de su paradero. La conversación tenía que volver a la senda de la investigación. Todavía quedaba mucha tela que cortar. Y lo peor es que, a la vez, deseaba pasar tiempo con él. Parecía abrirse con ella y le encantaba lo que veía. También la asustaba. No quería pecar de prepotencia, pero Reyes Martínez pensaba que nunca había estado con alguien tan inteligente como Héctor, de su misma altura. Ni siquiera Fernando. Él era todo fachada, palabras vacías perfectamente seleccionadas para engatusar. Héctor era distinto, parecía un juguete roto a punto de dejar de funcionar.

—Ya estoy aquí, perdona —dijo el escritor posando una mano en su hombro. Reyes sintió un escalofrío, el de la incertidumbre.

—Héctor, ¿de qué te arrepientes? ¿Has hecho algo malo? Cuéntamelo, por favor.

—¿Y si lo usas en mi contra?

—Si es algo delictivo, tendré que actuar. Con lo poco que me conoces ya deberías saberlo.

—Lo sé, no confías en mí. Sin embargo, intentas acercarte cada vez más.

—¿Por qué dices eso?

—Sé que esta mañana has estado en mi casa. Le he dado vueltas, y creo que el motivo es que querías comprobar que mi novia estaba viva. Sospechas de mí.

—¿Cómo lo sabes? —Reyes estaba muy sorprendida.

—Raquel me llamó para contarme que había un coche parado frente a la casa desde hacía rato. Después me dijo que, cuando se montó en el suyo para dirigirse al trabajo, una mujer la seguía. Supe que eras tú cuando me describió el vehículo.

—Tengo que reconocer que me has pillado. Pensaba que tú y Raquel no estabais juntos.

—Es complicado. Nos queremos muchísimo y siempre estaremos unidos. Es la mujer de mi vida.

—¿Entonces?

—¿Qué?

—¿Dónde queda Martina?

Héctor se volvió a quedar en silencio. Ya habían traído el tartar de atún y lo masticaba muy lentamente. Como si fuese el último plato del mundo. Parecía querer parar el tiempo.

—Mi único error fue perder el control. Dejarme arrastrar —contestó mientras se limpiaba la boca con la servilleta.

—Aún estás a tiempo de arreglarlo, seguro.

Reyes lo escuchaba con mucha atención. Ya no disimulaba su interés.

—Es muy tarde. Lo he hecho todo mal.

—¿Quién eres, Héctor? Mírame a los ojos y dímelo.

La inspectora actuó como Héctor en el interrogatorio de la comisaría. Se acercó tanto que estaban a escasos centímetros de que sus caras se tocasen. Él seguía sin contestar, pero mirándola fijamente.

—No sé si soy el que ha vendido su alma al diablo o el propio diablo.

—No menciones a Satanás en esta conversación, Héctor. No pinta nada. Eres tú, y solo Dios lo sabe.

—¿Dios? Venga ya, Reyes.

—¿Por qué no confías en él?

—Porque él nunca ha confiado en mí.

—Héctor, todas las personas de este mundo, en algún momento, hemos tenido un problema con nuestros sentimientos. Nuestro corazón se hace tan pequeño que parece imposible que pueda aguantar todo lo que guardamos en él. Creemos que somos los únicos, pero no. Estás triste, distinto, pero yo te he visto sonreír. Sé que eso es mágico, no tiene nada que ver con las emociones. Déjame ayudarte.

—Ya no puedes salvarme, es tarde. Ojalá te hubiera conocido antes.

Dejaron de hablar, permitieron que la música invadiese sus oídos. Sonaba *Sway*, de Bic Runga, en el restaurante Bacus. «*No te pierdas, nunca te vayas... Algunas veces, cuando tú y yo chocamos, caigo en un océano de ti. Sácame a tiempo. No dejes que me ahogue... Mi cabeza está luchando con mi corazón... Di que te quedarás, no vengas y te vayas*».

—Disculpen, ¿puedo ofrecerles una tarta de queso? Invita la casa. —Sergio, el camarero, había estado esperando unos segundos, pero la pareja no percibió su presencia, por lo que no tuvo más remedio que interrumpir.

—Sí, con dos cucharas, por favor —respondió el escritor.

¿Existe algo más ilógico que una inspectora de policía y un sospechoso de asesinato estén compartiendo una tarta de queso en un lujoso restaurante? De nuevo, se ponía de manifiesto que cuando dos personas conectan y brotan los sentimientos, no existe barrera que aguante la embestida. A veces, tenemos tan cerca lo que buscamos que no lo vemos.

—¿Vendrás a la presentación del libro? Me gustaría.

—Estaré, pero por trabajo. Creo que por allí aparecerá el asesino.

—¿Por qué piensas eso?

—Intuición.

—¿Femenina o profesional?

—Ambas cosas. Me gustaría que me hablaras de Martina.

—No me apetece.

—¿Tanto daño te ha hecho?

—Los dos nos hemos hecho mucho daño.

—¿Qué falló?

—Al principio mis miedos y, cuando se fueron, había decidido no esperarme. Pero de verdad, no quiero hablar de ella. —Héctor se estaba poniendo cada vez más serio.

—Lo respeto siempre y cuando me asegures que ella no es la chica de la Alcazaba y que no le has hecho nada.

—Te doy mi palabra.

—¿Y sabes dónde está?

—No.

—¿Qué es Martina Bautista para ti?

Héctor dudó. Flexionó los brazos y los colocó detrás de su cabeza, en posición de pensar.

—Infunde amor y lujuria en dioses y mortales. Y en todas las criaturas que viven en la tierra y en el mar.

—No te entiendo, Héctor.

—Así definió Homero el poder de seducción de Afrodita.

—Entonces Martina es tu Afrodita. ¿Desde cuándo no hablas con ella?

—Desde el sábado por la noche. Y no creo que la vuelva a ver más. Contra la tierra y el mar, aparece el fuego.

—¿De qué fuego hablas? ¿Por qué estás tan seguro de que no vas a volver a verla? —Reyes quería saber más sobre su relación.

—¡Ya, por favor!

Por primera vez, Héctor le había dado una mala contestación. Se había puesto agresivo. Aquella reacción incomodó a la inspectora.

—Entendido. Fin de la cita. —Reyes se había enfadado.

—¿Cita? Me encanta que pienses eso.

—Es lo que creía, pero me has dejado claro que no se puede hablar de nada personal, así que, si te parece, vamos a lo que nos concierne.

—¿Cómo?

Coronado no entendía el cambio de actitud de Reyes. ¿Qué le había molestado?

—Héctor, ¿quién crees que puede estar detrás de los crímenes? Te voy a ser sincera: sospechamos de Pilar Hidalgo, Leire Domínguez, Atenea Martín, Jesús Barros, Carlos Alonso y Javier Cantón.

—Pienso que os equivocáis. Ninguna de esas personas es el asesino.

—¿Por qué estás tan seguro?

—El único que podría tener motivos para hacerlo, simplemente por inculparme a mí, sería Javier Cantón. Pero es un cobarde. Perro ladrador, poco mordedor. Además, no creo que conociese a Ángel Castellanos. Dudo que entre sus intereses estén la lectura o los enigmas de Almería.

—¿Y los demás?

—Imposible. Las dos chicas de la editorial son estupendas personas. Carlos es un gran investigador y una persona sana, dudaría mucho que pudiera estar en el meollo, y a sus colaboradores no los veo capaces ni me cuadrarían los motivos.

—Si se te viene alguien más a la cabeza, dímelo.

—A ver... Personas que pudieran querer implicarme..., el tío que me acusó de plagio.

—Descartado, no estaba en Almería cuando se cometieron los asesinatos.

—Dos periodistas...

—¿Eva León y Elisabet Clemente?

—Sí, especialmente la segunda de ellas. Me la tiene jurada.

—Lo sé. ¿Alguien más?

—Quizá Rubén Salmerón.

Héctor se sorprendió al comprobar que Reyes había hecho muy bien los deberes.

—¿Y él sí tendría motivos?

—Personales.

Reyes entendió perfectamente a lo que se podía estar refiriendo. A Martina. Era su ayudante y hoy había quedado clarísimo que el *affaire* o lo que Héctor tuviese con ella había finalizado.

—¿Estará en la presentación hoy?

—Supongo. Como todos los de la editorial. ¿Quieres un café o nos vamos ya?

—Me tomaría un café. Un solo con hielo.

Ni por asomo quería Reyes que la cita se acabase ya.

—Perfecto, voy a pedirlos a la barra. Además, quería darte algo, así que salgo un momento al coche.

La inspectora no pudo evitar girar la cabeza para mirar a Héctor. Definitivamente, le estaba empezando a gustar. Sus ojos, su sonrisa..., hasta su forma de hablar. Era un hombre peculiar,

extraño, enigmático, pero había despertado algo en ella que permanecía latente. Eso sí, antes de plantearse nada, tenía que resolver el caso y, tras hacerlo, comprobar la situación sentimental del escritor. Tenía claro que no se iba a meter en medio de una pareja. De ninguna manera iba a hacer lo que le habían hecho a ella.

Héctor apareció con una caja de lata. Estaba desgastada por el paso del tiempo, y era de la marca de membrillo La Milagrosa.

—Es para ti. Pero no la abras hoy.

—¿Qué contiene?

—Algo que ya no significa nada, pero que te ayudará a entenderlo todo mañana. No la abras hasta entonces, por favor.

—Vale.

Reyes estaba preocupada por cómo hablaba Héctor. No sabía si sería capaz de aguantar la intriga sobre qué había dentro de esa caja.

—Tengo otra cosa para ti. Sé que no eres de joyas, pues ni siquiera llevas pendientes, pero esto es especial.

El escritor abrió su mano y, sobre la palma, había un extraño colgante. Era una figura antropomorfa, colorida. La cara de Reyes mostraba sorpresa.

—Es Xiuhtecuhtli, un dios azteca.

—Da un poco de miedo. Bonito no es.

—Es precioso. Fíjate en los detalles. Un hombre con la cara pintada de rojo, sentado en un trono frente a un caldero o brasero.

—Tiene aspecto de anciano, y está encorvado. Sin dientes y lleno de arrugas.

—Es el dueño del tiempo y el abuelo de los hombres, pero por encima de todo, es el señor del fuego y del calor. Vive en el centro del universo. En las peores épocas simboliza la muerte y la luz en medio de la oscuridad. Aparece en el Códice Borgia.

—¿Qué es eso?

—Un manuscrito de treinta y nueve hojas, escrito sobre piel de animal, que contiene rituales mesoamericanos de magia y artes adivinatorias. Fue escrito antes de la conquista de México. Recibe ese nombre porque Alexander von Humboldt, padre de la geografía moderna, lo encontró en las pertenencias del cardenal italiano Stéfano Borgia. Actualmente está en la Biblioteca Apostólica del Vaticano.

—¿Y esos escorpiones que aparecen alrededor de la figura?

Reyes se asustó y no podía disimularlo. Estaba empezando a marearse y sabía lo que aquello significaba.

—El alacrán es su símbolo, por el dolor ardiente que produce su picadura.

—No sé si combinará con mi vestuario, Héctor.

Ahora era ella la que utilizaba el humor como mecanismo de defensa.

—No hace falta que te lo pongas. Simplemente recurre a él cuando estés perdida, cuando solo veas oscuridad. Seguro que te guía.

—¿A ti te ha guiado?

—Me guio hace unos años, pero hay cosas que no duran eternamente. Todo principio tiene un final. Si permaneces mucho tiempo en el fuego, te acabas quemando.

—Das un poco de yuyu cuando te pones tan serio contando esas historias.

—Lo siento, no es mi intención —dijo dando el último sorbo al café con leche fría que se había pedido—. Tengo que irme, Reyes. La cuenta está pagada, no te preocupes. Nos vemos esta noche.

La inspectora ni siquiera reaccionó cuando el escritor le dio un beso en la mejilla. Parecía estar embrujada, como si su mente hubiese sido poseída por la figurita de aspecto diabólico. Se quedó allí sentada, con la caja metálica entre las manos, durante más de veinte minutos. Como si el tiempo se hubiera detenido.

El castillo del rey

POR FIN HA LLEGADO EL DÍA. El fuego que todo lo abrasa acabará con mi sufrimiento. Tú lo empezaste con la llama de la pasión. ¿Por qué la encendiste para luego dejar que se extinguiera? Eres un ser cruel e inhumano. ¡Y yo que te tenía como una vestal, una de esas hermosas vírgenes que mantenían encendido el fuego sagrado del templo de Vesta en el Foro romano! ¿Sabes lo que les ocurría a las vestales que perdían su virginidad? Las lapidaban, las decapitaban o las enterraban en vida. Eso te mereces. Destrozaste mi vida. Me dejaste cuando estábamos a punto de ser felices para siempre. Como nos habíamos prometido tantas veces en nuestro castillo. Permitiste que ocurriera, y esa culpa te perseguirá. También rendirás cuentas a Vesta, la diosa del fuego, el hogar y la familia. Junto a Jano, estabas presente en todos los sacrificios romanos, pero hoy no estarás. Te perderás la apoteosis. El libro que no quisiste leer pasará a la historia y será recordado por todos.

Seguro que no recuerdas la historia de María Martínez, la niña de los fuegos de Laroya. Dudo si alguna vez me prestabas atención, si es que solo fui un mero entretenimiento o que simplemente no estuve a la altura de Javier y de Rubén. Todos señalaron a aquella pequeña de catorce años como si estuviera maldita. Desde el momento en que apareció el primer fuego, la tarde del dieciséis de junio de 1945. Pobrecita. Aún hoy no se saben los motivos que propiciaron aquellos incendios, pero sí que se produjeron en unas tierras que antaño dominaron los cartagineses, encomendándose a Reshef, dios fenicio del rayo, del fuego, o del ascua ardiente, para que nadie más pudiera explotar las minas del lugar. «La niña del fuego», así la bautizaron injustamente. Solo tú mereces ese adjetivo.

Hoy acabará todo. Ante el celta Belenus, el maya Tohil, el chino Zhu Rong, el budista Svaha, el hindú Vádaba, ante ti, Prometeo, y especialmente para ti, Xiuhtecuhtli. Tú me diste la luz cuando la más remota oscuridad se cernía sobre mí. Me salvaste. Hoy mi sacrificio será para ti. Seréis testigos, como lo será el asesino que ha intentado manchar mi reputación. Ya da igual, sé que la inspectora conseguirá atraparlo y mi nombre quedará limpio. El último baile de Adriana será recordado como ella se merecía. Murió por culpa del amor, como yo. Quizá nos reencontremos en algún lugar y podamos terminar ese baile juntos. También fuiste mi luz, como tú, Raquel. Nunca me perdonaré lo mal que me he portado contigo. La culpa me atormentará allá donde quede mi alma, seguramente en el infierno, bajo el fuego eterno. No merezco otra cosa. Los errores se pagan y todos tenemos que ser consecuentes con nuestros propios actos. ¿Para qué merece la pena seguir viviendo? ¿Es alguien capaz de aguantar lo que yo he vivido en todo este tiempo? Envidias, humillaciones públicas, terribles acusaciones. Nadie merece esto. Espero que mi sacrificio sirva de reflexión y perviva en la conciencia de todos los que han contribuido a ello, especialmente en ti, Martina. Contigo hasta el infinito, ¿verdad? Mentirosa. Pero desde ahora, soy invisible. Ya no volveré a estar expuesto. Es lo único que deseo, el descanso, reposaré para siempre en el castillo del rey.

*No os paréis ante mi tumba para llorar,
porque aquí no me vais a encontrar.
Soy la fuerza del viento al soplar,
y la luz blanca al nevar.
Soy el sol sobre el maduro trigal,
soy la lluvia suave y otoñal.
No os paréis ante mi tumba para llorar,
porque ahí nunca pararé a descansar.*

(MARY ELIZABETH FRYE)

Novena parte

«Diez negritos salieron a cenar. Uno se asfixió y quedaron nueve.
Nueve negritos estuvieron despiertos hasta muy tarde. Uno se quedó dormido y quedaron ocho.
Ocho negritos viajaron por Devon. Uno se escapó y quedaron siete.
Siete negritos partieron leña con un hacha. Uno se cortó en dos y quedaron seis.
Seis negritos jugaron con una colmena. A uno le picó una abeja y quedaron cinco.
Cinco negritos estudiaron derecho. Uno se doctoró y quedaron cuatro.
Cuatro negritos fueron al mar. Un arenque rojo se tragó a uno y quedaron tres.
Tres negritos paseaban por el zoo. Un oso mató a uno y quedaron dos.
Dos negritos estaban sentados al sol. Uno de ellos se tostó y solo quedó uno.
Un negrito se hallaba solo y se ahorcó. ¡Y no quedó ninguno!».

(AGATHA CHRISTIE)

57.

UNA HORA ANTES de la presentación de *El último baile de Adriana*, la expectación era máxima. Casi todas las butacas habilitadas en el Salón Noble de la Delegación del Gobierno de la capital almeriense estaban ocupadas. Al fondo, los miembros del programa *El faro del fin del mundo* habían dispuesto un pequeño e improvisado estudio desde el que emitir, en directo, un especial dedicado al libro. Fueron los primeros en llegar y estaban especialmente nerviosos, aunque por distintos motivos. Jesús Barros era pura euforia: el momento que tanto tiempo llevaba esperando había llegado. Iba a tener la oportunidad de comandar su programa, y además, sobre su escritor preferido. Quería aprovechar para hacer un poco de publicidad de su libro sobre Los Millares, que pensaba publicar para primavera; por otro lado, a Atenea Martín le preocupaba lo que pudiese ocurrir aquella tarde. No las tenía todas consigo en cuanto a la inocencia de Carlos. Lo quería con locura, pero no se había atrevido a preguntarle abiertamente cómo se sentía tras descubrir que su padre era el asesino de los barrancos, así como tampoco podía asegurar, a ciencia cierta, si él estaba detrás de alguno de los crímenes de los últimos días; sin embargo, los nervios de Carlos Alonso se debían a la satisfacción. Iba a sentarse en la mesa junto a Héctor Coronado para ejercer de maestro de ceremonias. Se había preparado un discurso a conciencia, y sabía que iba a aparecer en todas las fotos. Era la ocasión perfecta para demostrar su valía.

Con bastante margen de tiempo habían llegado Lucas Campillo y Pablo Juárez. El primero, suspendido, se había tomado con filosofía su momentánea situación y había decidido disfrutar de la velada. Aun así, por deformación profesional, iba a permanecer atento a cualquier movimiento sospechoso. Le quitaba el sueño que el Grupo de Homicidios de la Policía de Almería no hubiera resuelto el caso. Decidió sentarse pegado a la puerta, ya que le gustaba pasar inadvertido. Su amigo Pablo Juárez había estado la noche anterior decorando el lugar, que ya de por sí era especial. Estaba ubicado en la que fuera la casa del político Emilio Pérez, diseñada por Enrique López Rull en 1888. El palacete fue reformado en 1905, ya que pasó a ser el Casino Cultural de la capital. Precisamente, el salón en el que se encontraban se decoró con unas pinturas de Carlos López Redondo, donde se representan varias alegorías del mundo clásico como la Fortuna, la Abundancia, la Música, la Poesía, la Danza y el Amor. Los frescos del techo tenían como protagonistas a varios efebos en cuyos rostros quedaron inmortalizados los hijos de los señores adinerados de la época. De entre todos ellos destaca una niña asomada por una barandilla, a quien acompaña una mujer vestida de luto. «Pagaría lo que fuese por ver, aunque fuese a través de una mirilla, la recepción que se llevó a cabo aquí el 18 de diciembre de 1922 con motivo de la visita de Alfonso XIII», fantaseaba Pablo mientras colocaba los últimos adornos para la presentación del libro. El monarca inauguró el salón bailando con Mercedes Carbonell, la esposa del presidente del Casino. Pablo se lamentaba de no poder utilizar la pistola Bayard que había perdido días antes, ya que la policía no le había dado el permiso para recuperarla. Al parecer, seguían analizándola en busca de alguna huella. ¿Quién la pondría al lado del cadáver? «Eso ya importa poco», se consolaba mientras ponía algo de música para entretener a quienes llegaban primero. Se decantó por el *Another Love* de Tom Odell, sugerida por el propio Coronado: *Quiero besarte, hacerte sentir bien*.

Pero estoy muy cansado para compartir mis noches.

Quiero llorar y quiero amar, pero todas mis lágrimas se han gastado.

En otro amor, otro amor.

Todas mis lágrimas las he gastado en otro amor, otro amor...

Y si alguien te hiere, quiero pelear.

Pero mis manos han sido rotas demasiadas veces...

las palabras siempre ganan, pero sé que perderé...

Y cantaré una canción que fuera solo nuestra, pero se las he cantado todas a otro corazón.

Y quiero llorar, quiero aprender a amar, pero todas las lágrimas las he gastado en otro amor.

También estaba allí el personal de la editorial. Todos excepto Martina Bautista. Su asiento estaba reservado, pero quedó vacío. Nadie preguntó, ni siquiera Rubén Salmerón, que se sentó entre Pilar Hidalgo y Leire Domínguez. Los tres permanecían inquietos, especialmente la primera. No paraba de mover una pierna como si tuviera un tic nervioso. Las dos iban espectaculares, cada una a su estilo. Su compañero Rubén estaba más extraño de la cuenta. No paraba de mirar el teléfono móvil y de resoplar. De vez en cuando, se ausentaba de la sala y volvía a entrar al cabo de unos minutos. Pilar intentaba hablar con él para que el tiempo pasara más rápido, pero enmudeció cuando vio aparecer a Elisabet Clemente. Acompañaba al delegado del Gobierno, Fernando Contreras, pegada como una lapa. No lo dejaba solo ni un momento y, a pesar de ello, no dudaba en mirar de forma desafiante tanto a ella como a Héctor Coronado, quien, sentado en la mesa presidencial, releía el guion de la presentación. Era mejor ignorarla, pues de lo contrario podría montarse un espectáculo totalmente innecesario e inapropiado.

El escritor iba a ser el protagonista indiscutible de la tarde. Estaba pendiente del escenario, pero también del castillo del rey. Allí tenía como aliado a Néstor, un amigo de Jorge, el dueño de La Lupita, que adecentaba el lugar. Estaba encendiendo varias antorchas y se había pasado la mañana fabricando el altar donde se llevaría a cabo la ceremonia. Cuentan que el seis de noviembre de 1507 fue la última vez que se celebró, aunque diversos grupos en todo el mundo siguen realizando esta tradición cada diecinueve de ese mes, en el Cerro de la Estrella de Ciudad de México, coincidiendo astronómicamente con el paso cenital de las Pléyades. Néstor se había vestido como las divinidades, e inició la procesión junto a sus dos secuaces. Allí se despojó de varias esculturas de dioses que había cogido del restaurante de su amigo, bajo la atenta mirada de las calaveras de la Santa Muerte que había dispuesto en todo el acantilado, así como del resto de representaciones que formaban una macabra estampa. Todo estaba preparado para el sacrificio, era el precio que Héctor tenía que pagar por perder la fe. Ambos se conocieron años atrás en Izcalli, en el ritual de purificación, con la primera toma de contacto entre Héctor y Xiuhtecutli. Fue Jorge quien organizó el encuentro, conocedor del interés que el escritor tenía en aquella ceremonia de sanación. El dios apareció para salvarle en el peor momento de su vida, y justo ahora, cuando el escritor quería dejar este mundo por no poder soportar la traición de Martina, tocaba devolverle el sacrificio. Pero algo detuvo el plan de Héctor. Raquel se acercó a él minutos antes de la presentación del libro y le besó en la mejilla. Al oído, susurró las palabras más bonitas que se le pueden decir a alguien: «No estás solo, te esperaré toda la vida y te perdonaré cualquier cosa que hayas hecho». El plan de Coronado se desmoronó. Las personas que cambian lo hacen muy lentamente, de forma gradual, pero algunos saben el momento exacto en que eso sucede. A veces ocurre por un minúsculo detalle. Puede ser al mirar los ojos de un niño pequeño, por el gesto inocente de alguien a quien no conoces, o por un simple beso en la cara. Por primera vez, Héctor pensó en lo cobarde que estaba siendo. ¿Dejar este mundo porque Martina Bautista no era lo que él pensaba? ¿Quitarse la vida? ¿Acaso ella se lo merecía? No lo había esperado, le convenció de que su amor no era de este mundo, que iba más allá de lo terrenal y le mintió.

¿Merecía la pena perder la cabeza por alguien así? Pero hay gente que no cambia por un gesto positivo, sino por algo que han vivido y que consigue que todo lo que ven a partir de ese momento parezca muy distinto a como era. Y fue entonces cuando Reyes Martínez apareció en el Salón Noble. Se la veía apresurada e hizo un gesto al escritor para que se levantara, pero la presentación estaba a punto de comenzar. Desde lejos, a pesar de llevar el mismo vestido que al mediodía, la percibió aún más guapa. El corazón de Coronado palpitó de forma acelerada. Todo había cambiado, se sentía afortunado. Estaba en una sala repleta de gente que le quería, que le apreciaba, que incluso mataría por él. Era un auténtico privilegiado. Daba igual que Javier Cantón también estuviera allí con el único ánimo de intimidar. Nadie iba a estropear el momento. Lo haría por Raquel, por Reyes, por Pilar, por Leire... y sobre todo por él mismo. El día en que Héctor planeó morir, ocurrió todo lo contrario: renació. El amor es la fuerza que mueve el mundo. A él lo había cegado durante mucho tiempo, pero hoy Cupido le había quitado la venda con una de sus flechas, y lo vio todo claro. Adriana García, la chica que murió allí en 1926, le había dado el empujón que necesitaba, una bofetada de realidad.

—Buenas tardes y bienvenidos a la presentación de *El último baile de Adriana*.

El político comenzó su intervención bajo la supervisión de la periodista Elisabet Clemente, que se situó en un lateral de la mesa junto a su amiga y compañera de profesión Eva León. A pocos metros de ellas, era reconocible la figura de la forense Candela Moya, que tampoco había querido perderse el evento. Le habían tenido que dar varios puntos de sutura en la cabeza, pero esto no impidió su presencia. Sentía curiosidad por todo lo que le habían contado del escritor.

—Es un placer —continuó Fernando Contreras— que Héctor Coronado haya elegido la Delegación del Gobierno para llevar a cabo este acto tan especial, con representación del crimen incluida. Además, me alegra ver entre el público a buenos amigos, personas concienciadas con la cultura de esta provincia, y alguna que otra cara conocida.

Esto último lo dijo mirando a Reyes Martínez y guiñándole un ojo en señal de provocación.

—Maldito hijo de puta —murmuró el comisario Malvido, que, aunque había llegado tarde, tuvo tiempo de situarse en la otra parte de la sala y de ver el gesto.

—Sin más dilación, agradeciendo a todos los asistentes su presencia, cedo la palabra a Carlos Alonso, que nos hará una breve semblanza del protagonista de la velada.

Los aplausos sonaron mientras Fernando Contreras pasaba el micrófono a Carlos Alonso. Paralelamente, había comenzado a emitirse el programa *El faro del fin del mundo*. La sintonía de los monjes budistas era inconfundible, y Jesús Barros estaba extasiado. Los ojos parecían salirse de las órbitas. Estrenaba camiseta para la ocasión, una de Mothman, la criatura alada que fue vista cerca de Point Pleasant, en West Virginia, en los años 66 y 67. Como si de una retransmisión deportiva se tratase, narraba cada detalle de lo que estaba ocurriendo. Atenea Martín le secundaba, y por primera vez pensó que juntos formaban un gran tándem. También llevaba una camiseta friki, y la verdad es que desentonaban del resto de invitados, para no variar. Era del videojuego Maniac Mansion, de Nintendo. Ambos se miraron. Posiblemente, aquellos minutos fueran los más felices de la vida del futuro historiador. A pesar de estar casado y de tener algún que otro escaqueo extramatrimonial, no podía ocultar su amor por Atenea. Y hoy ella lo veía de otra forma, con ternura, incluso con admiración. La deseaba y no iba a parar hasta conseguirla. Se sentía imparable, eufórico.

Las palabras que Carlos Alonso dedicó a Héctor Coronado fueron impecables. Se había trabajado un discurso que dejó a todos boquiabiertos. Comparó al almeriense con Conan Doyle. «No exagero si os cuento que el mejor momento de mi vida fue cuando Héctor me pidió que lo

presentase en el día de hoy. Había leído sus libros y me parecía fantástica su trayectoria, pero confieso que ciertas habladurías que giraban en torno a él me hacían desconfiar. Demasiados rumores lanzados a mala leche. Yo, como historiador, intento analizar todos los hechos objetivamente, y en el tiempo que he pasado con él estas últimas semanas he descubierto a una persona entregada, amable, humilde y, sobre todo, buena. Eso choca con lo que ha aparecido en la prensa estos días: que si es el posible culpable de unos asesinatos, que su primer libro fue copiado o que ha destrozado a una familia por ser infiel. No sé si sabéis que Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, fue acusado de lo mismo por Rodger Garrick-Steele, un psicólogo jubilado, y el expolicía Paul Spiring. Dicen que Doyle fue un hombre violento y sin escrúpulos. Garrick-Steele está buscando financiación para exhumar el cadáver de Bertram Fletcher Robinson, un periodista y escritor que, según él, fue el verdadero autor de *El perro de los Baskerville*. Si seguimos su teoría, nos lleva a que Robinson y su esposa eran amigos de Conan Doyle, que lo invitaron varias veces a la casa que poseían en Devon. En una de esas visitas, sobre el año 1900, Robinson cuenta a Doyle, de forma confidencial, que ha escrito un libro titulado *Una aventura en Dartmoor*, donde relata la leyenda de un perro fantasma y la maldición de la familia Baskerville. Dice Garrick-Steele que Conan Doyle le robó la idea, además de acostarse con su mujer, que respondía al nombre de Gladys. Robinson pasó a ser un cornudo plagiado —dijo Carlos entre risas—. Y por si fuera poco, asesina al propio Robinson, con ayuda de su esposa, haciéndole ingerir más opio de la cuenta. Es bien cierto que la actitud de Gladys es sospechosa, pues cuando su marido cae enfermo, aparentemente de fiebres tifoideas, tarda veintidós días en llamar a un médico. Y cuando fallece, no asiste al entierro. Todo esto, añadido a que hay quien piensa que también pudo ser Jack el Destripador, es igual de absurdo que lo que se ha vertido sobre Coronado. ¿Para qué Doyle iba a copiar un libro si ya era famoso? ¿Qué pretendía conseguir? ¿Y un escarceo amoroso a esas alturas? Si estaba loco por su mujer, Louise Hawkins, quien la acompañaba cada vez que podía... ¡Estupideces de envidiosos! Como ocurre con mi querido Héctor, a quien os pido que escuchéis, admiréis y disfrutéis de sus relatos. Soy un privilegiado por compartir la pasión por los libros de misterio con él, y aprovecho para pedirle perdón, delante de todos, si alguna vez lo prejuzgué sin conocerlo. Dicen que nadie es profeta en su tierra, pero Almería debe darse cuenta de lo importante que es tener a alguien de su calidad humana y profesional entre nosotros. ¡A por ellos, Héctor!».

Todos los asistentes se pusieron en pie y aplaudieron. Bueno, todos excepto Javier Cantón, Rubén Salmerón, Eva León y Elisabet Clemente. Permanecieron en silencio, eso sí, sin bajar la mirada ni un segundo. El turno de palabra llegó entonces al escritor, que iba radiante, y el principio de su intervención dejó descolocados a los asistentes.

—Amigos, lectores, familiares, trabajadores de la editorial, autoridades... Hoy he estado a punto de cometer el mayor error de mi vida. Sin quererlo, Raquel, Reyes y Adriana —al pronunciar ese último nombre, Héctor miró al techo—, habéis conseguido que abra los ojos. Resolveremos todo lo pendiente, os lo prometo.

Aquellas palabras emocionaron a la inspectora. Ella no había cumplido la promesa que, horas antes, le había hecho al escritor. Había abierto la cajita que le regaló y su contenido la dejó estupefacta. Eran un montón de cartas, aparentemente de amor, que Héctor Coronado le había escrito a Martina Bautista. A medida que iban avanzando, pues estaban ordenadas por fecha, se volvían más oscuras, siniestras, terribles..., y las últimas parecían escritas por un auténtico loco. Por alguien que había perdido la cabeza de una forma demencial. Reyes leyó una a una, totalmente derrumbada cuando llegó a las últimas, y decidió correr hasta el lugar de la presentación. Sabía lo

que Héctor pretendía, y no iba a permitir que la persona por la que empezaba a sentir algo, la que le había descolocado el alma en los últimos días, se quitase la vida de esa forma tan cruel. Pero llegó con la presentación a punto de comenzar y no tuvo tiempo de paralizarla delante de tanta gente. La inspectora tenía sentimientos encontrados. Como profesional, había fallado estrepitosamente. Confió en alguien que todavía era sospechoso de asesinato, quizá el que más, y sucumbió a sus encantos. Ella, que criticaba las relaciones en el marco laboral y que había sufrido tanto por entregar su corazón a personas que no lo merecían, no estaba predicando con el ejemplo. Incluso se había jugado la expulsión del Cuerpo Nacional de Policía. Si sus cagadas llegasen a oídos de los de arriba, habría tirado su carrera por la borda. ¿Por qué lo permitió? Se dejó llevar sin darse cuenta, y cuando quiso nadar hacia el lado correcto, ya iba a contracorriente. Ahora solo podía cruzar los dedos y esperar que el amor le sonriera por una vez en la vida. Es lo único que quería.

—Había preparado un esquema de la novela para contar los detalles más interesantes —siguió Héctor—, pero voy a romper los folios. He pasado unos días terroríficos, inhumanos. He sido difamado, acusado de asesinato, traicionado..., pero mirando al público he comprendido que lo importante está delante de mí. Raquel, mis amigos, mi familia, mis padres, mi hermano... Gente que me quiere y que me apoya, que siempre ha confiado en mí, que ha tenido la paciencia necesaria para aguantar mis rarezas. Por eso quiero que hoy sea vuestro homenaje. Confiasteis en mí desde el primer momento, desde aquellas *Sombras de la Alcazaba* que tan mal escritas estaban. Estuvisteis ahí en los peores momentos, cuando me hundí, y no dejasteis de creer en mí. Por eso nació *El hombre del saco*. Y hoy, queridos amigos, habéis abarrotado este Salón Noble para volver a apoyarme. Os presento la historia de Adriana García, una chica de dieciocho años que, con todas las ilusiones por delante, murió asesinada en este mismo lugar por culpa de los celos de su exnovio, Emigdio Nieto, que se presentó aquí con la pistola de su padre y la mató cuando simplemente disfrutaba de una verbena veraniega. Hoy, con la ayuda de Pablo Juárez, os voy a regalar una recreación del crimen sobre el que trata la novela, el vil asesinato de la joven almeriense Adriana García. ¡Que suene la música!

Las puertas se abrieron y entraron varios actores y actrices vestidos con ropa de los años veinte, que bailaban en parejas al son de un pasodoble. Las luces se apagaron y unos focos iluminaron a quienes parecían ser Adriana García y su primo, que disfrutaban cogidos de la mano y la cintura al ritmo de la música. De pronto, la iluminación se dirigió a otro joven que empuñaba una pistola y amenazaba a la chica. La representación estaba siendo brillante y se notaba en las caras de los asistentes. Entonces el chico disparó. Un solo tiro aunque en la sala se escucharon dos. Y la actriz que interpretaba a la infortunada joven cayó desplomada en el suelo. Tras unos segundos de silencio, alguien comenzó a gritar.

—¡Mirad al fondo, mirad! —dijo una señora justo antes de desmayarse.

La periodista Elisabet Clemente, asesora del delegado del Gobierno, se llevó una de sus manos al pecho. La sangre brotaba a borbotones. Los siguientes minutos fueron dantescos, un auténtico caos. El público se levantó tirando las sillas y agolpándose para salir. Empujones, caídas, pisotones... y muchos gritos. También llantos y lamentos.

—¡Encended las luces, joder! —pedía la inspectora Reyes Martínez pistola en mano—. ¡Alma, dale al interruptor! —ordenó a su compañera, que acababa de llegar dejando de manifiesto su habitual impuntualidad.

Cuando las luces volvieron, la imagen era esperpéntica. Elisabet Clemente había fallecido en brazos de Fernando Contreras, y las pocas personas que aún quedaban en el Salón Noble estaban

paralizadas. También el comisario Malvido. Algunas lloraban, como Raquel Guerrero, que corrió hacia el subinspector Lucas Campillo, a quien conocía de la ruta secreta por la Alcazaba.

—¿Dónde está Héctor? ¡Dime que lo has visto salir, por favor! ¡No está! ¡No lo encuentro!

Reyes Martínez oyó sus palabras y revisó toda la habitación con la mirada. No había rastro del escritor. ¿Cómo iba a desaparecer en tan solo unos segundos?

—¡*Baby!* —dijo Alma—. Tenías razón... ¡Los putos *Diez negritos!*

—¡Se lo han llevado, haced algo! —imploraba Raquel.

—¡Alma! Dime que has encontrado algo, que tienes alguna pista. El asesino ha estado aquí y creo que se ha llevado a Héctor. ¡Tenemos que darnos prisa! —Reyes se dirigía a su amiga haciendo aspavientos con los brazos.

—Déjame que piense, porfa. Sabes que no me desenvuelvo bien en estas situaciones.

—¡Algo podrías aportar, joder! —insistía.

—A ver, estuve revisando todas las declaraciones, pero no encontré nada destacable.

—¿Miraste las redes sociales como te dije? —interrumpió la inspectora.

—Sí... ¡Sí! ¡La foto!

—¿Qué foto?

—Encontré una foto de la famosa Alerta Ovní.

—¿Y no sueltas prenda? ¡Te dije que ahí podía estar la clave!

—Lo siento, de verdad...

—¿Qué coño viste en la foto, Alma?! Estamos perdiendo un tiempo que puede ser vital.

—Salían Héctor Coronado, Carlos Alonso...

—¿Quiénes más?!

—Atenea Martín, Pablo Juárez, Elisabet Clemente... y Lucas.

—¿Estuviste en esa Alerta Ovní y no dices nada?

La inspectora estaba furiosa. Lanzó una mirada asesina a su subalterno.

—¡Todos los sospechosos, joder! ¿Dónde fue esa Alerta Ovní, desgraciado? —El comisario se unió a la conversación y cogió de la pechera al joven policía.

—En... en una barriada a las afueras de Almería.

—¿En cuál, es que estás sordo? —el comisario también estaba fuera de sí.

—Está de camino a Aguadulce... Castell del Rey.

—¡La madre que te parió, Luquitas!

A Reyes Martínez se le escapó tal expresión. En ella era inusual perder las formas, pero no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué ocurre inspectora? —preguntó con su habitual inocencia Lucas Campillo.

—¡Castell del Rey! ¡El jodido castillo del rey! ¿Cómo hemos estado tan ciegos?

—¡Qué fallo, joder, qué fallo! —se lamentaba Lucas. Le temblaban tanto las piernas que tuvo que sentarse.

Sin perder un solo segundo, Reyes Martínez salió disparada del edificio, cogió su coche y condujo a una velocidad tan imprudente como temeraria directa a Castell del Rey. Estaba convencida de que, quien hubiera raptado a Héctor Coronado, era el asesino que estaban buscando, y se dirigía a aquel lugar. Allí comenzó todo y allí iba a terminar.

58.

EL CANTANTE BOB MARLEY dijo que el amor que podía morir no era amor. No sabemos si Martina Bautista estaba de acuerdo, pero fue lo que hizo. Desde la tarde de agosto en que Héctor no se había presentado en el castillo del rey, decidió poner tierra de por medio. Consideraba que ya había esperado lo suficiente, casi un año completo, y cambió de actitud. Ella misma se sorprendió del resultado, lo esperaba más dificultoso. De pasar muchas noches llorando en soledad, a no dirigirle la palabra a la persona de la que supuestamente estaba enamorada. Porque el amor puede adoptar muchas formas, pero jamás se olvida de un día para otro. Lo mismo pensaba el escritor, pero se llevó una de las desilusiones más importantes de su vida. Su Martina, la persona de la que se había enamorado perdidamente y por la que había hecho cosas que tiempo atrás no podría ni imaginar, decidió pasar de él. Y como si le supiera a poco, también se ensañó. Las mujeres saben perfectamente cómo hacer daño a los hombres: con otros hombres.

La editora era consciente del interés que despertaba en su asistente Rubén Salmerón. Estaba loquito por ella, y decidió utilizarlo. Cuando Héctor se lo reprochó, solo recibió indiferencia y frialdad.

—¿Cómo puedes ser así? ¿No te da remordimiento?

—Ninguno. Es culpa tuya.

—¡Qué bien! Yo tengo la culpa de que tontees todo el rato con Rubén, ¿verdad?

—No. Te lo he dado todo y no lo has querido, así que ahora te aguantas.

—¿En serio quieres jugar a ese juego, Martina? Pues jugaremos.

—Espero que no me estés amenazando, Héctor, porque tienes las de perder.

—Es la desventaja que tenemos los enamorados.

—Si de verdad estuvieras enamorado de mí, ya habrías dejado a Raquel, así que no me vengas con más mentiras.

—¡Mentiras las tuyas! Dijiste que me esperarías, que estaríamos siempre juntos. ¡Te rendiste! O simplemente nunca me quisiste.

—¿Rendirme? No. Solo entendí que ya era más que suficiente.

—Entonces no sería amor.

—Claro, amor era el tuyo, que llevo esperándote un año y no has movido un solo dedo por estar conmigo. Siempre a escondidas. Solo me buscas para echar un polvo.

—Si de verdad piensas eso, creo que me he equivocado, o que nunca me has conocido. Y te recuerdo que los polvos los echábamos los dos, no solo yo. Hacen falta dos personas y nunca te has negado. ¿O eso también lo fingías?

—Yo no he fingido nada, pero creo que ya está bien, ¿no?

—Sí, a rey muerto, rey puesto. Un clavo saca a otro clavo. ¡Perfecto!

—¡Eres una persona tóxica, Héctor! No me culpes de tus errores ni de tus inseguridades. Te lo he dado todo y no lo has querido.

—Te equivocas. Me lo has dado todo y, cuando me tenías más cerca, has decidido pasar de mí y ponerme celoso con otro.

—Es mi vida y haré lo que me dé la gana.

—Martina, algún día te darás cuenta de que tu chulería ha acabado con esto. No todo gira a tu alrededor, los demás también tenemos sentimientos.

—¿Me hablas tú de sentimientos? ¡Dejé a mi marido por ti!

—¡No, no y no! Lo dejaste porque te pegaba. Me ofende que digas eso.

—Te digo la verdad, era más feliz antes.

—¿Con un maltratador? ¿En serio? ¡No te conozco, joder! ¡Pareces otra persona!

—Estaba mejor que ahora. Al menos tenía una estabilidad, estaba con Valeria todos los días y vivía cómodamente. ¿Qué clase de vida voy a darle a mi hija?

—Te estás pasando mucho, Martina.

Héctor no podía estar más alterado. Descontrolado por la impotencia, dio un golpe contra la pared del despacho de la editora. Seguramente toda la oficina se estaba enterando de la conversación, especialmente los que se situaban más cerca de la puerta, como Leire, Pilar y Rubén.

—No tienes derecho a reprocharme nada, Héctor. Lo he dado todo por ti.

—Detesto las comparaciones, detesto que digas que estabas mejor con ese hijo de puta, y detesto ver cómo me humillas intentando darme celos cada vez que vengo a la editorial. ¡No me vas a ver más el pelo!

—¿Sabes lo que detesto yo, Héctor? ¿Lo sabes? Miami y esa puta noche en la que me lancé.

—Yo no te obligué a nada, Martina. No es mi problema y me estás culpando.

—Si ese no es tu problema, el mío tampoco va a ser vivir la vida, disfrutar y hacer lo que me da la gana. Tú te lo has buscado.

—No sé cómo puedes tener la sangre fría de vacilarme de ese modo. ¿Yo me lo he buscado? Si lo único que hago es quererte.

—Si eso es querer a alguien, es que no tienes ni puta idea. —Martina se estaba viniendo arriba—. Has hecho que me quite de las redes sociales, que deje de salir tanto con mis amigas, ¡hasta que cambie mi forma de vestir!

—No te he impuesto nada, nunca. Decías que podíamos hablar con confianza de cualquier cosa, y simplemente te dije lo que no me gustaba, o más bien lo que me producía inseguridad.

—¡Inseguridad para lo que te sale de los huevos! —Martina jamás perdía las formas, pero la discusión de aquel día sacó lo peor de cada uno. Nunca les había ocurrido—. Si sales en la tele sin ningún pudor, no me vengas con más historias. ¡No te creo!

—¡Estás ciega! ¡O te interesa estarlo! La persona egocéntrica piensa que el dolor que produce no tiene consecuencias que se le pueden volver en contra.

—¡Sigue amenazándome! ¡Sigue! —gritaba con más fuerza la editora.

—¡A ver si de una puta vez me miras con los mismos ojos que a los demás! Tienes gente peor a tu alrededor y siempre los defiendes.

—¡Ni se te ocurra mencionar a Javier!

—¡Dios me libre! ¿Cómo voy a osar mencionar al hombre perfecto, al guapo, al atlético? ¡Por favor! Nunca me atrevería.

—Quiero parar de oír tonterías, no voy a entrar.

—Claro, porque doña perfecta no entra en las cosas que no le interesan. ¡Cínica!

—¡Deja ya de insultarme!

Fue entonces cuando Martina perdió los nervios y golpeó a Héctor en la cara. En ese momento, Pilar Hidalgo abrió la puerta del despacho y les pidió calma. Todos estaban escuchando perfectamente lo que decían, y no era bueno ni para ellos ni para la empresa.

—Tienes razón, Pilar. —Héctor era consciente de que habían perdido los pocos modales que les quedaban. Intentó excusarse por la impotencia que sentía, sin embargo no fue suficiente—. Pero

déjame que le diga una cosa a la jefa.

—¡Venga! ¡Tú siempre tienes que tener la última palabra! Utiliza una frascecita de las tuyas, ¡o mejor una historieta! Me cansas, Héctor.

—Martina, como dijo Abraham Lincoln, puedes engañar a todo el mundo algún tiempo. Puedes engañar a algunos todo el tiempo, pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo.

Tras pronunciar esas palabras, Héctor dio un portazo y salió de la oficina. No volvió a aparecer por allí en dos semanas, catorce eternos días para Martina, cuyo orgullo le impidió ni tan siquiera mandar un mensaje para ver cómo estaba. Héctor lo tenía cada vez más claro, por mucho que le doliesen los actos de su enamorada; cuando el orgullo grita es porque el amor calla. Y ahí, justamente en esa discusión, fue cuando la locura y la oscuridad renacieron dentro del escritor. Cada día que pasaba perdía un poco más la cabeza, y así lo manifestaba en las cartas que le dio por escribir, como si Martina las leyese o incluso le contestase. Comenzaba a perder el control de su cabeza, de sus pensamientos, de sus emociones.

Martina Bautista recobró la vida que había abandonado. Se despojó de todo lo que la ataba a Héctor, empezando por tirar la gargantilla que le había regalado para el día de los enamorados. Fue una pena, el colgante era una pieza única y todo el mundo lo miraba con envidia. «Podemos sellar nuestro amor con un pacto de sangre, nos damos un cortecito en la palma de la mano y las unimos», le dijo en la plaza Campoamor, frente al bajorrelieve de san Valentín, obra de Jesús de Perceval.

—¿Estás loco? Sabes que con solo ver la sangre me mareo.

—Hay constancia de que, cuando trajeron a Almería los cuerpos del mártir Valentinus y de santa Cándida, que bien pudiera ser su novia, venían acompañados de sendos vasos con su sangre. Fue en los años 1778 y 1779. De la pobre santa solo llegó el hueso de uno de sus antebrazos, que fue a parar al convento de las Puras, y el cuerpo del mártir extraído de las catacumbas romanas está en paradero desconocido: seguramente ardió durante la Guerra Civil.

—¿Algún día conseguiré que dejes de contar esas historias tan románticas?

Lógicamente, Martina preguntaba de forma irónica. Héctor no podía evitar recurrir a sus chascarrillos.

—Es imposible, pero para compensar el coñazo que te doy todos los días, aquí tienes mi regalo para hoy.

Era una pequeña caja que contenía una pulsera plateada y un anillo con varios zafiros de colores. Martina quedó impresionada. A pesar de lo poco detallista que Héctor era, había conseguido sorprenderla. Pero a finales de agosto de 2018, ella decidió enterrarlo todo, bien hondo.

Héctor buscaba cualquier excusa para no aparecer por la editorial, a pesar de que estaba en plena promoción de *El último baile de Adriana*, que acababa de lanzarse al mercado. Leire y Pilar se preocupaban por él y lo llamaban, pero cuando alguien ha perdido el norte y no acepta ayuda, es mejor que sea él mismo quien se dé cuenta.

Martina Bautista se había desmadrado un poco. Salía una noche sí y otra también, y de modo supuestamente inconsciente, estaba dando alas a Rubén. Quedaba con él para tomar café, compartían almuerzo, y él se interesaba cuando, tras una noche de fiesta que se alargaba más de la cuenta, iba a La Envía a buscarla para que no llegase tarde a las reuniones del día. Como cuando tuvo que retrasar más de media hora la cita que tenía con el historiador Carlos Alonso, que venía a presentarle varios trabajos de iconografía religiosa que tenían muy buena pinta. Lo rechazó sin ni siquiera pensarlo. Peor suerte corrió Jesús Barros, con quien Martina había quedado al día

siguiente para valorar un trabajo que tenía sobre Los Millares y sus vasijas campaniformes. Ahí fue tan grosera que el chico, con educación, no dijo ni media palabra y se marchó tranquilamente de la oficina. A Rubén no le quedaba más remedio que intentar enmendar el error de su jefa y llamar por teléfono a los afectados para pedirles perdón. No eran formas de tratar a unos escritores que se presentan allí con toda la ilusión del mundo. No cabía la menor duda de que Martina Bautista no era la misma persona, o quizá es que entonces había salido su verdadero yo.

En contraposición, Héctor estaba desquiciado. Deambulaba como alma en pena y, por consejo de Raquel, decidió no conceder más entrevistas de las necesarias para que no corrieran rumores de una posible depresión. Ella conocía la causa, pero tenía claro que no iba a repetir los errores del pasado. Estaría al lado de su pareja pasara lo que pasase, era la mejor forma de intentar recuperarlo. El hombre de su vida se había equivocado, pero ¿quién no lo ha hecho alguna vez? Por eso no podía dejarlo solo, excepto cuando el pasado viernes le pidió unos días para arreglar su situación y volver a ser él mismo, encontrarse. Salir de la invisibilidad en la que había caído desde hacía un tiempo.

Aquella misma noche, Héctor estuvo buscando a Martina. Recorrió todos los *pubs* de Aguadulce, pero no logró encontrarla. ¿Dónde se habría metido? Fue a su casa, pero nadie le abrió la puerta. «Ha vuelto a salir, seguro», se lamentaba mientras recordaba las palabras que Pilar Hidalgo le había repetido una y otra vez: «No es una mujer para ti, nunca te adaptarás a su vida. Le gusta la playa y a ti no, le encanta salir con sus amigas y sabes que no se corta en darle conversación a cualquiera que se le acerque... ¿Tú vas a soportar eso? ¿Te vas a quedar en casa mientras ella disfruta? Lo harás un día, dos, tres, y te cansarás. Claro que te cansarás, pero ya será tarde. Habrás perdido tu reputación y a la persona que te ha querido toda la vida». Lo peor de todo es que Pilar tenía razón. Aquella noche, Héctor no consiguió pegar ojo, ni siquiera una cabezadita. Se alojó en el Hotel Moon del Puerto Deportivo de Aguadulce, y pasó el resto de las horas mirando por la ventana con la mínima esperanza de divisar a Martina a lo lejos. El reloj no avanzaba, y ni siquiera Coronado era capaz de distraerse observando el universo, imaginando a aquellos grupos ufológicos de los años ochenta que pasaban noches en vela mirando al cielo en busca de una señal luminosa. Era imposible que la encontrase, pues se había marchado a casa de su madre tras el encontronazo con Pilar Hidalgo. Sí, Pilar Hidalgo fue directamente a buscarla para dejarle claro que tenía que acabar con la relación que mantenía con Héctor. Sus palabras fueron una amenaza muy clara.

—Si vuelves a acercarte a Coronado, yo misma me encargaré de que esto se acabe. Por las buenas o por las malas, y te estoy dando la oportunidad de que sea la primera opción.

—¿Pero qué coño dices, Pilar? Es mi vida y no te puedes meter. Que no se te olvide que, entre otras cosas, soy tu jefa y mañana mismo te puedo despedir. ¿Quién te has creído que eres?

—Alguien que aprecia mucho a Héctor y que no va a permitir que le sigas haciendo daño.

—¿Yo? En todo caso habla con él para que deje de hacerme daño a mí.

—No, bonita. Tú sabías desde el primer momento el papel que tenías. Eras la otra. Te metiste en una relación y nadie te obligó a hacerlo. Fue tu decisión y ahora tienes que apechugar. Pero lo que no puedes hacer, porque es de mala persona, es restregarle al escritor tus tonteos amorosos para que sufra.

—No tienes ni idea. Te crees superior a los demás, siempre me has mirado por encima del hombro. ¿Por qué? ¿Por tener una vida plena y seria? A lo mejor eres una amargada y te da envidia.

—No te lo voy a volver a repetir. Piérdete y déjalo en paz. Si no, te las vas a ver conmigo. Y te

digo más. Sé que esta noche Héctor te va a buscar, está loco. Ha perdido la cabeza. Así que vete con tu madre o con quien quieras, pero no quiero que te encuentre en ningún *pub*. Ni aquí.

—¿Ni en mi casa?

—Por supuesto que no. Sé perfectamente cómo funcionan estas cosas. Discutiréis y volveréis a caer. La pasión arrasa con todo. Estaréis más unidos que nunca hasta que otra vez estalléis.

—En eso tienes razón, aunque no te importa. Lo único que hacemos es follar y discutir.

—Tú lo has dicho. Y creo que Héctor se merece alguien que, en vez de eso, haga el amor y le cuide. ¿Ves la diferencia? ¿Comprendes ahora por qué no podéis estar juntos? Perteneceis a mundos diferentes.

—¡Vete de mi casa, joder!

A Martina le repateaba escuchar la cruda realidad.

—Como no lo dejes en paz, te las verás conmigo. Ya te lo he advertido dos veces, no habrá una tercera.

Al día siguiente, todo se desató. A Rubén Salmerón se le había escapado, delante de sus compañeros, que tenía una cita con Martina. La euforia le traicionó. Contó el plan con pelos y señales, por lo que Leire, que ansiaba ayudar a Héctor, le informó mediante una conversación telefónica. Estaba preocupada por su salud; él jamás le había dicho ni media palabra de su relación con Martina, pero Leire lo sospechaba desde el primer momento. Al igual que Pilar, no lo aprobaba. Incluso sentía algo parecido a los celos, aunque no alcanzaba a comprender por qué. Hay enseñanzas que la vida te da a cierta edad, cuando estás totalmente preparado.

—¡Mientes, no puede ser! —Héctor no quería creer lo que su querida Leire le contaba—. ¿Cómo va a quedar con Rubén?

—No sé lo que tenéis entre los dos, ni quiero que me lo cuentes si no te apetece, pero he pensado que tenías que saberlo y, por tu reacción, sé que no me he equivocado.

—¿Cómo puede hacerme daño de esa manera? ¿Por qué se ha vuelto tan mala?

—Héctor, han quedado en El Grito, un bar de pescado en el paseo marítimo de Aguadulce. Ve tú mismo y lo comprobarás.

Realmente, el objetivo de Leire era que Héctor se presentase allí y lo viera con sus propios ojos, que se desengañase sabiendo la clase de persona que era Martina. No lo hizo por maldad, sino todo lo contrario. Héctor estaba eclipsado por la editora y necesitaba llevarse ese chasco para entrar en razón. Y, efectivamente, se estrelló contra la realidad. Desde la calle, estuvo observando la cena. Las risitas, la botella de vino, lo guapa que iba Martina... y cuando le cogió la mano. Él intentaba que ella no se percatase de su presencia, pero estaba enfurecido. Si pretendía ser invisible, la ira le delató. En un momento, Martina lo vio a lo lejos y corrió hacia él. Discutieron en medio de la gente. Como siempre, para no faltar a la costumbre.

—No tengo por qué darte ninguna explicación de mi vida. Si me apetece quedar con un tío, quedo.

Martina, de nuevo, erraba en su táctica.

—¿Ah sí? Pues te voy a decir una cosa. ¡Y me importa tres pepinos si no me crees! ¿Sabes por qué estoy aquí? ¿Sabes por qué llevo dos días buscándote? Porque había decidido irme contigo. Sí, no podía soportar estar sin ti. Pero esto no me lo esperaba.

—Héctor, por favor..., te lo puedo explicar.

—¿Qué coño me vas a explicar? ¿Te crees que no tengo ojos? ¡He visto cómo hacíais manitas, joder! Te pedí mil veces que dejaras esos tonteos, que eran innecesarios y nos perjudicaban. ¡Y te dio igual! ¡Te lo pasaste por donde te dio la gana!

—Te equivocas y me estás faltando al respeto.

—¡Ah! ¿Entonces no es una velada romántica? Si queréis os contrato a unos mariachis para que sea aún mejor. ¡O llamo a la tuna de la universidad!

—Puedo cenar con un amigo sin que signifique nada.

—Claro que significa, y algo muy importante. ¿Sabes por qué? Porque te lo pedí. Te rogué que cortases ese tonto si de verdad me querías.

—Y yo te pedí que dejases a Raquel.

—¿Me lo estás comparando? ¿Una relación de muchos años con una persona que además está pasando por algo terrible es lo mismo que quedar con alguien que, según tú, no te atrae, simplemente para darme celos o algo peor?

—¿Cómo que algo peor? ¡Háblame claro!

—Pues que lo mismo tu objetivo es que pase algo, quizá no le haces ascos a él y por eso no he conseguido en todos estos meses que frenes lo que sea que tengáis.

—Eres un imbécil, y un cabrón. ¡No tenemos nada!

—Pues ese nada debe de ser más importante que yo, porque he perdido la cuenta de las veces que te he pedido que lo cortes, ¡que va a por ti!

—Héctor, cálmate. —Al escritor se le habían saltado las lágrimas—. Relájate y hablemos.

—¿Que me relaje? No. Ya es tarde, muy tarde. Me siento humillado. No quiero verte en la vida. ¿¡Me oyes!? Rompe el puto contrato de mis libros, porque no me vas a ver más el pelo.

—Sientes rabia, ya se te pasará.

—No, siento pena y asco. Olvídate de mí. No me escribas, no me llames, ¡no quiero que coincidamos más!

—El viernes es la presentación de tu libro.

—¡Ni se te ocurra aparecer!

—Tranquilo, por favor.

Martina empezaba a comprender la gravedad del asunto. Héctor tenía una mirada que jamás había visto. Era otra persona, hasta la voz parecía cambiada.

—Te juro, Martina, que, como te vuelva a ver, voy a hacer una tontería. Me has defraudado como nadie. Ya no es solo que no te haya dado la gana de esperarme un poco más, sino que tienes la sangre fría de utilizar a Rubén para joderme. ¡No quiero a alguien así en mi vida!

—Te vas a arrepentir.

—¿Ves? ¿Te das cuenta? Ni siquiera se te ha pasado por la cabeza excusarte o reconocer que quizá no has actuado bien. El orgullo te puede. Estás acostumbrada a hacer lo que te da la gana sin empatizar, sin ponerte en el lugar de los demás. ¿Te ha quedado claro que no quiero verte más?

—¿Es tu última palabra?

—Con todo el dolor de mi alma, sí. Necesito que mi vida gire; ahora mismo estoy descontrolado. Aléjate, vete.

—Voy a hacer la maleta y me iré con mi hermano unas semanas hasta que todo se calme.

—Haz lo que te venga en gana, pero te aseguro que, como te vuelva a ver, no respondo. ¡No me hagas más daño!

Y Héctor salió corriendo. Tuvo que empujar a varias personas para abrirse paso, pero ni reparó en ello. Se montó en su coche y pasó parte de la noche conduciendo, pensando, hasta que decidió dar la vuelta. Puso el vehículo a más de ciento ochenta kilómetros por hora. Estaba totalmente ido, y por suerte los astros se alinearon para que no ocurriera una desgracia.

También Martina Bautista huyó, pero en otra dirección. Hasta que Leire la alcanzó. La joven

maquetadora sabía la que se iba a montar y decidió observar desde cierta distancia. Sonreía. Su plan había funcionado, era difícil que Héctor volviera a acercarse a Martina. Aun así, no quiso dejar abierta ni una mínima posibilidad. Convenció a su jefa para que saliesen a los *pubs* de allí al lado y se pasaron la noche bebiendo y bailando. *«Pero no creas a quien dice que todo el fuego ceniza esparcirá. Lo bueno quedará. Dejo un pasado de espectros, busco nuevos confines, en las hojas de otoño esconderé mis temores. Dejo todo mi miedo en el soplo del viento y te cubro los hombros de un prudente silencio. Y no distingo aún horizonte, universo o dirección. Que solo eres tú la solución».*

Entre copa y copa, Leire lanzó la bomba.

—¡Me encanta esta canción!

La música estaba tan alta que Leire tenía que gritar.

—¿Quién canta con Laura Pausini?

—Carlos Rivera. Por cierto, ¿has visto a Héctor últimamente?

—¿Por qué lo dices? —respondió extrañada Martina.

—Por curiosidad. Es que llevo días sin saber de él y me han dicho que últimamente está muy contento.

—¿Contento por qué?

—No digas nada —el plan de Leire estaba funcionando—, pero creo que ha pasado una mala racha con Raquel y ahora lo están arreglando.

Martina no contestaba, el destino acababa de rematar lo poco que quedaba de su noche.

—Han planeado un viaje para el día después de la presentación, se van a Nueva York para intentar revivir la llama del amor. ¡Qué bonitos! Se lo merecen.

Aunque Leire no sabía mentir, aquella actuación le había quedado redonda.

A Martina se le cayó el vaso de *gin- tonic* que llevaba en la mano. Se rompió en mil pedazos, como su corazón.

—Lo siento, Leire, tengo que irme.

—¿Adónde? Si queda mucha noche.

—Discúlpame.

—¡Deja al menos que te lleve a casa!

—No voy a ir a casa, no te preocupes, pediré un taxi. Gracias por la compañía.

Y se marchó sin mirar atrás. La última canción no se le iba de la cabeza: *«Y pasarte a buscar, esperar tu mensaje y echarte de menos. Que no quiera comer, concentrarme, y ni hablar, porque quiero ir más lejos. Lejos contigo a bailar, a dejarnos llevar sin seguir los consejos. Los consejos que dan los que por miedo a amar viven no siendo ellos...».* La voz de Dani Martín. Tenía una mala sensación en el cuerpo. Sentía que la había fastidiado, pero que no todo era culpa suya. Pensó en Héctor, en Raquel, en Pilar... ¡hasta en Leire! ¡Qué mala leche había tenido al contarle eso! No quería creer que pudiese ser verdad, pero la maquetera no tenía motivos para mentirle. O sí, pero ella no los sabía. Leire no veía a Héctor con Martina. No era la mujer de su vida. Además, si la maquetera y el escritor seguían teniendo una vida amorosa tan tormentosa, acabarían casándose a los cuarenta, tal y como se habían prometido. Y seguro que, con ella, sería más feliz que con nadie.

Martina no pensó en el otro gran damnificado de la noche, Rubén Salmerón. Había entrado al mismo local en el que las chicas bailaban. Desde la barra, casi vuelto de espaldas, las miraba con rabia. ¿Le había dejado tirado en el restaurante para irse de marcha con Leire? ¿Eso era lo que él le importaba? Rubén estaba furioso, y la ira no se puede controlar. Te mantiene alerta y te hace

mejor cazador. La sensación de vacío que Martina le había dejado le recomía por dentro, pero sintió que debía superarlo. No quería la compasión de nadie. Estaba harto de ser invisible, de ser el pelele de todos. ¿Solo era eso para los demás? Si lo veían así, no iba a dejar que se fueran de rositas, iban a recibir su merecido. Todos. Algunas experiencias son tan fuertes que te cambian el ADN. Acción-reacción le habían enseñado, así que lo iba a poner en práctica. Para todo hay una primera vez: el primer «papá» que dice un bebé, el primer paso, el primer amor, el primer beso, el primer sexo, la primera vergüenza pública... y la primera venganza.

59.

—BÉSAME, HÉCTOR, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Martina, no... Estoy confuso. ¿Qué haces aquí?

—Cierra la boca y déjate llevar. Hazme tuya.

Solo llevaba puesto un minúsculo tanga y se sentó sobre él, poniéndole los pechos en la cara. Dame besitos donde me gusta; solo tú sabes llevarme al clímax...

—¡Suéltame, joder!

En ese momento, Héctor comprobó que estaba inmovilizado. Le habían atado las manos al cabecero de una cama. La habitación era extraña, todas las paredes estaban pintadas de negro y había partes de color rojo, con formas de reloj de arena.

—¿Eso es lo que quieres, seguro? —respondió Martina mientras jugaba con la lengua en el cuello del escritor. Estaba completamente desnudo. Y ella bajaba lentamente, deslizándola con suavidad por el pecho, el ombligo y lo que seguía.

—¡Te he dicho que pares! ¡No debería estar aquí! ¡Ni tú! Ya acabé con nuestra relación, ¡te dije que no quería volver a verte en la vida!

—Pero te engañas, desde entonces estás atormentado. Me deseas. Anda, dime que suelte lo que tengo entre manos y me voy. ¡Dímelo! —decía a la vez que le seguía practicando sexo oral.

—¡No respetas nada, te crees intocable, la reina del mambo! ¡No puedes hacer lo que te dé la gana! ¡Que me sueltes! ¿Dónde estoy? ¿Dónde me has traído?

—Al castillo del rey. ¿No lo reconoces? ¡Con todo lo que hemos disfrutado aquí tú y yo!

—¡Esto no es el castillo del rey!

—Tú has querido que sea así, lo has llenado de oscuridad y sangre, y se ha transformado. El sufrimiento y el dolor que me infligiste lo ha provocado. ¿Quieres que te desate y me tocas? Si estás deseando. Tu cuerpo no miente, cariño.

Alguien golpeó la puerta y Martina abrió. Eran Javier y Rubén, que rápidamente la agarraron. No pudieron resistirse, estaba tan preciosa como siempre. Irradiaba una belleza que parecía inmortal. Ella besó primero a Rubén mientras desabrochaba la camisa de Javier. Después, cambió, utilizando la otra mano para bajar la cremallera del pantalón de su secretario. Héctor no podía soportarlo, iba a estallar. ¡Una extraña fuerza le impedía cerrar los ojos! Había quedado paralizado. Estaba a punto de ver cómo Javier, que la había cogido por detrás, se disponía a penetrarla, a la vez que Rubén no podía dejar de acariciarle los pechos con lujuria. Entonces gritó. El escritor dio un alarido de dolor, como si le hubieran clavado un puñal en el pecho. Y así fue. Martina le susurraba al oído mientras los dos hombres le amordazaban para que se callara. Javier le echaba en cara que lo había ridiculizado, que había hablado con la productora en la que trabajaba para que lo despidiese a cambio de que Héctor les cediera los derechos cinematográficos de sus libros. ¡Estaba aún más humillado!

—¿Sabes que existe una araña que devora al macho después de copular con él? Es conocida como la viuda negra. Fabrica una tela donde atrapa a sus víctimas para comérselas a su gusto. Yo también sé contar historias, querido escritor. Siempre te has creído más listo que nadie, pero ahora nosotros hemos ganado. Estás recibiendo tu merecido. Esto sí que son celos, ¿verdad?

Fue la última frase que Héctor oyó antes de recobrar el conocimiento. Estaba amordazado en el asiento de atrás de un coche. Todo había sido una pesadilla, ¡aunque parecía tan real! Otra vez

Martina se materializaba en su cabeza en forma de visitante de dormitorio, ese estado en el que la realidad se mezcla con los miedos y las inseguridades, a lo que había que sumarle las drogas que el secuestrador le había administrado.

—Me alegra que te hayas despertado —dijo con sorna.

—¿Tú?

—Te sorprende, ¿verdad? No te lo esperabas. Siempre me has subestimado.

—No entiendo nada. ¿Dónde me llevas?

—Al lugar donde todo empezó, deberías saberlo. Tú mismo habías preparado tu final allí, algo que me decepciona. ¿Suicidarte? ¿Por una mujer que no te quiere? ¡Por favor, Héctor! Te creía mucho más inteligente. Me equivoqué al idealizarte.

—Nunca imaginaba que tú fueses capaz de hacer esto. ¿Qué motivos tienes?

—¡Cállate! Yo mando y tú obedeces. A veces, es la gente de la que nadie espera nada la que hace cosas inimaginables.

—No me iba a quitar la vida.

—¿Ah no? ¿Y todo el tinglado que tienes allí montado? Pobrecitos, no tenían culpa de nada y he tenido que matarlos.

—¿Por qué? ¡No!

—Simplemente se resistieron, pero antes los obligué a explicarme el ritual que pretendías hacer. Qué final tan literario, ¿no? Y justo allí. ¡Bravo! Siempre has sido tan egocéntrico que hasta para morir tenías que dar la nota —dijo entre carcajadas.

—Se me pasó por la cabeza, no te lo niego. —Héctor había leído mucho sobre psicología criminal, y sabía que alargar la conversación le permitía ganar tiempo. Esperaba que Reyes viniera en su ayuda. Sin embargo, pensándolo fríamente, la inspectora desconocía aquel lugar. ¡No tenía escapatoria! Ni el comisario. ¡Nadie!—. Pero me arrepentí justo antes de empezar la presentación del libro.

—Sí que lo ibas a hacer, Néstor me lo confesó. Me contó cómo os conocisteis en México, cuando os presentó su amigo Jorge, el del restaurante mexicano, y que te convenció para que te unieras a ese grupo de locos, porque no son otra cosa. ¡Mientes! Y los mentirosos nos reconocemos rápidamente entre nosotros.

—¿Loco yo? ¿Es que la locura no es lo más sublime de la inteligencia?

—Ya estaban tardando tus frasecitas, Héctor. Empezaba a echarlas de menos. Yo también he leído a Poe. Pero esta vez la historia te la voy a contar yo.

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Lo mismo que con aquella chica o con el periodista?

—Si pretendes que te confiese la autoría de esos crímenes, es que vuelves a subestimarme. Sabes quién fue Percy Bysshe Shelley, ¿verdad?

—Sí, y me sorprende que lo conozcas. Pensaba que te habías quedado en su mujer.

—Ese ha sido tu mayor error, Héctor. Lo has cometido toda la vida. Menosprecias a los demás y piensas que lo sabes todo. No puedes juzgar a la gente de primeras, y menos tú, que eres una persona vengativa e infiel, que te has portado mal con muchas personas. Deberías mirarte en el espejo antes de opinar sobre otros.

—Te aseguro que, si he hecho daño a alguien, no ha sido de forma consciente. Pero nunca se me ha concedido el beneficio de la duda, ni ha interesado contrastar las informaciones conmigo.

—¿Qué lástima! ¿Pretendes que lllore de compasión?

—Me parece que tú no te has emocionado en la vida.

—Bueno, ya hemos llegado. Voy a abrir la puerta lateral trasera, espero que no se te ocurra

hacer ninguna tontería, porque te meto un tiro en la sien sin pensarlo dos veces.

Héctor se incorporó y caminó lentamente. Estaba agotado, desorientado y drogado, pero tener una pistola en la nuca ayuda a andar.

—Mientras llegamos al secano desde donde se divisa la ciudad de Almería, te sigo contando la historia. Como sé que no te gustan las sorpresas, lo haré así. Y de paso te pondré más nervioso aún. No te vayas a orinar encima, por favor, porque las piernas ya te tiemblan y sería un poco asqueroso. A Xiuhtecuhtli no le iba a hacer mucha gracia.

—Me está dando un bajón de azúcar, no me encuentro bien. Necesito beber algo.

—Te he dicho que no intentes ningún juegucito. Efectivamente —siguió con su narración mientras se acercaban al altar que el mexicano había preparado—, era el marido de la creadora de *Frankenstein*, pero lo que no todo el mundo sabe es que, junto a Lord Byron y John Keats, puede ser el poeta inglés más importante de todos los tiempos. No te muevas de aquí —comentó con ironía—, voy a encender las antorchas.

—¡Que me digas lo que vas a hacer conmigo! —gritaba Héctor desesperado.

—El poeta falleció poco antes de cumplir los treinta —prosiguió la narración—. Una tormenta lo sorprendió mientras navegaba a bordo de su velero Don Juan, y terminó ahogándose. Sus seres queridos decidieron incinerarlo en la playa de Vinareggio, en plena Toscana italiana. El poeta ardió en una gran hoguera, aunque, por extrañas razones, su cuerpo no terminó de reducirse a cenizas.

—Me cuentas esto porque es lo que me espera, ¿verdad?

—No quieras tener siempre la última palabra. Al final tuvieron que enterrar el cuerpo, pero, en medio de la pira, uno de sus amigos, Edward Trelawny, introdujo su mano entre las llamas para extraerle el corazón. Quiso quedárselo, por macabro que parezca. Entonces, se lio una disputa entre otro amigo que también quería poseer aquella pieza, así que su viuda, para resolver el conflicto, se quedó con el órgano argumentando legitimidad, y lo conservó durante treinta años más. Incluso dormía con él. Cuando falleció, encontraron el corazón, totalmente seco y casi podrido, sobre el escritorio donde Mary Shelley solía escribir.

—Entiendo que eso es lo que pretendes hacer conmigo.

—Exacto. Arderás en las llamas, como te mereces, y me guardaré tu corazón como trofeo. Tu error fue pensar únicamente en lo que él te bombeaba, y no me refiero a la sangre. Perdiste la cabeza y ahora vas a pagarlo con creces. Protegeré como un tesoro al culpable de todos tus males, de que tiraras tu vida por la borda. Es el castigo más poético que se me ha ocurrido para ti.

—Sé que no tengo elección, y asumo mi destino, pero concédeme una última voluntad.

—Pídela y ya veremos.

—Necesito irme al otro mundo sabiendo por qué has matado a esas personas y, sobre todo, quién era la chica de la Alcazaba.

—Independientemente de que das por hecho que yo soy el asesino, algo que alberga muchas dudas, mientras preparo el ritual del fuego, te daré la información que quieres, al menos la que yo tengo.

Héctor quedó completamente desnudo e indefenso, fue atado de pies y manos mientras miraba horrorizado los cadáveres de Néstor y sus ayudantes, e imploró a las luces que vieron en aquella Alerta Ovní que parecía tan lejana, por si algo, en algún lugar del cielo o del universo, pudiera obrar el milagro que tanto necesitaba.

—¡Ya no seré invisible! —gritó el secuestrador, y el eco hizo que sus risas retumbasen por los acantilados de la carretera del Cañarete.

Décima parte «NO HAY NADA MÁS ENGAÑOSO
QUE UN HECHO EVIDENTE».

(SHERLOCK HOLMES)

60.

CRECER EN EL SENO DE UNA FAMILIA desestructurada a veces es una ventaja. Permite que te curtas desde que empiezas a tener conciencia. El instinto de supervivencia se despierta dentro de ti antes que a los chicos de tu edad. A Natalia Lletí nunca le había importado hacer todo lo necesario, aunque no fuera ético o legal, para conseguir lo que quería. Ya en el colegio, siempre era el chico más inocente de la clase el que le hacía los deberes, a cambio de un beso o de enseñarle la parte superior del muslo. Ella era quien lo proponía, obviamente; en el instituto, no eran solo besos lo que ofrecía como moneda de cambio para que le hicieran los trabajos que los profesores mandaban, o para que el compañero de al lado le mostrara las respuestas de su examen. Claro está, ella después le dejaba ver lo que escondía bajo la camiseta. Si se portaba bien, hasta podía tocar. Natalia ni siquiera sintió ningún tipo de remordimiento cuando, sin haber cumplido la mayoría de edad, fue al despacho del profesor que le había puesto el único suspenso del curso para convencerle de que le subiera la nota. No era la primera vez que se acostaba con alguien mayor, por eso todo el municipio de Alzira la conocía. Ser guapa lo pone más fácil, y Natalia no solo lo era, sino que se aprovechaba de ello.

Le daba igual que la señalaran, que hubiese cotilleos. Cada persona asume las consecuencias de sus actos, y ella tenía clara su estrategia. Su madre no tenía dinero para poder costearle una carrera universitaria, y su padre estaba en paradero desconocido. Siendo una adolescente, una noche entró en su habitación y, tras abusar de ella, le dijo que se iría para siempre, sin mirar atrás. Natalia no se lo creyó, pues ya se lo había hecho mil veces antes. Se iba de ruta con su camión y no aparecía en varias semanas. Alemania, Holanda, Francia, Portugal... ella deseaba que tuviera un accidente y la dejara en paz. Pero volvía. Siempre lo hacía. Por eso, decidió huir de Valencia. El novio de una amiga traficaba con la cocaína que le traía un familiar desde Vigo, y ella decidió unirse al negocio. «Chimo no acepta socios, bonita», le aseguró ella. Pero la inocente chica no sabía de lo que Natalia era capaz de hacer para entrar en el bisnes. Esta vez fue incluso más fácil que con los anteriores trabajos. Tan solo le hicieron falta un par de visitas al asiento trasero de su descapotable. A quienes no pudo convencer, ni tan siquiera con sus técnicas de mujer, fue a los dos agentes de la Guardia Civil que la pillaron con un pequeño alijo. Cumplió un par de años en prisión y, cuando quedó en libertad, decidió probar suerte en Andalucía. Como le habían hablado muy bien del levante almeriense, se estableció en Vera y comenzó a trabajar en un restaurante de Mojácar. Además, su padre le confesó que tenía un hermanastro por la zona. Localizarlo no era la primera opción de Natalia, ya que le había contado que no estaba muy bien económicamente, así que poco podría sacar de él. Era un jardinero que en sus ratos libres hacía un programa de radio de poca transcendencia. Se llamaba Carlos. «Ya lo buscaré si necesito algo, lo primero es lo primero», decidió.

«La valenciana», como así la llamaban, no se conformaba con ser una simple camarera, por lo que, cuando consiguió empleo en el restaurante más importante del pueblo, el que frecuentaban políticos y famosos, comenzó a ofrecer sus servicios como *escort* de lujo, siempre de forma clandestina. Tuvo tanto éxito que se permitió «contratar» a varias chicas para el negocio. Futbolistas, cantantes, concursantes de televisión... todos la avisaban cuando visitaban Mojácar y necesitaban compañía o diversión. Como era de esperar, las andanzas de Natalia llegaron a oídos de la gente importante de la provincia, incluidos los políticos. Uno de ellos, un hombre fuerte del

partido, quedó prendado de ella. Le hacía importantes regalos, le compró un Porsche negro, un ático en la zona de La Térmica, en Almería capital, y hasta le pagó un aumento de pecho. Fernando Contreras estaba tan loco por ella que se obsesionó. Quería verla todo el tiempo, incluso cuando estaba con otros clientes. Un día estuvo esperándola en la puerta de un hotel al que la vio entrar con un conocido torero. Pasaron las horas y no salía, por lo que decidió aporrear la puerta de la habitación hasta que abrieron. Una simple propina al recepcionista le bastó para conseguir el número exacto. Cuando Natalia abrió, Fernando se abalanzó sobre el torero y le propinó varios puñetazos. Esa fue la gota que colmó el vaso.

La situación se le había ido de las manos, y Fernando se había vuelto mucho más agresivo de la cuenta. Era una persona sin escrúpulos, pero nunca había llegado al punto de pegar a su propia novia. Y eso no fue lo peor: una noche, tras volver a casa después de estar siguiendo a Natalia y al tipo que había contratado sus servicios, excedió cualquier límite posible. Fernando Contreras era un monstruo y lo demostró forzando a la chica con la que llevaba saliendo varios años. Quedó totalmente indefensa a merced del miserable, que hizo con ella lo que le vino en gana. No se puede decir que aquella noche ambos murieran por dentro, porque él ya lo estaba, pero la vida de Reyes Martínez cambió por completo. Cuando tienes algo, lo único que quieres es que desaparezca para que tu vida vuelva a ser como antes de saber que tenías pánico. Tuvo la fuerza necesaria de abandonarlo, gracias al apoyo del comisario Malvido, y se ocultó bajo una armadura prácticamente infranqueable. Pensó que dentro de ella su antigua vida volvería, pero eso no es lo que ocurre. Tu vida no es la misma, es la nueva rodeada por el muro de tu armadura. Entonces comprendes que solo tienes dos caminos: quedarte escondida ahí o ir directa a acabar con lo que te asusta. Reyes decidió no volver a enamorarse, vivir la vida y, sobre todo, contribuir a hacer de este mundo un lugar mejor, protegiendo a las personas del diablo. Aparece de mil formas, pero siempre está ahí. Baudelaire dijo que el mayor logro de Satanás es hacernos creer que no existe. Reyes había comprobado, en sus propias carnes y pagando un precio demasiado alto, que el diablo camina entre nosotros.

Humillado por el abandono de la joven policía, Fernando Contreras juró venganza. Intentó por todos los medios que ella no escalase profesionalmente, aunque no lo consiguió. Las personas hacen cosas tan horribles porque tienen miedo. Como en el patio del recreo. Si tú eres el que empuja, nadie te va a empujar; si tú eres el hijo de puta, no vas a tener a otro hijo de puta que te empuje. Pero Reyes tenía a su ángel de la guarda, que la protegió desde entonces. El político fue nombrado delegado del Gobierno y, desde esa posición tan privilegiada, se prometió que Natalia Lletí saldría de esa espiral de autodestrucción en la que se había metido. Estaba enamorado, pero no sabía que no puedes sacar a alguien de un lugar en el que se siente como pez en el agua, pues tarde o temprano termina volviendo, como la cabra al monte.

Gracias a sus influencias, Fernando consiguió que un amigo le diera un trabajo a Natalia como encargada de recepción en el hotel de lujo que acababa de abrir en Mojácar. Un lugar de ensueño destinado a clientes con clase y dinero. Aparentemente, consiguió alejarla del mundo de la noche y dejó de consumir droga. El empleo era aburrido, todo el día detrás del mostrador tomando datos de los huéspedes que se alojaban. En julio de 2018, alguien inesperado apareció por allí. Era un antiguo cliente que le había prestado dinero y estaba decidido a recuperarlo. Natalia se asustó. No tenía tanta cantidad disponible y le rogó que la dejase en paz. Sin embargo, el empresario no cedió. «Estás más buena que nunca: si no puedes devolverme la pasta, seguro que se te ocurre otra forma de pagarme», le dijo. Ella sabía perfectamente cómo funcionan estas cosas. Aunque le diera lo que pedía, no se lo iba a quitar de encima. Los hombres siempre quieren más y más. Ya no era

por Fernando, pues le daba completamente igual. Además, tenía claro que los dos estaban cortados por el mismo patrón. ¿Acaso se creía el político que ella no estaba al tanto de la relación que mantenía con aquella periodista con la que siempre iba? Fue fácil descubrirlos. Alguien que se ha criado en la calle tiene recursos a los que otros no pueden acceder. El refrán «Dios los cría y ellos se juntan» tenía en esta historia su máxima expresión. Natalia consiguió aplazar el pago de su deuda un par de meses, y una noche apareció ante ella la oportunidad que estaba esperando, como caída del cielo.

Una pareja de enamorados entró a la recepción. Se les notaba ansiosos, estaban deseando dar rienda suelta a la pasión. Natalia no paraba de mirar al hombre. Su cara le resultaba familiar. Lo había visto en algún sitio. ¿Algún antiguo cliente? No, no era el perfil de quienes recurrían a *escorts*. Le sonaba a algo relacionado con la televisión o los libros. Incluso ambas cosas. Tanto él como su acompañante notaron que la recepcionista se quedó mirándolos más tiempo de la cuenta. Cuando les dio la llave de la habitación y los acomodó, hizo varias búsquedas en internet con el nombre del cliente. «Vaya, vaya, si es el famoso escritor del que todo el mundo habla». La chica siguió curioseando, viendo fotos, y fue cuando se le encendió la bombillita. «¡La acompañante no es su pareja!». Pasó un buen rato mirando las redes sociales del autor y comprobó que, efectivamente, tenía pareja desde hacía varios años. ¿Había venido con otra? De pronto... otra nueva casualidad. ¡Conocía a su hermanastro! Lo había entrevistado en su programa, así que decidió escucharlo para que la noche de trabajo se le hiciera más amena. El escritor estaba forrado, ¡qué buena oportunidad! Descargó la grabación de las cámaras del hotel, donde se veía a la pareja besarse por los pasillos, y la utilizaría para chantajearlo. Se ve que aquella noche estaba de suerte, pues además se encontró con que Héctor y su acompañante discutieron y se fueron antes de tiempo, así que Natalia Lletí decidió entrar a la habitación y ver si se habían dejado algo. Efectivamente, sobre la cama había un libro. «Qué título tan sugerente, *El último baile de Adriana*», pensó. Y una dedicatoria. No le hacía falta nada más. Corrió al ordenador de recepción, se creó un correo electrónico falso, y puso en marcha su plan. Natalia estaba tan entusiasmada con lo que se traía entre manos que olvidó cerrar la puerta de la habitación donde Héctor Coronado se había alojado. Tampoco reparó en que allí, observando desde el jardín, había otra persona. Alguien que también quiso entrar a curiosear entre las sábanas del escritor.

61.

COMO CADA MAÑANA, la primera tarea que hacía Pilar Hidalgo al llegar a la editorial era revisar las redes sociales y los correos electrónicos de sus escritores, primero el de Héctor. Aquel día con más motivo, pues la noche anterior Héctor había recibido nuevas amenazas de Elisabet Clemente, siempre desde la cobardía de su perfil falso «La Celestina». Pilar no esperaba para nada la sorpresa que encontraría en el correo electrónico. En la bandeja de entrada había uno de alguien que se hacía llamar Rocío Maldonado. «Señor escritor: tengo en mi poder unas grabaciones que le comprometen. Anoche estuvo usted con una chica en un hotel de Mojácar. Si no quiere que esos vídeos aparezcan en internet, deme cien mil euros. Tiene veinticuatro horas para pensárselo». Pilar ya no podía más. Esto era demasiado. Elisabet Clemente, Ángel Castellanos, Javier Cantón, Martina Bautista... y ahora esta chica. «¡Ya está bien!». Sin duda alguna, había llegado el momento de que Pilar solucionase de una vez todos los problemas de su amigo, y lo iba a hacer de forma contundente. La primera respuesta al correo de la tal Rocío Maldonado fue rápido y directo: «No te creo. Como vuelvas a escribirme, te denunciaré a la Guardia Civil». Pero su oponente no se iba a achantar, ni por asomo. Pocas horas después, en el correo electrónico de Coronado había un archivo adjunto, concretamente un clip de vídeo. En él se veía claramente cómo el escritor y su editora se besaban apasionadamente por los pasillos de un hotel y entraban a una habitación. Pilar no respondió. Estuvo meditando toda la noche y decidió armar una estrategia, demorar al máximo la situación para ganar tiempo. Y así fue. Convenció a la persona que le mandaba los correos de que ahora mismo Héctor, por quien se hacía pasar, no estaba bien económicamente, por lo que había que esperar al adelanto que la editorial le haría cuando el nuevo libro se presentase. A medida que las semanas iban transcurriendo, Natalia Lletí se impacientaba cada vez más. Le seguían reclamando la deuda y no la podía demorar más, así que tuvo que dar un ultimátum a Héctor Coronado. «Quiero el dinero mañana mismo». Ella iba a aprovechar una visita a la capital y sus alrededores para localizar a su hermanastro. Entre tanto, le había picado la curiosidad por saber de él. Había escuchado todos los *podcast* del programa que dirigía, *El faro del fin del mundo*, y se creó la falsa esperanza de que estaba bien económicamente. Debía pegarse a él para intentar sacarle algo. Incluso llegó a obsesionarse. Nunca había tenido nada parecido a un hermano, quizá fuese interesante vivir tal experiencia. Le atrajo todo lo que a él le gustaba, como los tatuajes. Así que decidió hacerse uno como el que su hermano tenía. Sería una buena carta de presentación cuando llegase a conocerlo. Incluso eligió el mismo estudio que él, ¡hasta el tatuador! Lo habían comentado en uno de los programas y no se lo pensó dos veces antes de llamarlo.

Reservó cita con Octavio, como así se llamaba, el domingo por la tarde en su local de Aguadulce. Utilizó sus encantos para que hiciese la excepción de abrir un día festivo solamente para ella. Además, le estuvo preguntando por Carlos Alonso, de forma disimulada, mientras le realizaba el tatuaje. También le sonsacó dónde se gestaba, cada semana, *El faro del fin del mundo*. Necesitaba recopilar más información de él para utilizarla en el futuro encuentro, así se ganaría antes su confianza. Lo tenía todo planeado: al día siguiente, había quedado con Héctor Coronado en la parte trasera de la plaza de toros de Roquetas de Mar para intercambiar el vídeo por el dinero. El lugar de encuentro le había parecido extraño, pero el escritor insistió en que fuese allí. Por la tarde, ya con el botín, iría al estudio de grabación del programa para conocer a

su hermano. Sin duda, se quedaría a cuadros cuando supiese de su existencia. Sin embargo, aquel hecho jamás se produjo. Pilar Hidalgo también había urdido un plan. Ni mucho menos iba a entregarle ese dinero, entre otras cosas porque no lo tenía. Le iba a dar otra cosa: su merecido. Eligió el punto de encuentro porque, a aquellas horas, no pasaba nadie por allí. Como no sabía nada de la misteriosa chantajista, le sonsacó cómo iría vestida para poder identificarla. «Llevaré una minifalda y una camiseta verde de manga larga», contestó sin dar más datos. Con ese aspecto, Natalia se presentó en el lugar. El taxi la dejó en la rotonda de la puerta principal, frente a una estatua, por lo que tuvo que caminar hasta llegar al otro lado. Cuando se estaba acercando, notó cómo alguien la sujetaba por detrás y le ponía un pañuelo en la nariz y la boca. Se desmayó y nunca más despertó. Su secuestrador la había dormido con cloroformo. Se sorprendió al comprobar que aquello no funcionaba como en las películas. Natalia se resistió y estuvo pataleando durante al menos dos minutos hasta caer dormida. Por suerte, por allí no se venía ni un alma. Después la arrastró y la introdujo en el maletero de un coche. «¡Qué guapa! Parece La Bella Durmiente», pensó. Su amor por la literatura, especialmente por los cuentos, propiciaba que su mente estableciese ese tipo de comparaciones.

62.

—¿POR QUÉ HACES ESTO? —Héctor Coronado, en aparente estado de desconcierto, no entendía por qué estaba completamente desnudo, atado de pies y manos, rodeado de varias antorchas encendidas.

—¿De verdad no lo sabes? ¿En serio? ¿Cómo puedes ser tan idiota?

—No entiendo nada, por favor, suéltame. —Los párpados le pesaban, pero no quería quedarse dormido. Si iba a morir, al menos necesitaba marcharse de este mundo con algunas respuestas—. ¿Cómo sabías...?

—Estás ridículo, me encantaría hacerte una foto y ponerla en las redes sociales para que sientas lo mismo que yo. ¿Preguntas que cómo sabía lo que querías hacer? Tu correo electrónico, imbécil. Los he leído todos. Lo que tramabas con el mexicano ese. ¿Se puede ser más cobarde que tú? Y todo por esa mujer... El mundo no te merece. El famoso escritor al que tanta gente sigue, el ganador del premio Argaria, totalmente empequeñecido y reducido por esa... ¡Jamás has valorado lo que tienes! Tu vida tirada por la borda por un capricho. ¿Sabes cuántas personas nos cambiaríamos por ti? ¡¿Lo sabes?! —gritó mientras acercaba una de las antorchas a la cara del escritor.

—¿Tú... mataste a la chica esa? —Las palabras apenas podían salir de la garganta de Héctor.

—¿La de la Alcazaba? Era mala persona, alguien tenía que darle su merecido. Ni te has enterado de que te estaba extorsionando. Por suerte tienes gente a tu alrededor que cuida de ti, aunque no lo valores.

—Usaste insulina para que me inculpasen.

—Tú también necesitabas una lección. ¿Te has visto? Has perdido el norte. ¡Y encima sueltas en la radio que estás escribiendo una novela de amor! ¡Se te fue la cabeza! Quise darte algo en lo que centrarte, un reto. Y si no lo superabas, si no conseguías demostrar tu inocencia, es que no eras lo suficientemente bueno. Por eso mereces morir, pero no de la forma tan cobarde como lo habías planeado. ¿Quitarte la vida? ¿Tus seguidores lo merecen? ¿En serio? El amor es una debilidad, yo creía que estabas por encima de todo eso, Héctor. Además, está lo del prólogo.

—¿Qué dices? ¿Qué prólogo?

—Siempre has tenido memoria selectiva, porque tonto no eres, Héctor. ¿Tengo que recordarte que ni siquiera quisiste hacer un puñetero prólogo para mi libro? Te crees superior a los demás, ¿verdad? ¡Oh, mi trabajo no estaba a la altura del gran escritor, el que tanto vende! Tampoco para esa editora por la que has acabado de esta forma.

—Las cosas no son así.

—Eso me enfureció aún más. ¿Tanto trabajo te costaba? ¿En serio? Cada hostia que me dabas me empujaba a matar. Y lo hacía pensando en ti. Como si los golpes te los estuviese dando directamente en la cabeza.

—También a Castellanos... ¿Por... qué? —Héctor ya estaba muy débil.

—No puedo creer lo que oigo, de verdad. ¿No tienes amor propio? ¡Si te ha estado machacando todos estos años a través de su periódico...! Había que machacarlo a él, darle su propia medicina y dejar nuevas pistas que te inculparan. ¡Tú eres el hombre del saco! ¡En él has metido las ilusiones de todos los que te seguíamos! Disfruté, te juro que lo hice mientras lo destripaba. Y no me importa reconocer que me ha venido bien para cuando publique mi libro.

Héctor estaba a punto de desmayarse, el calor que el fuego desprendía era insoportable, ya notaba cómo su piel comenzaba a abrasarse, y fue en ese momento, cuando uno ve pasar toda tu vida por delante, cuando oyó la voz más bonita del mundo.

—¡Alto o disparo!

La inspectora Reyes Martínez había llegado. Corrió como una posesa por las calles de Castell del Rey hasta que encontró la dantesca escena. No podía más, estaba exhausta.

—¡Ya estamos todos! ¡La heroína! —dijo entre carcajadas mientras prendía fuego a la madera de la que estaba colgado Héctor—. Pero es tarde, muy tarde. Y pesará sobre tu cabeza toda la vida.

Reyes experimentó una de sus ausencias. Fue más rápido de la cuenta. Su cuerpo se paralizó sin avisar siquiera. ¿Qué le estaba ocurriendo? No podía moverse, y la impotencia se apoderó de ella.

—¡Ni se te ocurra hacerle nada! —Héctor volvió en sí. La voz de Reyes le dio unas pocas fuerzas. Necesitaba ganar tiempo. Si él moría, que al menos la inspectora se salvase. Fue en ese momento, a punto de ser devorado por las llamas, cuando supo que estaba empezando a sentir algo por ella—. ¿Por qué has elegido este sitio? No lo conoces.

—¿No lo conozco? ¿Te atreves a decir eso? Me sigues dando la razón. Todo tiene que acabar aquí, justo en el mismo lugar en que empezó.

—¿Qué dices? Si tú no sabes lo que es el castillo del...

Antes de que Héctor pudiese terminar la frase, le lanzó una fotografía. Era de la Alerta Ovni. La misma foto que Alma había enseñado a Reyes hacía un rato.

—¿Qué significa esa fotografía? ¡Si tú no sales en ella!

—Precisamente por eso, fue la primera vez que me ridiculizaste. Me menospreciaste delante de todos. ¿Recuerdas a quién le dijiste que cogiera tu cámara y os immortalizara?

—No puede ser...

Héctor comenzó a llorar. De pronto recordó muchas escenas. Todas se agolparon en su cabeza. Y por una extraña razón que no alcanzaba a comprender, se sintió culpable.

—¡Yo hice esa foto! ¡Quería salir en ella contigo, a tu lado! Y me lo pagaste así. A pesar de todo, te he admirado. ¡Joder, aún lo hago! Estoy a punto de hacerte aún más famoso. Serás recordado para la posteridad. El escritor maldito. Tus obras se venderán en todo el mundo. ¡Y será gracias a mí! Seguro que harán una película de tu vida y todo.

—¡Héctor, no te duermas! —consiguió Reyes decir estas palabras, pero seguía inmóvil.

—Ya no hay nada que hacer —contestó el escritor—. Vales mucho. Sé feliz, por favor.

—Te voy a salvar, Héctor —respondió ella.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Esperándote.

En unas décimas de segundo, ocurrió todo. Un disparo atravesó la cabeza de Jesús Barros, cuyo cuerpo, abatido, se precipitó por el acantilado. Todos necesitamos un héroe, alguien a quien buscamos admirar, quien deseáramos ser. Tanto Reyes como Héctor habían conocido al suyo ahora mismo. Lucas Campillo, que tanto había sufrido aquellos días, había llegado justo a tiempo. Unos minutos más y ambos habrían sido pasto de las llamas. Lucas hizo el disparo de su vida, totalmente certero. Es fácil confiar en los héroes, lo difícil es cuando nuestros héroes dejan de confiar en nosotros. Por eso Lucas, desde aquel día, se convirtió en el de ellos. Dejó el arma en el suelo y desató a Héctor antes de que las llamas lo redujesen a cenizas. Acto seguido, hizo que

Reyes se incorporase. Fue la primera vez que ella le dio las gracias por algo, y aquel gesto conmovió al joven policía. ¡Menos mal que no devolvió la pistola al comisario!

63.

—JODER, LUQUITAS, ya podías haber apuntado a las piernas, que ese hijo de puta se ha ido al infierno dejando muchos interrogantes —dijo la inspectora, que, a pesar de haber resuelto el caso, no estaba del todo conforme.

—Reyes, no te preocupes, creo que tengo todos los datos que te faltan —contestó él.

—¿Es que has investigado por tu cuenta?

—No, todo lo contrario. He estado ciego. Lo he tenido delante de mí todo el tiempo y no lo vi. Creo que podía haber evitado gran parte de que ha sucedido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mi hermana.

—¿Qué pasa con Paula?

—Estaba liada con Jesús desde hace bastantes meses.

—Venga ya.

—Yo me oponía a esa relación. Él estaba casado y, además, lo conozco desde hace años. No quiere a nadie, a veces pienso que ni siquiera tiene sentimientos. Ni te imaginas, Reyes, la cantidad de veces que he discutido con Paula por este asunto.

—Tú no tienes la culpa.

—¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Detenerla por cómplice? Es sangre de mi sangre...

—¿Estás seguro de que le ha ayudado? —La inspectora no salía de su asombro.

—Estaba cegada por él. Me ha llamado mientras venía de camino a este lugar y me ha confesado que le dejó las llaves de la Alcazaba. Por eso las cámaras estaban desconectadas.

—Es muy grave, Lucas, aunque ella no sabía lo que pretendía hacer.

—Lo sé, pero no puedo callármelo. Si nosotros mismos no somos los primeros en hacer cumplir la ley, ¿cómo esperamos que lo hagan los demás?

—Eres el mejor policía que he conocido, subinspector Lucas Campillo.

Reyes terminó abrazándolo. No era demasiado cariñosa, mucho menos capaz de demostrarlo, pero le salió de dentro. Héctor, que observaba desde la distancia mientras el personal de la ambulancia le atendía sus leves quemaduras, aprovechó para pedirle perdón.

—Tío, siento mi comportamiento. Solo pensé en mí.

—Te lo voy a perdonar porque me vas a acompañar a mi siguiente investigación. ¡Tenemos que resolver lo de los esqueletos gigantes! —bromeó entre risas mientras le chocaba la mano.

El siguiente coche que llegó fue el del comisario. Junto a él, Raquel Guerrero y el hermano de Héctor. No podrían creer lo sucedido. Ella temblaba, habían sido demasiados sobresaltos en tan pocos días, y últimamente estaba peor de su enfermedad. «Ya ha pasado todo, cariño», le dijo mientras le cogió la mano. Reyes se apartó de la escena. Estaba celosa, pero cumpliría su promesa. Lo esperaba. Por una vez, sentía que podía merecer la pena. Inexplicablemente, Héctor no se borraba a Martina de la cabeza. ¿Por qué? Habían pasado muy pocos días y no se sentía totalmente seguro de su decisión. ¿Cómo se hace para dejar que alguien se vaya para siempre? ¿Cómo iba a encontrar la forma de seguir adelante, de estar a gusto, sin que se te destruya el corazón? Héctor iba a recibir la lección más importante que la vida le daba, aprendería a decir adiós. Nada dura para siempre, tarde o temprano llega el momento en el que debemos despedirnos de lo que conocemos, lo que dábamos como seguro, lo que creíamos que nos acompañaría para

siempre. Cuando eso se va y algo nuevo ocupa su lugar, ¿qué podemos hacer? Simplemente decir: «¡Hola y bienvenido!».

64.

EL LUNES SIGUIENTE, por la mañana, se reunieron en comisaría la inspectora Reyes Martínez, el subinspector Lucas Campillo, la policía Alma Valero y, por supuesto, el comisario Ramón Malvido. Habían quedado para dar por cerrado el caso y dejar atados todos los cabos. No iba a ser tarea fácil.

—Damos por cierto que Jesús Barros es el asesino de la chica de la Alcazaba —comenzó hablando el comisario—. No sabemos cuándo la raptó, pero el estudio nos confirmó que se hizo el tatuaje la tarde del domingo, así que debió de ser esa noche o el lunes por la mañana.

—Le inyectó unas ochenta unidades de insulina Fiasp con un vial que Héctor Coronado debió de perder en algún momento, seguramente cuando fue entrevistado en el programa de radio —prosiguió la inspectora—. El escritor es muy despistado y se le caería en el estudio de grabación. Ya le pasó conmigo la primera vez que lo interrogué.

—Si a eso lo llamas interrogar, *baby*... —Alma estaba tardando en intervenir. La palabra control no estaba en su vocabulario.

—¡Joder, Alma! ¿No puedes estar sin bromear ni un momento? —respondió ella.

—¡Qué carácter, nena! ¡Que has resuelto el caso! Alegra esa cara de ajo que tienes.

—Y mi hermana —continuó Lucas— le proporcionó las llaves de la Alcazaba, así que entraría, desconectaría las cámaras y dejaría tanto el cuerpo como el libro y la pistola.

—¿Sabemos cómo los consiguió? —preguntó el comisario.

—Sí. Las cámaras del hotel de Mojácar lo captaron merodeando por el jardín y, más tarde, saliendo de la habitación que Héctor había cogido para esa noche. Se le ve perfectamente con un ordenador portátil en la mano y con el libro en la otra —añadió Alma.

—También pudo coger la insulina de allí —apuntó Lucas.

—Lo que no me cuadra —dijo el comisario— es cómo sabía de la existencia de esa chica.

—Yo se lo explico. —Alma estaba ansiosa por contar su descubrimiento—. He revisado con los informáticos las conexiones a las redes sociales y al correo electrónico del escritor. Además de Pilar Hidalgo, la encargada de gestionar esas tareas para Coronado, hay otra conexión más. Su IP coincide con la de la línea de fibra óptica de la casa de Jesús Barros.

—¿Y cómo tenía las contraseñas? ¿Eso se puede hacer? —insistía Ramón Malvido porque no era muy ducho en las nuevas tecnologías. Eso de IP y redes sociales le sonaba a chino. En posición de pie y con los brazos cruzados, observaba a los chicos desde el fondo de la sala. No le gustaba sentarse.

—Héctor Coronado me ha contado que, la noche del hotel, consultó su correo y su Twitter desde el portátil que había allí. Sabemos que la chica, a través de un nombre falso, intentó chantajear a Coronado tiempo después. No me lo puede asegurar, pero Héctor cree que, como abandonó la habitación de forma apresurada, no reparó en cerrar las sesiones —Reyes exponía su teoría—. Cuando Jesús Barros entró, veía el ordenador encendido y las páginas abiertas, por lo que nunca las cerró ni dejó que se apagase. Eso explicaría por qué tenía acceso.

—¡Vaya, vaya con tu Héctor! —cuando Alma pronunció esas palabras, Reyes le lanzó una mirada asesina—. ¿No hay cámaras dentro de la habitación? Así vemos qué tal se desenvuelve en otros menesteres... con esa tal Martina.

—¡Alma! ¡O dejas de decir tonterías o te expulso de esta reunión!

El comisario no toleraba tales intrusiones y, sobre todo, no aguantaba que insinuara ese tipo de cosas a su querida Reyes. Él no era tonto y la conocía al dedillo. Se había dado cuenta de que había empezado a sentir algo por el escritor. Hablaba demasiado de él, más de lo normal. La última vez que le ocurrió fue con Fernando, y sabía cómo había acabado.

—Lo siento, don Malvido. Es que me dejo llevar.

—A ver si te dejo yo llevar al calabozo, niña. Dos azotes te hubiera dado de pequeña para quitarte todas las tonterías.

—¡Parad ya! —se estaba hartando Reyes—. ¡Terminemos con esto de una vez!

Lucas se levantó y tomó la palabra mientras se movía lentamente por la habitación. Estaba muy nervioso. No era para menos, se había visto obligado a detener a su propia hermana, que además resultó ser la amante de un asesino, que para más inri era amigo suyo. No dudó en disparar. Lucas podía ser inocente, pero tenía muy claras las diferencias entre el bien y el mal. Jesús Barros dejó de merecer su amistad en el instante en que decidió acercarse a Paula.

—Yo creo que la parte de la chica de la Alcazaba podemos zanjarla, aunque es una pena que no podamos saber a ciencia cierta su identidad. Nadie ha reclamado su cadáver. ¿Cuál sería su nombre? ¿A qué se dedicaría?

—Pobrecita —dijo Alma—, tenía cara de buena chica.

—Pasemos ahora al asunto de Ángel Castellanos.

Reyes parecía tener prisa por acabar.

—A eso iba, inspectora. La noche de antes de que apareciese su cadáver, estuvimos con él.

—Sí, en La Dulce Alianza. —El comisario usó un tono de voz conocido por los allí presentes. Estaba a punto de regañar a Lucas—. ¡No sé cómo lo haces que estás siempre en el meollo! Conocías al escritor desde antes y te callaste como una puta.

—¡Esa lengua, comisario!

A estas alturas, Reyes no iba a conseguir que Ramón Malvido cambiase su genio, pero al menos lo intentaba.

—Coño, Martínez, si es verdad. ¿Por qué no lo contaste? —preguntó a Lucas.

—Si os soy sincero..., me dio vergüenza. Si os llevo a contar que estuve una noche, en un descampado, buscando platillos volantes con un grupo de personas, ¿qué hubierais pensado?

—Pues la verdad, que eres un friki —dijo Alma.

—¿Lo entendéis ahora?

—Sí, joder, pero es que luego tu hermana metida en el ajo, le cascás a un sospechoso todos los detalles del caso, conoces al de la pistola supuestamente robada, el lugar del crimen... ¿A ver si has tenido algo que ver? —tiró de psicología el comisario para intentar asegurarse al cien por cien de que el subinspector era ajeno a todo.

Lucas se puso nervioso y su rostro enrojeció. No sabía disimular, pero en aquel caso lo único que quería ocultar es la vergüenza de haber quedado en evidencia delante de sus compañeros.

—Todo ha sido mala suerte. ¿Qué hago si me ha pillado en medio?

—Oye, ¿y la pistola que había junto al cadáver? —preguntó Reyes.

—Estuvimos ayudando a Pablo Juárez, el atrezzista, los días previos a la presentación. Supongo que Jesús Barros se la llevó en un descuido.

Reyes asintió con la cabeza y apuntó el detalle.

—Como os iba contando, en La Dulce Alianza estuvimos reunidos Carlos Alonso, Atenea Martín, el asesino, la víctima y yo.

—¿A cuento de qué esa quedada? —preguntó el comisario.

—El periodista es experto, o era, en los temas que nos gustan. Yo quería que me diera algo de información para mi investigación.

—Los dichosos gigantes... —El comisario se llevó las manos a la cabeza—. No sé cómo la juventud de hoy puede creer en esas chorradas. ¿No os hacen un test psicológico antes de ingresar en la policía?

—Carlos Alonso quiso invitarle al programa de radio, y Jesús quería contarle que estaba escribiendo un libro sobre Los Millares. Creo que ese fue el detonante.

—Explícate, por favor —le pidió Reyes.

—Veréis, cuando Jesús Barros mostró su investigación, Castellanos dijo que él iba a publicar un trabajo sobre el mismo asunto y le instó, no de muy buenas formas, a que se dedicase a otra cosa.

—Supongo que no se lo tomó a bien —intervino el comisario—. Además, mi amigo no era muy simpático que digamos, me imagino las formas.

—De la vieja escuela, como usted —murmuró Alma.

—Discutieron un poco, porque Jesús decía que lo iba a publicar, y el periodista le amenazó con ridiculizarlo a través del periódico si lo hacía.

—Como hizo con Héctor cuando publicó *El hombre del saco* —aportó Reyes.

—Exacto. El mismo *modus operandi*.

—Es que la cabra siempre tira al monte, y las personas no cambian.

Las palabras del comisario denotaron cierta resignación.

—Y se entiende que, después de la riña, la conversación acabaría y Jesús seguiría a Castellanos hasta matarle —Reyes pensaba en voz alta—. ¿Y por qué lo asesinó en la puerta del convento de Las Puras? ¿Tiene algún significado?

—No sé si fue casualidad o a posta —contestó Lucas—. Es que Ángel Castellanos publicó un monográfico sobre ese lugar y sus monjitas. Quizá lo eligió por eso, o incluso para intentar incriminar a Carlos Alonso, que también es amante del tema.

—Puede ser... ¿Y qué tenía en contra de él? Si eran compañeros del programa... —intervino Alma casi por hacerse notar. Quería escalar rápido en el cuerpo y se estaba quedando fuera de la conversación.

—Atenea nos ha dicho que tenía celos de él. Ansiaba ser el conductor del *podcast*. Además, Carlos le tiraba mucho con que terminara la carrera antes de decir que era historiador. Seguramente, en su podrida mente, tomaba estas cosas como ataques.

—Es todo muy paradójico, muy macabro.

Lucas se había girado hacia la ventana. Estaba de espaldas mientras se dirigía a sus compañeros.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Alma.

—Porque justo antes, Castellanos, para hacerse el interesante, nos narró un asesinato ocurrido precisamente en La Dulce Alianza, en el lugar donde originalmente se ubicaba, prácticamente al lado del actual. Hasta mediados del mes de agosto de 1941 en ese local estaba el Café Suizo, popular cafetería donde cada noche tocaba el piano un hombre llamado Adolfo Montero. Este profesor de música era muy querido en Almería porque siempre se prestaba altruistamente para cualquier actividad benéfica. La noche del diez de enero de 1905, tras terminar su actuación, salió del Café Suizo en compañía de su amigo Julio Fernández. Con unas copas de más, se dirigieron hasta la calle Méndez, donde Julio residía con Candelaria González, «Candy», desde hacía casi siete años. Los vecinos llevaban comentando tiempo atrás que ella era la amante del pianista,

siendo esta relación consentida por su marido, ya que el músico era bastante generoso con la joven muchacha.

—Esa Candy Candy no se parece nada a la nuestra, Lucas: se lo pasaba mejor. —Rio Alma.

—La pela es la pela —murmuró el comisario.

—Efectivamente, don Malvido. El matrimonio tenía dificultades económicas, así que el marido prefería mirar para otro lado. Pero aquella noche algo cambió. En la vivienda se oyó un disparo. Al menos eso fue lo que declaró el sereno, testigo del suceso. Pocos segundos después, un hombre salió corriendo despavorido, pero desde el portal de la casa alguien le disparó en la pierna con una escopeta de caza, y lo derribó.

—¿Todo el mundo tenía armas en esa calle? —preguntó ingenua Alma.

—Eran otros tiempos, niña. ¡Ay! Si volvieran. A más de uno se le quitaban las tonterías.

El comisario no sabía disimular su talante.

—Dejad que termine —pidió Lucas.

—Sí, porque para una vez que te vienes arriba —dijo Alma.

—Después de disparar se acercó a él y lo remató asestándole cuatro puñaladas en la barriga. La víctima era el pianista, y el verdugo su amigo Julio.

—Con amigos como esos, ¿quién quiere enemigos? —Alma no se callaba.

—Finalmente, el sereno consiguió reducir a Julio, que fue juzgado por asesinato.

—Nada nuevo bajo el sol —opinó el comisario—. Se entiende que fue un crimen pasional, seguramente provocado por la negativa de la chica a seguir con la relación extramatrimonial que, por otra parte, consentía su marido.

—Es que acostarse con un tío que no te atrae..., hay que tener estómago —sentenció Reyes.

—Una cosa es eso, y otra no darle ni una alegría a ese cuerpo moreno que tienes, cariño —de nuevo, Alma.

—Lo mismo el marido se hartó, y los celos le movieron a hacerlo —terminó diciendo Lucas—. Todo se perpetró en el mismo lugar...

—... en el que Jesús Barros ideó su crimen. Curioso —dijo Reyes.

—Qué jodida es la vida. El periodista le da la idea a ese Jesús Barros para matarlo.

Por primera vez, el comisario parecía conmovido por la muerte del que era su amigo. Le costaba mucho expresar los sentimientos, todos lo sabían, así que Reyes se levantó para abrazarle. Era poco frecuente que demostrasen, mediante gestos físicos, lo mucho que se querían.

—Bueno, basta ya de historietas, Luquitas, que tanto leer esas tonterías te ha afectado la cabeza.

—El momento sensible del comisario duró poco—. Mi mujer me está esperando para hacer las compras navideñas y no sabéis cómo se las gasta.

—Santa Claus *is coming to town*, será para verlo en El Corte Inglés de un lado para otro —se le escapó a Alma.

—¿Has dicho algo, jovencuela insolente?

—Nada, nada... Solo me preguntaba por lo del robo del brazo, por seguir con las cosas macabras.

—Es todo muy extraño. La persona que se lo llevó parecía conocer bien el lugar. Es cierto que mostró precipitación, pero no hemos conseguido identificarla. Ni siquiera a través de las cámaras de los negocios de enfrente —explicó Lucas—. No me imagino qué ha podido hacer alguien con el brazo de una mujer.

—Tuvo que ser algún cómplice del asesino, pero por más que lo pienso, no se me ocurre ningún motivo lógico —añadió Reyes.

—Es que este caso tiene muy poco de eso —fue la respuesta del policía.

Más que por la pérdida o localización de la extremidad, se lamentaba de no haber dado con el agresor de su amiga. La noche del viernes la llamó para contarle cómo se sentía. A pesar de que lo mereciese, había matado a una persona, y eso te marca para siempre.

—Queda por cerrar el asesinato de la jefa de prensa del delegado del Gobierno, porque las muertes de los miembros de la secta mexicana están más que claras —intentó Reyes encauzar la conversación hacia lo que realmente importaba. Le costaba nombrar a Fernando, por eso lo mencionó aludiendo a su cargo.

—Ahí hay poco que cerrar, creo que está todo claro —el comisario parecía tener cierta prisa por terminar, y no solo por haber quedado con su esposa—. El loco ese le dispararía desde su sitio.

—Como Coronado no quiso que la presentación se grabase, no tenemos imágenes de las cámaras de la Delegación. Se desconectaron las del Salón Noble —apuntó Alma.

—Es raro que Jesús Barros pudiese meter una pistola allí, todo el mundo pasó por el escáner de seguridad —reflexionó Reyes.

—La noche de antes estuvimos allí, ultimando los preparativos. Nos dieron permiso —aclaró Lucas—. Quisimos echarle una mano a Pablo Juárez con los decorados. Es posible que Jesús aprovechase para meter la pistola en ese momento.

—Entonces el arma estaría allí desde el día anterior... Tiene sentido —dijo Reyes.

—Pero yo le pregunté a Atenea, que estuvo en todo momento al lado de Jesús, y me aseguró no haber visto el momento del disparo. —Alma no estaba muy convencida de la explicación.

—Esa cría estaría atenta al programa. ¿No estaban haciendo radio o algo así? Es imposible que pudiera estar pendiente de todos los movimientos del otro.

Se notaba demasiado que el comisario quería dar carpetazo al asunto cuanto antes.

En aquel momento, alguien tocó a la puerta de la sala donde los policías estaban reunidos y pidió permiso para entrar. Era la inconfundible voz de Candela Moya, la forense.

—Buenos días a todos. Lamento interrumpir, pero es urgente.

—Y si es urgente, ¿por qué no has llamado? —El comisario, siempre tan simpático.

—Lo he hecho, pero ninguno contesta a las llamadas. —Todos repararon en que quitaron el sonido a los teléfonos antes de entrar a la reunión—. Llevo intentándolo desde hace un buen rato.

—¿Qué ocurre? —Lucas mostraba preocupación.

—He realizado la autopsia a Elisabet Clemente: hasta ahí todo normal. Pero los compañeros de la científica me aseguran que la bala que encontré en el cuerpo de la mujer es del calibre 9 mm, concretamente la parabellum blindados NOTOX.

—Esas son las que estamos usando recientemente en la Policía Nacional. No liberan los gases tóxicos que emiten las balas normales, van recubiertas de latón —apuntó Campillo.

Reyes Martínez permanecía callada. Su rostro palideció. Se levantó, bebió un poco de agua, suspiró y de nuevo se sentó.

—¿Ahora nos preocupa el medio ambiente? —cortó don Malvido—. A este paso disparemos con escopetas de feria. ¿Y qué más da para el caso?

—Mucho —dijo la forense—. Las balas de la pistola que tenía el asesino, con las que disparó a los del restaurante, no eran de ese tipo.

—Tonterías sin importancia.

La insistencia del comisario por enterrar el asunto empezaba a mosquear a los asistentes. No era normal ese comportamiento, aunque la persona que más lo conocía comenzaba a entenderlo. No

quería pensarlo o más bien aceptarlo. Por eso se acercó y le besó en la mejilla. Estaba claro que el caso le había quitado muchas horas de sueño a Ramón Malvido, a lo que se unen las emociones por lo del asesino de los barrancos, pero esa forma de actuar no iba con él.

—Ha podido quitarle alguna bala a su amigo Lucas. —El comisario utilizó de forma jocosa la palabra amigo—. Si tenemos entre nosotros a una hermanita de la caridad... Estos días han pasado demasiado tiempo juntos, pudo hacerlo en un descuido.

Alma estaba a punto de estallar, y lo hizo.

—¿En serio a nadie se le está pasando por la cabeza que el tercer asesinato lo cometiera otra persona?

—Niña, ¿insinúas que un compañero nuestro la mató? ¿Uno de nosotros? Desde luego, te queda mucho que aprender del código de la Policía. El caso está cerrado. El loco ese ha pasado a mejor vida y nosotros podemos descansar, que nos lo merecemos. ¡Que es Navidad, coño! Yo personalmente haré el informe oficial según lo que me redactéis vosotros.

Candela hizo un gesto a Lucas para que salieran fuera. Se acercó a su oído y le susurró: —Dime que piensas lo mismo que yo.

—Algo no encaja, Candy Candy.

—Apostaría una mano a que el tiro que mató a Elisabet Clemente no lo disparó Jesús Barros. Es más, estoy convencida de que el objetivo no era ella.

—¿Qué quieres decir?

—El ángulo del disparo, el orificio de entrada de la bala... O ella se puso en medio de la trayectoria del proyectil o iba destinado a otra persona.

El comisario abrió la puerta y llamó a los dos chicos. Estaba serio y quería comentar algo a todos.

—Aprovecho para anunciar que este ha sido mi último servicio al Cuerpo Nacional de Policía. Me jubilo.

—¿En serio? ¿Cómo se va a retirar? Si es su vida. —Reyes no daba crédito.

—Esta vida me ha quitado demasiado de la mía. Ya es hora de recobrarla. ¡Joder! ¿Es que nadie va a traer una botella de champán? ¿Vuestro comisario cascarrabias no se merece un brindis por todo lo que hemos conseguido?

Alma llamó al juez Melero para que se uniera a la improvisada fiesta. Él trajo la botella y las copas. Todos rieron, contaron batallitas, e incluso el comisario dijo unas emotivas palabras de despedida. Recordó cómo entró cada uno de los allí presentes a la policía, los primeros casos y también los errores, que los hubo. El juez recordó la vez que, en acto de servicio, se escaparon al Vicente Calderón para ver a su Atlético de Madrid, el día en que se jugaban el descenso a segunda división; así como todas y cada una de las condecoraciones de su amigo.

—Solo os puedo dar un último consejo, y no os cobraré por ello. —Aquello despertó la sonrisa de todos—. Un buen policía siempre mira por sus compañeros. Somos una familia. Si no nos protegemos entre nosotros, ¿quién lo va a hacer? Paso corto, vista larga ¡y mala leche!

—¡De eso último sabe usted un poco!

Alma siempre tenía que dar la puntilla.

Todos aplaudieron las palabras del comisario. Habían crecido con él, Ramón Malvido les había enseñado todo lo que sabían, especialmente el código de la calle. Vale que quizá no usaba las formas más ortodoxas, pero los había tratado a todos como hijos, especialmente a Reyes Martínez. Ella no estaba contenta. Tampoco la forense. Ni Lucas. Ni siquiera el propio comisario. Quedaba algún cabo suelto, y más de uno en la sala seguía teniendo algo que ocultar. Como ocurre en las

bodas, chocaron las copas, en este caso de plástico, brindando. Como hizo por primera vez Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, tras conquistar y saquear Roma en el siglo XVI. Los militares llenaron sus copas de vino, las alzaron y pronunciaron «*bring dir's*», que viene a significar «yo te lo ofrezco». Cuentan que el propio monarca, días antes de contagiarse del paludismo que acabaría con su vida, tuvo una aparición. Un espectro encapuchado se mostró ante él y, cuando Carlos V le preguntó su nombre, se despojó de la capa y se vio a sí mismo, o a su doble, que le anunciaría la proximidad de su muerte. En la cultura germánica, estas apariciones se llaman *Doppelgänger*, que serían lo mismo que la bruja Banshee para los celtas, la que avisa de la muerte. En el brindis que se estaba llevando a cabo en la comisaría de Almería, alguien había experimentado algo parecido pocos días antes; por eso tuvo que actuar. Por eso tenía muchas explicaciones que dar, aunque pensase ocultarlas para siempre.

65.

UN FIN DE SEMANA DE REFLEXIÓN, tirado en el sofá de casa y totalmente desconectado del mundo, da para mucho, incluso en la figura de Héctor Coronado. El escritor había regresado a casa la noche del viernes. Necesitaba pensar y volver a sus orígenes. Decidió apagar el teléfono móvil y desenchufar la red de wifi. Raquel Guerrero estuvo con él. Siempre lo había hecho aunque Héctor no lo viese. A su manera, celosa de no poder recuperar la vida que tanto ansiaban, había cometido errores. Pero de eso se trata, de aprender. Fue la primera en cabrearse cuando el sábado, en la portada de *La Crónica de Almería*, no hubo ni un ápice de disculpas hacia su pareja. Le habían acusado injustamente, incluso calumniado, pero no mostraron arrepentimiento.

—¿No se les cae la cara de vergüenza? Tendrías que denunciarlos, Héctor.

—No ganaría nada. Ellos saben que lo han hecho mal.

—Querrás decir ella.

—Sí, la verdad es que a Eva León se le ha visto mucho el plumero, pero ya la conocemos. Es un mal necesario.

—¿Necesitas algo? Después de lo que has pasado, sinceramente no sé qué decirte.

—No te preocupes. Me voy a subir al solárium. Quiero mirar las estrellas y dejar volar la imaginación.

—Quizá deberías marcharte un tiempo.

—O marcharnos, Raquel.

—Ya sabes cómo está mi querido Huntington. —Ella intentaba tomárselo con filosofía—. No estoy para muchos trotes.

—¿Una vista a Izcalli, quizá?

—Pasan los años y no termino de acostumbrarme a tu sarcasmo, Héctor. —Siempre conseguía sacarle una sonrisa—. Creo que en una temporadita no voy a tomar nachos ni quesadillas.

—Dime que tacos sí, por favor, me muerdo de hambre.

Se abrazaron. Ya casi no recordaban ni el olor de sus cuerpos. Héctor tenía que poner demasiadas cosas en orden. Subió a la terraza con una Turia en la mano, y se tumbó en una de las mecedoras. Solo habían pasado unos pocos minutos, apenas dos sorbos del botellín, cuando una estrella fugaz surcó el cielo. A Héctor se le pasó por la cabeza la estúpida idea de pedir un deseo. Esa tradición se la debemos al astrónomo Claudio Ptolomeo, que creía que las estrellas fugaces procedían del reino de los dioses, y que su presencia significaba que se abría una puerta a la comunicación con ellos. El escritor tenía clara su petición: que Martina Bautista se borrara de su cabeza para siempre. Olvidarla. Como si el amor pudiera desaparecer con un chasquido de dedos. Se recostó, cogió los auriculares y buscó con paciencia la canción que quería escuchar. *Sister Golden Hair*, de América fue la elegida. Quería dormir por primera vez en varios días, el lunes había quedado con algunas de las personas con las que tenía cuentas pendientes.

Bueno, intenté pasar el domingo, pero me entró tal depresión que puse mi mirada en el lunes y me quité la ropa.

No estoy listo para el altar, pero estoy de acuerdo en que hay momentos en los que una mujer claro que puede ser mi amiga.

Bien, sigo pensando en ti, hermana de pelo dorado que llega por sorpresa.

Y no puedo vivir sin ti. ¿No puedes verlo en mis ojos?

*He sido correspondido malamente, pero yo también he sido demasiado difícil de encontrar.
Pero eso no significa que tú no hayas estado en mi mente.
¿Llegaremos a un acuerdo? ¿Nos encontraremos en el aire?
¿Me querrás solo un poco, lo suficiente para demostrar que te importo?
Bueno, intenté fingir, pero no me importa decir que no puedo conseguirlo.*

66.

LA INSPECTORA REYES MARTÍNEZ había salido a correr el domingo por la mañana. El mismo trayecto, la misma historia, aunque con una novedad: su corazón latía aún más fuerte, y no precisamente por el ejercicio. Gordon ladraba. La notaba distinta y no se equivocaba. No era la misma persona. Había conseguido mirar a los ojos al mismísimo diablo y no se había achantado. El asesino estaba muerto, el caso resuelto, pero varias cosas la atormentaban. ¿Dónde estaría Martina Bautista? ¿Qué haría Héctor con su vida? ¿Decidiría volver a casa o la llamaría? Pero, por encima de todo, una duda la asaltaba: ¿realmente había sido Jesús Barros el asesino de Elisabet Clemente? La actitud del comisario fue, cuando menos, sospechosa.

Aquel día había decidido correr hacia el otro lado, pasaría por Ruescas y compraría una novela al azar en la nueva librería. Y contemplaría las olas. «El universo siempre busca el equilibrio», le decía el comisario. Si era así, solo le quedaba tumbarse en la playa y mirar al cielo. Había quedado al día siguiente con Héctor. No quería hacerse ilusiones ni falsas esperanzas. «Lo que tenga que ser, será». Siempre había sido muy pragmática. Le atormentaba mucho haber dejado de ser la policía correcta, profesional, hermética y sin fisuras. Aquel caso la había transformado. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza confiar a ciegas en un posible sospechoso. Aun hoy, dudaba si había tomado la decisión adecuada. Quedaban algunos cabos sueltos. ¿Cuándo se había dejado llevar por el corazón? Solo una vez, con Fernando, y fue la peor decisión de su vida. ¿Acaso no había aprendido nada de aquella terrible lección? Todavía le quedaban secuelas, y no solo las cicatrices de su muñeca derecha. Comenzó a chispear en Cabo de Gata. Sin saber por qué, a la inspectora le vino a la mente una de las pocas historias que su padre le contaba. Hablaba sobre la rivalidad entre el dios del Sueño y el dios de la Tormenta. El primero era el que originaba los sueños. Un día decidió ayudar a unos marineros que estaban siendo atacados por el dios de la Tormenta. Cuando este descubrió las intenciones de su enemigo, invocó hacia él un fuerte temporal que le obligó a esconderse en una isla desierta, sombría. Allí no había vida, nada crecía, pero al caer la noche, la diosa Luna iluminaba toda la isla, momento en el que el dios del Sueño aprovechaba para dejar libres a sus hijos, a quienes había llevado consigo para protegerlos. Eran ellos los que cada noche visitaban a la gente que se quedaba dormida para hacer volar su imaginación. Reyes Martínez nunca había querido conocer nada de sus orígenes, no deseaba saber nada sobre la cultura árabe, y esa era la única historia que su padre le había dejado. Si la lluvia cesaba, iría a La Isleta del Moro. Le apetecía pasar un momento a solas. En esa época del año no hay turistas y podría pasear tranquila, sumida en sus sueños, disfrutando de su música. ¿Qué decidiría Héctor? *Bizarre Love Triangle*, de New Order, sonó en su Spotify.

Cada vez que pienso en ti siento un disparo atravesarme inesperadamente...

Viviendo una vida que no puedo dejar atrás...

Y cada día mi confusión crece.

Cada vez que te veo cayendo me pongo de rodillas y rezo.

Estoy esperando por ese momento final en que dirás las palabras que yo no puedo decir...

¿Por qué no podemos ser nosotros mismos como lo fuimos ayer?

67.

—PAPÁ, ¿CUÁNDO VOY A VER A MAMI?

—Ya pronto, Valeria, no te preocupes.

—Nunca he estado tantos días seguidos contigo. ¿Mami está bien?

—Muy bien, ¿por qué no iba a estarlo? Solo necesita descansar un tiempo. Tenemos que respetarla.

—Pero es muy raro. Todos los días me hace un Facetime y desde hace casi una semana no sé nada de ella.

—Valeria, se habrá ido de vacaciones con sus amigas. Ya sabes lo que le gusta a tu madre divertirse. Anda, ponte algo en la *tablet*, que aún nos faltan unas cuantas horas para llegar.

Javier Cantón recorría la A-7 a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Acababa de dejar atrás la población de Almenara. Ya pensaría en qué excusa poner a su hija. No podía decirle que nunca más volvería a ver a su madre. Aquel desgraciado no tenía que haberlo humillado. El cine era su pasión, y el escritor de pacotilla también se lo había quitado. ¿Despedido? Él, que llegaba cada noche a casa lleno de los moratones que nadie quería recibir. «Esto no va a quedar así», se le escapó en voz alta. La venganza es un plato que se sirve bien frío. Llegaría a Barcelona y, desde allí, llevaría a cabo la segunda parte de su plan. ¿Se pensaba Coronado que se iba a ir de rositas después de haber acabado con su familia y con su trabajo?

—Vamos a parar en Port Aventura, hija. ¡Ya verás qué bien nos lo vamos a pasar!

—¿No le podemos decir a mami que venga? Le hará mucha ilusión.

—Le voy a mandar un mensaje, pero creo que no va a poder. Tengo la impresión de que estará muy ocupada por una larga temporada.

Javier Cantón pensó que la mejor forma de decirle a una niña que nunca más volvería a ver a su madre era en un parque de atracciones.

68.

LA CONFLUENCIA ENTRE CUATRO CALLES, Pósito, Música, Juez y de la Dicha, fue el lugar elegido por Héctor Coronado para quedar con Pilar Hidalgo la mañana del lunes. Tenían muchas cosas que aclarar. Era bien temprano. A él le gustaba ver el amanecer desde ese lugar. De frente, tenían el cerro de san Cristóbal, también conocido como el de los Templarios, y su Sagrado Corazón; a la izquierda, como imponente vigía, la Alcazaba.

—Mira que te gusta este sitio, Héctor.

—Es mi rincón favorito de la ciudad.

—Lo sé. Pero no me vuelvas a contar la historia del santo Catino, la reconquista de Almería en el 1147 y el saqueo de la ciudad a manos de los italianos.

—No finjas, lo único que se te ha quedado de esa narración es lo de la Playa de los Genoveses.

—¿De qué quieres hablar que no podía esperar, Héctor?

—¿Sabes que aquí detrás está el callejón del Milagro?

—¿Es ese en el que vive la mujer que siempre va rodeada de gatos?

—Allí, hace más de cien años, una señora murió asestándose a sí misma once puñaladas frente a una pequeña hornacina de la Virgen.

—Me estás asustando.

Pilar Hidalgo se estaba poniendo nerviosa.

—¿Qué pensabas hacerle a esa pobre chica, Pilar?

—¿A la de la Alcazaba?

—Sí.

—No lo sé. Solo quería solucionarlo, como hago siempre. Podrías estar más agradecido.

—¿La ibas a matar?

—Eso ya no importa.

—Sí que importa. Y mucho. La inspectora me ha preguntado por ti. Leyó los mensajes que le enviaste desde mi correo. He tenido que dar muchas explicaciones.

—Espero que me hayas cubierto.

—He dicho que sacaste el dinero de mi cuenta personal, porque estás autorizada a ello, y que se lo ibas a entregar. Que aceptabas el chantaje.

—¿Y se lo ha creído?

—Eso espero, por nuestro bien. ¿Estuviste en el castillo del rey? ¿Nos viste?

—Varias veces.

—¿Qué pretendías? Espero que no fuese una perversión.

—Me ofendes. Lo único que quería era cuidarte; es lo que llevo haciendo desde el día en que nos conocimos.

—¿Ibas a matarla? Nunca habías llegado tan lejos. Y no quiero ni pensar por qué, intuyendo que me quería quitar la vida, no quisiste impedirlo. Leías mis correos.

—Tú jamás te habías comportado así, por lo que no intentes darme lecciones. Se nos fue de las manos. A ambos. Y tenía claro que no ibas a hacerlo. Simplemente lo sabía.

—¿Me crees capaz de llegar a eso, Pilar?

—¿Y tú a mí, Héctor?

Ninguno de los dos contestó. Cambiaron de tema. A plena luz del día, desde la plaza, se podían divisar los restos de los tabiques de las antiguas casas de las prostitutas del desaparecido barrio de Las Perchas. Héctor contó a Pilar algunas anécdotas del escritor Gerald Brenan y sus escarceos con esas señoritas. Los dos sabían de la importancia de tener a alguien que vele por ti en los peores momentos, cuando nadie más pueda hacerlo, cuando más desvalido te encuentras. Eso no está pagado con dinero. A Héctor le importaba poco el plan que Pilar Hidalgo tenía para aquella infortunada chica. Lo único que le valía es que estuvo barriendo lo que había ensuciado. ¿Qué valor tendría eso si se pudiera pagar con dinero? Entre Héctor y Pilar no hacían falta abrazos, carantoñas o guiños. Bastaba con una simple mirada. La de la lealtad.

69.

ARANCHA ESTABA PREOCUPADA. Era muy raro que su novio, Rubén Salmerón, no saliera de la cama. Se metió en ella el viernes por la noche y llevaba tres días en la misma posición. Su tez estaba blanca y apenas hablaba. Parecía haber perdido el norte. Le trajo una manzanilla, pues no había probado bocado desde aquel día, y tenía la mirada fija en un punto de la habitación. Como si estuviera viendo un fantasma.

—Estoy intranquila. ¿Quieres que llame a un médico?

—Déjame solo, por favor.

La pareja tenía una relación abierta. Era frecuente que ella hiciera su vida por un lado y él por otro, pero habían pactado contarse las cosas, todas. Por eso Arancha no entendía nada. Ya el fin de semana anterior Rubén lo había pasado fuera, pero el domingo por la noche regresó con un comportamiento anormal. ¿Qué había pasado aquellos días para tal cambio de actitud?

—Si te has liado con otra sabes que no pasa nada. Se habla y sanseacabó.

—Te he dicho que me dejes solo, no sé cómo pedírtelo.

—Vale, pero esto no es lo acordado. Si lo vas a incumplir, tendremos que hablarlo.

—¿Puedes cerrar la puerta del cuarto al salir? Gracias.

Rubén se incorporó, dio un salto de la cama y se puso una copa de *whisky*. Se la bebió de un solo trago. Las manos le temblaban. No recordaba nada de los últimos días. Si alguien le dice que estuvo en la presentación de *El último baile de Adriana*, no se lo creería. Esperaba que solo fuese una amnesia pasajera, porque la duda y la culpabilidad lo estaban consumiendo por dentro. Tras la segunda copa volvió a mirar al mismo punto de la habitación, a la esquina. Allí estaba Martina, completamente desnuda. Con un gesto, le invitaba a acercarse, a poseerla.

—¿Te gusta lo que ves, Rubén? Haz lo que quieras conmigo. Lo estás deseando.

—No estás ahí, vete.

—Dime que no quieres tocarme.

Sus piernas se separaban lentamente dejando ver su sexo con total claridad.

—¡Desaparece de mi cabeza!

La puerta de la habitación se abrió. Arancha corrió a abrazar a Rubén. Los gritos la alertaron, y el ruido de los cristales la empujó a acudir. El vaso había estallado de tanto apretarlo con la mano. Había sangre por todas partes, se había hecho varios cortes en la mano derecha.

—Tranquilo, amor, lo arreglaremos —dijo intentando contener las lágrimas.

—No. El corazón no se puede reparar.

70.

LA SIGUIENTE PARADA de Héctor Coronado, justo antes del mediodía, era la plaza Careaga. Allí había quedado con la inspectora Reyes Martínez.

—Estás perdiendo las buenas costumbres, escritor. Yo esperaba un almuerzo en un restaurante de categoría.

—Sabes que siempre te llevo a sitios especiales.

Reyes miró de un lado a otro.

—Aquí hay muy poco destacable, creo que la llama se está apagando. —Reía para disimular su nerviosismo.

—En el número uno de esta plaza vivía Adriana García.

—¿La del libro?

—Sí, pero no intentes buscar la casa, ya no existe.

—Eres todo un enigma. Cuando menos lo espero, vuelves a sorprenderme.

—¿Ves esa bola?

La inspectora giró el cuello para apreciar una especie de monumento redondo, metálico, y con varias palabras en su interior.

—Sol, luz, *light, sun, sole, licht, sonne...* ¿Es un homenaje a las horas de sol que tenemos en la capital?

—Podría ser, Reyes. Pero yo lo veo más como un recordatorio.

—¿De qué?

—De que a pesar de que todo esté negro, que casi no puedas ver, siempre termina saliendo la luz.

—¿Es lo que te ha ocurrido?

—He abrazado la locura, el odio, el mal.

—Pero has conseguido salir.

—¿Y quién me dice que no volveré a caer?

—No te voy a dejar.

—Me salvarás, esperándome.

—¿Llegaste a oírlo? Si estabas inconsciente...

—Esas palabras son las que me devolvieron a la vida.

—¿Qué te ocurrió, Héctor? ¿Cómo pudiste llegar a eso? Lo pienso y no puedo dejar de temblar.

—Me he equivocado varias veces. Cuando tenía un problema, recurría a lo más fácil, a lo extraño, a mi mundo. Toqué fondo y decidí meterme en aquel ritual mexicano.

—Ni por todo el oro del mundo lo hago yo. Es una secta.

—Lo sé. ¿Pero qué podía hacer? Estaba perdido, sin rumbo.

—No todo el que deambula está perdido, Héctor. Lo leí en un libro. Curiosamente en una novela negra.

—No fui capaz de pedir ayuda, me encerré y me volvió a ocurrir.

—¿Quieres hablar de Martina?

—No dejo de pensar en ella. La veo en sueños, por la calle. ¡A todas horas, joder!

—¿Te arrepientes de algo?

—No lo sé, y eso es lo que peor llevo. ¿Hice bien en dejarla, en apartarla de mi vida? No era para mí. Yo me porté mal al principio, pero después ella me ignoró.

—Aún estás a tiempo si es lo que quieres. No sé cómo acabó la cosa, pero quizá tengáis una conversación pendiente, y lo mejor es que lo zanjes cuanto antes.

—Llevo todo el día llamándola y tiene el teléfono desconectado. Ni siquiera se ha interesado en preguntar cómo estoy. Supongo que habrá leído la prensa.

—Quizá necesite espacio, como tú. ¿Qué vas a hacer?

—Dudo que sea eso. Reyes, me marcho. Quiero perderme una temporada.

—¿Solo?

—No lo he hecho bien con Raquel, necesito irme con ella. Quiero...

—Comprobar si sientes, ¿verdad? —interrumpió ella—. Es lo mejor.

—¿Estás enfadada?

—No. Estoy agradecida. Tu caso, tu historia... han hecho que pueda enfrentarme a mis miedos, plantar cara al diablo.

—Si decías que no existía...

—No hay más ciego que el que no quiere ver, pero aplícatelo, señor escritor.

—¿Me esperarás, inspectora?

—Siempre me tendrás a tu lado.

—¿Te vas a poner romántica?

—Ni de coña, y mucho menos después de leer tus dichosas cartitas.

Héctor se ruborizó. No recordaba que le había dado a la inspectora todas las cartas del castillo del rey. ¡Qué vergüenza!

—Tranquilo, puedo llegar a entender que se te nubló la visión de la realidad. El amor es el peor sentimiento de todos. Por él se han librado las mayores batallas de la historia.

—Y ha provocado las peores tragedias —apostilló Héctor.

—Pero se te fue un poco la olla, reconócelo. Ponen los pelos de punta. Si me cuentan que las ha firmado alguien que se escapó de un manicomio, me lo creo —dijo enredando su brazo con el suyo, y posando la cabeza sobre el hombro del escritor.

Allí, sentados en mitad de la plaza, en un banco que parecía aguantar bien el paso de los años, Héctor y Reyes se dieron su primer beso. Ninguno de los dos lo confesó, su orgullo no se lo permitía, pero lo que experimentaron fue increíble, novedoso. Y eléctrico. Aquella sensación, que ambos tardarían mucho tiempo en repetir, seguramente demasiado, jamás se les olvidó. ¿Qué les depararía el futuro? Seguro que muchas aventuras, posiblemente juntos. Sin embargo, primero había que cerrar todas las heridas, borrar las cicatrices y, sobre todo, asegurarse de que el siguiente paso fuese firme, y no solo para Héctor. Vio cómo el escritor se alejaba a paso ligero, pasó por debajo del arco de los enamorados, del que decían que daba suerte a quienes se besaban al atravesarlo, y lo perdió de vista. Solo tenía un deseo, volver a verle, aunque antes tenía que aclararse.

La cabeza de Reyes necesitaba orden, y eso pasaba por comprender lo que había ocurrido minutos antes en la reunión de la comisaría. No quería aceptar la realidad. ¿Cómo iba Ramón Malvido, su mentor y casi su padre, a cometer un crimen? No tenía ningún sentido. ¿Matar a esa periodista? ¿E insinuar en la reunión que debemos callar y protegernos? La integridad era lo primero. El comisario se lo había inculcado desde pequeña, pero si él había renunciado a ella, nunca más la podría recuperar.

Reyes se echó para atrás en el banco, reposando la espalda y mirando a unos niños que

correteaban tras un balón. Un hombre y una mujer, quizá sus padres, los observaban agarrados de la mano. Muchas imágenes se acumularon en su cabeza: la pérdida de la inocencia, el significado de la palabra familia, y el corazón. Ese mecanismo que la había cambiado por completo en una semana. Un órgano que hace saltar por los aires su profesionalidad, su raciocinio, su forma de actuar, su seguridad y que además derriba su muro. En poquísimos días. ¿Qué le había pasado? Ella, que se consideraba la persona más fuerte del mundo, que tenía cicatrices hasta en el último rincón de su alma, había sucumbido, sin saber por qué, a los encantos de un escritor a quien apenas conocía. ¿Sería porque no se parecía en nada a ninguno de los hombres con los que había estado? Antes de conocerle, había construido un mundo que solo giraba en torno a una cosa: ella. No necesitaba más para ser feliz. Pero Héctor Coronado, sin saberlo, la había transformado. La enseñó a abrirse a los demás, algo que nadie había conseguido antes. Se dio cuenta de que su perfecta vida estaba vacía.

—Tienes una gota en la cara. ¿Estás bien?

Uno de los niños que jugaba en la plaza se había sentado a su lado y le había lanzado esas inocentes palabras.

—Nunca he estado mejor.

71.

EL SUFRIMIENTO POR EL DAÑO que puedan hacerle a un hijo no es comparable a ningún otro. Especialmente si es una niña. Los chicos pueden meterse en un follón, en una pelea, venir a casa con un ojo morado o darse un piñazo con la moto. Con ellas es muy distinto. Por eso, Ramón Malvido se asomaba cada noche de viernes a la ventana del piso en el que vivía en la Rambla de Almería para ver si Reyes llegaba sana y salva a casa. Las atrocidades que veía cada día en el trabajo se mostraban como fantasmas cuando ella salía a dar una vuelta con sus amigas. Le preocupaba que hubiese conocido a alguien o que, en cualquier callejón, un grupo de chicos la acosaran y le hicieran algo peor. Si las personas supieran cuántas violaciones ocurren en la ciudad al cabo del mes, mucha gente no saldría a la calle. Aunque ella se hiciera la dura, era todo fachada. Lo que le sucedió siendo una niña la marcó para siempre.

El comisario también era consciente de los mareos que algunas veces llegaban a desmayos o a que el cuerpo se le paralizase. Los experimentó desde siempre y, hoy, Reyes no había aprendido a controlarlos. La chica se rebelaba, le pedía espacio, libertad, y él, criado en un ambiente autoritario y machista, hijo de militar, no concebía los cambios que el mundo había dado. Quizá por eso decidió empujarla a ser policía, para que ella misma se pudiera proteger de la propia vida, del mal que acechaba a la vuelta de cualquier esquina. Sin embargo, no fue suficiente. Ni él mismo había sabido cuidarla de alguien como Fernando. Cuando se lo presentó, distinguió en lo más profundo de su pupila algo muy oscuro. «No es buen tipo, la hará sufrir», pensó. Aunque ya era tarde. Para él, era su pequeña, y aunque no le contase las cosas, porque solo Dios sabe que habría matado a ese hijo de la gran puta, Ramón Malvido era consciente de lo que había sucedido. Después de tantos interrogatorios a su espalda, sabía leer más allá de las palabras. A un delincuente lo delatan su mirada y sus gestos, la comunicación no verbal.

No le tembló el pulso a la hora de planear el asesinato de Fernando. Ya no tenía la misma puntería de antaño, pero disparó en el momento justo, cuando todos estaban atentos a lo que el escritor decía, cuando todos los ojos estaban por delante de él en la habitación. Aquella vez se escapó, pero no tardaría mucho en darle alcance. Al político no se le había pasado por la cabeza que la bala que acabó con la vida de su amante realmente estuviera dirigida a él. Su guardaespaldas lo sacó rápidamente del Salón Noble y, lo que es peor, no derramó una sola lágrima por su amante.

El comisario se sorprendió de su frialdad y falta de sentimientos. En eso se parecía a Fernando Contreras, aunque nunca se paró a compararse con él. Solo le importaban dos cosas en la vida: su mujer y su Reyes. Al llegar a casa vomitó. No por los remordimientos de haber matado a una chica, ya que, según descubriría después, era un mal bicho, sino por la ausencia de ellos. «Ya estás a salvo, mi niña», dijo golpeando la taza del váter. Él se encargaría de que ni un solo hombre más volviese a hacerle daño. No tenía nada que perder.

Era una persona religiosa, había llegado a ser hermano mayor en varias cofradías. Por eso entendió perfectamente el sueño que tuvo la noche en que le revelaron la identidad del asesino de los barrancos que tanto le había atormentado. Era un ser oscuro que se presentaba a los pies de su cama. Tan alto como un jugador de baloncesto, pero no se le distinguía la cara. El comisario intentó coger la pistola que tenía en su mesita de noche, pero no podía moverse. Ni siquiera articular palabra. Notó cómo avanzaba sobre la cama con aquellas manos tan largas y

esqueléticas, adornadas con unos pellejos que parecían andrajos. Estaba totalmente subido sobre él y acercó su cabeza a la suya, pero Ramón Malvido no podía distinguir nada.

Una figura sin rostro, pero que abría unas fauces que parecían sacadas de una película de terror. La apertura de la boca era inhumana. ¿Era la Muerte? ¿Sería la Parca quien lo estaba visitando? Ellas, además de controlar el hilo de la vida de cada ser humano, según la mitología romana, eran las diosas del destino. Nona, Décima y Morta, tres: lo que ha ocurrido, lo que ocurre ahora y lo que ocurrirá. La espeluznante visitante del dormitorio del comisario debía ser esta última. Estiró uno de sus asquerosos brazos, concretamente el izquierdo, y comenzó a escribir en el aire. ¿Estaba informándole de cuándo iba a morir? De la nada apareció una palabra escrita en negro, las letras estaban formadas por algo más grueso que la tinta. Era lana, y en un gesto aterrador, aquel ser del inframundo cortó con unas tijeras lo que había escrito. «Ahora», creyó leer. Ni siquiera podía mirar a su mujer, acostada junto a él en la cama, ajena a la aparición del más allá. Si la Parca acababa de cortar el hilo de la vida, le quedaba bien poco. Se despertó de un sobresalto. No le había hablado a nadie del cáncer que le habían detectado hacía solo unos meses, y demasiado tarde. Cuando ya nada se podía hacer, cuando la metástasis había tocado varios de sus órganos. Aquella noche, don Ramón Malvido, el policía íntegro de los pies a la cabeza, sabía que no arriesgaba demasiado asesinando a Fernando Contreras. No lo iban a pillar, tenía la suficiente experiencia para quedar impune. Y liberaría al mundo, su mundo, que era Reyes Martínez, de la persona más terrible que había conocido.

72.

DE CAMINO A CASA, Héctor tuvo tiempo de pasear por el puerto de Roquetas de Mar. Se había puesto por norma dedicar una hora al día a caminar, a intentar dejar la mente en blanco. La primera vez sería difícil; por eso aprovechó para quedar con su querida Leire y que le acompañara en el paseo. Tenían bastantes cosas de las que hablar. Fue la primera en acudir al hospital la noche del viernes. Pasó allí varias horas, sentada junto a él mientras le daba conversación. Se divertían mucho. Pero hoy era diferente. Héctor notaba tensión en su rostro, y ya era raro. No sabía qué le pasaba, así que le devolvió el favor y ejerció, de nuevo, de amigo-padre-novio.

—¿Puedo darte un consejo?

—¿A qué viene eso? ¡Consejos vendo que para mí no tengo! —exclamó ella.

—Calla y escucha: tú sabes que yo me he equivocado.

—Demasiado.

—Por eso no quiero que tú tropieces en la misma piedra. ¿Sabes cuáles fueron los motivos de Jesús Barros para secuestrarme y querer asesinarme?

—Que estaba loco. No hay más.

—Seguro, pero hubo varios detonantes. Me negué a hacerle el prólogo de su libro.

—¿Y por qué tenías que hacérselo?

—¿Y por qué no? No costaba nada. Con unos minutos de trabajo lo hubiera hecho feliz.

—Creo que se hubiera sacado otra cosa de la manga. Era mala persona.

—Me pidió una foto y lo ignoré. Es más, le dije que nos la hiciese él mismo cuando se acercó otro grupo de personas.

—Tampoco es motivo.

—Tampoco me hubiera costado nada ser amable. A veces son los pequeños gestos los que conforman nuestra personalidad de cara a los demás. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

—¿Me vas a volver a hablar de la empatía?

—Tienes que trabajarla, Leire. Hazme caso.

Él le pasó el brazo por los hombros. Tenía un poco de frío. Aquel día las olas de la playa estaban más revoltosas de la cuenta. Ella, que tampoco se destacaba por derrochar cariño, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Dos años y ocho días.

—¿Qué dices, Leire?

—Es lo que falta para que nos casemos.

Y volvieron a reír. Aunque solo fuera durante el rato que duró la cerveza que se tomaron en uno de los locales del paseo del puerto, la cafetería en la que ponían música española de los ochenta, se olvidaron de sus problemas. Martina se borró de la mente del escritor. También Jesús Barros. Incluso Reyes y Raquel. Leire también consiguió desconectar unos minutos, lo que le dejó de tregua su remordimiento. Sabía que había hecho algo grave, y ella era muy supersticiosa. Creía en el karma.

—¿Nos vamos? —preguntó Héctor.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

—Tengo que hacer la maleta.

—¿Nueva York? ¿Al final vas? ¡Qué envidia! Y en Navidad.

—Sí, lo acabo de decidir. Me has ayudado mucho. Aunque esté a miles de kilómetros, ya sabes: si me necesitas, silba.

No podían irse sin tomar la última, sin parar de chincharse, sin ofrecerse mutuamente nuevas confesiones que con nadie más compartían. ¿Acaso eso no es otra forma de amor? Seguramente la más sincera de todas. Miraron al horizonte y contemplaron una de las mejores postales que ofrece la provincia: el mar, la montaña y el parque natural de Cabo de Gata al fondo. Ninguno de los dos se dio cuenta de que, inconscientemente, se habían cogido la mano, aunque ella la soltó con estupor cuando recordó lo que había hecho. Si Héctor se llegase a enterar, jamás se lo perdonaría.

He muerto y he resucitado.

Con mis cenizas un árbol he plantado.

Su fruto ha dado, y desde hoy algo ha empezado.

He roto todos mis poemas.

Los de tristezas y de penas, y lo he pensado y hoy sin dudarlo, vuelvo a tu lado.

Ayúdame y te habré ayudado, que hoy he soñado en otra vida, en otro mundo.

Pero a tu lado.

73.

POR DESGRACIA, en todas las aulas de colegio siempre hay un niño al que consideran el raro. En el C. P. Lomas de Santo Domingo, le había tocado a Susito. Tenía una estatura demasiado reducida en comparación con los niños de su edad, y la sobreprotección de su madre no ayudaba. Lo llevaba de la mano a la puerta del colegio, seguía yendo a recogerlo a la salida, a pesar de que podía ir a casa andando, y hasta se empeñaba en llevarle el desayuno al recreo. Todos los niños se reían de él.

—¡Por ahí viene tu mami! ¿Te tiene que dar la comida ella?

—Dejadme en paz.

Aquellos ruegos surtían el efecto contrario. Cuando quieren, los chavales pueden ser muy crueles, y Susito era el blanco fácil. Era tan tímido que ni siquiera podía mirar a los ojos a las niñas de la clase. No se le daba bien el deporte y, para colmo, tampoco las manualidades. A medida que fue pasando de curso, las burlas se hicieron más frecuentes. Los chicos ya empezaban a vestir con camisetas negras mientras que él aún no había dejado las de Super Mario Bros o las Tortugas Ninja. Su madre seguía viniendo a los recreos para comprobar si se comía el sándwich. Ella solo quería asegurarse de que se alimentara bien y que creciera. Seguía siendo el más pequeño de la clase.

—Tu madre está muy buena, eh. ¿Le has visto las tetas? —: le preguntaban sus compañeros una y otra vez, cada vez que aparecía por allí.

—¡No quiero que me molestéis!

Y lloraba. Se escondía en los baños o en algún rincón del recreo para que nadie lo viese. En una ocasión, unos niños le metieron la cabeza en la fuente. Estuvo a punto de ahogarse. Susito necesitó atención médica, aunque no fue la única vez. Después llegaría el incidente del balonazo en los genitales, o cuando le metieron un Plastidecor por el oído y los sanitarios tuvieron que hacerle un lavado.

El pobre ya no podía más. No quería ir al colegio, pero su madre no se daba cuenta de lo que pasaba. Ni siquiera cuando le robó un sujetador.

—¡Solo me has traído la parte de arriba, yo quería también unas bragas! —le reprendió el matón de la clase—. ¡Te vas a enterar!

Le dieron tantas patadas y puñetazos que estuvo tres días sin ir a la escuela. Mintió a su madre y le dijo que se había caído jugando en el recreo. Ella no quería ver lo que estaba sucediendo, prefería pensar que le estaba haciendo un bien al chiquillo. Susito se escapaba del centro algunos días y se colaba en el yacimiento arqueológico de Ciavieja. Le apasionaba todo lo relacionado con la historia y con el misterio. Su padre decía que algunas personas habían encontrado allí calderos repletos de monedas de otras épocas. Aquel rumor se acrecentó hacía pocos años con el hallazgo de un mosaico de unos veinte metros cuadrados, cuya decoración giraba en torno a la figura de una pantera sentada, rodeada de una línea de postas y motivos vegetales. El chico imaginaba al séquito de animales que, en tiempos inmemoriales, acompañaba al dios Baco, a quien se cree que el mosaico está dedicado.

Los demás chicos empezaban a leer revistas de coches, motos y veían, de forma clandestina, a las mujeres que salían desnudas en *Playboy* o *Interviú*. Mientras, Suso, aunque sus compañeros le seguían llamando Susito para ridiculizarle, se entretenía con publicaciones de ovnis y enigmas

varios. Un día, se empeñaron en quitarle un folletín sobre misterios que le había traído su padre de un viaje.

—¿Qué tienes ahí, Susito?

—Nada, cosas mías.

—¿Estás viendo tías en bolas y no quieres compartirlo? ¿O es que te vas a hacer una paja?

Otra nueva paliza, sin comerlo ni beberlo, y lo que es peor, le hicieron el acarejo. Esa palabra, que conocerán muy pocos fuera de Almería, era tabú entre los chicos de esa generación. Lo ataron a uno de los árboles del recreo, le bajaron los pantalones y los calzoncillos y le escupieron en sus partes. También vaciaron, ahí, un pequeño cubo lleno de estiércol. Aquella noche, Suso intentó quitarse la vida. En un descuido de su madre, cogió un blíster de aspirinas y se las tomó todas. Hubiera dado todos y cada uno de los cromos del álbum *Otros Mundos* por ser invisible. Por suerte, llegaron a tiempo. Aquello provocó que la familia decidiese cambiar de aires y mudarse a Padules, muy lejos de allí. A Suso no le vino muy bien el cambio. Los frikis, como lo llamaban para insultarle, deben tener un cartel con luces de neón que indica su presencia, porque no podía tener peor suerte. Era otra edad, por lo que las putadas, que hoy en día se llamarían *bullying*, eran de mayor envergadura.

A duras penas, el chaval consiguió terminar la EGB, y sus padres pensaron que en el instituto cambiaría de aires y de compañías. El problema del acoso desapareció, pero salió a relucir el de las chicas. A Suso le habían salido pelos en las piernas y en el bigote antes que a nadie, por lo que, entre el grupo de las populares del instituto, comenzaron a llamarle Cantinflas. Se reían de él, lo provocaban y lo ridiculizaban. En la fiesta de Navidad de tercero de BUP, Almudena se acercó a bailar con él. Suso no se lo creía, era la más guapa de la clase, y chicos mayores la esperaban cada día con sus motos en la puerta del instituto. ¡Estaba de suerte! Tras el baile, ella le propuso ir a un descampado. Le insinuó que se besarían. El inocente chico accedió y se encontró en medio de la nada, rodeado de los más adelantados de la clase, quienes lo desnudaron y lo dejaron solo, con la noche bien cerrada. Era pleno invierno, y cuando lo encontraron, estaba delirando. Tenía una hipotermia severa y aseguraba que una dama blanca, una mujer muy guapa de cabellos dorados, le había estado cuidando y tapando con su manto para que no pasase frío. Eso no hizo sino provocar más burlas entre los compañeros. «¡Que viene Suso! ¡Llamad a los cazafantasmas!», decían entre otras cosas.

Cuando consiguió aprobar COU, con dos años de retraso, su padre le prohibió estudiar la carrera de Historia. Tendría que hacerla en Granada, y eso conllevaba unos gastos que no se podían permitir, por lo que Suso tuvo que ponerse a trabajar. Deambuló entre supermercados, gasolineras y bares hasta que consiguió ahorrar algo e independizarse. Con el dinero se fue a vivir a la capital, alquilando una habitación en un piso compartido. Seguía siendo el rarito, ahora por la forma de vestir y su carácter introvertido. También por lo que leía. En su cuarto solo había libros de esoterismo, de mitología, de religiones antiguas y de demonología. En un arrebato, el joven decidió que Suso dejaría de existir. A partir de ahora, sería Jesús. Tenía que dar un rumbo a su vida, por lo que comenzó a frecuentar bares de solteros en busca de una chica que lo aceptase tal y como era. No tardó mucho en comprender que aquellos antros no eran el mejor lugar para encontrar el amor, así que cambió de estrategia. Saldría a los *pubs* de moda a los que iban los universitarios. Las cuatro calles o el parque Nicolás Salmerón eran los lugares donde se acumulaba la juventud, especialmente los jueves por la noche. Pero por más que lo intentaba, Jesús ni siquiera conseguía encontrar un amigo, alguien con quien poder hablar.

Una madrugada, caminando por la calle Obispo Orberá de vuelta a su piso, un coche se detuvo

paralelo a él. Eran varias chicas y parecían pasárselo bien con la música a todo volumen.

—¿Te subes con nosotras? —dijo una de ellas tras bajar la ventanilla.

—¡Vamos! ¡Es tu día de suerte! —gritó otra mientras abría la puerta de atrás del vehículo.

En un primer momento, Jesús dudó, pero finalmente se decidió. Era lo que siempre había estado esperando. Relacionarse, ligar, en definitiva, ser normal. Dejar de ser invisible para el resto del mundo. Subió a un piso con ellas y comenzaron a beber. Y a hablar, que es lo que él quería. Sobre todo con una de ellas, una morena bajita que había llamado su atención. Llevaba «el punto», pero no lo suficiente como para impedir una conversación lúcida. Decía que quería ser escritora y montar una editorial. Estaba estudiando Filología Hispánica y ansiaba comerse el mundo. Le contó que se casaría joven y tendría muchos hijos. Después comenzaron a beber. Primero chupitos, luego copas... hasta que Jesús perdió la noción del tiempo. Ni siquiera sabía dónde estaba. Le pareció percibir cómo las chicas se quitaban la ropa poco a poco. Estaban jugando a «verdad o prenda», y no paraban de llenar vasos con alcohol. A pesar de su estado de embriaguez, Jesús se excitó. Solo le hizo falta pensar en que alguna de ellas se quitase la falda o la blusa, con lo que accedió a participar. Los párpados se le caían, y solo alcanzó a ver a una de ellas desnuda de cintura para arriba. O al menos se lo pareció antes de cerrar los ojos.

Al despertar, Jesús estaba atado en una cama. No había ni rastro de las chicas. Solo una cámara con el piloto rojo encendido.

—Buenos días, dormilón. ¡Hora de levantarse!

Un chico entró en la habitación. Tras él, otros dos, aunque ellos no hablaban. Solo cogieron la cámara y mostraron lo grabado a Jesús. Por más que lo intentaba, no podía soltarse las manos. En la imagen se veía cómo lo desnudaron, lo ataron y le estuvieron vejando. Le pintaron una cara en sus partes nobles, colocando unas gafas sobre su pene, le pusieron un tanga, varias prendas femeninas... y se oían muchas risas.

—Ahora nos vas a dar todo el dinero que tengas en tu cuenta corriente o, de lo contrario, el vídeo estará en internet mañana mismo. ¿Sabes que se pueden enviar por correo electrónico? Lo verá toda Almería.

—Vale, vale, soltadme.

—Eres un iluso si piensas que vamos a fiarnos. Te voy a enseñar un poco de lo que te espera si intentas algo.

El chico, rubio y musculoso, le propinó varios puñetazos y golpes en las costillas antes de desatarlo. Uno de ellos tuvo que pararle; de lo contrario, Jesús ni siquiera hubiera podido caminar.

—Para, tío, que se te va la pinza.

—Tranquilo, solo quería probarme un poco. Esta tarde tengo el *casting*, a ver si me cogen para la peli esa. Además, el friki este se pensaba que se iba a tirar a mi novia. ¡Imbécil! —dijo antes de escupirle.

Como un perro apaleado, Jesús fue a la sucursal de su banco y sacó todo el dinero que tenía ahorrado. No era mucho, pero lo suficiente como para tener que empezar de cero. Se lo dio a aquel hijo de puta y se juró no volver a ser tan inocente.

Pasaron los meses y se obsesionó con los libros de satanismo, hasta el punto de que se movió por varios ambientes hasta encontrar la secta cuya existencia se rumoreaba. Eran satánicos y se decía que llegaban a hacer rituales. El interés de Jesús era escribir un libro sobre el tema, aunque terminó siendo captado por ellos. Los rituales de iniciación fueron más inocentes de lo que él pensaba. Solo tuvo que profanar varios camposantos, como el de Benahadux y el de Carboneras, y

decapitar algún que otro animal en algunas tumbas. Estuvo enrolado allí varios años, saliéndose cuando obtuvo toda la información que necesitaba. Incluso había pensado título para su obra, *Los ángeles del infierno*. Eso sí, se despidió por todo lo alto. De algo así no se sale cuando uno quiere, sino cuando te dejan. A cambio, tuvo que hacer una espectacular misa negra en una iglesia abandonada en la zona de Cabo de Gata, con inscripciones en todo el suelo incluidas.

Jesús aprovechó las siguientes semanas para dar forma al libro. Se fijó mucho en el estilo de Héctor Coronado, un escritor almeriense que había saltado a la fama con una obra sobre espectros en la Alcazaba. Tanto le encantaba que se convirtió en su fan número uno. Releyó su libro una y otra vez, de forma tan obsesiva que casi se lo aprendió de memoria, y justo cuando encontró una editorial que le publicase el suyo, el periódico *La Crónica de Almería* anunciaba la salida al mercado de un libro llamado *El infierno y sus ángeles*, de otro almeriense, Carlos Alonso. Aquello fue un jarro de agua fría. Jesús enloqueció y destrozó todo lo que tuvo a su alcance. Llegó a quemar los libros sobre esa temática que había estado acumulando durante aquellos años. La cólera solo se le frenó cuando, meses después, los medios anunciaron la Alerta Ovni. Allí podría conversar con Coronado. No se la podía perder.

Aquella noche fue espectacular. Hizo amigos, conoció al escritor e incluso al que se le había adelantado con el libro sobre el diablo. No pasaba nada. Tenía que controlar su ira incluso cuando fue menospreciado por Héctor. Le pidió que realizase una foto al grupo que se había conocido aquella noche, incluyendo a Carlos Alonso. Quería aparecer en la fotografía, y el organizador de la quedada no tuvo el detalle de que él también saliera en la imagen. ¡No podía encargarle esa tarea a aquella periodista que no paraba de mirarle con desprecio!

La suerte de Jesús pareció cambiar cuando conoció a Lorena. Era guapa, simpática, tenían cierta afinidad en gustos y lo trataba de igual a igual. Cuando menos se lo esperaba, alguien apareció para cambiar su vida, y todo en la cola de una pastelería. Quedaron varias veces y se casaron. Lorena era tan buena que decidió sufragarle los estudios para que dejase de trabajar y se pudiera centrar en sacar la carrera de Historia que tanto ansiaba. Le vendría bien para publicar el libro sobre Los Millares en el que tanto tiempo llevaba trabajando.

Por eso, se enfureció tanto cuando, tras conversar aquella tarde con Ángel Castellanos, le reveló que estaba a punto de publicar un libro sobre el tema. ¡Otra vez le estaba ocurriendo lo mismo! Pero ahora no lo iba a permitir. Como tampoco permitiría que Coronado dejara de escribir sobre misterios por culpa de aquella zorra. ¿Se pensaba que no la recordaba? Era el diablo. Apareció aquella noche para engatusarle y que subiera al piso para que su novio se riera de él. Disfrutaron mucho, seguro, pero ahora la iba a hacer sufrir él. «¿Cómo se puede ser tan egoísta, Héctor? —dijo para sí mismo—. Has alcanzado el éxito, escribes sobre los temas que tanto gustan y lo vas a arruinar todo por dejarte llevar por la pasión. No lo voy a permitir». Y así fue como ideó el plan. Le quitaría a Martina de la cabeza haciéndole sospechoso de un crimen. O de dos, aunque el segundo no estaba previsto. Fue casual, pero vino muy bien para que el asesino matara dos pájaros de un tiro. Incluso se permitió el lujo de ir a ver a la propia Martina. Simplemente, quería comprobar si lo recordaba, pero ni tan siquiera le atendió con educación. «La misma zorra egocéntrica de siempre. La gente no cambia. También tendrás tu merecido; esto no ha hecho más que empezar. Tú y tu marido».

Pero la gota que colmó el vaso fue el deseo de quitarse la vida de Héctor. Jesús, más que nadie, sabía lo que era estar bajo el influjo de una secta. El escritor merecía morir por traidor, por menospreciarle de nuevo, esta vez con el prólogo, cuando pensaba que era su amigo. Aunque moriría de la forma correcta, como merecía alguien de su categoría, no con un cobarde suicidio.

Tenía toda la información que necesitaba para llevar a cabo su plan. «Como en el fondo le quiero y le admiro, le haré un último favor. También mataré a la periodista que lo amenaza tan asquerosamente», ideó. Sin embargo, se le adelantaron. Y fue lo que fastidió todo. En el fondo, Jesús Barros quería disfrutar de la presentación de *El último baile de Adriana*. La historia y el libro le habían parecido fantásticos. El perfecto colofón a la carrera de Héctor Coronado. El día anterior, escondió la pistola que había robado en casa de su amigo para que no la detectasen los vigilantes de seguridad. En un momento de debilidad, cuando estaba tan entusiasmado dirigiendo el programa que tanto se preparaba, más que Carlos Alonso, alguien se le adelantó. Fue un despiste sin importancia, porque la periodista acabó muerta de igual forma. Se cegó con *El faro del fin del mundo*, y con tener a Atenea a su lado. No estaba enamorado de ella, tan solo quería conquistarla para fastidiar a Alonso. Él le había quitado el libro, y tenía que devolvérselo. Como tampoco sentía nada por Paula Campillo. Era un daño colateral, la necesitaba para poder entrar a la Alcazaba. Tan ingenua como su hermano.

Cuando la policía registró su domicilio, Lorena no podía parar de llorar. Alma jamás había visto a una mujer tan destrozada. No se lo podía creer. No encontraron nada interesante, tan solo una especie de diario donde apuntaba cosas. «¿Cómo puede ser tan débil el ser humano? Los sentimientos nos hacen frágiles, sumisos. Por suerte, hace mucho tiempo que yo dejé de ser un ser terrenal». Aquel mensaje tenía fecha de hacía cinco meses, seguramente cuando comenzó a idear todo. Después había cosas sin sentido, frases inacabadas, parecían arrebatos. «Tengo que conseguir un corazón». Relatos de su infancia, de su adolescencia, hasta hablaba de Martina Bautista. Si todo lo que Alma leía era verdad, el asunto era aún más terrible. El último mensaje tenía fecha del mismo viernes. Parecía un macabro poema. «Todo acaba, la rueda se detiene, pero en breve comenzará a girar. El bien y el mal. El yin y el yang. Pase lo que pase, esto no ha hecho más que empezar».

74.

—BUENAS NOCHES Y bienvenidos a *El faro del fin del mundo*.

«Tayata om gate gate paragata parasamgate bodhi soha... Es tiempo de paz en la tierra. Soñé con lluvia en mis manos. Camino mi camino todos los días. Es tan hermoso sonreír contigo. Es hora de ir, de escuchar la lluvia... Quiero volar, quiero soñar, para cruzar como una estrella todo el universo. Quiero vivir, me quiero sentir. Siente en lo más profundo cada noche».

—Les habla Carlos Alonso, acompañado de Atenea Martín, Lucas Campillo y Pablo Juárez, nuestra nueva incorporación. En primer lugar, les pedimos disculpas por la interrupción del último programa, pero seguro que han estado al tanto de las noticias y de lo que ocurrió con la persona que estaba al frente de este *podcast* aquel día. El programa de hoy es especial. Queremos rendir homenaje al Grupo de Homicidios de la Policía Nacional en Almería, que ha resuelto un caso de extrema dificultad.

—También queremos acordarnos de nuestro querido Héctor Coronado —Atenea pidió turno de palabra levantando la mano—. No queremos ni imaginar lo que ha tenido que sufrir en los últimos días. Seguramente, estará con nosotros dentro de poco y nos contará cómo vivió la terrible pesadilla que casi acaba con su vida.

La pareja, porque ya lo son oficialmente, se miró con complicidad. Después de lo sucedido el viernes pasado, comprendieron que no merece la pena vivir perdiendo el tiempo. Estaban enamorados, así que se dejarían de tonterías y disfrutarían de ello. Atenea le confesó haber robado el brazo del Instituto de Medicina Legal. Alonso, un hombre muy sereno y honrado, tardó bastantes minutos en asimilarlo, aunque entendió los motivos. Se le escapó una lágrima, últimamente le ocurría con más frecuencia de la cuenta. No fue por ningún tipo de sentimiento hacia su hermanastra. La policía y el propio Héctor le habían informado de la clase de calaña que era. Se emocionó por lo que había sido capaz de hacer Atenea por protegerle, aunque fuese culpable. Entendió que hay determinadas cosas que se hacen por amor, y precisamente por eso no se meditan. Se mueven por impulsos. Seguramente, él hubiera hecho lo mismo. Decidieron bajar a la playa de La Romanilla antes de que amaneciese y lo quemaron hasta que quedó totalmente reducido a cenizas. Después, lo tiraron al mar, a la playa, por la que, desde aquel día, cada mañana pasean cogidos de la mano.

—Cuando vemos en el telediario que alguien ha cometido algo atroz —continuó Carlos Alonso—, como por ejemplo un asesinato, una violación o una masacre, siempre sale algún amigo o vecino diciendo que el criminal parecía buena persona, que era educado, que daba los buenos días. A nosotros nos ha ocurrido lo mismo. Teníamos un monstruo compartiendo amistad y programa con nosotros, y jamás podíamos pensar la bestia que se escondía dentro de él. Creo que la explicación es que nuestro cerebro no está preparado para comprender que exista tanta maldad, que...

La pantalla del teléfono móvil de Carlos se encendió. Acababa de recibir un *whatsapp* de la inspectora Reyes Martínez. Atenea se dio cuenta e hizo una señal a Pablo Juárez para que continuase él.

«Carlos, necesito localizar urgentemente a Héctor. Me salta el buzón de voz cuando lo llamo», decía. A lo que él contestó: «Está de viaje en Nueva York, dijo que desconectaría el teléfono.

¿Qué ocurre?». En el chat aparecía la palabra «escribiendo». Paraba unos segundos y volvía. Eso propició el nerviosismo de Carlos y de Atenea. La sorpresa no se hizo esperar demasiado: «Unos turistas han encontrado el cuerpo sin vida de una mujer en el Arrecife de las Sirenas, tras unas piedras. Es Martina Bautista». Precisamente allí, en su refugio, en el único lugar que la convertía en invisible.

Undécima parte «NUNCA VUELVAS A UN LUGAR
DONDE ANTES HAS SIDO FELIZ.
SI VUELVES, LO DESTRUIRÁS».

(AGATHA CHRISTIE)

75.

MÁS DE VEINTE PERSONAS esperaban su turno frente a la tumba de Amelia Goyri de la Hoz, en el cementerio Cristóbal Colón de La Habana. Entre ellas, Raquel Guerrero. No tenía prisa. Le daba igual que las horas transcurriesen lentamente en el camposanto más grande del continente americano, se sentía feliz. Había disfrutado de unos maravillosos días en Nueva York; asistió al musical navideño *Christmas Spectacular Starring the Radio City Rockettes* en una butaca privilegiada, patinó sobre hielo en el Rockefeller Center con el árbol de Navidad de fondo y presenció el partido de la NBA que enfrentó a los Knicks contra los Boston Celtics en el Madison Square Garden. Incluso Héctor la sorprendió con un romántico paseo por el barrio Dyker Heights, en Brooklyn, para admirar la decoración navideña de algunas de sus casas.

Pero el escritor, tras visitar la capital del mundo, quiso continuar el viaje en La Habana. Tenía un asunto pendiente. «Necesito cerrar el círculo», le dijo. Y ella no hizo más preguntas. No las necesitaba, ya que le bastaba con sentir que la pesadilla vivida en los últimos meses se estaba diluyendo. Además, aprovecharía para hacer un último intento en esas horas libres en la capital cubana. Había decidido coger una guagua y acudir a esa necrópolis. Amelia era la única que podía ayudarle a estas alturas de su vida, y Raquel se agarró a sus supuestos prodigios para conseguirlo. La difunta, de origen vasco, tuvo que esperar a la muerte de su padre para contraer matrimonio con el hombre de su vida, un pobre muchacho llamado José Vicente Adot. La diferencia de clase social entre ambos provocaba el rechazo de la familia de Amelia. Cuando parecía que la vida empezaba a sonreír a la pareja de recién casados, felices por estar esperando su primer hijo, ocurrió una tragedia. El 3 de mayo de 1901, durante el parto, fallecieron la madre y el bebé. Amelia iba a ser enterrada en el suntuoso panteón familiar, pero José Vicente se opuso y finalmente se le dio sepultura en una humilde tumba, con el cuerpo sin vida de la niña que había dado a luz colocado a sus pies. El viudo cayó en un estado de locura ante la falta de su amada, y cada día visitaba el nicho para tocar con desesperación una argolla esperando que Amelia despertase. Un amigo suyo, artista, le regaló una escultura de mármol con el rostro de su mujer dirigiendo su vista hacia el cielo y portando un niño en brazos. Era el vivo retrato de Amelia. José Vicente la colocó en el cementerio y decidió que cada día que fuese a rezar por su alma se iría caminando lentamente hacia atrás para no darle la espalda.

En 1914, falleció el padre de José Vicente Adot, y este decidió enterrarlo junto a su mujer y su hija, por lo que tuvieron que abrir la bóveda para llevarlo a cabo. Una mezcla de maravilla y horror se apoderó de los allí presentes tras comprobar que ambos cuerpos permanecían intactos, y que Amelia llevaba en brazos el cuerpo de su hijita. Aquello se tomó como un prodigio y, desde entonces, se convirtió en «la Milagrosa», la que protegía a las futuras madres y a sus hijos, concediendo deseos relacionados con la salud y la fertilidad.

Precisamente, eso es lo que pretendía Raquel Guerrero, que llegó a recostarse sobre las baldosas de mármol y los azulejos de cerámica que decoran la tumba de Amelia. Mientras leía los mensajes de agradecimiento que las mujeres dejaban allí, pidió quedarse embarazada. Amelia era la única que la podía ayudar. El clavo ardiendo al que agarrarse para derribar tanto su enfermedad, el maldito Huntington, como las continuas negativas de Héctor a ser padre. Una luz de esperanza apareció días antes en Nueva York. Raquel había dejado de tomar sus pastillas anticonceptivas y, aprovechando el mágico ambiente que creaba la habitación del hotel Hilton

Garden Inn West 35 Street, con la mejor vista del Empire State, tuvieron un arrebatado de pasión como los de antaño, cuando no existían los libros, ni la fama, ni la bruja o los demonios. «Amelia, por favor, es mi última oportunidad para vivir feliz la poca o mucha vida que me quede», susurró como si «la Milagrosa» pudiese oírla. Después, como marcaba el ritual, se fue marchando del lugar caminando hacia atrás sin perder de vista, ni un solo momento, la estatua de Amelia Goyri de la Hoz.

Cuando Raquel salió del camposanto y alzó la vista, sintió un escalofrío. Una de las esculturas parecía tener la mirada clavada en ella. De pronto, una bocanada de aire la empujó, arrebatándole el biberón que, sin querer, se había traído de la tumba de Amelia. Era frecuente que las madres dejaran sus ofrendas, y ella, de forma inconsciente, había cogido una de ellas. Se incorporó y volvió a mirar aquella figura. Raquel no era consciente, pero representaba a Oyá, el primer orisha femenino de la religión yoruba, diosa de las tempestades y del viento fuerte. Autoritaria, sensual y de temperamento impetuoso, Oyá podía dominar los espíritus de los muertos. Raquel Guerrero se sintió atraída por ella de una forma irracional, como si estuviera atrapada en una especie de trance. No en vano, era la guardiana del cementerio, la dueña de su puerta, quien daba permiso para entrar y salir de él. Si te llamaba, es que tu hora había llegado.

76.

EN PLENA HABANA VIEJA, muy cerca del Capitolio, de la iglesia del Calvario y del Hotel Saratoga, se encuentra la Asociación Cultural Yoruba, que también es un templo dedicado a los orishas donde tienen representadas a varias de sus deidades. Héctor Coronado se había citado allí con Liván Ortiz. Se habían conocido en febrero de 2017, en el marco de la Feria del Libro de La Habana, que se celebra en la Fortaleza de San Carlos. Hicieron buenas migas cuando el escritor se interesó por algunos libros que trataban temas relacionados con la santería; no en vano, más del 70 % de los cubanos la practican en mayor o menor medida. Liván era un sacerdote o babalao yoruba que no dudó en complacer la curiosidad del famoso escritor español. Después de hacerle un recorrido explicativo por algunos lugares de la ciudad relacionados con el tema, como el callejón de Hamel o el bosque de La Habana, donde pudieron presenciar un ritual de sacrificio animal al lado del río, compartieron una agradable cena en La Guarida, uno de los mejores restaurantes.

Mientras degustaban un delicioso ceviche acompañado de una cerveza Bucanero, Héctor se maravillaba por los conocimientos de Liván; no quería perderse ni un solo detalle de aquellas historias patakíes que el cubano le narraba. El escritor quedó prendado, especialmente, de todo lo que tenía que ver con Oshun, que en el sincretismo equivale a la Virgen de la Caridad de la religión católica. Era la representación de la belleza femenina en su máximo esplendor. Por eso, todas las chicas de Cuba quieren parecerse a ella. Es sensual, coqueta, femenina, presumida y, sobre todo, seductora. Lleva un vestido amarillo que se ciñe a la cintura por una faja con un romboide. Exactamente igual a como iba vestida Martina Bautista en los Premios Argaria de hacía unos meses. Quizá eso fue lo que despertó el interés de Coronado, que no pudo evitar relacionarlas.

—En su interior hay una tristeza inmensa, que se traduce en los castigos y sufrimientos que inflige de forma severa.

—¿Pero no dices que es la diosa del amor y la belleza?

—Sí, pero también lo es de la sexualidad, la obsesión y la dominación del hombre. Por ejemplo, tiene una oración para embrujar a alguien y que nunca más se separe de tu lado: *«Oshun, por todos los poderes que existen sobre la tierra, por el fuego, el aire vital, las virtudes del agua, yo te invoco. Por cada oración que han herido, por las lágrimas de los que sufren por amor, yo ruego para que busques a quien amo y lo pongas a mi merced, para que doblegues su espíritu y su corazón me pertenezca solo a mí. Oshun, divina y poderosa diosa, permite que cada parte de tu cuerpo y espíritu pidan por mi amor y se desvele por mí. No permitas que sienta amor por otra persona, solo por mí y para mí, que no sea capaz de dejar de pensar en mí; haz que cada uno de mis recuerdos le atormenten hasta que vuelva a mí, por siempre...»*.

—¡Para! —gritó Héctor sin saber muy bien por qué había reaccionado así.

—Tranquilo, es un simple rezo. ¿Estás bien?

—No sé qué me ha pasado, lo siento. Sigue contándome cosas, por favor.

El resto de la velada transcurrió con largas conversaciones sobre Oshun. Liván le explicó que en la naturaleza se simboliza con los ríos, con el agua; que su animal era el cocodrilo, como los que Héctor buscaría con Martina en los Everglades de Miami tiempo después; que adora lo material y le encanta ponerse joyas y brazaletes; y que seduce con su baile, esbozando una cautivadora sonrisa mientras se mueve de forma voluptuosa, a la vez que pide sexo a los hombres con sus

manos extendidas y movimientos bruscos de cadera. Como ocurriría en la barra del Mamá Juanita, en Mojácar, al año siguiente. Fue allí, después de que Martina se marchase de la habitación, cuando Héctor lo relacionó todo. Estaba maldito. Por eso no podía pensar con claridad. Había sido poseído por esa deidad cubana, tan morenas las dos, tan iguales. Un mal ancestral que se había pegado a su alma en Cuba. Esa noche, tumbado en la cama del Hotel Boutique, lo ideó todo. Tenía que cortar por lo sano, acabar con alguna de las dos. Con Martina o con la maldición de Oshun. Si no podía, se quitaría la vida. No podía seguir en este mundo con ese sufrimiento. Si ella era el agua, el río, el mar..., él sería el fuego, como había aprendido en México. Sin embargo, no podía llevar a cabo su plan sin ayuda. Desde siempre, los peones se han sacrificado para salvar al rey.

El sacerdote Liván no daba crédito a lo que Héctor le estaba contando en aquel momento. ¿Cómo había sido capaz de hacer todo eso?

—¡La religión yoruba no tiene esos valores! ¡Los has manipulado hacia tu propio interés! —Liván estaba fuera de sí. Más de lo habitual.

—No me quedó otra opción. Me fui de aquí con una maldición y tenía que sacarla. Solo he venido a darte las gracias.

—¡Te expliqué que las maldiciones se destruyen de otra forma! ¡Hay rituales para conseguirlo! ¡Estás loco, Héctor!

—A salvo. Eso es lo que estoy. Vuelvo a ser yo. ¡Renací como el Ave Fénix! ¿Acaso no es eso lo que predicas?

—¡No! Nosotros creemos en la reencarnación. Te confundes. ¡Fuera de aquí! ¡Vete o llamo a la policía! ¡Y no vuelvas más!

Héctor Coronado caminaba sonriente por el paseo del Prado. Se sentía imparable, invencible. Aunque faltaba una última cosa. Divisó la esquina del Floridita, aquel bar que frecuentaba Hemingway para, regularmente, ponerse hasta arriba de daiquirís. «Mi mojito en La Bodeguita; mi daiquirí en El Floridita», pensó. Raquel, su Raquel, lo estaba esperando en esa esquina tal y como habían acordado. Fueron al hotel a por las maletas y pidieron un taxi. A bordo del Chevrolet descapotable de 1950, color rojo pasión, que los trasladaba hacia el Aeropuerto Internacional José Martí, ambos sonreían. Los motivos eran distintos. Si las oraciones de Raquel funcionaban, volvería a ser invisible; si el último cabo suelto del plan de Héctor salía bien, recuperaría su refugio: la fama y los libros.

—Disculpe, ¿se llama usted Vladímir? —Héctor se dirigió al taxista mientras observaba el nombre que había grabado en la plaquita sobre su pecho.

—Así es, señor.

—No es un nombre demasiado cubano, ¿no?

—Muy frecuente no es, señor. Es que mi padre era ruso.

—Entiendo —contestó el escritor recordando mentalmente la conexión cubano-soviética.

—Y mi madre, cubana.

—Vladímir, ¿tiene familia en Rusia?

—Sí.

—¿En qué ciudad?

—Oh, señor, no le va a sonar si le digo el nombre. Mi familia es humilde, no viven ni en Moscú ni en San Petersburgo, por ejemplo.

—¿Querría usted ganarse cien pesos cubanos convertibles? Solo tendría que hacerme un pequeño favor, no le costará nada. —Raquel miraba a Héctor estupefacta. ¿Qué estaría tramando?

—Mejor cien euros —respondió sonriendo el chófer.
—Trato hecho.

77.

EL 25 DE DICIEMBRE es el día favorito de Héctor Coronado. Las luces en algunas casas, los muñecos de Papá Noel colgando de los tejados, los arbolitos llenos de decoración en los salones, los regalos, y los milagros. Como el que estaba a punto de suceder. El escritor había sacado unos antiguos altavoces para que la música sonase en toda la casa. Estaba contento, y John Lennon le hacía ascender a los cielos. «*Y ya es Navidad, para los débiles y los fuertes, para los ricos y los pobres. El mundo está mal repartido. Y unas felices Navidades, al negro y al blanco, al amarillo y a los rojos. Que se paren todas las luchas. Dar esperanza es bueno, sin ningún miedo. La guerra ha terminado. Si tú lo quieres, la guerra ha terminado*».

Acababan de regresar de su viaje y a Raquel le apetecía ver una película típica de esas fechas. Ella se inclinaba por *Love Actually*, pero el escritor barría para casa.

—¿Y si vemos *Los fantasmas atacan al jefe*?

—Ni para ti ni para mí, ponemos las dos —contestó ella sonriendo.

También estaba contenta. Había recuperado algo de esperanza. La muerte de Martina había sido un alivio, aunque se odiaba por pensarlo. No le deseaba el mal a nadie, pero sabía que con ella también se marcharon los demonios. Todo volvería a ser como antes. La pareja estaba preparando la mesa. Un picoteo ligero porque luego se pensaban atiborrar a mantecados y roscos de vino que su hermano le había traído de Laujar, el pueblo donde vivía. Cuando Héctor estaba preparando la primera de las películas, alguien llamó al timbre de la casa.

—Es Leire.

—¿Leire? ¿El día de Navidad? —El propio Héctor se extrañó.

Cuando la invitaron a pasar, estaba muy nerviosa. Tenía la cara hinchada, señal de que había estado llorando. Se sentó sin poder disimular que las piernas le temblaban.

—¿Estás bien? ¿Te preparo una tila? —le ofreció Raquel.

—Mejor ponme una Punta Este si tenéis.

—En esta casa siempre hay lugar para la buena cerveza. —Héctor estaba ansioso por saber qué hacía Leire allí, pero intentaba disimularlo.

La joven estaba tan nerviosa que derramó gran parte del botellín en la alfombra.

—Es mejor que nos cuentes qué pasa —exigió él con seriedad.

—Rubén ha confesado.

—¡Dios mío! —exclamó Raquel.

De regreso del Aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid, Raquel y Héctor se habían enterado de la detención del ayudante de Martina. Según publicó *La Crónica de Almería* en su edición digital, la policía tenía pruebas de que ellos dos estuvieron discutiendo, a altas horas, la noche en la que Martina desapareció. Fue a pocos metros del lugar donde encontrarían, días después, el cadáver de la editora. Lo que nadie sospechaba es que allí había alguien más. Una persona que los había seguido cuando ella esperaba un taxi y él se ofreció a llevarla a casa.

—¿Por qué lo haría? —Leire no pudo contener las lágrimas.

—Las obsesiones no son buenas. No sé de qué os sorprendéis. —El escritor no se había inmutado tras la noticia. Los rasgos de su cara se mostraban rígidos, como si el tema no fuera con él.

—Una cosa es estar loco por alguien, Héctor, y otra es matar a esa persona —añadió Raquel.

—Dicen que incluso tenía un tatuaje de la cara de Martina en la espalda. —Leire Domínguez no se lo podía creer. Estaba en *shock*.

«Puto loco», se repetía una y otra vez Héctor. «No tenías que haberte metido donde no pintabas nada».

78.

—¿KRASNO... QUÉ?

—Krasnodar, comisario. Kras-no-dar. —Lucas intentaba que don Malvido se quedase con el nombre.

—¿Dónde cojones está eso?

—A casi mil quinientos kilómetros de Moscú, en el sur de Rusia. Es una ciudad de novecientos mil habitantes —añadió Alma.

—¡La madre que me parió! No entiendo nada.

Ni el comisario ni ninguno de los policías que formaban parte del Grupo de Homicidios de Almería. Esa misma mañana, había llegado a comisaría una carta con un matasellos de esa ciudad. En su interior, un *pendrive* del que no se pudo sacar ni una sola huella. Alguien lo había limpiado a conciencia, dejando solo una frase en letra muy pequeña: «Para la inspectora Martínez». En el reverso, justo donde tendría que aparecer el remitente, solo había dos palabras: «Baba Yaga». Quien hiciera el envío, se había molestado en no dejar rastro. Rápidamente, metieron la memoria en uno de los ordenadores de la comisaría, no sin antes pasarle el antivirus. Solo contenía un archivo de vídeo. Apenas duraba dos minutos y en él se veía a Rubén Salmerón y Martina Bautista forcejeando en las escaleras del faro de Cabo de Gata. Ella gritaba, y él se mostraba agresivo. Incluso llegó a empujarla. Con ella en el suelo, se cortó la grabación.

—Ya tenemos al asesino, inspectora. —Lucas Campillo fue el primero en hablar. Los demás no podían creerlo. Reproducían el vídeo una y otra vez.

—Felicidades, niña. En pocos días has resuelto dos casos muy complicados. —El comisario aplaudió desde el fondo de la sala de reuniones.

—¿CÓ... mo es posible? —balbuceó ella.

—¿Y qué más da? Es Navidad y tienes tu regalo, Martínez. ¡Alegra ya esa cara y sal a celebrarlo!

—No sé si será de ayuda —Alma hablaba a sus compañeros mientras tecleaba en el ordenador —, pero sé lo que es Baba Yaga... una bruja.

—¡Ya estamos con los cuentecitos asustaviejas! —Resignado, el comisario tomó asiento. Sabía que iba a escuchar otro inverosímil relato, como llevaba haciendo casi todo el mes.

—Según una leyenda rusa, es una anciana que vive en los bosques... y se alimenta de niños a los que mastica con sus dientes de hierro.

—Joder, estás describiendo a mi difunta suegra.

—Comisario, déjeme continuar, por favor. Al parecer, es inmortal porque rejuvenece tomando una especie de infusión hecha con rosas azules. Y se la considera la representante del límite entre la vida y la muerte.

La inspectora no abría la boca. Sin saber por qué, pensó en Héctor Coronado. Parecía una de sus fantásticas historias. Lo tenía vigilado desde que se encontró el cuerpo de Martina. Sabía que había viajado a Nueva York, como dijo, y que pasó un par de días en Cuba. Además, comprobó su pasaporte y jamás había estado en Rusia. Era improbable que tuviera algo que ver.

—¿Kajasno...? ¿Cómo coño dices que se llama la ciudad?

—Krasnodar, comisario. Seguro que si su equipo de fútbol hubiera jugado contra el Atleti, se acordaría.

—No lo dudes, chaval. Pero allí tiene que hacer un frío del carajo y seguro que se come como el culo. Donde se ponga Almería, el solecito y el gambón rojo de Garrucha...

79.

LA PRIMERA PARTE del interrogatorio lo estuvo negando todo. Rotundamente. Además, sin ninguna incoherencia. Rubén Salmerón parecía muy seguro en su declaración. Contó que esa noche habían quedado para cenar, que ella se marchó inesperadamente, sin que ni siquiera se produjese la más mínima discusión entre ambos, y que, cuando se dirigía hacia su coche, vio que ella estaba esperando un taxi y se ofreció a llevarla a casa. Reyes intentaba recordar toda la conversación que tuvo con él en comisaría: —Pero se desviaron. ¿Por qué? —Reyes no sabía por dónde tirar. Todo lo que estaba escuchando le parecía creíble.

—Ella me pidió un favor. Necesitaba ir a un lugar.

—¿No le contó nada más?

—A buen entendedor... Yo era perfectamente consciente de lo que estaba sucediendo. Tenía que ver con Héctor.

—¿A qué se refiere?

—Entre ellos había una relación. Tenían una complicidad muy especial, y yo nunca le pedí explicaciones por nada. Sobraban.

—¿Por eso la mató? ¿Estaba enamorado de ella?

—¡Yo no la maté! —Rubén se alteraba.

—Señor Salmerón, usted tenía todos los motivos para hacerlo. Estaba celoso de Héctor. Se le nota por cómo habla de él.

—Es que Martina se merecía algo mejor que ese impostor. Ya le habían hecho bastante daño en la vida.

—Se merecía a alguien como usted, ¿verdad?

—¡Sí! Yo la hubiera tratado como una reina.

La inspectora hizo una señal con la mano para que Alma, desde la otra sala, encendiera el televisor que Rubén tenía enfrente. La grabación que había llegado a comisaría comenzó su reproducción. El chico se derrumbó cuando se vio discutiendo con Martina. Y dio dos golpes en la mesa cuando revivió el momento en que la empujó al suelo y se abalanzó sobre ella.

—¡Quite ese vídeo!

—Se arrepiente de haberla matado, ¿verdad? —La inspectora sabía que el sospechoso estaba a su merced. Era el momento de arrancarle la confesión.

—¡Que yo no la maté!

—¿Quién grabó el vídeo, Rubén? ¿Tuviste un cómplice?

—¡Yo qué sé! ¡La quería, joder! ¡La quería! ¿Es que no lo entiende? ¿Ha querido alguna vez a alguien? ¿Sabe lo que se siente?

—Sé que la quería. —La inspectora aprovechó para cogerle de la mano. Tenía que incidir en ese momento de debilidad—. También hemos hablado con su novia.

—¡Dejad en paz a Arancha! ¡Ella está fuera de esto!

—No lo dudo, pero era conocedora de la situación. ¿Quién se tatúa la imagen de su jefa en la espalda? Las mujeres nos damos cuenta de ese tipo de cosas, aunque prefiramos callar.

Rubén levantó la mirada y clavó sus ojos en la inspectora. Habían cambiado. Parecían los de un muerto. Habían dejado de tener vida.

—Un obseso, como yo.

—¿Confiesa estar obsesionado con Martina?

—Pasaba de mí. No podía soportarlo más.

—¿Por eso se pelearon? ¿Por eso la empujó?

—Sí... ¿Qué veía en el escritor ese? ¿Qué tiene él que no tenga yo, inspectora? ¡Dígamelo, inspectora!

—Señor Salmerón, tranquilí...
Rubén se levantó de un sobresalto y tiró la silla.

—¿Usted también ha caído en sus redes! Es eso, ¿verdad? Ya se dará cuenta. Se lo dije a Martina, ¡se lo advertí y no me escuchó! —De nuevo, rompió a llorar.

—¿Mató usted a Martina Bautista?

—No... —La voz le salía cada vez con menos intensidad.

—Discutieron y la empujó.

—No...

—Se le fue de las manos, Rubén. La quería y no soportaba que ella estuviera enamorada de Héctor.

—¡No, no y no! —La aparente tranquilidad de Rubén Salmerón se transformó en rabia.

—Le recriminó que estuviera con Héctor y que no lo quisiese.

—¡Quiero un abogado!

—Se sintió humillado porque se había hecho ilusiones. Cenaron juntos, era su oportunidad.

—¡Y Héctor lo estropeó! ¡Como siempre! —gritó.

—Por eso la mató. La tiró por el mirador y vio cómo se precipitaba al vacío, sobre las rocas.

—¡Yo no he sido! ¡No puede retenerme aquí!

—Ya no estará con Héctor, tiene lo que quería.

—No sufrirá más, no le hará más daño... —Rubén volvió a bajar el tono de su voz. Parecía haberse quedado sin fuerzas.

—Eso es, señor Salmerón. Ya no podrá estar con él.

—¿Me lo promete?

Reyes se descolocó ante esa pregunta.

—Júremelo, inspectora.

—¿Que le jure qué?

—Que no volverá a hacerle daño. Que nunca estarán juntos.

—Se lo prometo. Ya ha acabado. Martina no sufrirá más.

La cara del chico cambió radicalmente. Las lágrimas se habían esfumado. Y habló.

—Fui yo.

—¿Confirma ser el autor de su muerte, Rubén?

—Ya estaba muerta. Muerta en vida.

—¿Mató usted a Martina Bautista?

—Sí.

—Rubén Salmerón, va a pasar usted a disposición judicial tras haber confesado el asesinato de Martina Bautista.

—Ya está a salvo.

La mente de Rubén parecía estar en otro lugar. Sonreía. Dos policías le pusieron las esposas y se lo llevaron. Pero en el umbral de la puerta se paró.

—Camine, por favor. —dijo uno de los agentes.

—No vaya ahora a oponer resistencia, Rubén. No le conviene. —La inspectora intentaba echar

una mano a sus compañeros.

Sin embargo, él no escuchaba. Se giró, miró a Reyes Martínez y le dijo: «Usted será la siguiente».

80.

LA INSPECTORA HABÍA CAMBIADO su ritual de cada mañana, y Gordon se lo recriminaba en forma de gruñidos. Desde que encontraron el cadáver de la editora Martina Bautista no le apetecía salir a correr por Cabo de Gata. Mucho menos subir hasta el faro. Había decidido enfrentarse a sus miedos y se acostumbró a caminar por el barrio de su infancia. Echaba a andar por la calle de la Almedina, pasando por la casa de Conchita Robles, esa actriz almeriense que fue asesinada por su marido en enero de 1922 mientras actuaba en el Teatro Cervantes. Ni siquiera giraba la cara en la calle Descanso. Temía encontrarse con el patriarca gitano que incluso la atormentaba en sueños. Después subía por la calle de la Reina y, antes de llegar a la calle Hércules, giraba por la Almanzor, rodeando aquel viejo caserón de la esquina que siempre le había producido escalofríos. Estaba intentando dejar el café, así que entraba en el restaurante Baraka, donde su dueña le tenía preparada una mesita muy especial con vistas a la Alcazaba, y se pedía un té moruno. Era su peculiar forma de enfrentarse a los fantasmas. Su infancia, sus raíces y el cadáver de aquella joven cuya investigación le había cambiado la vida. Desde esa terraza divisaba el recinto fortificado mientras repasaba mentalmente todo lo ocurrido.

Últimamente, no dejaba de pensar en Martina Bautista. Su cuerpo fue encontrado por unos turistas en el Arrecife de las Sirenas. Un lugar tan bonito, manchado de sangre. La autopsia no aportó nada revelador. Las circunstancias ambientales y, especialmente el mar, hacen casi imposible saber cuánto tiempo ha permanecido un cuerpo en sumergido en el agua. Su temperatura es el factor principal, ya que puede acelerar o retardar la descomposición bacteriana del cadáver y la formación de los gases que hacen que el cuerpo se desplace hacia arriba. A eso le añadimos que estamos en invierno, con lo que si el cadáver emergió algún día antes, es posible que nadie lo viese. No quedaba nada de su aparente belleza. «Qué efímera», dijo en voz alta, y no pudo evitar sentir pena por no haberla visto nunca en persona. Candela Moya estimó entre siete y diez días desde el fallecimiento, a pesar de que Martina estaba casi irreconocible. Su piel se había oscurecido demasiado. Parecía una de esas vírgenes negras, como la de Montserrat o la de Guadalupe. Presentaba un golpe en la cabeza, seguramente producido tras despeñarse por la baranda y caer sobre las rocas. De no ser por lo imposible que resulta, pensaríamos que el crimen fue cometido por el mismísimo asesino de los barrancos. Era su *modus operandi*. Si no llegan a recibir la grabación, podrían incluso creer que fue Martina la que se resbaló precipitándose al vacío. Pero Rubén Salmerón confesó. Inesperadamente, pero lo hizo. Además, le lanzó un inquietante mensaje a ella: «Usted será la siguiente». ¿Qué querría decir? ¿Tendría que ver con Héctor? Demasiados interrogantes.

De pie, apoyada sobre uno de los muros de la terraza, dio un sorbo a la taza y miró hacia La Almedina. Sin darse cuenta, se le había escapado un suspiro. El caso le había cambiado la vida. Como si fuese un avispero que alguien agita sin previo aviso. Su mentor tenía todas las papeletas de ser un asesino y de haberse saltado el código; ella misma se había saltado todas las reglas, acercándose demasiado a un sospechoso que parecía seguir ocultando cosas. Tanto que perdió la noción de la investigación y se comportó de forma impropia a como lo haría una inspectora de policía. ¿Y él? Después del beso en la plaza Careaga no habían vuelto a hablar. A lo mejor Héctor esperaba una llamada para ver cómo estaba tras lo de Martina. Pero algo le decía que no debía. Se sintió ridícula solo de pensar en aquel «Te voy a salvar». Definitivamente, no era ella.

Reyes Martínez se terminó las últimas gotas que quedaban en la tacita y pidió un taxi. Iba a ser un día frenético. Por la noche la condecorarían por resolver los asesinatos que habían puesto patas arriba la ciudad. ¿Qué cara pones cuando te entregan un premio que quizá no te mereces? ¿De verdad estaba cerrado el caso? ¿Iba a ocultar sus sospechas sobre el comisario? ¿Terminaría llamando a Héctor? No estaba segura de nada. Solo de que, cuando menos te lo esperas, tu vida puede saltar por los aires. Y contra eso no puedes hacer nada. Solo refugiarte y esperar que, para el resto del mundo, te conviertas en invisible.

Se acomodó en el asiento del vehículo, se puso los cascos y activó el Spotify. *Torn*, Natalie Imbruglia. «*Nada está bien, estoy desgarrada, estoy fuera de fe. Así es como me siento. Tengo frío y estoy avergonzada, acostada desnuda sobre el suelo. La ilusión nunca cambió en algo real. Despierto y puedo ver que perfecto cielo está roto. Llegas un poco tarde, yo ya estoy rota. Así que supongo que el destino tiene razón*».

El castillo del rey Escribo

en defensa del reino
del hombre y su justicia. Pido la paz
y la palabra. He dicho «silencio»,
«sombra»,
«vacío»
etcétera.

Digo
«del hombre y su justicia», «océano pacífico»,
lo que me dejan.

Pido
la paz y la palabra.

BLAS DE OTERO

(POEMA *PIDO LA PAZ Y LA PALABRA*) MI NOMBRE ES HÉCTOR CORONADO Y ME PASO EL DÍA FINGIENDO. A OJOS DE LOS DEMÁS, TENGO UNA VIDA PERFECTA. COMO EL RESTO DEL MUNDO. LA ÚNICA DIFERENCIA ES QUE YO SÉ PERFECTAMENTE QUE ESTOY EN LA OSCURIDAD, EN EL OTRO LADO. ME MUEVO COMO PEZ EN EL AGUA EN EL FRÍO. SIN IR MÁS LEJOS, AHORA MISMO NO SIENTO NADA. SINCERAMENTE, NO SÉ QUÉ ES LO QUE ME HIZO SER ASÍ. SI TUVIERA QUE DECANTARME POR UN MOTIVO, SERÍAS TÚ, MARTINA. CON TANTA CARGA SOBRE MIS HOMBROS, NO PUDE AGUANTAR MÁS. LA GENTE NO ES CONSCIENTE DE LO DURO QUE ES VIVIR SIENDO EL BLANCO FÁCIL, EL CULPABLE DE TODO, EL QUE PLAGIA, EL INFIEL, EL CHANTAJEADO, EL QUE TIENE QUE HACER LO QUE LE DICTAN LOS DEMÁS SIN RECHISTAR. TODAS LAS PERSONAS, INCLUSO LA MÁS FUERTE, TIENE UN LÍMITE. ¿O ES QUE LAS HUMILLACIONES, LAS INJURIAS, LAS HABLADURÍAS Y LAS TRAICIONES NO PESAN? ¿CUÁNTO TIEMPO PUEDO AGUANTAR? ¿MERCEN ELLOS VIVIR MIENTRAS YO SUFRO? NADIE MUESTRA JAMÁS SU VERDADERO ROSTRO, Y YO ME HE CONVERTIDO EN UN EXPERTO EN ELLO. TENGO QUE MANTENER LAS APARIENCIAS PARA PODER SOBREVIVIR. NO SON SECRETOS, NI MUCHO MENOS. SON VERDADES QUE NUNCA DEBEN SALIR A FLOTE.

No me importa confesar que dudé. Claro que lo hice. No soy un demonio. Es más, me considero una gran persona. ¿Crees que fue sencillo empujarte? ¿Piensas que disfruté viendo tu cuerpo inerte sobre uno de nuestros lugares sagrados? Pero te lo merecías. Quisiste corromperlo con ese imbécil. Él también tiene lo que se merece. Se atrevió a meterse donde nadie le llamaba. Ese iluso creyó que estabas a su alcance y que podía cruzarse en mi camino. Arrebatarme lo que es mío. Su pobre mente no alcanzaría a entenderte, Oshun. Tu poder, tu magnitud. Solo los inmortales podemos tener acceso a ese conocimiento.

Os seguí. ¿Te pensabas que iba a dejar que te fueras con él en su coche? Seguro que le acariciabas durante el trayecto, como hacías conmigo. ¿Por qué tuviste que ir precisamente allí? Le he estado dando muchas vueltas. Nunca sabré si realmente querías despedirte de lo nuestro, o fuiste a deshonorar uno de nuestros refugios por despecho. Ahora ya da igual. De todas formas, no te hubiera creído. No te puedes hacer una idea de la cantidad de golpes que le di al volante mientras os seguía. Mis nudillos se desgarraron y me excité pensando en que esa tenía que ser tu sangre. Seguro que estabais tan ensimismados en vuestros besos que no reparasteis en que yo aparqué unos cuantos metros atrás, en el restaurante. Tuve tiempo de ver toda vuestra pelea, y ese pelele me lo puso en bandeja cuando inició la discusión. Tuve todo el tiempo del mundo para sacar el móvil y grabar cómo te empujaba. También sus aspavientos y sus reproches. Menudo estúpido.

Martina, lo he pasado francamente mal. Por eso he tardado tanto en escribirte. Quien diga que las cicatrices del alma también se curan, miente. Como lo hacías tú. No reparaste en que lo opuesto al amor no es el odio, sino la indiferencia. Ponerlo en práctica conmigo fue tu mayor error. Te amo por encima de todas las cosas. Ya no quedan castillos, ni sirenas. Solo tu recuerdo. Contigo hasta el infinito. Me costó mucho, en plena oscuridad, bajar hasta el arrecife y sumergirte. El viento hizo el resto. Oshun poderosa, diosa del amor... Eras tan guapa...

Me has dejado un gran vacío dentro. Ni te imaginas cuánto. Pero como los buenos siempre ganamos, y tú me traicionaste, la vida me ha regalado algo en lo que pensar. Para sustituirte. Una sensación que jamás había tenido. ¡Qué subidón! Un motivo para olvidarme de ti, para que dejes de atormentarme y de aparecerte en sueños. El mayor misterio al que un hombre se puede enfrentar. Martina, voy a ser padre. Espero que esa criatura celestial se parezca a mí. El mundo la necesita.

Notas

ACABA USTED DE LEER UNA NOVELA, una obra de ficción. Todos los personajes aparecidos en ella son inventados. Si por alguna casualidad se reconoce en la obra o cree reconocer a alguien, le aseguro que es fruto de una sorprendente coincidencia.

Los lugares donde se desarrollan las tramas o que aparecen en el libro existen. Municipios, calles, plazas, establecimientos, monumentos... La mayoría de ellos tienen su nombre real, aunque a aquellos cuyos dueños no conozco (bares, hoteles...) les he cambiado el nombre o la ubicación para evitar molestias innecesarias.

El castillo del rey existe, aunque realmente es Castell del Rey, un barrio perteneciente a Almería capital. El mirador donde se llevó a cabo la verdadera Alerta Ovní (en 2012) está vallado en el momento en el que escribo estas líneas. Ojalá se pueda repetir un evento como ese.

Los Premios Argaria se celebran una vez al año, pero solo engloban a la provincia de Almería. Su gala se realiza en la capital, encuadrada en el marco de la Feria del Libro.

El asesinato de los barrancos es un caso real que no se resolvió. En esta novela me he permitido la licencia de fantasear con su resolución, pero a día de hoy sigue abierto.

La Crónica de Almería de Almería fue un diario que cerró en diciembre de 1998, por lo que en la actualidad no se publica.

Todas las historias y anécdotas de Almería que se cuentan en el libro están investigadas por mí. También la del asesinato de Adriana García el 24 de junio de 1926 en el Salón Noble del Casino (hoy Delegación del Gobierno). Incluso la de los gigantes de Tonosa. Las he utilizado para aderezar la obra, como recurso literario.

No tengo conocimientos de Medicina forense, por lo que, si he metido la pata en algún momento, ruego me disculpen.

A pesar de haber sido asesorado por la policía, es posible que en algún momento el relato de la investigación, las técnicas policiales o forenses, resulten inverosímiles. No ha sido mi intención. Seguro que me perdonarán.

Queda claro que soy un enamorado de mi provincia, por lo que si contribuyo de alguna manera a que algún curioso la visite siguiendo los pasos de los personajes o la trama de esta obra, todo el esfuerzo habrá merecido la pena.

Me habría gustado tener un poco más de colaboración por parte de quienes están al mando de algunos de los escenarios del libro. Aun así, creo humildemente que he tratado con respeto dichos lugares, intentando aproximarme lo máximo posible a la realidad, o al menos como yo la veo.

Jamás he entrado en el convento de las Puras ni conozco a ninguna de sus hermanas. No sé si he errado al describir algún aspecto de su día a día, o de cómo reaccionarían si se comete un crimen

a escasos metros de una de sus puertas. Si es así, lo lamento. Intenté que alguna de ellas me atendiese pero fue imposible.

Canciones **Título Autor Obsesión Aventura** *It's my life* Bon Jovi *My spirit flies to you* Los Monjes Budistas *Sweet Child O'Mine* Guns N'Roses *Up around the bend* Creedence Clearwater Revival *Because* The Beatles *One way or another* Blondie *Country House* Blur *Enamorado de la moda juvenil* Radio Futura *I don't want to miss a thing* Aerosmith *Entre poetas y presos* La Raíz *Si es tan solo amor* Revólver *España cañí* Pascual Marquina Narro *Kids* Robbie William & Kylie Minogue *Beautiful* Cristina Aguilera *I say a little prayer for you* Diana King *Here with me* Dido *Clocks* Coldplay *Torn* Natalie Imbruglia *Hallelujah* Rufus Wainwright *Hotel California* The Eagles *Un ramito de violetas* Cecilia *Total eclipse of the heart* Bonnie Tyler *These boots are made...* Nancy Sinatra *La solución* Carlos Rivera y Laura Pausini *Emocional* Dani Martín *My happy*

ending Avril Lavigne *Sway* Big Runga *Another*
Love Tom Odell *No* Shakira *Santa Claus is*
coming to town Mariah Carey *Sister Golden*
Hair América *Big Love Triangle* New Order *A*
tu lado Los Secretos *Happy Christmas* John
Lennon

Agradecimientos A NOELIA, por su infinita paciencia. Intenté dotar a algún personaje del libro con algo de tu personalidad, pero eres tan inigualable que no fui capaz. Gracias por estar siempre ahí, y por leer el libro en menos de veinticuatro horas, aportando muchos detalles que se me pasaron por alto.

A MI FAMILIA, por su apoyo incondicional.

A MIS AMIGOS, porque esta vez tendrán que comprar el libro y, lo que es peor, leerlo.

A LOS LECTORES y lectoras cero, por sus críticas constructivas, consejos, opiniones y, sobre todo, por la avalancha de *emails* y versiones nuevas. Aun así, sé que más de uno aún no ha terminado de leer la novela.

A MARÍA ORUÑA, por despertar la chispa de la ficción en mí. Contigo empezó todo. En el libro te dedico un par de guiños.

A NIEVES ABARCA, otra que tiene guiños en el libro. Espero que no sufras mucho cuando descubras otra protagonista atormentada por su pasado. Sé que no me lo vas a tener en cuenta porque lo he compensado con la ausencia de un asesino que imita crímenes anteriores, y una inspectora a la que no le gusta remojar el gaznate. Seguro que es una novela trepidante en la que nada es lo que parece.

A JAVIER SIERRA, por sus inspiradores consejos y su apoyo.

A GISELLE. Me abriste la puerta de la undécima parte, y es posible que nunca llegues a saberlo.

A LOS AGENTES DE LA POLICÍA NACIONAL a los que he bombardeado a preguntas en los últimos meses, especialmente a mi amigo Lucas García.

A LA DIPUTACIÓN DE ALMERÍA, especialmente a su presidente, don Javier Aureliano García, que siempre me ha tendido la mano cuando lo he necesitado. También a los diputados Ángel Escobar, Manuel Guzmán y Fernando Giménez. Os agradezco la confianza.

A LOS AYUNTAMIENTOS DE ALMERÍA Y ROQUETAS DE MAR, especialmente a sus alcaldes y a sus concejales de cultura.

A LA TEORÍA DE LOS SEIS GRADOS DE SEPARACIÓN.